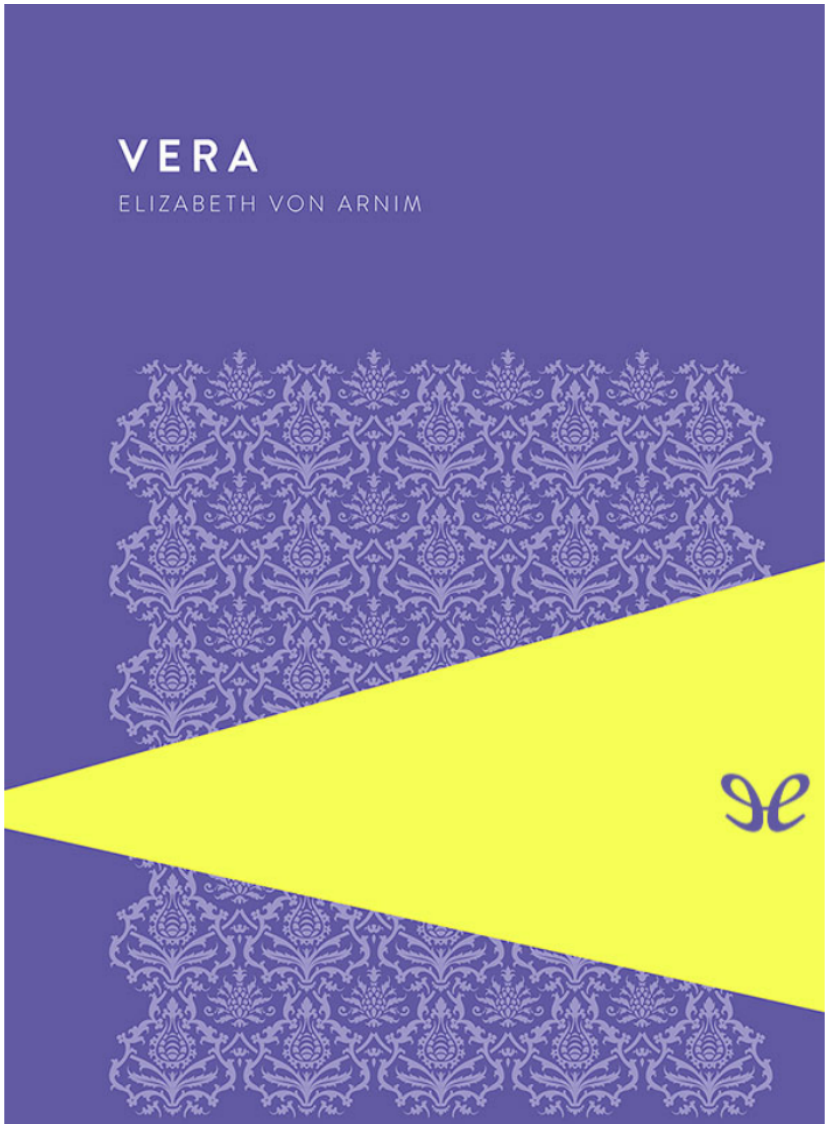
VERA

ELIZABETH VON ARNIM



TRADUCCIÓN DE CLÀUDIA GISPERT CODINA

La joven e inocente Lucy Entwhistle acaba de perder a su padre —hasta el momento, su única compañía— cuando conoce por casualidad al viudo Everard Wemyss. Maduro, atento y caballeroso, Wemyss la protege y la guía como solía hacerlo su padre. Cuando pasados unos días le pide matrimonio, Lucy, confundida y desamparada, acepta. Sin embargo, una sombra creciente empaña su felicidad: el fantasma de Vera, la primera esposa de Wemyss, que falleció en extrañas circunstancias. Inspirado en la propia experiencia de la autora y publicado anónimamente en 1921, este clásico del suspense psicológico, indiscutible precedente de Rebecca, de Daphne du Maurier, explora el lado más inquietante y tenebroso del matrimonio.

Elizabeth von Arnim

Vera

ePub r1.0
Titivillus 06-11-2022

Título original: *Vera*
Elizabeth von Arnim, 1921
Traducción: Clàudia Gispert Codina
Nota del editor: Jan Arimany

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

CAPÍTULO 1

Cuando el médico se hubo ido y las dos mujeres del pueblo a las que había estado esperando estuvieron arriba, encerradas con el difunto padre de Lucy, esta salió al jardín y se apoyó en la verja, su mirada perdida en el mar.

Su padre había muerto esa mañana a las nueve; ahora eran las doce. El sol caía con fuerza sobre su cabeza descubierta, y la hierba seca que se extendía sobre el acantilado, la carretera polvorienta que pasaba por delante de la verja, el mar centelleante y las pocas nubes blancas que se dibujaban en el cielo, todo brillaba y resplandecía bajo una luz y un calor de lo más silenciosos, de lo más inmóviles.

Se perdía en este vacío la mirada de Lucy, también inmóvil, como una estatua de mármol. No había ni una sola vela en el mar, ni una columna de humo de algún barco de vapor a lo lejos, ni siquiera el vuelo fugaz de un pájaro rozando el azul del cielo. Era como si todo movimiento se hubiera vuelto rígido de un golpe, como si todo sonido estuviera dormitando.

Lucy, de pie, contemplaba el mar con un rostro tan inexpresivo como el mundo luminoso y vacío que tenía delante. Su padre llevaba tres horas muerto, y ella no sentía nada.

Hacía tan solo una semana que habían llegado a Cornualles, ella y él, llenos de esperanza, deseando disfrutar de la hermosa casa amueblada que habían alquilado para agosto y septiembre, confiando en lo bien que el aire fresco le sentaría a su padre. Pero esa confianza siempre había estado ahí; en todos los años que había durado el frágil estado del padre de Lucy, no se había puesto en duda esa confianza ni una sola vez. Estaba delicado y ella había cuidado de él. Así había sido desde siempre. Y, también desde siempre, su padre lo había sido todo para ella. En su vida adulta, Lucy no dedicó un solo pensamiento a nadie que no fuera él. No

había lugar para ninguno más; tal era el espacio que ocupaba en su corazón. Lo habían hecho todo juntos, lo habían compartido todo, habían esquivado juntos los inviernos, se habían instalado en sitios encantadores, habían visto las mismas cosas bellas, habían leído los mismos libros, habían hablado, reído, frecuentado a los mismos amigos, montones de amigos; allí donde fueran, su padre parecía hacer amigos al instante, añadiéndolos a la larga lista de los que ya tenía. No había pasado un día lejos de él desde hacía años; no había querido alejarse. ¿Dónde y con quién iba a ser tan feliz como con él? Todos los años habían sido luz. Nunca hubo inviernos; solo veranos, veranos y dulces aromas y cielos pastel, y una paciente comprensión hacia su lentitud —pues él tenía una mente muy ágil — y amor. Era su compañía más entretenida, el amigo más generoso, el guía que la iluminaba, el padre más entregado…, y ahora estaba muerto. Y ella no sentía nada.

Su padre. Muerto. Para siempre.

Se repitió esas palabras. No significaban nada.

Iba a estar sola. Sin él. Todo el tiempo.

Se repitió esas palabras. No significaban nada.

Ahí arriba, en esa habitación con las ventanas abiertas de par en par, encerrado lejos de ella con las dos mujeres del pueblo, yacía muerto. Le había sonreído por última vez, le había dicho lo último que iba a decirle nunca, la había llamado por el último de los dulces motes que le encantaba inventar, medio en broma, para ella. Si hacía solo unas horas que habían estado tomando juntos el desayuno y decidiendo qué iban a hacer ese día. Si ayer mismo, después de tomar el té, habían conducido juntos hacia la puesta de sol, y él, con sus ojos de lince que todo lo veían, había observado unas hierbas poco comunes en la cuneta, se había detenido a recogerlas, entusiasmado de haber encontrado unas tan raras, se las había llevado de vuelta para estudiarlas y le había hablado sobre ellas y le había hecho ver cosas profundamente interesantes e importantes en ellas, en esas hierbas que, antes de que él las tocara, habían parecido hierbas normales. Eso es lo que hacía con todo: le insuflaba vida y deleite. Las hierbas yacían ahora en el comedor, esperando a que él las estudiara, esparcidas sobre el papel secante que había dispuesto en el alféizar. Lucy las había visto al pasar de camino al jardín, como también había visto que el desayuno seguía

ahí, el desayuno que se habían tomado juntos, tal y como lo habían dejado, olvidado por los sirvientes ante la sorpresa de la muerte. Su padre se había desplomado al levantarse de la mesa. Muerto. En un instante. Sin tiempo para nada, para las lágrimas, para una mirada. Acabado. Finado. Fulminado.

Hacía muy buen día, ¡y qué calor! A su padre le encantaba el calor. Habían tenido suerte con el tiempo…

Sí, en realidad sí se oían algunos sonidos. Se dio cuenta entonces: sonidos que llegaban de la habitación de arriba, un ajetreo de pasos discretos, el agua salpicando, alguien disponiendo la vajilla con cuidado. En breve, las mujeres vendrían a decirle que estaba todo listo y podría volver a su lado. Las mujeres habían intentado consolarla cuando llegaron, como los sirvientes y el médico. ¡Consolarla! Y ella no sentía nada.

Lucy contemplaba el mar pensando en estas cosas, examinando la situación, una situación curiosa de la que se sentía desconectada; observándola con una especie de frío entendimiento. Tenía la mente bastante clara. Podía visualizar con nitidez cada detalle de lo que había sucedido. Lo sabía todo y no sentía nada. Como Dios, se dijo; sí, exactamente como Dios.

Oyó pasos que se acercaban por la carretera, escondida tras el muro de árboles y arbustos que se extendía unos cincuenta metros por ambos lados de la verja, y entonces apareció un hombre que se cruzó entre sus ojos y el mar. Estaba tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera lo vio; le pasó por delante, bastante cerca, y desapareció.

Pero él sí la había visto y había mantenido los ojos clavados en ella durante el breve instante que tardó en dejar atrás la verja. Su rostro y su expresión lo habían sorprendido. No era un hombre muy observador, y menos todavía en ese momento, ya que estaba totalmente absorto en sus pensamientos; sin embargo, al toparse de repente con la figura inmóvil de la verja, con esos ojos abiertos de par en par que simplemente lo habían atravesado mientras pasaba, sin darse cuenta —era obvio— de que pasara nadie, había sentido tal sorpresa que había dejado de centrarse en él mismo y casi se había detenido a examinar a esa extraña criatura más de cerca. Pero sus principios le impedían hacer tal cosa, así que siguió bordeando los cincuenta metros de árboles y arbustos que rodeaban la otra

mitad del jardín, aunque más lentamente, cada vez más y más, hasta que al final del jardín, desde donde la carretera seguía, solitaria, por la hierba desnuda del acantilado, serpenteando por el relieve de la costa hasta donde alcanzaba la vista, dudó, miró hacia atrás, dio unos pasos, dudó otra vez, se detuvo, se quitó su agobiante sombrero y se secó la frente, miró ese paisaje tan vacío y la deslumbrante ondulación de la larga carretera y entonces, muy lentamente, dio media vuelta y recorrió de nuevo la franja de arbustos en dirección a la verja.

Mientras avanzaba, se decía: «Dios mío, qué solo me siento. No puedo soportarlo. Debo hablar con alguien. Voy a perder el juicio…».

Y es que lo que le había ocurrido a este hombre —de apellido Wemyss— era que la opinión pública le estaba forzando al retiro y a la inactividad cuando él más necesitaba de compañía y distracción. Tenía que irse solo; debía apartarse como mínimo una semana de su vida diaria, de su casa del río, donde acababa de empezar sus vacaciones de verano; de su casa de Londres, donde, al menos, tenía sus clubs. Y todo ello porque la opinión pública había resuelto que había cierto periodo que él debía pasar solo con su desdicha. Solo con su desdicha, ¡de entre todas las cosas espantosas con las que uno puede estar solo! Era una atrocidad, consideraba, condenar a un hombre a eso; era la forma más cruel de confinamiento solitario. Había venido a Cornualles porque se tardaba mucho en llegar —un día entero en el tren de ida y otro en el de vuelta—, lo que le permitía recortar la semana, el tiempo mínimo que la opinión pública insistía en que debía dedicar al respeto de su pérdida. Aun así, seguían quedando cinco días de horrible soledad, de pasearse a solas por los acantilados intentando no pensar, sin nadie con quien hablar, sin nada que hacer. Por culpa de la opinión pública, no podía ni jugar al *bridge*. Todos sabían lo que le había ocurrido. Había salido en todos los periódicos. Con solo decir su nombre ya lo sabrían. Era tan reciente. Justo la semana pasada…

No, no podía soportarlo, debía hablar con alguien. Esa chica de ojos extraños… no era una chica normal y corriente. Seguro que no le importaría que hablara un rato con ella, quizás incluso podrían sentarse un rato en el jardín. Ella lo entendería.

Wemyss era como un crío en su miseria. Por poco no se echó a

llorar cuando, al llegar a la verja, se quitó el sombrero y la chica lo miró impasible, como si aún no lo viera y ni lo oyera.

—¿Le importaría darme un vaso de agua? Es que… hace tanto calor… —dijo Wemyss. Los ojos de ella lo estaban desconcentrando —. Ten…, tengo mucha sed… Este calor…

Sacó el pañuelo y se frotó la frente. Sí, tenía pinta de estar pasando calor. Tenía la cara roja y la frente le goteaba. Parecía angustiado. Tenía el ceño fruncido como un bebé malhumorado. Y ella, tan fría e impasible. Sus manos, recogidas sobre la verja, más que frías parecían heladas, como si fuera invierno para ellas, se veían pequeñas y encogidas por el frío. Wemyss se percató de que llevaba el pelo muy corto, tanto que se hacía imposible deducir su edad; era un pelo castaño que reflejaba la brillante luz del sol, y no había más color en su pequeño rostro que el de esos grandes ojos que miraban a los suyos y el de su boca, algo ancha. Pero incluso su boca parecía helada.

—Si no fuera mucha molestia… —volvió a empezar Wemyss, y entonces se vio abrumado por su situación—. Me haría un favor mucho mayor de lo que imagina —dijo con la voz temblorosa por la tristeza— si me dejara entrar a descansar unos minutos en su jardín.

Al escuchar una voz tan verdaderamente desdichada, los ojos sin expresión de Lucy se volvieron un poco humanos. Se dio cuenta de que ese desconocido caluroso y angustiado le estaba pidiendo algo.

—¿Tanto calor tiene? —le preguntó, viéndolo ahora por primera vez.

—Sí, tengo calor —dijo Wemyss—. Pero no se trata de eso. He sufrido una desgracia, una desgracia terrible…

Se detuvo, abrumado por el recuerdo, por la injusticia de haber tenido que soportar algo tan horroroso.

—Vaya, lo siento —dijo Lucy, distraída, sumida en la indiferencia. Su mente aún vagaba muy lejos de él—. ¿Ha perdido algo?

—Dios mío, ¡no es eso! —gimió Wemyss—. Déjeme entrar…, déjeme entrar al jardín unos minutos… Solo quiero sentarme junto a un ser humano unos minutos. Me haría un gran favor. Como es una desconocida, le puedo hablar de ello, si me lo permite. Al ser desconocidos, puedo hablarle. No he hablado más que con sirvientes y oficiales desde…, desde que pasó. Llevo dos días sin

hablar con absolutamente nadie…, m…, me voy a volver loco…

Su voz tembló otra vez con tristeza, con asombro por su tristeza.

Lucy no consideraba que dos días sin hablar con nadie fuera mucho tiempo, pero había algo abrumador en el sufrimiento evidente de ese hombre que la despertó de su apatía, aunque no demasiado; seguía profundamente desconectada, observando desde otro mundo, por así decirlo, ese calor y desasosiego extremos, pero al menos ahora lo veía, y lo observó con una especie de leve curiosidad. Su franqueza lo convertía en una especie de fuerza elemental. Era como un fenómeno natural irresistible. Sin embargo, mantuvo su posición en la verja, y sus ojos, dotados de esa firmeza que a Wemyss le parecía tan rara, continuaron clavados en los de él.

—Le habría dejado entrar encantada —dijo— si hubiera venido ayer, pero hoy mi padre ha fallecido.

Wemyss la miró estupefacto. Lo había dicho en un tono tan simple y llano como si hubiera estado hablando del tiempo sin demasiado interés.

Entonces, tuvo un momento de lucidez. Su propia calamidad lo había iluminado. Él, que nunca había conocido el dolor, que siempre evitaba preocuparse, que jamás había permitido que la duda lo acechara, había pasado la última semana envuelto en una atmósfera de preocupación, de dolor y de lo que, si se permitía pensar en ello y hurgar en la herida, podía convertirse claramente en una duda injusta y fastidiosa. Comprendió, como no lo habría comprendido una semana antes, el significado de la actitud de la chica, de su rigidez. La miró durante un momento mientras ella le devolvía la mirada y, entonces, posó sus manos grandes y cálidas sobre esas otras, heladas, que se apoyaban en la barra superior de la verja y dijo, mientras las sujetaba con firmeza, aunque no parecía que fueran a moverse:

—Así que es eso. Esa es la razón. Por fin lo sé.

Y, con la simplicidad de la que su propia situación estaba tiñendo todos sus actos, añadió:

—Está decidido. Dos personas tan afectadas como nosotros deben hablar entre ellas.

Luego, cubriendo aún las manos de ella con una de las suyas, abrió la verja con la otra y entró.

CAPÍTULO 2

En el jardín, bajo una morera había un banco de espaldas a la casa y a sus ventanas abiertas. Tras otearlo, Wemyss llevó a Lucy hasta allí de la mano, como si de una niña se tratara.

Ella lo siguió con indiferencia. ¿Qué más daba si se sentaba bajo la morera o si se quedaba en la verja? Ese desconocido tan alterado… ¿era real? ¿Qué era real? Dejaría que le contara lo que fuera que quería contarle, y ella escucharía, le traería un vaso de agua y luego él se iría, y para entonces las mujeres habrían terminado arriba y ella podría estar con su padre otra vez.

—Iré a por agua —dijo cuando llegaron al banco.

—No. Siéntese —dijo Wemyss.

Se sentó. Él también lo hizo y soltó su mano, que se desplomó palma arriba sobre el banco, entre los dos.

—Qué raro que nos hayamos cruzado así el uno con el otro —dijo mientras la observaba; ella, con total indiferencia, miraba hacia delante, hacia el sol que bañaba el césped más allá de la sombra de la morera, hacia una gran masa de arbustos de fucsias que quedaba a cierta distancia de ellos—. Estos últimos días han sido un infierno; supongo que para usted también. ¡Y qué infierno, Dios mío! ¿Le importa si se lo cuento? Usted me entenderá por lo de su…

A Lucy no le importaba. No le importaba nada. Apenas le sorprendía ligeramente que él creyera que ese día estaba siendo un infierno para ella. El infierno y su padre adorado; qué chocante sonaba. Empezó a sospechar que estaba soñando. Nada de eso estaba ocurriendo. Su padre no había muerto. Pronto llegaría la sirvienta con el agua caliente para despertarla y comenzaría otro día feliz. En cuanto al hombre que estaba sentado a su lado, es cierto que parecía muy real para ser un sueño, con tanto detalle, con la cara roja y la frente sudada; además, había sentido su manaza cálida hacía un rato, así como el calor que emanaba de su

ropa cuando se movía. Pero era tan inverosímil…, todo lo que había pasado desde el desayuno era inverosímil. Seguro que ese hombre, como todo lo demás, se acabaría reduciendo a algo de lo que había cenado anoche, y Lucy le contaría ese sueño tan raro a su padre a la mañana siguiente y se reirían juntos.

Se movió incómoda. No era un sueño. Era real.

—Se trata de una historia horrible de verdad —iba diciendo Wemyss con gran pesar, mirando la cabecita de la chica, el corte recto de su pelo y su expresión seria.

¿Cuántos años tendría? ¿Dieciocho? ¿Veintiocho? Era imposible saberlo con ese corte de pelo, pero, en cualquier caso, era joven en comparación con él; muy joven, quizás, en comparación con él, que ya pasaba de los cuarenta y que estaba tan afectado, tan sumamente afectado por esa cosa terrible que le había sucedido.

—Es tan horrible que no hablaría de ello si a usted fuera a importarle —prosiguió—, pero no puede importarle porque es una desconocida, y puede que incluso la ayude con su propia situación porque, por mucho que pueda estar sufriendo, yo estaré sufriendo mucho más, así que entonces verá que lo suyo no es tan malo. Y, además, es que debo hablar con alguien… Me voy a volver loco…

Era claramente un sueño, pensó Lucy. Ese tipo de cosas —cosas grotescas— no ocurrían cuando uno estaba despierto.

Volvió la cabeza para mirarle. No, no era un sueño. Ningún sueño tenía la consistencia que tenía ese hombre. ¿Qué le estaba diciendo?

Estaba diciéndole con voz afligida que se llamaba Wemyss.

—Se llama usted Wemyss —repitió con seriedad.

No le causó ninguna impresión. No le importaba que se llamara Wemyss.

—Soy el Wemyss de quien los periódicos hablaban la semana pasada —aclaró, al ver que el nombre le resultaba indiferente—. Dios mío —prosiguió, secándose la frente otra vez, pero nuevas gotitas aparecieron apenas retiró el pañuelo—, esos carteles… ¡Tener que ver mi propio nombre en los carteles, mirándome desde todos los ángulos!

—¿Por qué estaba su nombre en los carteles?

No es que quisiera saberlo; fue una pregunta mecánica. Tenía los oídos pendientes únicamente de los sonidos provenientes de las

ventanas abiertas de la habitación de arriba.

—¿Es que aquí no leen el periódico? —preguntó Wemyss.

—Me temo que no —respondió Lucy, a la escucha—. Nos hemos estado instalando. Diría que aún no hemos comprado ningún periódico.

En la cara de Wemyss se pudo leer el peso que eso le quitó de encima.

—En ese caso, puedo contarle la versión real sin que tenga usted la cabeza llena de las horrendas sugerencias que se hicieron en la investigación —dijo—. ¡Solo me faltaba eso! Como si no fuera ya horrible de por sí…

—¿La investigación? —repitió Lucy, y volvió a girar la cabeza hacia él—. ¿Acaso su problema tiene que ver con… la muerte?

—¿Por qué cree que me hallo en este estado, si no?

—Oh, lo siento —dijo, y en sus ojos y en su voz afloró una nueva expresión más viva, más amable—. Espero que no se tratara de ningún ser querido.

—Fue mi esposa —dijo Wemyss.

Se levantó de golpe en un intento de aplacar las ganas de llorar que le causaba pensar en eso, en todo lo que había soportado; le dio la espalda a Lucy y empezó a arrancar las hojas de las ramas que había sobre su cabeza.

Lucy lo observaba ligeramente inclinada hacia delante, apoyada en ambas manos.

—Háble me de ello —dijo entonces con amabilidad.

Wemyss se volvió hacia ella, se dejó caer con todo su peso a su lado y, con continuas exclamaciones de asombro ante el hecho de que le tuviera que haber ocurrido a él una calamidad tan espantosa, a él, que nunca antes…

—Sí —dijo Lucy, seria y comprensiva—, sí, lo sé…

… Que nunca antes había estado involucrado en…, vaya, en ninguna calamidad, le contó su historia.

Como cada 25 de julio, su esposa y él habían bajado a su casa del río para pasar el verano. Después de meses en Londres, Wemyss estaba deseando que llegara ese tiempo glorioso de paz y reposo, de tumbarse en una barca, leer, fumar y descansar —Londres lo dejaba terriblemente cansado—, pero no habían pasado ni veinticuatro horas allí cuando su esposa…, su esposa…

Le dolía demasiado recordarlo. No podía seguir.

—¿Estaba… muy enferma? —preguntó Lucy, con cuidado, para darle tiempo a recuperarse—. Supongo que eso sería mejor, en cierto sentido. Así, uno estaría…, uno estaría un poco preparado, al menos…

—No estaba enferma —gimió Wemyss—. Simplemente…, murió.

—Oh, ¡como mi padre! —exclamó Lucy, liberada ya del todo de su ensimismamiento. Esta vez, fue ella quien posó su mano sobre la de él.

Wemyss la tomó entre las suyas y prosiguió apresuradamente.

Le contó que estaba escribiendo unas cartas en la biblioteca, en su mesa al lado de la ventana, desde donde se veía la terraza, el jardín y el río. Él y su mujer habían tomado el té juntos una hora antes. Había una terraza enlosada en ese lado de la casa, el mismo lado al que daban la biblioteca y todas las habitaciones principales. De repente, una sombra se interpuso entre él y la luz solo durante un instante. Otro instante después, se oyó un golpe seco —nunca olvidaría ese golpe—, y ahí, delante de su ventana, sobre las losas…

—Ay, no…, ay, no… —exclamó Lucy.

—Era mi esposa —siguió Wemyss, que ya no podía detenerse, mirando a Lucy mientras hablaba con los ojos llenos de horror y fascinación—. Se cayó de la habitación superior de la casa —su gabinete, por las vistas—, que queda sobre la ventana de la biblioteca… Se precipitó por delante de mi ventana como una piedra…, quedó destrozada…, destrozada…

—Ay, no…, oh…

—¿Es de extrañar, pues, que esté como estoy? —gimió—. ¿Es de extrañar que casi me haya vuelto loco? Y que encima se me obligue a estar solo, a aislarme durante lo que el mundo considera un periodo de luto adecuado, pensando nada más que en esa condenada investigación…

Le estaba agarrando la mano tan fuerte que le estaba haciendo daño.

—Si no me hubiera permitido hablarle —prosiguió Wemyss—, creo que me hubiera tirado por el acantilado esta misma tarde y le hubiera puesto fin a todo esto.

—Pero ¿cómo pudo…, cómo pudo caerse? —susurró Lucy, a quien la desgracia del pobre Wemyss le parecía lo más aterrador

que había escuchado en su vida.

Estaba pendiente de sus palabras, con los ojos fijos en el rostro de Wemyss y con los labios entreabiertos, sintiendo en todo su cuerpo una oleada de sufrimiento y compasión. La vida…, qué terrible era la vida, ¡qué insospechada! Uno la iba viviendo sin pensar en el día súbito y espantoso en el que descubriría que, en realidad, bajo esa envoltura se escondía la muerte, que no había sido más que eso; la muerte fingiendo, la muerte acechando. Su padre, con todo su amor, sus intereses y sus planes, muerto, fulminado, aplastado como si de un insecto sin importancia se tratara, y la esposa de ese hombre, muerta en un instante, una muerte mucho más cruel, más horrible…

—Mira que le había dicho veces que tuviera cuidado con esa ventana —respondió Wemyss con una voz que casi parecía enfadada. Su enfado, eso sí, había estado dirigido en todo momento a la crueldad indignante y sin sentido del destino—. Era muy baja y el suelo resbalaba. Roble. Todo el suelo de mi casa es de roble pulido. Lo hice instalar yo mismo. Debió de asomarse y le resbalaron los pies. Eso habría hecho que se cayera de cabeza…

—Oh…, oh… —exclamó Lucy encogiéndose. ¿Qué podría hacer ella, qué podría decir para ayudarlo, para intentar sosegar ese trágico recuerdo?

—Y entonces —siguió Wemyss al cabo de un momento, sin darse cuenta, al igual que Lucy, de que esta le acariciaba la mano entre temblores—, en la investigación, como si no hubiera tenido ya suficiente con todo esto, el jurado tuvo que ponerse a discutir la causa de la muerte.

—¿La causa de la muerte? —repitió Lucy—. Pero… se cayó, ¿no?

—Discutían si se trataba de un accidente o si fue a propósito.

—¿A pro…?

—Suicidio.

—Oh… —A Lucy se le cortó la respiración—. Pero… ¿no lo era?

—¿Cómo podría serlo? Era mi esposa, vivía sin preocupaciones, se lo daban todo hecho, no tenía problemas ni angustias, gozaba de buena salud. Llevábamos quince años casados y estaba dedicado a ella por completo…, por completo…

Se dio un golpe en la rodilla con su mano libre. En su voz había

lágrimas de indignación.

—Entonces, ¿por qué creía el jurado…?

—Mi esposa tenía una estúpida criada —nunca pude soportar a esa mujer— que dijo algo en la investigación, se inventó alguna cosa que supuestamente le había dicho mi esposa. Ya sabe cómo son los sirvientes. Eso no le sentó muy bien al jurado. Los jurados están compuestos por todo tipo de gente, ¿sabe? Carniceros, panaderos, fabricantes de candeleros, incultos en su mayoría, que están a la merced de cualquier sugerencia. Así que, en vez de un veredicto de muerte por infortunio, que es el que tocaría, acabó siendo un veredicto abierto.

—Oh, qué horror…, qué horror para usted —musitó Lucy mirándole a los ojos y con los labios crispados por la compasión.

—Se habría enterado de todo si hubiera leído el periódico la semana pasada —dijo Wemyss, más tranquilo. Le había sentado bien sacarlo todo y hablar de ello.

Bajó la mirada hacia el rostro alzado de Lucy, sus ojos horrorizados y sus labios crispados.

—Ahora háble*me* de usted —dijo, sintiéndose algo culpable. Era imposible que lo que le hubiera pasado a ella fuera tan horrible como lo suyo, pero ella acababa de recibir el golpe. El desastre constituía el terreno común en el que se habían conocido, la Muerte misma los había presentado.

—¿Acaso es la vida… solo muerte? —susurró, clavando en él esos ojos horrorizados.

Antes de que pudiera responderle —con la única respuesta correcta que, evidentemente, no lo era, que él y ella eran solo víctimas de una injusticia especialmente monstruosa, o al menos él, ya que su padre probablemente habría tenido una muerte normal en su cama—, las dos mujeres salieron de la casa y avanzaron por el camino que llevaba a la verja con pasitos discretos. El sol bañaba sus figuras sobrias y su decorosa ropa negra, que se guardaba para este tipo de ocasiones como muestra de respeto y apoyo.

Una de ellas vio a Lucy bajo la morera, dudó un instante y cruzó por el césped rezumando prudencia en cada uno de sus pasos delicados.

—Viene alguien a hablar con usted —dijo Wemyss, ya que Lucy estaba de espaldas al camino.

Lucy se sobresaltó y miró a su alrededor.

La mujer se acercó dudosa, con la cabeza inclinada a un lado, las manos juntas y una pequeña sonrisa que pretendía transmitirle ánimo y comprensión.

—El caballero ya está listo, señorita —dijo con voz suave.

CAPÍTULO 3

Durante todo ese día y el siguiente, Wemyss fue la torre fuerte de Lucy y su refugio. Se ocupó de todo lo relacionado con la parte más administrativa de la muerte, esa miserable perversidad que se añadía de manera tan sombría a la carga del doliente para terminar de aplastarlo. Si bien es cierto que el médico era amable y estaba dispuesto a ayudar, era un completo desconocido; Lucy no lo había visto hasta esa mañana, cuando habían tenido que llamarlo, y había otras cosas de las que tenía que encargarse además de ella —sus propios pacientes, repartidos aquí y allá por la solitaria campiña—. Wemyss no tenía que encargarse de nada. Podía dedicarse plenamente a Lucy. Y era su amigo, unido a ella de forma tan extraña y poderosa mediante la muerte. A Lucy le parecía que lo conocía de toda la vida. Le parecía que, desde el inicio de los tiempos, habían estado avanzando juntos de la mano hacia ese preciso lugar, hacia esa precisa casa y ese jardín, hacia ese preciso año, ese agosto, ese preciso instante de la existencia.

Wemyss llenó con bastante naturalidad el hueco que le correspondería a un pariente masculino cercano, de haberlo, y fue tal el alivio que sintió al tener algo que hacer, algo práctico e inmediato, que se entregó a los preparativos funerarios con un afán y una energía tan insólitos que uno podría llegar a creer que los estaba disfrutando. Recién salido del horror de los otros preparativos, empañados por el silencio de sus amistades y las miradas esquivas de los vecinos —todo por culpa de los idiotas del jurado y sus dudas, así como por el rencor que le guardaba esa mujer por haberse negado a subirle el sueldo el mes anterior, concluyó Wemyss—, lo de ahora le resultaba tan simple y claro que de verdad le parecía un placer. No había agobios ni preocupaciones; solo una chiquilla agradecida. Después de cada visita productiva a la funeraria —e hizo más de una en su afán—, volvía al lado de

Lucy, y ella le estaba agradecida, y no solo eso, sino que se la veía indudablemente contenta por su regreso.

Él notó que a Lucy no le gustaba cuando se iba debido a sus diversas gestiones, alejándose con pasos resolutivos por la zona del acantilado, tan distinto ya de la persona miserable e indigna que recientemente se había arrastrado por ese mismo lugar intentando matar el tiempo. Notó que no le gustaba. Lucy sabía que Wemyss debía irse; de hecho, se lo agradecía y le expresaba sin tapujos su gratitud —Wemyss no creía haber conocido a nadie tan abiertamente agradecido— por sus diligentes idas y venidas, pero no le gustaba. Él se dio cuenta, vio que Lucy se aferraba a él, y eso le complacía.

—No tarde mucho —murmuraba Lucy cada vez, mirándolo con ojos suplicantes.

Y al volver, al estar de nuevo ante ella secándose la frente, cosechado el éxito de haber progresado un paso más con los preparativos para el funeral, el rostro de la chica tomaba más color y sus ojos parecían los de una niña perdida en la oscuridad cuando ve llegar a su madre con una vela. Vera nunca lo miró así. Vera jamás había apreciado tanto todo lo que hacía por ella.

Naturalmente, Wemyss no iba a permitir que la pobre chiquilla durmiera sola en esa casa con un cadáver. Además, estaba convencido de que esos sirvientes que venían con el alquiler de la casa y que no la conocían ni a ella ni a su padre se irían poniendo nerviosos a medida que cayera la noche y echarían a correr hacia el pueblo. Así pues, a eso de las siete, recogió sus cosas del tosco hotel de la caleta y anunció que pretendía pasar la noche en el sofá del salón. Había almorzado con ella, había tomado el té con ella y ahora iba a cenar con ella. Wemyss no se podía ni imaginar qué habría hecho sin él.

Consideró que estaba gestionando el tema del sofá del salón con delicadeza y tacto. Bien podría haber reclamado la cama del cuarto de invitados, pero no pretendía aprovecharse en lo más mínimo de la situación de la pobre chiquilla. Los sirvientes, que supusieron que Wemyss era alguien de la familia desde que lo vieron por primera vez, con su gran estatura y su mediana edad, cuando tomó a la señorita de la mano bajo la morera, no acababan de entender por qué tenían que preparar una cama en el salón cuando ya había dos

habitaciones libres con camas en el piso de arriba, pero se limitaron a obedecer, deduciendo que sería por un tema de miramientos y puertas francesas. Lucy, al saber que Wemyss iba a pasar allí la noche, le estuvo sumamente agradecida, tanto que los ojos, rojos por las oleadas de dolor que la habían estado azotando a intervalos toda la tarde —esto es desde que la imagen de su padre muerto, tumbado en la cama, tan lejos de ella, tan absorto, según parecía, en una especie de profunda circunspección, había logrado descongelarla y la había arrojado a un océano de llanto desconsolado—, se le llenaron de lágrimas.

—Oh —murmuró—, qué bueno es usted…

Wemyss se había ocupado de pensarlo todo por ella y, entre sus visitas a la funeraria por los preparativos, al médico por el certificado y al pastor por el entierro, había telegrafiado a su única pariente, una tía, había mandado la necrológica al Times e incluso le había hecho notar que llevaba puesto un vestido azul y le había preguntado si no debería ponerse uno negro. Ahora, esta última muestra de consideración pudo con ella.

Lucy había estado anticipando la llegada de la noche con terror, tanto que casi ni se atrevía a pensar en ello; cada vez que Wemyss salía a hacer algún recado, se le hacía un nudo en el estómago al imaginar el momento exacto del anochecer en el que se iría para no volver y la dejaría sola, totalmente sola en esa casa silenciosa, con esa cosa extraña, fascinante y reconcentrada que había sido su padre en el piso de arriba. Ya podía pasarle cualquier cosa, ya podía ser presa de cualquier miedo, de cualquier peligro durante la noche, que su padre no la oiría, no lo sabría, seguiría ahí tumbado tranquilo, tranquilo…

—¡Qué bueno es usted! —le dijo a Wemyss mientras los ojos rojos se le llenaban de lágrimas—. ¿Qué habría hecho yo sin usted?

—¿Y qué habría hecho yo sin usted? —le respondió él.

Se miraron a los ojos, asombrados ante esa clase de vínculo que los unía, tan íntimo, convencidos de que una fuerza superior había permitido que se encontraran milagrosamente en el punto álgido de su desesperación y que pudieran salvarse el uno al otro.

Estuvieron sentados al borde del acantilado hasta incluso después de que las estrellas cubrieran el cielo. Wemyss fumaba mientras hablaba en voz baja, por la noche y el silencio y el

momento, sobre su vida y la sana tranquilidad que la había caracterizado día tras día hasta hacía una semana. No podía comprender por qué motivo se había interrumpido esa tranquilidad de forma tan cruel. No es que se lo mereciera. Wemyss desconocía si había alguien en el mundo que se pudiera autoproclamar buena persona sin faltar a la verdad, pero él sí que podía afirmar justamente que nunca le había causado ningún daño a nadie.

—Oh, pero usted sí que es buena persona —dijo Lucy con una voz que la noche, el silencio y el momento dotaban de algo más que simple amabilidad, vibraba, además, con sentimiento, era encantadora en su seriedad, en su simple certeza—. Estoy segura de que siempre ha sido bueno —añadió—, bueno y amable. Solo puedo imaginarlo como una ayuda y un consuelo para todo el mundo.

Y Wemyss dijo que, bueno, se había esforzado y había intentado serlo, y eso era más de lo que la mayoría podía decir, pero si había que juzgar por lo que…, bueno, por lo que la gente le había dicho, a veces parecía que no le había salido muy bien, y a menudo, muchas veces, lo habían herido profundamente al malinterpretarlo.

Y Lucy preguntó cómo era posible malinterpretarlo a él, que poseía una bondad tan cristalina y una amabilidad tan clara.

Y Wemyss dijo que sí, que uno podría pensar que era alguien bastante fácil de entender, era una persona muy natural y simple que lo único que había querido en su vida era paz y tranquilidad. No era mucho pedir. Vera…

—¿Quién es Vera? —preguntó Lucy.

—Mi esposa.

—Ay, no —exclamó Lucy conmocionada, tomando la mano de Wemyss entre las suyas con sumo cuidado—. No hable de eso esta noche…, no piense en ello. Cómo desearía poder encontrar las palabras necesarias para consolarlo…

Y Wemyss dijo que no necesitaba palabra alguna, que solo con estar allí con él, permitiéndole ayudarla, y con no haber estado nunca antes involucrada en ninguna parte de su vida era suficiente.

—Somos como dos críos, ¿verdad? —dijo Wemyss con una voz como la de ella, preñada de sentimiento—. Dos críos asustados e infelices, amarrados el uno al otro en medio de las tinieblas.

Y así fueron hablando, en voz baja como quienes están en un lugar sagrado, sentados los dos mirando ese mar reflejo de las

estrellas mientras los iban envolviendo el fresco, la oscuridad y el aroma dulce que desprendía la hierba después de un día tan caluroso, mientras las olas mansas golpeaban perezosas los guijarros de la playa lejana bajo sus pies, hasta que Wemyss dijo que se había hecho muy tarde y que ella, pobrecilla, debía de necesitar un buen descanso.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó de improviso mientras se volvía hacia ella y examinaba el contorno suave y delicado de su rostro recortado en la noche.

—Veintidós —respondió Lucy.

—Pareciera que tiene doce —le dijo—, si no fuera por las cosas que dice.

—Es por mi pelo —apuntó Lucy—. A mi padre le…, le gustaba…

—Pare —dijo Wemyss, cogiéndola de la mano—. Pare, no vuelva a llorar. No llore más por hoy. Venga, vayamos adentro; hace ya rato que debería estar durmiendo.

La ayudó a levantarse, y, cuando los alcanzó la luz del vestíbulo, Wemyss pudo comprobar que esta vez había conseguido contener las lágrimas.

—Buenas noches —dijo Lucy después de que Wemyss le encendiera una vela—. Buenas noches y que Dios le bendiga.

—Que Dios la bendiga a usted —dijo él solemnemente, apretando la mano de Lucy entre las suyas propias, grandes y cálidas.

—Ya lo ha hecho —respondió Lucy—. Sí, ya lo ha hecho al ponerle a usted en mi camino —añadió con una sonrisa.

Era la primera vez desde que la conocía (y le daba la sensación de que se conocían desde siempre) que la veía sonreír, y se quedó asombrado por el gran cambio que eso producía en su cara demacrada y manchada.

—Vuelva a hacer eso —le dijo con los ojos clavados en ella y sin soltarle la mano.

—¿El qué? —preguntó Lucy.

—Sonreír —dijo Wemyss.

Entonces Lucy se rio, pero el sonido que su risa provocó en la casa, tan silenciosa y amenazante, le hizo estremecerse.

—Oh —musitó, y se detuvo de golpe, paralizada por la vergüenza que le había causado ese sonido.

—Recuerde que debe irse a la cama y no pensar en nada —le ordenó Wemyss mientras Lucy subía las escaleras a paso lento.

Y así lo hizo: se durmió al instante, exhausta pero protegida, como un bebé que hubiera llorado hasta la saciedad y por fin estuviera entre los brazos de su madre.

CAPÍTULO 4

Todo eso, sin embargo, terminó al caer la tarde del día siguiente con la llegada de la señorita Entwhistle, la tía de Lucy.

Wemyss se retiró a su hotel de nuevo y no volvió a aparecer hasta la mañana siguiente para que Lucy tuviera tiempo de darle a su tía las explicaciones necesarias sobre él, pero, o bien la tía no estaba muy atenta, como cabría esperar en las circunstancias en las que se había encontrado tan de golpe y de forma tan desagradable, o bien las explicaciones de Lucy no fueron muy precisas, ya que la señorita Entwhistle parecía creer que Wemyss era un amigo de su querido Jim, uno de los muchos amigos de su queridísimo hermano, y aceptó sus servicios con naturalidad y a él, con emoción, cariño y nostalgia.

Wemyss se convirtió de inmediato en su pilar, así como en el de Lucy. Y ella, por su parte, se aferró a él. Donde antes se le aferraba una, ahora se le aferraban dos, lo que puso fin a aquellas charlas a solas con Lucy. Ni una vez volvió a ver a Lucy a solas antes del funeral, pero al menos, como la señorita Entwhistle no podía pasar sin él, no tuvo que soportar más horas de soledad. Todas sus comidas, a excepción del desayuno, tenían lugar en la casita del acantilado; al atardecer, fumaba en su pipa bajo la morera mientras la señorita Entwhistle rememoraba viejos tiempos, y Lucy, sentada tan cerca de él como le era posible, no decía nada.

Siguiendo las recomendaciones del médico, se apresuraron a celebrar el funeral, pero ni la poca antelación ni la distancia evitaron que los amigos de James Entwhistle acudieran al evento. La pequeña iglesia de la caleta estaba a rebosar; el hotelito era una masa de gente seria y preocupada. Wemyss, que lo había organizado todo y se había desvivido por ellas, quedó difuminado entre la multitud. Nadie se percató de su presencia. No conocía —afortunadamente, pensó, estando tan frescas aún las noticias de la

semana pasada entre el público— a ninguno de los amigos de James Entwhistle. Aquella ola de dolientes lo alejó completamente de Lucy por veinticuatro horas, y durante el servicio en la iglesia solo pudo entrever a lo lejos, desde su asiento cercano a la puerta, su cabecita gacha en los bancos de la primera fila.

Volvía a sentirse terriblemente solo. Normalmente no habría aguantado ni dos minutos en la iglesia, ya que una sana impaciencia le hacía aborrecer las ceremonias de la muerte, pero se consideraba, por así decirlo, el director de esa ceremonia en concreto y sentía suyo ese funeral con una peculiar intimidad. Hacía que se sintiera orgulloso. Teniendo en cuenta el poco tiempo del que había dispuesto, era realmente digna de admirar su manera de gestionarlo todo, de hacer que las cosas transcurrieran como una seda. Pero mañana… ¿Qué pasaría mañana, cuando toda esta gente se hubiera ido otra vez? ¿Se llevarían a Lucy y a su tía con ellos? ¿Volverían a cerrar la casa de allí arriba y a dejarle a él, a Wemyss, solo de nuevo con sus amargos y deprimentes recuerdos? Como era evidente, no se quedaría en ese sitio si Lucy se iba, pero allá donde fuera, Wemyss se sentiría vacío sin ella, sin su agradecimiento y amabilidad, sin tenerla aferrada a él. Dar consuelo y recibirlo, a eso se habían estado dedicando los últimos cuatro días, y no podía evitar pensar que ella se sentiría tan vacía sin él como él sin ella.

De noche, bajo la morera, mientras su tía hablaba con voz suave y triste del pasado, Wemyss alguna vez había puesto su mano sobre la de Lucy, y ella nunca había retirado la suya. Así habían estado, contentos de darse la mano, consolándose. Le parecía que Lucy había depositado en él la confianza de una niña, esa seguridad y ese saber que todo iba a ir bien. Eso lo emocionaba y lo enorgullecía, y cada vez que la cara de Lucy se iluminaba al verlo llegar, Wemyss sentía que una especie de calidez lo invadía. La cara de Vera nunca había hecho eso. En quince años, Vera no fue capaz de comprenderlo como esa chica lo había hecho en menos de un día. Y su manera de morir… No tenía sentido andarse con rodeos con uno mismo; estaba claro que su manera de morir había estado directamente relacionada con su manera de vivir: su indiferencia ante los demás y ante cualquier cosa que se le dijera por su bien; su determinación de hacer lo que le apeteciera, de asomarse a ventanas peligrosas, por ejemplo, si así lo deseaba; su completa

despreocupación y falta de reflexión… ¡E infligirle a él un horror tan grande, tan imposible de olvidar, además de un desasosiego e infelicidad constantes al ignorar sus advertencias, sus órdenes de hecho, sobre esa ventana! Si uno analizaba el asunto fríamente, el desdén hacia los deseos y los sentimientos de los demás resultaba más que evidente.

Durante el servicio funerario, sentado en la iglesia con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro endurecido por tales pensamientos, de repente vislumbró a Lucy. El sacerdote avanzaba por el pasillo en dirección al exterior precediendo el féretro, y Lucy y su tía iban justo detrás.

> Es efímera la vida del hombre y plagada de penas.
> Apenas brota y lo arrancan, como a una flor;
> no es sino una sombra que nunca descansa…

La voz triste y desilusionada del sacerdote recitaba estas hermosas palabras mientras caminaba. El sol de media tarde que entraba por la ventana y la puerta oeste, abierta de par en par, se derramaba en su cara y en la de la procesión, que parecía avanzar en blanco y negro, ropa negra, caras blancas.

La de Lucy era la más blanca de toda; cuando Wemyss la vio, destensó el rostro y sintió que se le ablandaba el corazón. Entonces, salió impulsivamente del cobijo de la sombra, se unió a ella con osadía y caminó a su otro lado, encabezando la procesión; luego, en el momento horrible en el que se echó la primera tierra sobre el ataúd, tomó la mano de Lucy delante de todos, la apoyó en su brazo y la mantuvo ahí, apretándola.

Nadie se sorprendió al verlo ahí con ella. Se daba bastante por sentado. Estaba claro que era un pariente del pobre Jim. Tampoco se sorprendieron cuando Wemyss, sin soltar a Lucy, la acompañó del brazo hasta su casa del acantilado, como si fuera el doliente principal, mientras la tía los seguía desde más atrás acompañada de otra gente.

Wemyss no habló con Lucy ni la estorbó con intentos de llamar su atención, en parte porque estaban subiendo por una cuesta bastante inclinada y no estaba acostumbrado, pero también porque sentía que él y ella, aislados del mundo por sus miserias, se entendían sin necesidad de mediar palabra. Al llegar a la casa,

fueron los primeros en llegar desde la iglesia, como si —no pudo evitar pensarlo— volvieran de su boda, le dijo con voz firme que subiera directamente a su habitación a tumbarse, y Lucy le hizo caso con la dulce obediencia de quienes confían ciegamente.

—¿Quién es ese? —preguntó el hombre que estaba ayudando a la señorita Entwhistle a subir la cuesta.

—Oh, un amigo de toda la vida de mi querido Jim —sollozó. Había estado sollozando sin parar desde que se pronunciaron las primeras palabras en el entierro y no parecía que fuera a dejar de hacerlo—. El s-señor

Wem-m…,

Wemyss…

—¿Wemyss? No me suena haberlo visto nunca con Jim.

—Oh…, es un amigo de toda la v-v-vida… —Sollozó la pobre señorita Entwhistle, totalmente desconsolada.

Wemyss, aún en su papel de doliente principal, fue el único al que se invitó a pasar la tarde en la casa del difunto.

—No me extraña —dijo la señorita Entwhistle durante la cena, esforzándose por aguantarse los sollozos— que mi querido hermano lo tuviera en tan alta estima. Ha sido una ayuda y un consuelo tan grandes para nosotras…

Ni Wemyss ni Lucy la corrigieron. Al fin y al cabo, ¿qué más daba? Lucy, agotada por las emociones, con la mente exhausta por lo que había vivido en los últimos cuatro días, estaba inclinada sobre la mesa y solo pensó que, si su padre hubiera conocido a Wemyss, seguro que sí lo habría tenido en muy alta estima. Pero no se habían llegado a conocer por…, por solo tres horas, y este maravilloso amigo iba a ser la primera cosa buena que no iba a poder compartir con él. Wemyss, por su parte, era de la opinión de que, si la gente se ponía a sacar conclusiones, allá ellos. Tampoco es que pudiera ponerse a dar explicaciones a medio cenar, mientras la criada iba sirviendo la comida y los escuchaba.

Sin embargo, cuando la señorita Entwhistle, con lágrimas en los ojos, se preguntó —estaba comiendo manjar blanco, el último de una serie de platos fríos y pálidos con los que la creativa cocinera, una mujer de origen celta, había expresado su respeto por la ocasión— si, al leerse el testamento, se iba a descubrir que Jim había dejado al señor Wemyss a cargo de la pobrecilla Lucy, se

produjo una situación incómoda.

—Yo soy…, madre mía, qué difícil es hablar en pasado…, yo era la única familia de mi hermano. La nuestra es…, era una familia muy reducida, y, naturalmente, ya no soy tan joven como antes. Jim y yo solo nos llevamos…, llevábamos un año de diferencia y puede que en cualquier momento yo también me…

Fue entonces cuando a la señorita Entwhistle se le escapó un sollozo y tuvo que dejar la cuchara sobre la mesa.

—… Me vaya —terminó, después de un momento en el que los otros dos habían guardado silencio; luego prosiguió, ya más recompuesta—. Cuando eso ocurra, la pobre Lucy no va a tener a nadie, a menos que Jim ya hubiera pensado en eso y hubiera nombrado un tutor. Espero y deseo que ese sea usted, señor Wemyss.

Ni él ni Lucy soltaron prenda. La criada seguía allí y, de todos modos, no tenía sentido dar ahora explicaciones que habrían tenido que ofrecerse cuatro días antes.

Entonces se sirvió un queso blanco como un cadáver —un producto local, probablemente, ya que Wemyss no había visto ningún queso parecido a ese en su vida— y la cena terminó con tazas de café frío y negro como el carbón. Todas estas muestras de apoyo de la cocinera, pensadas al detalle, se les pasaron por alto a los comensales, que no repararon en ninguna, o, al menos, no del modo en que la cocinera había esperado. Wemyss estaba un poco disgustado con el café frío. Se había comido las demás cosas pastosas con la paciencia de un santo, pero después de cenar le gustaba tomarse el café caliente, y eso de servirlo frío era nuevo para él. Le resultó sorprendente que ninguna de sus acompañantes se diera cuenta. Aunque, bueno, era cierto que las mujeres no tienen una sensibilidad muy desarrollada para la comida, en el mejor de los casos, no tienen ni idea, y en el peor, son insoportables. Vera había sido muy irritante en este sentido; al final, había acabado encargándose de pedir las comidas y contratar a los cocineros él mismo.

Se levantó de la mesa para abrirles la puerta a las dos damas. Estaba helado por dentro, como un témpano. Cuando, al fin, se quedó solo ante un plato de ciruelas oscuras y un decantador lleno de vino de aspecto siniestro que evitó porque, al cogerlo, oyó un

tintineo de cubitos de hielo, hizo sonar la campanilla tan sutilmente como pudo y le preguntó a la criada en un susurro, pues las puertas francesas que daban al jardín estaban abiertas y en el jardín estaban Lucy y su tía, si en esa casa tenían algo que se pareciera a un *whisky* con soda.

La criada, una muchacha agraciada que estaba mucho más a gusto, como ella misma reconocía, entre hombres que entre mujeres, se lo trajo y le preguntó si le había gustado la cena.

—Para nada —soltó Wemyss, que tenía una opinión muy formada en ese aspecto.

—Por supuesto —dijo la criada asintiendo con comprensión—. Por supuesto.

La criada le explicó entonces, también entre susurros y con un ojo puesto en la puerta abierta, que esa no había sido una cena normal y corriente, que no se había preparado para su disfrute, sino que era el homenaje de la cocinera a su difunto señor en el día de su entierro, señor a quien habían conocido solo una semana, era triste decirlo, pero con quien ambas se habían encariñado al momento por su amabilidad y su trato fácil.

Wemyss la escuchaba mientras daba sorbos reconfortantes a su bebida y se fumaba un cigarro.

Muy distinta habría sido la cena, prosiguió la criada, que parecía encantada de charlar, si a la cocinera le hubiera caído mal el pobre señor. De hecho, en una casa donde ella y la cocinera habían trabajado juntas y cuya señora falleció justo cuando la cocinera habría empezado a extrañarse por su tardanza en una situación normal, pues era deshonesta e impuntual a más no poder, además de no saber cuál era su lugar —no se la podía considerar una señorita bajo ningún concepto—, cuando falleció, no de golpe como este pobre hombre, sino lentamente, el día de su funeral la cocinera preparó una cena impensable; ella era así, caprichosa. Fue una suerte que la familia no leyera entre líneas, porque empezó con besugo frito… La criada hizo una pausa, su mirada ansiosa fija en la ventana. Wemyss se quedó mirándola.

—¿Besugo, dices? —preguntó Wemyss, mirándola.

—Sí, señor. Besugo frito. A mí tampoco me pareció raro, al principio. La cocinera dijo que la clave estaba en el doble sentido. Y el siguiente plato fue… —Llegados a este punto, su voz resultaba

casi inaudible— costillas picantes.

Hacía prácticamente dos semanas que al rostro de Wemyss no asomaba ni un amago de sonrisa, y ahora, horrorizado por lo que pudieran pensar las dos mujeres de luto que se encontraban en el jardín, soltó una risotada espantosa sin previo aviso. Él mismo era consciente de lo abominable que había sonado.

El ruido que hizo también horrorizó a la criada, que corrió a cerrar la puerta apresuradamente. Wemyss, que intentaba cortar en seco esa cosa espantosa, se ahogaba y tosía con la servilleta en la cara y el cuerpo retorcido. Estaba muy rojo y la criada lo observaba aterrada. Al principio, le había parecido que se reía, pero no podía entender lo que el tío Wemyss —así se referían a él cuando conversaban en la cocina— encontraba gracioso en la venganza de la cocinera, a la misma criada se le habían puesto los pelos como escarpias al escuchar esa historia por primera vez. Sin embargo, ahora creía que no es que se estuviera riendo, sino que se encontraba mal de una forma, por así decirlo, robusta. El miedo se apoderó de ella, que aún tenía la muerte muy presente: ¿no estaría presenciando otro futuro cadáver debatiéndose compulsivamente tras la servilleta? Fue a abrir la puerta tan apresuradamente como la había cerrado antes y salió al jardín, presa del pánico, a buscar a las señoritas.

Eso curó a Wemyss. Se levantó de golpe, dejó ahí su cigarro a medio fumar y su *whisky* a medio terminar, y siguió a la criada hacia fuera. Llegó justo a tiempo de encontrar a Lucy y a su tía volviendo rápidamente del jardín.

—Me he atragantado —dijo secándose los ojos, llenos de lágrimas.

—¿Se ha atragantado? —repitió nerviosa la señorita Entwhistle —. Hemos escuchado un ruido de lo más extraño…

—Era yo atragantándome —dijo Wemyss—. No se preocupen, estoy bien —añadió para Lucy, que lo miraba con el rostro lleno de preocupación.

Fue entonces cuando decidió que ya no podía tolerar ni un minuto más esa atmósfera de muerte y entierros. Sintió la necesidad de reaccionar, y él era un hombre de reacciones fuertes. Quería alejarse de la congoja, volver a estar con gente alegre, normal, en un ambiente en el que la risa no se considerara un sonido

inapropiado. Sentía que se hundía en un pantano oscuro, que no le permitían salir a respirar a la superficie, primero el feo asunto de Vera, y ahora, esta familia desconsolada.

La reacción de Wemyss llegó de golpe y con violencia, exacerbada por la historia de la criada. Los ojos hinchados de la señorita Entwhistle lo molestaban. No tenía paciencia ni para la cara patética de Lucy. Todo esto era contra natura. No se debería permitir que esto siguiera, y ciertamente no se debería incentivar. Solo Dios sabía cuánto había sufrido, cuánto más había sufrido él que las Entwhistles con su tristeza perfectamente normal y si él era capaz de ver que ya iba siendo hora de distraerse un poco, seguro que ellas también podían verlo. Estaba harto de funerales. Este lo había dirigido de forma excelente de principio a fin, pero ahora ya se había acabado y le apetecía volver a la normalidad. La muerte le parecía del todo anormal. El hecho de que todo el mundo muriera solo una vez dejaba bien claro lo excepcional que era, pensaba Wemyss, muy fastidiado con el tema. ¿Por qué no podían irse él y las Entwhistle a algún sitio mañana, lejos de todo esto, irse un tiempo a un lugar alegre donde nadie los conociera, donde nadie esperara que anduvieran todo el día como almas en pena? ¿A Ostende, por ejemplo? Su simpatía y su amabilidad se habían desvanecido momentáneamente. Le indignaba que, bajo ciertas circunstancias, uno debiera sentirse tan culpable por una carcajada como por un crimen. Una persona natural como él tenía una manera sana de ver las cosas. Lo correcto y lo saludable era no pensar en las calamidades, quitárselas de la cabeza. Si la costumbre, ese engendro de la crueldad y la hipocresía, insistía en que uno debía restregarse con sus propias desgracias y forzarse a sufrir por ellas, en que uno tenía un comportamiento loable solo en la medida en que mostrara su dolor en público, si la costumbre insistía en eso —y realmente lo hacía, como Wemyss mismo había podido comprobar desde el accidente de Vera—, entonces había que desafiarla. Había descubierto que no podía desafiarla él solo y había acabado aislado y desdichado en su intento, pero ahora que tenía a Lucy y a su tía como amigas de confianza que lo respetaban, que no dudaban de él ni lo criticaban, la situación le parecía diferente. Volvía a tener la mente despejada, tan sana como había estado siempre hasta el traumático asunto de Vera.

—Me gustaría que tuviéramos una pequeña charla —dijo Wemyss mirando las dos menudas figuras negras y sus caras serias y agotadas, que se estaban volviendo sombrías y fantasmagóricas bajo la luz menguante del jardín.

—¿Conmigo o con Lucy? —preguntó la señorita Entwhistle.

Para entonces, ambas estaban pendientes de sus posibles deseos y lo miraban con el mismo fervor con el que lo harían un par de cachorros.

—Con usted y con Lucy —respondió Wemyss con una sonrisa. Viendo sus caras, era más consciente que nunca de que él era el hombre y estaba al mando.

Era la primera vez que la llamaba Lucy. A la señorita Entwhistle le pareció algo natural, pero Lucy se sonrojó complacida y tuvo una vez más la agradable sensación de estar a salvo, protegida. A pesar de lo triste que se sentía al final de ese día tan triste, pudo reparar en lo bonito que sonaba su nombre normal y corriente en la voz de ese hombre tan amable. Se preguntó cómo se llamaría él, esperaba que fuera un nombre que le hiciera justicia. No algo como Albert, por ejemplo.

—¿Quiere que pasemos al salón? —preguntó la señorita Entwhistle.

—¿Y si vamos a la morera? —replicó Wemyss, que naturalmente estaba deseando sostener la pequeña mano de Lucy entre las suyas y sabía que eso solo le sería posible a oscuras.

Y allí se sentaron como lo habían hecho otras noches: Wemyss en medio y la mano de Lucy, cuando la luz disminuyera lo suficiente, reposaría cómodamente en la suya.

—A esta niña —comenzó— le tiene que volver el color al rostro.

—Sí, claro que sí —convino la señorita Entwhistle con la voz entrecortada por la simple mención de la palidez de Lucy, y, por consiguiente, lo que la había causado.

—Y dígame, ¿cómo planea conseguirlo? —preguntó Wemyss.

—Con el tiempo. La señorita Entwhistle tragó saliva.

—¿Con el tiempo?

—Y con paciencia. Debemos esperar…, ambas tenemos que ser pacientes y esperar a que el tiempo suavice…

La señorita Entwhistle sacó su pañuelo apresuradamente.

—No, no —dijo Wemyss—, no estoy de acuerdo. No es ni

natural ni razonable prolongar el sufrimiento. Disculpe si le hablo con franqueza, señorita Entwhistle, pero no sé hacerlo de otro modo, no está bien regodearse, sí, regodearse, en el sufrimiento. Más que ser paciente, uno debería impacientarse. Uno no debería esperar con resignación a que el tiempo lo cure, uno debería coger el tiempo por los pelos. En casos como este, y créame, sé de lo que hablo —fue aquí cuando posó la mano que le quedaba más lejos de la señorita Entwhistle sobre la de Lucy, con delicadeza; ella dio un respingo y se le acercó un poco más—, por respeto a sí mismo, uno debe levantarse y luchar. Uno debe aspirar a ser valiente, tenaz…, un ejemplo, en definitiva.

Ah, era realmente maravilloso, pensó Lucy; tan grande, tan osado, tan sencillo y tan recientemente víctima de la peor de las catástrofes. Solo su forma de hablar ya denotaba fortaleza. Su padre y sus amigos nunca habían hablado así. Cuando ellos hablaban, sus palabras correteaban por la habitación veloces y luminosas como fuego líquido. Era habitual que ella no los entendiera del todo hasta que más tarde, cuando le preguntaba a su padre, él se lo explicaba en términos más comprensibles, siempre deseoso de compartirlo con ella y ayudarla a entender. El discurso de Wemyss sí podía entenderlo sin problema. Cuando hablaba, no tenía que hacer esfuerzos ni escuchar con toda su voluntad, apenas tenía que pensar. Esto le daba muchísima paz en su estado actual.

—Sí —murmuró la señorita Entwhistle tras su pañuelo—, sí, tiene usted razón, señor Wemyss. Una debería…, sería más…, más heroico. Pero claro, si una…, si una ha querido a alguien con todo su corazón…, como yo quise a mi hermano…, y Lucy a su adorado padre… —Se detuvo y se secó las lágrimas—. Puede que usted no haya…, no haya perdido nunca a nadie a quien amara de verdad —terminó.

—Oh —musitó Lucy ante esa afirmación, y se acercó aún más a Wemyss.

Wemyss se sentía herido en lo más hondo. ¿Cómo podía pensar la señorita Entwhistle que nunca había amado a nadie de verdad? En retrospectiva, a él le parecía que había amado mucho. Desde luego, con Vera había sido el amante más devoto hasta que ella misma consiguió desgastarlo. Indignado, se preguntó qué sabría de amor esa solterona.

Pero entonces notó la manita de Lucy, tan dependiente y comprensiva, acunada en la suya. Y se calmó.

Hubo una pausa. Luego, taciturno, dijo:

—Mi esposa murió hace solo dos semanas.

—¡Oh! —La señorita Entwhistle se quedó destrozada—. Le pido que me perdone…

CAPÍTULO 5

Aun así, no pudo convencerla para que ella y Lucy se fueran con él de viaje al extranjero. Estaba empeñada en hacer y decir todo lo posible para mostrarle que lo apoyaba en su pérdida —Wemyss no le había dado ningún detalle más allá del hecho en sí, y ella no era muy dada a leer sobre investigaciones judiciales— y que estaba en deuda con él porque, a pesar de cargar con su propia desdicha, se había volcado en ayudarlas con la suya con tanta entrega y generosidad, pero no se iría de viaje. Se iría, le dijo, a su casita de Londres con Lucy.

—¿Cómo, en agosto? —exclamó Wemyss.

Sí, allí iban a estar tranquilas y les vendría bien porque ambas se sentían exhaustas y solo deseaban estar a solas.

—Entonces, ¿por qué no se quedan aquí? —preguntó Wemyss, que empezaba a creer que la tía de Lucy era una egoísta—. Después de todo, aquí es fácil estar a solas.

No, ambas consideraban que no podrían soportar quedarse en esa casa. A Lucy le convenía ir al sitio que menos le recordara a su padre. Sí, sí, era lo mejor. Comprendía y apreciaba en gran medida los maravillosos y desinteresados motivos por los que Wemyss había sugerido ir al continente, pero tanto ella como Lucy se encontraban en un estado en el que la idea de un hotel con camareros y una banda les resultaba inconcebible; lo único que querían era arrastrarse hasta la calma y la soledad de su nidito.

—Como pájaros heridos —dijo la pobre señorita Entwhistle mirándolo con una expresión lastimosa que era la viva imagen de un cachorro levantando una patita lastimada.

—No es bueno que Lucy crea que es un pájaro herido —dijo Wemyss esforzándose para disimular su descontento.

—Debería venir a vernos a Londres y hacernos sentir valientes —dijo la señorita Entwhistle con una sonrisa llorosa.

—Puedo verlas mejor y con menos complicaciones si se quedan aquí —insistió Wemyss.

Pero la señorita Entwhistle, a pesar de sus lágrimas, estaba decidida. Se negaba a quedarse donde tan convenientemente se hallaba. Wemyss, llegados a este punto, pensaba que la tía de Lucy era no solo egoísta, sino testaruda. También la consideraba una desagradecida. Se había aprovechado de él y ahora pretendía dejarlo abandonado sin pensárselo dos veces.

Empezaba a estar harto de la señorita Entwhistle. Durante los dos días que siguieron al funeral, Lucy se volvió prácticamente invisible, pues estaba ocupada recogiendo y empaquetando las pertenencias de su padre. Wemyss se quedaba esperándola en el jardín, no sabía con certeza cuándo iba a terminar Lucy y no quería que se le escabullera si salía de la casa en algún momento. Por supuesto, la señorita Entwhistle, que no podía ayudarla —nadie podía ayudarla con esas tareas tan dolorosas—, le hacía compañía.

Esos dos días se le hicieron largos. La señorita Entwhistle sentía que a ella y a Wemyss los unía un fuerte vínculo; él opinaba lo contrario. Cuando lo sugirió, a Wemyss le costó mucho no contradecirla. No solo, según opinaba y contaba la señorita Entwhistle, los unía el vínculo con su querido Jim, a quien tanto habían amado ella y el señor Wemyss, sino también la comunión en su dolor: la pérdida de su esposa y la de su propio hermano con solo unos días de diferencia.

Wemyss no dijo nada al respecto.

A la señorita Entwhistle, que sentía tanta pena por él y que le estaba tan agradecida, le parecía natural bajar y tomar asiento a su lado al contemplarlo desde la ventana sentado a solas bajo la morera, como también le resultaba natural, al ver que Wemyss se levantaba —inquieto, era de suponer, por sus recuerdos— y empezaba a dar vueltas por el jardín, ponerse a dar vueltas ella también como muestra de apoyo. No podía permitir que ese hombre amable y de buen corazón —tenía que serlo si Jim lo había tenido en su círculo y, además, había podido comprobarlo ella misma por cómo las había ayudado a ella y a Lucy— sufriera su tristeza en soledad. Y su carga era doble, tenía dos pérdidas que llorar, pues había perdido tanto a su adorado Jim como a su pobre esposa.

Los Entwhistle eran gente compasiva; mientras estaban sentados

juntos o dando vueltas por el jardín, la señorita Entwhistle mantenía un flujo constante de cariñosa amabilidad. Wemyss fumaba en su pipa sin mediar palabra. Se ponía así cuando estaba intentando no perder los estribos. Evidentemente, la señorita Entwhistle no era consciente de este hecho y, como asumía que su silencio se debía a la falta de elocuencia que conlleva un profundo dolor, se sentía tan conmovida que habría hecho cualquier cosa por él, para liberar a esa pobre alma humilde de su sufrimiento; cualquiera menos ir a Ostende. Esa espantosa sugerencia aún hacía que se estremeciera. Tampoco iba a aceptar quedarse donde estaba, si bien él había seguido insistiendo incluso cuando ya habían terminado con todos los preparativos para irse de Cornualles.

Así pues, Wemyss concluyó a la fuerza que, efectivamente, era una egoísta y una testaruda, y, de no haber sido por los breves momentos en los que Lucy aparecía durante las comidas, le sonreía débilmente a través de su tristeza —se notaba que lo que estaba haciendo le causaba un gran pesar— y se le sentaba tan cerca como podía, esos dos días le habrían parecido insoportables.

Era cruel, pensaba mientras fumaba en silencio y mantenía la compostura, que una simple solterona lo alejara de Lucy, una simple tía, una tía soltera, claramente la pariente más débil e insignificante de todos. Era cruel que una persona como esa tuviera derecho a interponerse entre Lucy y él, a decir que no a todo lo que Wemyss propusiera, y, por lo tanto, que tuviera el poder de causarle infelicidad. La señorita Entwhistle era tan minúscula que podría habérsela quitado de encima de un solo guantazo; sin embargo, el monstruo de la opinión pública aparecía una vez más y lo forzaba a aceptar cualquier plan que ella escogiera para Lucy, aunque a él lo dejara desamparado. Y todo eso únicamente porque estaba unida a ella por ese anémico vínculo familiar.

Durante dos días mortales, mientras mataba el tiempo en ese jardín y sufría la desesperante plaga que era la señorita Entwhistle, las ventanas de la casa dejaban escapar sonidos de cajas que se movían y cajones que se abrían y cerraban, pero no había ni rastro de Lucy, salvo a la hora de comer. Habría podido soportarlo de no haber sabido que esos eran los últimos días que pasaría con ella, pero, siendo ese el caso, le parecía inhumano que lo dejaran solo con su miseria. ¿Por qué tenía que quedarse en aquella condición

por culpa de un montón de papeles y ropa? Wemyss se lo preguntaba y notaba que empezaba a estar bastante harto de Jim.

—Pero ¿aún no has terminado? —le preguntó el segundo día, mientras tomaban el té, cuando Lucy se levantó para volver dentro y dejarlo con la señorita Entwhistle otra vez, antes de que Wemyss pudiera siquiera acabarse su segunda taza de té.

—Ni se imagina la cantidad de trabajo que hay —dijo con voz cansada. Se quedó ahí plantada unos instantes con la mano apoyada en el respaldo de la silla de su tía—. Mi padre trajo consigo todas sus anotaciones y montones de cartas de gente a quien estaba consultando, y quiero hacerlo bien, dejarlas como a él le habría gustado…

La señorita Entwhistle levantó la mano y acarició el brazo de Lucy.

—Si no tuvieras tanta prisa en irte, podrías hacer esto más cómodamente y con más tiempo —dijo Wemyss.

—Oh, es que no quiero más tiempo —se apresuró en decir Lucy.

—Lucy quiere decir que no soportaría alargarlo más —dijo la señorita Entwhistle apoyando su fina mejilla en la manga de Lucy —. Estas cosas… le parten a una el alma. Y nadie puede ayudarla. Tiene que pasar por ello sola. —Le dio entonces un largo abrazo a Lucy y la acarició con cariño mientras a las dos se les volvían a llenar los ojos de lágrimas.

Siempre con las lágrimas, pensó Wemyss. Sí, siempre las habría mientras Lucy estuviera bajo la influencia de su tía. Ella era la que llevaba la batuta, se dijo mientras llenaba su pipa en silencio, después de que Lucy se fuera adentro.

Se levantó, cruzó la carretera después de salir por la verja y se detuvo a admirar el mar crepuscular. Si escuchaba pasos tras de sí y la señorita Entwhistle lo seguía incluso fuera del jardín, él seguiría adelante mirando hacia abajo hasta la taberna de la caleta, donde tendría que dejarlo en paz. Ya había tenido suficiente. Que la señorita Entwhistle le explicara lo que Lucy quería decir era lo último que le faltaba por ver. Qué manera de entrometerse, pensó indignado, ¡qué manera de entrometerse sin que nadie le hubiera pedido ninguna opinión o explicación! Y había acariciado la cara de Lucy como si Lucy, su cara y toda ella le pertenecieran por el simple hecho de ser su tía. Explicarle a él lo que Lucy quería decir,

asignarse el papel de intérprete, de intermediaria cuando, durante todo un día y medio antes de que la señorita Entwhistle apareciera —y había aparecido únicamente gracias al telegrama de Wemyss—, Lucy y él habían compartido una camaradería y una comunión tan íntimas…

Las cosas no podían seguir así. Él no era un hombre al que una pariente pudiera subyugar. Si corrieran esos tiempos sensatos en los que la gente tenía un comportamiento más natural, se habría echado a Lucy al hombro, se habría ido con ella a Ostende o a París, y se habrían reído de esos insectos que eran las tías. Por desgracia, no podía hacerlo, aunque era incapaz de entender qué mal había en que dos dolientes como él y Lucy se fueran juntos a encontrar algo de sosiego. ¿Por qué se los condenaba a encontrarlo por separado? Sin duda, sus penas serían su carabina, especialmente la suya propia. Si estuviera gravemente enfermo, supongamos, nadie se opondría a que Lucy lo cuidara. ¿Por qué no podía, entonces, estar también a salvo de las malas lenguas si lo ayudaba a sanar las amargas heridas de su corazón?

Escuchó pasos que se acercaban por el caminito del jardín hacia la verja. Ahí estaba la tía otra vez, pensó, y adoptó una postura firme y recta, de espaldas a la carretera, mientras fumaba en su pipa y contemplaba el mar. Si oía abrirse la verja y la tía se atrevía a cruzarla, Wemyss se marcharía al instante. En el jardín tenía que soportar su presencia porque ahí dentro él era un invitado, pero ¡que intentara acercársele en territorio nacional!

Sin embargo, la verja no se abrió y, como tampoco escuchó pasos que se alejaran, al rato empezó a picarle la curiosidad. Luchó por reprimir el deseo de darse la vuelta y mirar, porque estaba seguro de que la señorita Entwhistle se uniría a él en cuanto sus miradas se cruzaran. Pero a Wemyss no se le daba bien reprimir deseos —solía fracasar en sus intentos— y, después de aguantar un rato, finalmente volvió la cabeza. Y suerte que lo hizo, pues ahí estaba Lucy, apoyada en la verja como la primera vez. Ahora, sin embargo, no tenía los ojos desorbitados y faltos de expresión, sino que lo miraban con un interés profundo y conmovedor.

Cruzó la carretera de una zancada.

—¡Lucy! —exclamó—. ¿Eras tú? ¿Por qué no me has llamado? Hemos perdido media hora…

—Unos dos minutos —le dijo con una sonrisa mientras él, desde el otro lado de la verja, tomaba sus manos, tal y como había hecho esa primera mañana. ¡Qué alivio sintió al verla otra vez a solas, al contemplar de nuevo su sonrisa confiada e indudablemente complacida por volver a estar con él!

Entonces, Lucy se puso seria.

—He terminado con las cosas de mi padre —le dijo—, así que he venido a buscarle.

—Lucy, ¿cómo puedes abandonarme? —le respondió Wemyss con voz temblorosa—. ¿Cómo puedes alejarte de mí mañana y dejarme a merced del tormento, sí, el tormento, en el que antes me encontraba?

—Pero es que tengo que irme —dijo angustiada—. Y no diga eso. No se permita volver de nuevo a ese estado. No lo hará, de eso estoy segura, porque es fuerte y valiente.

—No lo soy sin ti. No soy nada sin ti —dijo Wemyss, y sus ojos, que buscaban los de Lucy, se llenaron de lágrimas.

Lucy no pudo evitar sonrojarse; luego, al mirarlo fijamente, su cara fue perdiendo todo el color que había ganado. Lo que le había dicho Wemyss, su manera de decirlo, le había recordado a…, oh, no, no era posible. Tenían una relación sin igual, eso lo tenía claro. Los unía un vínculo íntimo al que habían llegado sin ningún paso previo. Era algo sagrado, basado en un dolor mutuo y resguardado de todas las cosas mundanas por las grandes alas de la Muerte. Wemyss era su gran amigo, maravilloso en su sencillez, que se desvivía por ella; había sido su torre fuerte y su refugio cuando todo a su alrededor era caos. Y que él, cuyas heridas aún sangraban por la violencia con la que habían arrancado a su esposa de entre sus brazos, esa por quien Wemyss había sentido una absoluta devoción, que ahora él fuera a…, no, no era posible. Inclinó la cabeza, impactada por sus propios pensamientos. La manera en la que había dicho esas palabras y las palabras en sí le habían recordado a…, no, casi no podía ni pensarlo, pero era cierto, le habían recordado a la última vez que le pidieron matrimonio. El hombre —era joven; nunca nadie de una edad remotamente cercana a la de Wemyss le había pedido matrimonio— le había dicho casi lo mismo: «Sin ti no soy nada». También se lo había dicho con la misma voz profunda y temblorosa.

Qué terribles podían ser los pensamientos, se dijo Lucy, que aún no concebía cómo se había infiltrado en su mente ese en concreto en ese momento en particular. Era detestable que pensara en tales cosas, completamente detestable…

Lucy, avergonzada, agachó la cabeza, y Wemyss la contempló desde arriba, con su peinado corto y su pelo brillante, denso y joven inclinado sobre sus manos unidas, como si estuviera rezando. Sin pipa alguna en la boca que lo protegiera y lo ayudara a controlarse, ya que se la había metido en el bolsillo, sin apagarla siquiera, al ver a Lucy en la verja, y ahí seguía, agujereándole la ropa, Wemyss, después de luchar unos instantes contra sus deseos y resultando perdedor, como venía siendo habitual, se inclinó y empezó a besar a Lucy en el pelo. Y, como ya había empezado, siguió.

Lucy estaba horrorizada. El primer beso la cogió tan desprevenida como una bofetada, y luego, aferrada a la verja, se quedó inmóvil, incapaz de pensar ni levantar la cabeza, que seguía en la misma postura, inclinada sobre las manos de ambos, mientras tenía lugar esa asombrosa escena. La muerte los rodeaba e impregnaba todos los recovecos de sus vidas; la muerte en su forma más oscura se cernía sobre Wemyss, y él… ¡la besaba! Lucy tenía la mente alborotada, si es que se podía llamar alboroto a ese caos silencioso. Había depositado en él una total e inocente confianza, la misma que un crío depositaría en un amigo simpático y amable…, un amigo, no un padre, aunque por su edad pudiera serlo, porque un padre, por mucho que lo escondiera tras una fachada de camaradería como la que ella había tenido con el suyo, era una autoridad, al fin y al cabo. Y su confianza había sido mayor que la de un crío en su amigo, había sido la confianza en un compañero que sufre el mismo castigo. Un compañerismo sencillo, un entendimiento mudo.

Siguió agarrada a la verja mientras sus pensamientos corrían desbocados por su mente. Esos besos… y su mujer, que acababa de morir…, una muerte tan horrible… ¿Cuánto rato tendría que estar ahí aguantando eso…? No podía levantar la cabeza porque, entonces, sería aún peor…, no podía darse la vuelta y volver a la casa porque le estaba sujetando las manos. Wemyss no tendría que haber…, oh, no tendría que…, no era justo…

Y luego… ¿qué le estaba diciendo? Lo escuchó hablar con una

voz completamente rota mientras apoyaba su cabeza sobre la de Lucy:

—Somos dos pobres almas…, dos pobres almas… —No dijo ni hizo nada más, pero mantuvo su cabeza donde estaba y, entonces, Lucy sintió que algo mojado traspasaba la densidad de su pelo.

Al notarlo, sus pensamientos dejaron de revolotear de golpe y se calmaron. Se le endureció el corazón en el pecho y luego se le deshizo como la cera caliente bajo una oleada de compasión y entendimiento. El horror de un duelo solitario… ¿Había en el mundo algo más desolador que soportar un luto a solas? Esta pobre criatura, su compañero, y ella misma, tan y tan perdida en la soledad, eran dos almas que se ahogaban. ¿Cómo podría ella dejarle ir, dejarle solo? ¿Cómo podría ella irse, quedarse sola?

—Lucy, mírame… —le dijo. Lucy levantó la cabeza. Wemyss le soltó las manos y la rodeó con sus brazos—. Mírame —le repitió. Había levantado la cabeza, pero sus ojos aún lo evitaban.

Finalmente, lo miró y vio que las lágrimas le bañaban el rostro. Los labios de Lucy se estremecieron al verlo. No podía soportarlo.

—Lucy… —repitió de nuevo.

Ella cerró los ojos.

—Sí…, sí —susurró, y fue palpando su abrigo con una mano hasta llegar a su rostro, cuyas lágrimas intentó secar entre temblores.

CAPÍTULO 6

Después de eso, al menos momentáneamente, Lucy fue otra persona. Estaba completamente absorta. Wemyss le besaba los párpados, le besaba los labios entreabiertos, le besaba ese delicioso pelo corto que tanto adoraba. No derramó más lágrimas; pareciera que Lucy las había secado para siempre, a tientas con su manita temblorosa. A Wemyss no le cabía duda, la muerte había sucumbido. Su humor cambió radicalmente en un instante y cuando Lucy finalmente le hizo caso y abrió los ojos, vio ante sí una cara que apenas reconocía, ya que no lo había visto feliz hasta entonces. ¡Feliz! ¿Cómo podía estar tan feliz de repente? Lo miró fijamente y, a pesar de su confusión y desconcierto, se quedó francamente fascinada.

Entonces le vino a la cabeza un pensamiento, era ella quien había hecho eso, quien lo había transformado. Y su mirada se suavizó hasta convertirse casi en admiración, en algo parecido a lo que debía de sentir una madre primeriza al ver a su recién nacido. «Así que es esto lo que se siente —murmura la madre con una especie de sorpresa divina—, y lo he hecho yo y es mío». Del mismo modo, al ver a ese nuevo y radiante Wemyss, Lucy pensó para sus adentros: «Así que este es su aspecto», con esa misma admiración por su obra.

Era cierto que el rostro de Wemyss resplandecía. En ese momento, era sencillamente incapaz de recordar que había estado deprimido. Le parecía que entre sus brazos tenía al Amor mismo, nunca nadie se había asemejado más a la encarnación de su idea del amor que Lucy en ese instante, mirándolo con ojos dulces y entregados. Pero ese no fue el momento más maravilloso, después de la cena, al anochecer, mientras la señorita Entwhistle empaquetaba y lo dejaba todo listo para coger el primer tren a la mañana siguiente y ellos estaban en el jardín, sin la verja de por

medio, Lucy apoyó su mejilla en el abrigo de Wemyss y acomodó ahí su cabeza como si realmente supiera que ese era un lugar seguro.

—Mi pequeña…, mi pequeña —susurró Wemyss en un éxtasis protector, inundado ahora él por el instinto maternal—. Nunca más vas a llorar, nunca, nunca.

A Wemyss le irritaba que tuvieran que mantener su compromiso en secreto —al principio, Lucy no quiso llamarlo «compromiso», pero Wemyss, dándole un fuerte abrazo, le dijo que le encantaría saber qué otra palabra usaría ella para describir su situación en esos momentos—. No quería mantenerlo en secreto, lo que él quería era gritarle al mundo entero su gloria y orgullo. Pero eso era imposible incluso para Wemyss en las trágicas circunstancias de su luto. En general, Wemyss no le daba demasiada credibilidad a la palabra «imposible» si se interponía entre él y el menor de sus deseos, pero aún tenía demasiado fresco el recuerdo de la investigación y las caras de sus supuestos amigos. Incluso Wemyss, que no era una persona especialmente imaginativa, era capaz de deducir qué cara pondrían esos supuestos amigos si les anunciaba que se había comprometido menos de dos semanas después de la muerte de Vera. Y Lucy, abrumada primero por las lágrimas de Wemyss, y después, por su alegría, ya no sabía ni qué pensar. Ya no sabía si era horrible que festejaran con la muerte rodeándolos o si era, como mantenía Wemyss, la propia asertividad natural y gloriosa de la vida. Ya no sabía nada, excepto que él y ella, dos náufragos, se habían salvado el uno al otro y que ahora no se esperaba nada de ella, ningún esfuerzo, nada en absoluto, podía quedarse sentada con la cabeza apoyada plácidamente sobre el pecho de Wemyss mientras este la llamaba «mi pequeña» y le daba besos suaves y maravillosos en los párpados. Lucy no podía pensar, no tenía que pensar; estaba exhausta y ese era su descanso.

Pero después de que Wemyss se fuera esa noche, durante el trayecto en tren al día siguiente y durante los primeros días en Londres, el recelo empezó a apoderarse de Lucy.

Que ella aceptara un cortejo —o que estuviera prometida, como Wemyss insistía en decir— solo una semana después de la muerte de su progenitor, se podía considerar, a lo sumo, improcedente. No manchaba el recuerdo de su querido padre ni quebrantaba la

adoración que aún sentía por él. De hecho, su padre habría sido el primero en alegrarse al ver que había encontrado consuelo. Lo que le preocupaba era que Everard —ese era el nombre de Wemyss— pudiera estar pensando en cosas como el amor y un nuevo matrimonio cuando su esposa acababa de morir de forma tan macabra delante de él y cuando el propio Wemyss había sido el primero en salir y encontrársela…

Lucy descubrió que no podía pasar tal cosa por alto desde el momento en que se separó de él. No dejaba de darle vueltas al asunto y era incapaz de comprenderlo. Mientras habían estado juntos, la había reducido a un estado de sopor en el que solo había tenido que dejarse ir, cerrar los ojos y los pensamientos y gozar de esa semiinconsciencia dulce y bienvenida después de la conmoción y agonía de la semana anterior. No fue hasta que empezó a recibir las cartas de Wemyss, tan sencillas y fervorosas, donde le hablaba de la situación tal y como era, tal y como la vida y la muerte se la habían presentado, sin preocuparse por el qué dirán, sin un atisbo de duda, aceptando el presente con emoción y agradecimiento, cuando Lucy se dejó invadir gradualmente por esa placidez que aliviaba y asombraba a su tía a partes iguales. Y sus cartas eran tan fáciles de entender… La falta de conceptos difíciles e ideas sutiles a medio decir que habían plagado las cartas de su padre y de los amigos de este tenía un efecto relajante en ella. Sin ir más lejos, tenía una caligrafía redondeada y lenta, como la de un muchacho. Lucy ya lo quería antes, pero fueron sus cartas las que acabaron de enamorarla.

CAPÍTULO 7

La señorita Entwhistle vivía en una casita estrecha en Eaton Terrace. Era una de esas casitas de Londres en las que entras y te encuentras con un comedor, luego subes y hay un salón, vuelves a subir y hay un dormitorio y un vestidor, sigues subiendo y hay una habitación para la criada y un baño, y ya no hay nada más. Era suficiente para una persona, para dos, resultaba algo justa. Tan justa era que la señorita Entwhistle no había invitado a nadie a pasar la noche hasta entonces, así que, para que Lucy pudiera instalarse, tuvieron que despejar su vestidor y quitar todas sus prendas y gorros, que se quedaron sin sitio y pasaron a ser objetos que uno se encontraba por la noche sobre la barandilla o colgados de los extremos de la bañera con cierto aire elegante.

Sin embargo, estas cosas carecían de importancia para los Entwhistle. Nada era molestia para ellos cuando se trataba de socorrer a un amigo y, tratándose de su adorada sobrina, si esta hubiera aceptado quedarse con el dormitorio principal y hubiera dejado que su tía, que ya se conocía su vestidor, durmiera ahí en su lugar, la habría hecho la tía más feliz del mundo. Tal era la generosidad sobre la que se cimentaba esa familia.

Lucy, por supuesto, se limitó a sonreír ante esa sugerencia y se instaló grácilmente en el vestidor, y las primeras semanas del luto que la señorita Entwhistle había esperado con tanto terror fluyeron con una calma y una tranquilidad tales que uno las podría llegar a calificar de plácidas.

En esa casa tan pequeña, a menos que sus habitantes fueran flexibles y considerados, la convivencia iba a ser dura. La señorita Entwhistle sabía que Lucy no iba a darle problema alguno, pero, dado que ambas estaban en una situación problemática, había temido que estar tan cerca la una de la otra impidiera que las heridas de sus corazones sanaran por puro roce.

Fue una grata sorpresa para ella que nada de eso ocurriera. No parecía que quedara ninguna herida abierta que rozar. Lucy no solo no estaba preocupada —lejos quedaban la cara pálida y los ojos cansados de cuando estaban en Cornualles—, sino que estuvo serena prácticamente desde el primer día. Al irse de Cornualles y hasta uno o dos días más tarde, estuvo algo alterada, se mostró algo tímida con su tía y parecía que se arrastrara por la casa, en vez de caminar, pero todo esto fue desapareciendo. Si la señorita Entwhistle no la hubiera conocido ni hubiera sabido de su terrible pérdida, habría afirmado que Lucy era feliz en silencio. Era sutil, pero ahí estaba, como si tuviera una fuente secreta de confianza y calor. «¿Se habrá dado a la religión?», se preguntó su tía, que nunca lo había hecho, como tampoco lo había hecho Jim ni ningún otro Entwhistle del que ella hubiera oído hablar. Descartó esa posibilidad. Sería algo impensable en su familia. Pero ni siquiera las visitas recurrentes y necesarias a la antigua residencia de Lucy y su padre en Bloomsbury consiguieron apagar ese efecto de seguridad interior de su sobrina. Luego, una vez terminados estos tristes arreglos de cuentas, una vez almacenados los libros y los muebles, una vez entregada la casa al propietario, cuando ya no tuvieron que volver y estar entre todos esos recuerdos, la cara de Lucy pasó a ser como antes, de un color delicado, de una redondez suave y lista para iluminarse con solo una palabra o una mirada.

La señorita Entwhistle no entendía nada. Que la doliente principal exhibiera una calma tal le hacía pensar que sería ridículo que ella superara a Lucy en su luto. Si su sobrina era capaz de mantener la compostura tan maravillosamente —deducía que tenía que ser eso, que estaba manteniendo la compostura en un gesto de heroicidad—, ella, por su parte, no sería menos. Así pues, honraría el recuerdo de su querido Jim del siguiente modo: le daría las gracias a Dios por su hermano, por haber podido tenerlo, y, agradecida de corazón, seguiría adelante con alegría.

Estas eran algunas de las reflexiones que ocupaban los pensamientos de la señorita Entwhistle mientras contemplaba a Lucy. Para su grata sorpresa, no parecía estar preocupada por el futuro, contrariamente a lo que la señorita Entwhistle había temido. Nunca hablaba de lo que estaba por venir; al parecer, ni siquiera pensaba en ello. Era como si estuviera…, sí, esa era la palabra,

decidió la señorita Entwhistle mientras la observaba, era como si estuviera… reflexionando. Pero ¿reflexionando sobre qué? Por segunda vez, la señorita Entwhistle descartó la religión como causa. Le parecía imposible que la hija de Jim…, pero es que realmente parecía que fuera cosa de la religión.

Jim había reunido suficiente dinero para que, de fallecer, Lucy dispusiera de unas doscientas libras al año. No era mucho, pero no parecía que a la chica le preocupara en absoluto. Probablemente, pensó su tía, Lucy no entendía lo que significaba porque había tenido una vida muy fácil con su padre, rodeada de cosas que, si bien para un enfermo eran necesidades, para la gente corriente eran un lujo.

No se había nombrado a nadie como tutor para Lucy. El nombre del señor Wemyss no aparecía en el testamento. Era un documento muy breve que se lo dejaba todo a Lucy. La señorita Entwhistle pensaba que, dentro de lo que cabe, eso era admirable, pero por desgracia apenas había nada que dejarle. Libros sí había, miles de libros, y los muebles viejos con encanto de la casa de Bloomsbury. En fin, Lucy podía vivir con ella tanto como quisiera mientras estuviera a gusto en el vestidor. Quizás incluso podían buscarse una casa algo menos minúscula para las dos, aunque la señorita Entwhistle llevaba tanto tiempo viviendo en la actual que no le resultaría nada fácil irse.

Mientras tanto, las primeras semanas de luto transcurrieron con tranquilidad creciente en un Londres vacío, sin nadie que se entrometiera en lo que ya se podía definir claramente como felicidad. Ella y Lucy encajaban a la perfección. Y tampoco estaban del todo solas, ya que el señor Wemyss iba a visitarlas sin falta dos veces por semana, siempre los mismos días. Era tal su puntualidad cuando aparecía a las cinco de la tarde que la señorita Entwhistle empezó a poner sus relojes en hora de acuerdo con su llegada.

También él, pobre hombre, parecía estar manteniendo la compostura. Ni su rostro ni su ropa delataban que acabara de perder a un ser querido. No es que llevara corbatas de colores ni nada de ese estilo, pero no daba una sensación de luto. Sus pantalones, observó, eran grises, y no particularmente oscuros. Bueno, quizás estar muy triste había pasado de moda, pensó la señorita Entwhistle mientras observaba esos pantalones con cierto

recelo. De todos modos, no podía dejar de pensar que al menos sí que debería haberse puesto una cinta en el brazo izquierdo para contrarrestar esa impresión de desenfado que transmitían sus pantalones, una cinta de crepé, ya fuera más ancha o más fina, o de cualquier otro material de color negro, daba igual si era crepé, como las que estaba convencida de que era habitual llevar en tales circunstancias.

En cualquier caso, independientemente de la opinión que le merecieran las piernas del señor Wemyss, la señorita Entwhistle lo recibía con suma cordialidad, no había olvidado todo lo que hizo por ellas en Cornualles ni que había sido para ella una roca a la que aferrarse. Por eso, no tardó en recordar cómo le gustaba el té al señor Wemyss, se cuidó de dejar lista para él la silla más grande y cómoda que tenía —no es que hubiera muchas sillas ni muy grandes en su saloncito— e hizo todo lo que estaba en su mano en términos de hospitalidad y conversación agradable. Aun así, cuanto más tiempo pasaba con él, más la sorprendía su difunto hermano.

El señor Wemyss era muy buen hombre y, sin duda, como la señorita Entwhistle sabía por experiencia, era de lo más amable y considerado, pero las cosas que decía no coincidían en absoluto con las que solía decir Jim. Además, su manera de ver el mundo también era totalmente distinta. No es que no hubiera sitio en el mundo para todos, se recordó la señorita Entwhistle, sentada ante su mesita de té observando a Wemyss, que parecía especialmente grande y próspero en ese saloncito tan frugal. Sabía que una estrella difiere de otra en gloria, pero le seguía sorprendiendo su relación con Jim. Además, si el señor Wemyss era capaz de soportar la pérdida de su esposa hasta el punto de llevar pantalones grises, ¿por qué no podía tolerar la simple mención del nombre de su hermano? Cuando la conversación se centraba en Jim —habría sido difícil no hablar del tema en un círculo compuesto por su hija, su hermana y su amigo—, Wemyss callaba. La señorita Entwhistle se lo habría tomado como una muestra de emotividad y de una profunda devoción y lealtad de no haber sido por esos pantalones. Ante eso, estaba desconcertada.

Mientras la señorita Entwhistle reflexionaba sobre estos asuntos y observaba a Wemyss, que no le dedicó a ella ni una mirada desde un primer momento de sorpresa, al ver que su aspecto y su

comportamiento diferían tanto de los de esa señorita líquida a la que había conocido en la casa de Cornualles y que se sentaba tan recta y se movía con tanta energía, Lucy y él estaban totalmente ausentes, perdidos en su amor. A su alrededor se dibujaba ese círculo mágico que nada ni nadie puede penetrar, y en su centro, a salvo, estaban ellos dos sentados dándose la mano. El corazón de Lucy era únicamente suyo. Con solo verlo entrar en la habitación, Lucy ya se ponía contenta. Wemyss emanaba una especie de naturalidad, de grandeza en su manera de ver las cosas que hacía que cualquier pensamiento complejo o desagradable rehuyera su presencia, avergonzado. Aparte del amor que sentía por él, lo agradecida que le estaba y lo mucho que deseaba que pudiera seguir con su vida y olvidar su horrible tragedia, Everard la hacía sentir cómoda. Nunca había conocido a nadie en quien fuera tan cómodo apoyarse a nivel mental. A nivel físico, en las escasas ocasiones en las que su tía los dejaba solos en el salón, también era cómodo, le recordaba a uno de esos sofás magníficos, de los caros, que eran todo cojines. Pero es que mentalmente era más que cómodo, era un verdadero lujo. Qué descanso escucharlo hablar. No hacía falta pensar. Según él, las cosas eran así o asá. Con su padre las cosas nunca habían sido así o asá, y uno tenía que fruncir el ceño, concentrarse y esforzarse para entender los matices, infinitamente variados, delicados y complicados. Por su parte, Everard simplemente lo dividía todo en solo dos categorías, blanco como la nieve, o negro como el carbón, lo que le resultaba a Lucy tan relajante como una misa. No tenía que sudar ni preocuparse, bastaba con entregarse. Y qué amor al que se entregaba, ¡qué seguridad! Por las noches no podía dormirse pensando en lo feliz que era. Se sentaba bien quieta al borde de la cama con las manos en el regazo y le venía a la cabeza un dicho que había leído en algún lado: «Cuando se cierra una puerta, se abre una ventana».

Prácticamente no había tenido que sufrir en soledad ni un instante. Casi al momento, Everard había llegado a su vida y la había rescatado. Lucy, como su tía había sospechado ya un par de veces, sí se había dado a la religión, pero su religión era Wemyss. Oh, ¡cuánto lo amaba! Cada noche se dormía con su última carta debajo del cojín, cerca de su corazón.

En cuanto a Wemyss, si Lucy no podía creerse la dicha de

tenerlo, él tampoco se creía la de tenerla a ella. Nunca antes había sentido una felicidad como esa, acompañada de tanta ternura y bondad. Lo que había sentido por Vera, estaba convencido, nunca había sido así, ni siquiera al principio. Y los últimos años…, ah, en fin. Cuando se encontraba pensando en Vera, Wemyss se obligaba a parar en seco. Se negaba a pensar en ella ahora. Ya la había tenido presente en sus pensamientos últimamente, y de qué manera. Lucy, su angelito, había sanado esa herida, y no servía de nada pensar en una herida cerrada; nadie en su sano juicio lo haría. Eso se lo había explicado a Lucy, que al principio había tenido un comportamiento algo macabro, no superar las cosas estaba mal, era retorcido e intensamente estúpido. Le había dicho que la vida era para los vivos, para los muertos, la muerte. El presente era lo único que un hombre realmente poseía, daba igual lo que dijera la gente lista; y la gente sabia, la gente natural de instintos simples y sanos que rehuía por naturaleza la muerte y la enfermedad, no permitía que el pasado, que, en todo caso, ya se había quedado atrás, se entrometiera en el presente, y mucho menos que lo arruinara. Eso, le contó, era lo que el pasado siempre hacía si se le dejaba. La única manera segura de tratar con él era olvidarlo.

—Pero yo no quiero olvidar el mío —había respondido Lucy abriendo los ojos, que había tenido cerrados como era costumbre cuando estaban ellos dos solos, ya que Wemyss adornaba sus discursos depositando en los párpados de Lucy unos besos calmantes y soporíferos con sumo cuidado—. Mi padre…

—Oh, tú puedes recordar el tuyo —le había respondido, sonriendo con ternura a esa cabecita que se apoyaba en su pecho—. Es un pasado muy pequeño. Cuando seas mayor, ya verás como tu Everard tenía razón.

Tan sumergido estaba Wemyss en esta nueva felicidad que le parecía que Vera había pertenecido a otra vida completamente distinta, una vida vetusta y obsoleta de la que había conseguido liberarse gracias a su claridad mental, una vida vieja y rancia de la que, estando sano, había logrado despegarse y renacer todo nuevo, fresco y preparado para el presente. Vera murió a los cuarenta. Empezó su vida siendo cinco años más joven que él, pero no había tardado en alcanzarlo e incluso sobrepasarlo, y Wemyss estaba convencido de que Vera era ya bastante mayor que él cuando

falleció. Y aquí estaba Lucy, que tenía solo veintidós años y parecía que tuviera doce. Ese contraste no dejaba de complacerlo ni de enorgullecerlo. Y qué hermosa era, ahora que ya no lloraba. Le encantaba su peinado corto, que le daba aspecto de niña o de muchachito, adoraba las líneas pequeñas y delicadas de su nariz y fosas nasales, su boca bondadosa y algo grande que sonreía con tanta facilidad y sus dulces ojos del color del ajenuz. Él no era un hombre que le diera gran importancia a la belleza, lo único que le pedía a una mujer era dedicación. Pero la chica era preciosa, y eso haría incluso más emocionante el momento en el que finalmente se la enseñara a sus amigos, a los mismos que se atrevieron a dejarlo de lado después de la muerte de Vera. «Mirad, mirad esta cosita perfecta —les diría—. ¡Ella sí cree en mí!».

CAPÍTULO 8

Dado que Londres estaba vacío, Wemyss podía moverse libremente. No había nadie que pudiera cerrarle el paso, como a él le gustaba decir. Lucy había recibido gran cantidad de cartas de amigos de su padre en las que le ofrecían su ayuda, pero lógicamente ella no la necesitaba ni deseaba ver a nadie en su actual estado de secreta alegría, por lo que se limitó a responderles transmitiéndoles su agradecimiento y el vago deseo de volver a verse pronto. Hubo un joven, el mismo que se le había declarado en más de una ocasión, que no se contentó con eso y bajó desde Escocia, tal era su devoción, y gracias al portero de la casa de Bloomsbury, averiguó que Lucy estaba viviendo con su tía y se presentó en Eaton Terrace. Pero resultó que esa tarde Lucy y la señorita Entwhistle habían ido a tomar el aire en un coche que Wemyss había alquilado; de hecho, en el mismo instante en el que el joven se alejaba de la puerta de Eaton Terrace, Lucy disfrutaba de un paseo en barca por el río en Hampton Court —muy lento, ya que remar más rápido dejaba a Wemyss sofocado— y su tía, apoyada en el parapeto de piedra del final de los jardines de palacio, la observaba. Fue bueno que aquel joven no la estuviera observando también, pues la escena lo habría disgustado.

—¿Qué hace el señor Wemyss? —preguntó de repente la señorita Entwhistle esa noche, cuando se iban a dormir.

Aquello cogió a Lucy desprevenida. Hasta entonces, su tía no había preguntado nada sobre él ni había hecho ningún comentario, más allá de observaciones generales sobre su bondad y amabilidad.

—¿Que qué hace el señor Wemyss? —repitió ella como una boba, no solo porque la pregunta la hubiera cogido por sorpresa, sino porque descubrió que ignoraba la respuesta; se había limitado a dormitar sobre su pecho con total tranquilidad, por así decirlo.

—Sí. ¿Qué hace, aparte de ser viudo? —dijo la señorita

Entwhistle—. Eso ya lo sabemos, pero no se puede decir que sea una profesión.

—Creo…, creo que no lo sé —dijo Lucy, sintiéndose muy estúpida.

—Ah, bueno, quizás no haga nada —dijo su tía, que le dio un beso de buenas noches—. Aparte de ser puntual, claro —añadió con una sonrisa, deteniéndose unos instantes en la puerta de su dormitorio.

Y dos o tres días más tarde, cuando Wemyss había alquilado otro coche para llevarlas de viaje a Windsor, y cuando Lucy y ella se encontraban en el tocador de señoras del hotel arreglándose para ir a tomar el té, se apartó del espejo para recolocarse unos mechones de pelo que se le habían soltado durante el trayecto, y, a pesar de tener una horquilla en la boca, preguntó, otra vez sin previo aviso:

—¿De qué murió la señora Wemyss?

Eso acobardó a Lucy. Si con la otra pregunta se le había puesto cara de boba, con esta se quedó mirando boquiabierta a su tía.

—¿Que de qué murió? —repitió con las mejillas coloradas.

—Sí. ¿Qué enfermedad tenía? —preguntó su tía, mientras seguía colocándose el pelo.

—No…, no tenía ninguna enfermedad —dijo Lucy con impotencia.

—¿Ah, no?

—Creo que… fue un accidente.

—¿Un accidente? —dijo la señorita Entwhistle sacándose la horquilla de la boca y mirando a Lucy fijamente—. ¿Qué clase de accidente?

—Creo que uno bastante grave —respondió Lucy, totalmente acobardada.

¿Cómo iba a ser capaz de contarle esa horrible historia que parecía unirlos íntimamente a ella y a Everard con un lazo sagrado y aterrador?

Ante las palabras de Lucy, su tía apuntó que, normalmente, un accidente que provocara la muerte se describiría como grave y preguntó sobre la naturaleza del accidente, dejando a un lado su gravedad. Lucy, arrinconada, pensó instintivamente que su tía, que ya había expresado un par de veces lo que ella definía como una impresionante admiración por la manera heroica que tenía el señor

Wemyss de sobrellevar su pérdida, se quedaría más que impresionada si descubría lo grande que era la tragedia que en realidad tenía que sobrellevar y empezaría a cuestionarse las razones de ese comportamiento heroico. Así pues, se escudó diciendo lo que entonces vio que debería haber dicho desde el principio, incluso si no era verdad, que no lo sabía.

—Ah —dijo su tía—. Bueno, pobre hombre. Es increíble que pueda afrontarlo así. —Y en su mente, cada vez más recelosa, reapareció la imagen de los pantalones grises.

Mientras tomaban el té ese mismo día, Wemyss, con la naturalidad sencilla que tanto relajaba a Lucy, con la manera casi desnuda que tenía de hablar de cosas que gente más sofisticada no habría mencionado, empezó a hablarles sobre la última vez que había estado en Windsor.

Había sido el verano anterior, les contó. Su esposa y él —esto llamó la atención de la señorita Entwhistle— habían ido en coche un domingo, para almorzar en esa misma sala. En aquella ocasión estaba tan abarrotada, y se había gestionado tan horriblemente mal ese gentío, que habían tenido que irse sin haber almorzado siquiera.

—Sin haber almorzado siquiera —repitió Wemyss mirándolas con una expresión de grave ofensa y estupefacción causada por el mero recuerdo.

—Ay —dijo la señorita Entwhistle, inclinándose hacia él—, no recordemos cosas tristes.

Wemyss la miró sin dar crédito. Cielo santo, ¿acaso pensaba que estaba hablando de Vera? Cualquier persona con dos dedos de frente se daría cuenta de que solo estaba hablando de aquel almuerzo perdido.

Impaciente, se volvió hacia Lucy y le dirigió a ella su siguiente comentario. Instantes después, sin embargo, su tía volvió a la carga.

—Señor Wemyss —le dijo—, me moría de ganas de preguntarle…

Se vio obligado a prestarle atención otra vez. La intención de Wemyss había sido que el aire puro y el traqueteo de los viajes en coche reanimaran y favorecieran a su amorcito, pero, al parecer, también estaban reanimando y favoreciendo a la tía de su amorcito, pues últimamente no había podido evitar notar en ella una tendencia a imponerse. Durante sus primeras ocho visitas a Eaton

Terrace, lo que sumaba un total de cuatro semanas desde que había vuelto a Londres y seis desde el funeral en Cornualles, apenas había reparado en la presencia de la señorita Entwhistle, pero, como definitivamente estaba ahí, cualquier avance respecto a Lucy se hacía impensable. Durante esas ocho visitas, la primera impresión que había tenido de ella no cambió, era una criatura llorona que había estado revoloteando a su alrededor en Cornualles en un estado lacrimoso constante. Allí abajo, su comportamiento había sido exactamente el que exhibe la típica mujer ridícula cuando alguien ha muerto: sin sentido común, sin agallas, llorando con solo mirarla y hablando, con aire lúgubre y sin descanso, sobre las bondades de la persona fallecida. Además, había sido obstinada y había mostrado claras señales de un egoísmo indiscutible. En su primera visita a Eaton Terrace, Wemyss notó que se había quedado considerablemente consumida, casi totalmente, lo que a sus ojos la mejoró en ese sentido, pero seguía siendo simplemente la tía de Lucy, alguien que servía el té y cuya presencia, por desgracia, casi siempre los acompañaba; un mal necesario, pero, afortunadamente, transitorio. Ahora, sin embargo, Wemyss estaba empezando a asimilar que existía por sí misma, de forma independiente. La señorita Entwhistle se imponía. Incluso cuando no hablaba, y a menudo no soltaba palabra en todo el día, conseguía imponerse de algún modo.

Y ahí estaba, imponiéndose sin pudor y preguntándole desde el otro lado de una mesita de té que, al menos en ese momento, le pertenecía a él con todas las de la ley, cuál era su oficio, profesión o trabajo, si es que tenía alguno.

Ella era su invitada. Y Wemyss consideraba poco decoroso que un invitado le preguntara al anfitrión a qué se dedicaba. Se lo habría dicho encantado si el tema hubiera salido de sí mismo, pero opinaba que uno tenía derecho a compartir cierta información según le apeteciera o no. En realidad, no había ningún momento bueno para hacerle preguntas a Wemyss. Incluso las más inocentes y ordinarias se le antojaban una agresión a su derecho irrefutable a que lo dejaran en paz.

Entre sorbo y sorbo de té, el té de Wemyss, la tía de Lucy, envolviendo lo que no podía ser otra cosa que pura curiosidad en palabras agradables, fingía con encanto que se moría por saber a

qué se dedicaba. Podía deducir, dijo mirando con una sonrisa la pierna que tenía al lado, que no era un obispo. Asimismo, estaba convencida de que tampoco era pintor, músico ni escritor, pero no se sorprendería si les dijera que era almirante.

A Wemyss le pareció una táctica inteligente. No le importaba que lo tomaran por un almirante, eran gente relajada y honesta.

Aplacado, le contó que trabajaba en bolsa.

—Ah, ya veo —asintió la señorita Entwhistle con una expresión sabia que no se correspondía en absoluto con su conocimiento sobre el tema, ya que la bolsa era una institución cuya naturaleza y funcionamiento eran radicalmente opuestos a cualquier cosa que les resultara familiar a los Entwhistle—. Entiendo. Alcistas y bajistas. Ahora que me fijo, sí que tiene la mirada de alguien que trabaja en bolsa.

«Maldita mujer», pensó Wemyss, a quien por algún motivo le molestaba que, delante de Lucy, le dijeran que tenía la mirada de alguien que trabaja en bolsa; entonces, procedió a ignorarla con impaciencia y se centró en su amorcito mientras se preguntaba cómo podría acortar al máximo, con buenos modales, ese tiempo tan desagradable de cortejo con restricciones, de no poder ir nunca a ningún sitio con ella a menos que la pesada de su tía los acompañara.

Hacía casi dos meses de ambas muertes, no debían posponer mucho más el momento de hablarle a la tía de Lucy de su compromiso. Fue después de esta salida cuando comenzó a escribir en sus cartas, y en los pocos momentos en que él y ella estaban solos, a instar a Lucy a que se lo contara a su tía. No tenía que saberlo nadie más, le escribía, podía seguir siendo un secreto para el resto del mundo, pero resultaba obvio que sería conveniente que su tía lo supiera, y así no se pondría en medio y los dejaría a su aire, aunque solo fuera dentro de la casa de Eaton Terrace.

Sin embargo, Lucy tenía sus reticencias. Le ponía reparos. Le escribía rogándole que tuviera paciencia. Le decía que cada semana que pasara haría que su compromiso resultara menos sorprendente. Dijo que en ese momento tendría que dar demasiadas explicaciones y, aun así, no estaba segura de si su tía lo entendería.

Wemyss le escribió restándole importancia a sus objeciones. Le dijo que su tía tendría que entenderlo y, si no lo entendía, ¿qué más

daba, mientras lo supiera? Eso era lo más importante, que lo supiera. Porque entonces los dejaría a solas, en vez de estar siempre pegada a ellos, y su amorcito tenía que admitir que sería espléndido poder estar juntos y pasar horas y horas felices ellos dos solos. Al fin y al cabo, ¿qué era una tía? ¿Qué importancia tenía en comparación con su querido Everard? Además, no le gustaba guardar secretos, le dijo. Ningún hombre honesto podía tolerar una atmósfera de encubrimiento. Su niñita tenía que decidirse y contárselo a su tía, ya que su Everard sabía qué era lo que más le convenía, si lo prefería, incluso se lo podía contar él mismo.

Lucy no lo prefería y empezaba a preocuparse, ya que, a medida que pasaba el tiempo, la insistencia de Wemyss aumentaba de forma proporcional al aburrimiento que le provocaba la mente independiente e inquisitiva que la señorita Entwhistle estaba desarrollando, y Lucy odiaba tener que negarse a los deseos de Wemyss o incluso aplazarlos. Fue entonces cuando una mañana tranquila, durante el desayuno, su tía, que parecía absorta en su beicon, miró a Lucy por encima de la cafetera y le dijo:

—¿Cuándo se conocieron tu padre y el señor Wemyss?

Esto resolvió las cosas. Lucy decidió que no podía soportar más sustos como ese. Confesar era su única opción.

—Tía Dot —balbuceó, la señorita Entwhistle se llamaba Dorothy —, me gustaría…, debo…, quiero contarte…

—Después del desayuno —la cortó la señorita Entwhistle—. Esto llevará su tiempo, y es mejor que nada nos distraiga. Iremos al salón.

E, inmediatamente después de eso, cambió de tema.

Lucy no podía apartar los ojos de sus tostadas con mantequilla. ¿Era posible que la tía Dot sospechara lo que estaba pasando?

CAPÍTULO 9

No solo era posible, sino que era cierto. La tía Dot había tenido sospechas, pero ni de lejos se habría podido imaginar lo que estaba escuchando en ese momento y era muy difícil de asimilar. Dos horas más tarde, Lucy, de pie en medio del salón, seguía hablándole ardientemente y repitiéndoselo por enésima vez.

—Pero ¿es que no lo entiendes? Es precisamente por lo terrible que fue lo que le sucedió. Es lo natural imponiéndose. Si él no pudiera comprometerse ahora, no tendría manera de salir de ese pozo sin fondo ni volver a estar con seres vivos ni con alguien que empatice con él y… lo aprecie. Se moriría, tía Dot, se moriría o se volvería loco, ¿y qué sentido tiene dejar que una persona buena y amable se muera o se vuelva loca? ¿Qué sentido tiene, tía Dot?

Su tía, sentada cerca de la chimenea en su silla habitual, seguía asimilándolo con dificultad. La angustia había pintado surcos en su ceño fruncido. Tenía un gran disgusto.

Lucy la miraba con desesperación. Era incapaz de hacer que su tía, su querida tía, viera lo que ella veía, que entendiera lo que ella entendía y que estuviera, como ella, rebosante de confianza y felicidad. No es que Lucy estuviera precisamente feliz en ese momento, también ella estaba disgustada y tenía la cara roja y los ojos brillantes por el esfuerzo de intentar que la imagen del Wemyss que ella conocía, su simple realidad, permeara la mente de su tía.

Lo había confesado todo hasta el punto de admitir que sí sabía qué accidente había sufrido la señora Wemyss y describírselo. Su tía, se había quedado absolutamente estupefacta. No podía concebir algo tan horrible. Precipitarse justamente por la ventana tras la que se encontraba su marido… Era espantoso que Lucy se viera involucrada en algo así, y más después de la muerte de ella, su protectora natural…, de sus dos protectores naturales, pues ¿no lo había sido también la señora Wemyss mientras estuvo viva? Estaba

perpleja. No podía comprender las violentas reacciones de Wemyss, que a Lucy le parecían tan naturales. Habría concluido que se debía a que era demasiado mayor, a que estaba demasiado desconectada de los vaivenes de las nuevas generaciones, si no fuera porque Wemyss debía de rondar su misma edad. Que eran de la misma generación estaba claro, sin embargo, ahí estaba, menos de dos semanas después de la horrible muerte de su esposa, capaz de olvidarla, capaz de enamorarse…

—Pero es por eso, es por eso —chilló Lucy cuando la señorita Entwhistle lo mencionó—. Tenía que olvidarla o morir él también. Era más de lo que nadie podría soportar sin perder el juicio…

—Me alegra de verdad que no haya perdido el juicio —dijo la señorita Entwhistle mientras fruncía más y más el ceño—, pero no puedo evitar pensar que me habría gustado que fuera otra persona quien lo ayudara a no perderlo.

Entonces se repitió lo que se había estado repitiendo a intervalos con una especie de impotencia obstinada, que su problema con el señor Wemyss era que hubiese podido ser feliz tan rápidamente.

—Esos pantalones grises… —murmuró la señorita Entwhistle.

No, no podía dejarlo pasar. No podía entenderlo. Y ver a Lucy justificando y defendiendo a Wemyss en medio de la habitación con todo ese ardor y esa pasión que delataban un amor verdadero era algo impactante para su tía. Esa cosita pequeñita defendiendo a ese hombretón. La hija de Jim, su hijita adorada…

Sentada en su silla, la señorita Entwhistle se esforzaba, entre otras cosas, por ser justa. Recordó la amabilidad y la disposición a ayudar de las que el señor Wemyss había hecho gala en Cornualles —aunque ahora las veía bajo una nueva e inquietante luz—, y pensó que, ahora que ya lo sabía todo, ahora que las dudas por las que quizás había sido algo injusta se habían disipado y podía empezar a observarlo de forma imparcial, probablemente empezaría a desarrollar un sincero apego por él. Estaba acostumbrada a sentir apego por la gente. Para ella, gustar a la gente y que la gente le gustara era lo normal. Y seguro que había algo más que su elegante aspecto que hacía que Lucy le tuviera tanto aprecio.

Se reprendió a sí misma. No estaba reaccionando bien, no debería condenar aquella situación con tanta facilidad solo porque fuera inusual. ¿Acaso no era más que una solterona convencional

que se asustaba con la simple visión de una naturalidad sin filtros? ¿Acaso no había verdad en lo que esa niña de pelo corto le decía, apasionada, sobre la pertinencia y la sensatez de esa reacción ante la tragedia? ¿Acaso no era la propia naturaleza protegiéndolo contra tanta muerte? Después de todo, ¿qué sentido tenía multiplicar el horror, horrorizarte hasta el punto de quedarte atrapado y paralizado y convertirte tú mismo, con tus ojos asustados y tu pelo desgreñado, en un horror?

Sin duda, era mejor seguir adelante, como iba explicando Lucy, que uno siguiera adelante con sus asuntos, que no eran la muerte, sino la vida. Aun así, uno debía mostrar cierta decencia. Por muy desconsolado que uno pudiera sentirse durante su retiro, por mucho que uno sufriera, había cierto periodo en el que el doliente, creía la señorita Entwhistle, se apartaba de todo y de todos. Era instintivo. Alguien que de verdad lamentara su pérdida querría apartarse…

—Oh, pero ¿no lo entiendes? —Lucy, desesperada, intentó explicárselo una vez más—. Lo suyo no era una simple pérdida…, es que era algo demasiado doloroso. Es evidente que Everard habría tenido un comportamiento más normal si se hubiera tratado de una muerte normal.

—O sea, que cuanto mayor es la pena, más alegremente se va uno a tomar el té —dijo la señorita Entwhistle, para quien el recuerdo de los pantalones claros en la mitad inferior de Wemyss y de su expresión indudablemente satisfecha en la superior era, en ese instante, demasiado.

—Oh. —Lucy no pudo reprimir un gemido y dejó caer la cabeza, derrotada.

La señorita Entwhistle se levantó de golpe y la tomó entre sus brazos.

—Perdóname —le dijo—. Eso ha sido estúpido y cruel. Creo que yo solo sé esconderme. Creo que me he quedado estancada. Ayúdame a seguir adelante, Lucy. Ayúdame a ser más valiente… — Besó con ternura su mejilla cálida y la estrechó contra la suya.

—Es que me gustaría que lo entendieras —le dijo Lucy al borde del llanto, abrazada a ella.

—Lo que sí entiendo es que lo amas —dijo suavemente la señorita Entwhistle, y le dio otro beso, tan tierno como el anterior.

Esa tarde, cuando Wemyss apareció a las cinco en punto para

una de sus visitas bisemanales, encontró a Lucy sola.

—¿Por qué? ¿Dónde…? ¿Cómo…? —balbució mientras echaba miradas furtivas a los rincones del salón como si esperara encontrar a la señorita Entwhistle espiándolos escondida tras una silla.

—Se lo he contado —le confesó Lucy, que parecía cansada.

Wemyss la estrechó contra su corazón en un fuerte abrazo.

—El amorcito de Everard —dijo mientras la besaba una y otra vez—. El amorcito maravilloso de Everard.

—Sí, pero… —empezó Lucy con un hilo de voz. Sin embargo, estaba tan enterrada en su abrazo que su voz quedó amortiguada y se perdió.

—¿Ves como tenía razón? —le dijo triunfal sin dejar de abrazarla—. ¿No es así como debe ser? ¿Tú y yo solos, sin nadie que nos mire ni nos estorbe?

—Sí, pero… —empezó Lucy de nuevo.

—¿Qué dices? —Wemyss se echó a reír y se puso la mano en la oreja—. ¿«Sí, pero»? Más bien un sí rotundo, cosita preciosa. Para nosotros no existen los peros, solo los síes.

La conversación prosiguió en la misma línea durante un buen rato hasta que Lucy por fin consiguió contarle que su tía se había llevado un disgusto.

A Wemyss le pareció tan irrelevante que ni siquiera le preguntó la razón. No le despertaba ni la más mínima curiosidad nada de lo que su tía pudiera pensar.

—¿Qué más da? —le dijo estrechándola otra vez contra su corazón—. ¿Qué más da? Nos tenemos el uno al otro. ¿Qué importa todo lo demás? Si tuvieras cincuenta tías, todas disgustadas, ¿qué importaría? ¿Qué podría importarnos a nosotros?

Y Lucy, que estaba exhausta después de la mañana que había tenido, también pensó, mientras se acurrucaba a su lado, que nada importaba mientras él estuviera ahí. El problema radicaba en que él no estaba ahí la mayor parte del tiempo, pero su tía sí, y ella quería a su tía y no podía soportar darle disgustos.

Intentó explicárselo a Wemyss, pero no lo entendía. Cuando se trataba de la señorita Entwhistle, él era tan incapaz de entender a Lucy como lo era la señorita Entwhistle cuando se trataba de Wemyss, solo que a este le daba absolutamente igual no entenderla. Tías. ¿Qué eran las tías? Insectos. Soltó una carcajada y dijo que su

amorcito no podía tenerlo todo. No se podía comer el pastel —eso era su Everard— y tenerlo —eso era su tía—. Luego le besó el pelo, le preguntó quién era una niñita complicada y la meció de un lado a otro entre sus brazos; a Lucy la divirtió y ella también se rio, y se olvidó de su tía y de todo, a excepción de lo mucho que lo amaba.

Mientras tanto, la señorita Entwhistle estaba pasando una tarde laboriosa en la hemeroteca del Museo Británico. Leía el artículo del Times sobre el caso Wemyss y su investigación. Si lo que Lucy le había dicho esa mañana la había disgustado, lo que leyó aquella tarde lo hizo aún más. Lucy no había mencionado nada sobre ningún suicidio. Quizás él no se lo había dicho. Un suicidio. Bueno, no habían encontrado pruebas. Se habían decidido por un veredicto abierto. Es algo que solo había sugerido una criada que quizás estuviera resentida. Incluso si fuera verdad, lo más probable era que la pobre criatura hubiera descubierto que tenía una enfermedad incurable o que hubiera perdido a alguien y se hubiera desmoronado o…, en fin, había muchas explicaciones perfectamente normales y razonables.

La señorita Entwhistle se tomó con calma el camino de vuelta a casa. Se detuvo en los escaparates para mirar sombreros y blusas sin verlos realmente; el objetivo era alargar su paseo lo máximo posible mientras intentaba pensar. Un suicidio. Qué desolador sonaba en esa hermosa tarde. Qué manera de rendirse. Qué derrota. ¿Por qué se había rendido? ¿Qué la había derrotado? En cualquier caso, no era cierto. El forense había declarado que no había pruebas suficientes para determinar la causa de la muerte.

La señorita Entwhistle ralentizó su paso cada vez más y más. Cuanto más se acercaba a Eaton Terrace, menos deseaba seguir avanzando. Al llegar a Belgrave Square, dio la vuelta a la plaza un par de veces y se entretuvo en la verja de los jardines estudiando las costumbres de los pájaros. Había pasado toda la tarde fuera y, como bien saben los que han recorrido ese camino, hay un buen trecho desde el Museo Británico a Eaton Terrace. Además, hacía calor y tenía los pies doloridos, así que nada le habría gustado más en ese instante que estar sentada en su propia silla tomándose el té en su fresco salón. Pero lo más probable era que ahí, en ese salón, aún estuviera el señor Wemyss, al que desde entonces ya no se referiría como señor Wemyss. ¿De verdad tendría que llamarlo Everard? O

quizás se lo encontraría en las escaleras, unas escaleras muy estrechas, o en el vestíbulo, también estrecho, que él ocuparía entero, o quizás se cruzaría con él en la puerta, que también ocuparía entera, o tal vez, al girar la esquina hacia su calle, se encontraría de lleno con esos pantalones triunfantes.

No. Estaba claro que ese día no podía verlo. Por eso siguió haciendo tiempo observando solitaria los gorriones al otro lado de la verja de los jardines de Belgrave Square, apoyando su peso alternativamente en cada uno de sus pies doloridos.

Y eso solo era el principio, pensó, ese solo fue el primero de muchos días de caminar sin rumbo, sin hogar. Su casa era demasiado pequeña para acogerlos a ella y al cortejo. De haberse tratado de ese joven esbelto que estaba perdidamente enamorado de Lucy, la casa probablemente no se les habría quedado tan pequeña. Habría sido un cortejo juvenil, tímido. Ella habría podido estar felizmente en el comedor mientras la joven pareja de edad razonablemente parecida coqueteaba con delicadeza en el piso de arriba. Sin embargo, no podía soportar la idea de encontrarse tan horriblemente cerca del cortejo del señor Wemyss, no, de Everard, ya podía irse acostumbrando a ese nombre. Su cortejo no sería… La señorita Entwhistle buscó la palabra correcta en su mente agitada, y encontró vegetariano. Exacto, esa palabra le bastaba para indicar a qué se refería: no sería un cortejo vegetariano.

La señorita Entwhistle se alejó de la verja, tomó la dirección opuesta a la de su casa y vagó hacia Sloane Street. Allí vio un ómnibus que se detenía para que alguien se apeara de él. Tenía tantas ganas de sentarse que hizo un esfuerzo, subió y, después de apretujarse en un asiento vacío, se dejó llevar hasta donde el vehículo quisiera.

Llegó hasta el centro de Londres, primero hasta allí y luego hasta lugares desconocidos más allá. Se dejó llevar. Su ropa se volvía más elegante a medida que el ómnibus se alejaba del centro. Acabó por llamar la atención de todo el mundo. Pero ella estaba decidida a dar tanto margen al cortejo como le fuera posible y estar fuera todo el día, y eso hizo.

El ómnibus siguió sin pausa durante hora y media. Aquello era algo nuevo para ella. Cuando finalmente se detuvo, se quedó muy quieta; el conductor, que había acabado compartiendo la sorpresa

creciente de las distintas hornadas de pasajeros cada vez más pobres, le preguntó adónde iba.

Ella dijo que iba a Sloane Street.

El hombre, que no daba crédito, intentó razonar con ella, pero la señorita Entwhistle siguió inamovible y persistente en su asiento.

A las nueve en punto la dejó exactamente donde la había recogido y la vio perderse en la oscuridad con un caminar agarrotado. El conductor le guiñó un ojo al pasajero más cercano a la puerta y se dio unos golpecitos en la frente.

Sin embargo, mientras subía agotada y hambrienta las escaleras de su casa y abría la puerta con sus llaves, la señorita Entwhistle pensó que había merecido la pena, ese día, al menos, se había escapado del señor Wem…, no…, de Everard.

CAPÍTULO 10

Sin embargo, la señorita Entwhistle, después de esa única tarde en la que se había dejado llevar por sus sentimientos, tomó la firme decisión de comportarse de la única manera prudente cuando uno se halla delante de un matrimonio inevitable: con simpatía y amabilidad.

Ya había sido testigo demasiadas veces de cómo la indignación inicial de unos padres decepcionados ante el matrimonio de sus hijos acababa endureciéndose hasta convertirse en un tema de orgullo, terquedad y principios que derivaba en una actitud imposible de cambiar, aunque acabara tornándose ridícula con el paso de los años. Si resultaba ser un matrimonio feliz, era absurdo seguir cerrándose en una desaprobación anticuada; si resultaba ser desdichado, entonces la necesidad de afecto y comprensión no se hacía sino más urgente.

A eso daba vueltas la señorita Entwhistle en su cama durante esa primera noche insomne, y durante los meses siguientes se comportó en consecuencia. Fueron unos meses de prueba. Empleó todo su coraje en ceñirse a lo que había decidido. Lucy había hecho bien en mantener a su tía en la ignorancia en relación con su compromiso hasta ese momento. La señorita Entwhistle, ya enjuta de por sí, adelgazó aún más debido a sus esfuerzos, día tras día y hora tras hora, por mostrarse alegre, por participar de la felicidad de Lucy, por hacerle las cosas más fáciles, por protegerla de las miradas e indagaciones de sus amigos, por mirar a Everard y al futuro con esperanza y a través de los ojos de Lucy, en la medida de lo posible.

—Se complica demasiado —decía Wemyss cada vez que Lucy le comentaba algo sobre el aparente estrés y sobreesfuerzo que hacían más y más mella en el aspecto de su tía—. Debería tomarse las cosas con más naturalidad. Míranos a nosotros.

Esta era, pues, la única nube oscura que flotaba en el cielo azul

de Lucy: saber que su tía no era del todo feliz.

Luego, él le preguntaba, de pie con su cabeza sobre la de Lucy y sus brazos rodeándola, quién le había enseñado a esa niñita a no complicarse, y se reían, y se besaban, y cambiaban de tema.

A la señorita Entwhistle le resultaba imposible ser más sencilla tal y como lo entendía Wemyss. Y eso que lo intentaba, porque, cuando le veía la cara, tan fresca y tersa, sin arrugas en la frente, y la comparaba en el espejo con la suya, que solo tenía tres años más, pensaba que lo de tener las ideas claras no podía estar tan mal. Había sido Lucy quien le había dicho lo de las ideas claras. Le había contado que Wemyss hacía las cosas de una en una, concentrado y en silencio. Una vez que había terminado, y solo entonces, pasaba a la siguiente. Everard conocía su mente a la perfección. ¿No le parecía genial a la tía Dot eso de conocer la mente de uno mismo a la perfección para evitar tambalearse de un lado a otro y gastar pensamientos y energías innecesarios en asuntos secundarios?

Ese discurso no era otro que el de Wemyss. A la señorita Entwhistle, que ya lo había estado escuchando por la tarde, pues aparecía cada vez que él venía de visita —más que nada para quedar bien—, y que también los acompañaba en todas las salidas de fin de semana, se le hacía cuesta arriba que, cuando finalmente llegaba la noche y el amparo de su salón vacío, también tuviera que escucharlo de la boca de Lucy.

Sin embargo, ella siempre le daba la razón y le decía que sí, que Everard era un verdadero encanto. Y es que, cuando una veía, sin asomo de duda, que su única y adorada sobrina se disponía a casarse, lo mínimo que una tía prudente podía decir de su futuro sobrino era que resultaba un verdadero encanto. Usaría expresiones más cariñosas y variadas, si le era posible, pero eso era lo mínimo. La señorita Entwhistle intentó encontrar alguna variación, ya que temía que Lucy notara cierta monotonía. En cierta ocasión, con mucho esfuerzo y medio titubeando, consiguió decirle que era…, que era todo un cielo, pero le sonó vacío y no lo repitió más. Además, Lucy parecía bastante satisfecha con la otra opción.

Muchas noches, sentada a los pies de su tía —Wemyss nunca las visitaba por la noche porque no le daba mucha confianza la posible cena—, Lucy solía hacérselo repetir preguntándole, algo nerviosa:

—Pero de verdad crees que es un verdadero encanto, ¿no, tía

Dot?

A lo que la señorita Entwhistle, temiendo haber estado algo distraída al expresar esa opinión por última vez, le respondía enseguida y con un énfasis casi excesivo:

—Oh, sí, un verdadero encanto.

Quizás sí era un encanto. Lo ignoraba. ¿Qué tenía contra él? Lo ignoraba. Era demasiado mayor para Lucy, eso sí, pero luego escuchaba algo que Everard había dicho o que lo había hecho reír y le parecía que era demasiado joven. Claro que lo que de verdad tenía contra él era que hubiera superado la muerte de su esposa con tanta rapidez. Aun así, había que reconocer que la explicación que Lucy le daba, que se trataba de un simple acto instintivo en defensa propia, tenía cierto sentido. Además, no podía seguir reprochándoselo toda la vida, cuantos más días pasaban, más carecía de importancia. A veces, la señorita Entwhistle incluso se preguntaba si era eso lo que realmente le molestaba o si se trataba, en realidad, de otros pequeños detalles: su falta de meticulosidad, por ejemplo, o su desatención de las cortesías más básicas. En definitiva, objeciones de una vieja soltera, se dijo con una sonrisa. No parecía que a Lucy le molestara en absoluto su torpeza. Le parecía que incluso se enorgullecía de ella; se deleitaba con todo lo que Wemyss decía o hacía con la tierna fascinación de una madre primeriza al contemplar a su niño travieso. Se reía despreocupada, recibía sus caricias sin pudor. La señorita Entwhistle pensó que también Lucy se estaba convirtiendo en lo que, sin duda, ella calificaría de «sencilla». En fin, quizás todo eso era simplemente la reacción de una solterona a un tipo de persona con la que nunca antes se había encontrado, tal vez era ella —una vez más, asumió toda la culpa— quien estaba anticuada. Los amigos de Jim…, bueno, eran diferentes, pero no necesariamente mejores. Estaba segura de que el señor Wemyss los consideraría un puñado de quisquillosos.

Al llegar octubre, Londres volvió a llenarse. Los amigos de Jim acudieron a visitarlas, y muchos de ellos mostraron una tendencia a seguir haciéndolo, lo que añadió una nueva dificultad a las ya existentes, la dificultad de que no coincidieran con Wemyss. La señorita Entwhistle estaba convencida de que este no podría disimular su potestad sobre Lucy y de que su sobrina no podría

esconder la ternura que desprendía cada vez que lo miraba. Naturalmente, se preguntarían quién era. Y seguro que algún amigo de Jim recordaría el asunto de la muerte de la señora Wemyss. De hecho, cuando ella había ido al Museo Británico para leer la noticia, se había quedado muy sorprendida de no haberla leído en su momento. Ocupaba un espacio tan prominente en el periódico que sin duda la habría visto si ese día hubiera tenido uno cerca. Como había estado visitando a unos amigos en esas fechas, tal vez ese día en concreto lo hubiera dedicado al trayecto de ida o de vuelta; de haber comprado el periódico, no le hubiera ni echado un vistazo, sino que se hubiera dedicado a mirar por la ventana, como solía hacer cuando iba en tren.

No se sentía con fuerzas para soportar un interrogatorio ni para dar las consiguientes explicaciones sobre Wemyss y defenderlo. Le parecía que había demasiado que explicar. Tendría que dividir a Wemyss en secciones y servirlo gradualmente y sin prisa. Aunque sería mucho mejor no presentarlo siquiera, evitar que sus amigos lo conocieran. Así pues, la señorita Entwhistle estableció un día a la semana en el que iba a estar en casa y disuadió a todo el mundo de perder el tiempo llamando a su puerta en cualquier otro momento. Más adelante, tales reuniones semanales pasaron de la tarde a la noche. Quien gustara podía presentarse después de cenar para charlar un rato y tomarse un café. Y es que las noches eran más seguras gracias a que Wemyss estaba completamente convencido de que las cenas que preparaban las solteronas eran malas y exiguas.

Lucy habría preferido no ver a nadie, excepto a Wemyss, que era todo lo que quería y todo lo que deseaba en la vida. Sin embargo, entendía a su tía: concentrar las visitas de sus amigos en un solo día y hora minimizaba el riesgo de que estos los molestaran en sus momentos especiales. Ese era el razonamiento que le había hecho la señorita Entwhistle, que se había quedado asombrada ante su propia astucia mientras se lo explicaba.

Tenía una vieja amiga que vivía en Chesham Street, una viuda que rebosaba esa madura sabiduría que a veces les acaba llegando a aquellos que han sobrevivido al matrimonio. Cuando el otoño la devolvía a Londres, la señorita Entwhistle solía visitarla en busca de consuelo.

—¿Hay algo en el mundo que abra un abismo tan grande entre

el afecto y la comprensión de dos personas como el que abre un nuevo amor? —le preguntó cierto día en que Lucy le había dicho algo que la había hecho entender lo mucho que se habían alejado. Ahora, su sobrina no era más que una pequeña figura en la distancia, estaba fuera del alcance de su voz y tanto más del de sus manos.

—No —respondió su amiga, a quien la sabiduría había concedido el don de la síntesis.

En cuanto a la situación económica de Wemyss, la señorita Entwhistle solo podía juzgar las apariencias, pues a él no parecía habérsele ocurrido que ese dato pudiera resultar de su interés. Prefería esperar hasta más tarde, cuando se pudiera hablar abiertamente sobre el compromiso, para pedirle a algún viejo amigo de Jim que hiciera las investigaciones pertinentes. En cualquier caso, su manera de vivir denotaba una situación cómoda: solía desplazarse en taxi, alquilaba coches con frecuencia, vivía en una de las imponentes casas de Lancaster Gate y, cómo olvidarlo, era el propietario de The Willows, esa casa del río, cerca de Strorley, donde su esposa había muerto. «Después de todo, ¿hay algo mejor que tener dos casas?», pensó la señorita Entwhistle, como si se felicitara en nombre de Lucy por ese aspecto tan satisfactorio de Wemyss. Dos casas y ningún hijo, mucho mejor así que al revés. En una ocasión en la que casi se sentía esperanzada por el futuro de Lucy, por las ventajas en las que se obligaba a concentrar su mente, volvió de visita a Chesham Street y le dijo a la viuda, que ya estaba acostumbrada a las preguntas completamente irrelevantes de su amiga y que, además de sabia, era poco curiosa:

—¿Hay algo mejor que tener dos casas?

La viuda, cuya sabiduría era mucho más madura que reconfortante, respondió para decepción de la señorita Entwhistle:

—Tener una.

Más adelante, cuando el matrimonio ya era inminente, la señorita Entwhistle, que había esperado tenerlo asumido para entonces, descubrió que necesitaba más apoyo que nunca y acudió nuevamente a la viuda, esta vez algo desesperada y confiando en que la sabiduría de sus palabras la ayudara a recobrar la calma y disipara sus persistentes y absurdas dudas.

—Después de todo —dijo—, ¿hay algo mejor que tener un

marido entregado?

Y la viuda, que había tenido tres maridos y que sabía de lo que hablaba, le respondió con la calma típica de quien ya ha terminado su viaje y puede mirar atrás y evaluar con calma:

—No tener ninguno.

CAPÍTULO 11

El compromiso Wemyss-Entwhistle fue pasando por las etapas habituales: secreto absoluto, secreto parcial, semipublicidad y, justo después, publicidad total, con el revuelo inevitable que eso conllevaba. En el revuelo, las voces de aprobación o desaprobación que solían salpicar a los protagonistas en mayor o menor medida eran, en este caso, de una desaprobación unánime. Los amigos del padre de Lucy criticaban la figura de Wemyss. El ambiente estaba crispado en Eaton Terrace. Y Lucy, como siempre que deseaba esconderse de algo que no le gustaba, corría hacia el abrazo de Wemyss, más segura que nunca de que solo ahí encontraría paz.

Eso hacía que la señorita Entwhistle tuviera que enfrentarse sola a las críticas. No podía hacer otra cosa. Jim había tenido montones de amigos íntimos y leales para quienes, al parecer, Lucy era objeto de especial cuidado y preocupación. Uno o dos de los más jóvenes, que habían sido discípulos más que amigos, estaban enamorados de ella y eran precisamente los que manifestaban una indignación más irritada y ruidosa. La señorita Entwhistle se hallaba en la situación que tanto se había esforzado en evitar: la de dar explicaciones sobre Wemyss y defenderlo ante un público extremadamente receloso y hostil. Era como si, forzada a ello, estuviera luchando por él entre la espada y la pared de su propio salón.

Lucy no podía ayudarla, porque, si bien la angustiaba que su tía lo pasara mal por culpa de sus asuntos, también creía que Everard llevaba razón cuando le decía que dichos asuntos no eran de la incumbencia de nadie, a excepción de él y ella. Lucy también estaba indignada, pero su indignación nacía del hecho de que los amigos de su padre, gente inteligente y razonable que siempre había sido amable y buena con ella, se hubieran opuesto en masa a su matrimonio con Everard sin saber nada de él, aparte de lo del accidente. Sus prejuicios infundados y su disposición para creerse lo

peor en vez de lo mejor la tenían estupefacta y conmocionada. ¡Y cómo hablaban! Discusiones inacabables, razonamientos y matices, todos tan ingeniosos e imposibles de contradecir. Aun así, si ella también hubiera tenido el ingenio suficiente y la capacidad de demostrarles las cosas, estaba segura de que habría podido refutarlos. Y sus innumerables puntos de vista, ¿para qué? Si, como bien decía Everard, sobre cada tema solo había un único punto de vista: el correcto. No, lo que una mujer deseaba no era eso, no quería rumiar y examinar y diseccionar y considerar eternamente. Una mujer —sus pensamientos estaban ahora vestidos con las palabras de Wemyss— solo deseaba a su marido.

—No le corresponde a ella entender —había citado un día Wemyss, y ambos se habían reído con su parodia de Tennyson—, solo amar y… vivir, ¡no fallecer!

Lucy no dudaba de las buenas intenciones de los amigos de su padre, pero ¡cuánto podía llegar a complicar una situación tan simple la gente bienintencionada! Se escondía de ellos en los brazos de Wemyss, como no podía ser de otra manera. Allí no había discusiones, no había suspicacias ni dudas que la entorpecieran. Había solamente un amor sencillo y la sensación —tan placentera para alguien como ella, la muerte de cuya madre había interrumpido de lleno sus dulces arrumacos cuando era niña y cuya vida había transcurrido desde entonces en la compañía áspera y fortificadora de hombres excepcionalmente inteligentes e inquisitivos— de volver a ser un bebé en brazos, unos brazos grandes y cómodos que no iban a juzgarla.

No se podía decir que la noticia del compromiso se hubiera filtrado, sería más preciso decir que se había desbordado. El secreto se habría mantenido durante una temporada, con el solo conocimiento de ellos tres y las criadas —quienes, al ser ellas mismas mujeres jóvenes y conocedoras de los síntomas de esa enfermedad, ya habían deducido lo que ocurría mucho antes de que la señorita Entwhistle hubiera siquiera comenzado a sospecharlo—, si Wemyss no se hubiera aficionado a dejarse caer los jueves por la noche, en contra de lo previsto. Las descripciones que Lucy le hacía de esas noches, de la gente que acudía, de lo amables que eran con su tía y con ella, de lo ansiosos que estaban por ayudar a esa criaturita solitaria que, sin duda, habría sido si Everard no

constituyera el adorado telón de fondo de su vida —en ese momento, se abrazaron—, al principio lo divirtieron, luego le despertaron la curiosidad y, finalmente, hicieron que se decidiera a verlo con sus propios ojos.

No avisó a Lucy de que iría, simplemente se presentó. Pasaron cinco jueves en los que estuvo jugando al *bridge* en su club por las noches, como de costumbre —jugando con una mano y pensando en ella con la otra, como le había dicho, «no sé si me entiendes», y se habían reído y se habían abrazado—, antes de que calara en su mente la imagen de su niñita en esa casa, rodeada de gente que la agobiaba y la cortejaba —porque, para Wemyss lo más natural era que todo el mundo quisiera cortejarla—, mientras él, la única persona con derecho a hacerlo, estaba lejos de ella.

Así pues, entró. Al hacerlo, el grupo que estaba de espaldas a la puerta rodeando a Lucy pudo ver en su cara, que hasta entonces había mostrado una expresión cordial, un repentino estallido de luz y color. Se giraron todos a la vez para ver qué era lo que estaba mirando tras de ellos con los labios entreabiertos y los ojos llenos de sorpresa y júbilo, y se encontraron, una vez más, con el misterioso doliente del funeral en Cornualles.

En aquella ocasión, todos lo habían tomado por alguien de la familia de Jim, ese tipo de pariente que aparece tres veces en la vida de un hombre, la última de las cuales es su funeral; sin embargo, en ese momento, en Eaton Terrace, enseguida supieron que no lo era, pues no hay chica en el mundo cuyo rostro pase en un instante de una expresión de educada amabilidad a una de trémula y luminosa vitalidad por un pariente de los que aparecen tres veces en la vida. Todos se quedaron mirándolo, atónitos. No se parecía nada al tipo de personas que habían conocido en casa de Jim. Por poner un ejemplo, iba muy bien vestido —«incluso los pájaros visten sus mejores galas en época de apareamiento», pensaba la señorita Entwhistle—, y su impresionante esmoquin, que lucía la mayor y más impecable pechera que ninguno hubiera podido imaginar, hizo que los demás parecieran y se sintieran como lo que eran: un tropel deslucido y harapiento.

Wemyss era apuesto. De mediana edad, sí, pero lo suficientemente apuesto como para eclipsar a hombres más jóvenes. Quizás le sobraba un poco de lo que los sastres denominarían una

percha ancha, pero lo compensaba con su altura. Tenía unos rasgos simétricos, un rostro despreocupado y saludable, y un pelo castaño brillante y sin canas; iba bien afeitado y tenía el tipo de boca que algunos periodistas habían descrito expresiva, y otros, como resuelta, pero todos coincidían en que era proporcionada. Cuando lo contempló, un joven que estaba cerca de Lucy pensó que era fácil imaginarlo con un abrigo forrado en piel, vestuario impensable en cualquiera de los otros presentes, incluido él mismo. Además, ese mismo joven también pensó que no sería raro ver a maleteros del tren, taxistas o camareros dándose prisa para servirlo; en cambio, no solo le resultaba imposible imaginar a esa misma gente reparando en la presencia de los que estaban en esa sala, incluido él mismo, con algo que no fuera tedio y suspicacia, sino que sabía que así era por propia y deprimente experiencia.

—¡Oh, mi espléndido enamorado! —El corazón de Lucy dio saltos de alegría cuando se abrió la puerta y Wemyss apareció. Era la primera vez que lo veía de noche, y el contraste entre él y el resto de los asistentes resultaba más que evidente.

La señorita Entwhistle había estado en lo cierto: no había manera de disimular la mirada de Lucy ni cómo estaba subyugada por Wemyss. En cuanto a él, había pretendido no mostrar ningún interés en su niñita y hacerse pasar por un invitado más —se habría limitado a darle la mano y hacerle algún comentario sobre el tiempo o algo parecido—, pero su orgullo y su amor eran tan grandes que no podía ocultarlos. Le pareció que lo estaba consiguiendo, que se estaba comportando con elegancia y con una grácil soltura, pero su simple manera de mirarla y tenerla controlada bastaba para delatarlo. También los incriminaban las miradas que Lucy le dirigía. Los cerebros que había en esa sala estaban acostumbrados a llegar a conclusiones más complejas que esa. Tanta obviedad los enfurecía. ¿Quién era ese forastero adinerado de mediana edad que se había apoderado de la hija de Jim? ¿En qué estaba pensando su tía? ¿De dónde había salido él? ¿Lo había sabido Jim?

La señorita Entwhistle lo presentó.

—El señor Wemyss —les dijo, mientras dirigía su palma hacia él con un gesto vago. Dos manchas rojas brotaron en sus mejillas.

Wemyss dio un paso al frente. Sobre la alfombra, delante de la

chimenea, llenó su pipa —estaba tan acostumbrado a fumar en esa sala cuando venía a tomar el té con Lucy que se le olvidó preguntarle a la señorita Entwhistle si le importaba— y dijo a todo el mundo lo que pensaba. Cuando Wemyss había aparecido estaban hablando de Irlanda. Una vez que se hubo aquietado el alboroto causado por su presencia, les había pedido que no se preocuparan por él y que prosiguieran. Entonces, habló él y les dijo lo que opinaba, que casualmente coincidía con lo que el Times había opinado esa misma mañana. Wemyss hablaba con la fluidez entrenada de un editorial. Le gustaba la política y hablaba sobre el tema en su club siempre que tenía ocasión, lo que solía dejar vacantes las sillas que quedaban cerca de él. Pero Lucy, que nunca lo había oído hablar de política hasta entonces y comprobando que podía entender cada una de sus palabras, lo escuchaba con la boca abierta. Antes de que él llegara, habían estado diciendo cosas que escapaban a su comprensión, discutiendo entusiasmados sobre Sinn Féin, Lloyd George y el escandaloso coste de la vida —corría el otoño de 1920— lo ponían todo del revés y le daban la vuelta, eran agudos, hábiles, tremendamente entusiastas y sinceros. Había sido como un espectáculo de fogonazos constantes que los incendiaban a todos: un golpe aquí, un giro allá, una chispa más allá, una explosión de carcajadas y luego a otra cosa, mientras ella mentalmente iba seis frases por detrás, incapaz de seguirles el ritmo. Había estado echando de menos a su padre, que en ocasiones como esa la cogía de la mano, cuando veía que quedaba algo rezagada, se paraba un momento para ayudarla a entender y les paraba los pies a los demás mientras ella recuperaba el aliento.

Pero ahora Everard había llegado y Lucy lo veía todo claro. Se sentía como una ventana que acabara de abrirse de par en par para dejar entrar el sol y el aire fresco. Le parecía que era mucho más sensato que los demás, tan sano y natural. Lo único que tenía que hacer el Gobierno, relataba Everard, era esto y aquello, y tanto Irlanda como el coste de la vida pasarían a ser inmediatamente problemas resueltos. Explicó la línea de acción que había que tomar. Era una línea realmente sencilla. Lo único que hacía falta era buena voluntad y algo de sentido común. «¿Por qué no puede tener la gente buena voluntad y algo de sentido común?», pensaba Lucy mientras asentía inconscientemente para mostrar su acuerdo,

orgullosa de él.

Al principio, se produjo cierta tendencia a interrumpirlo y a importunarlo con preguntas, pero aquella actitud se fue debilitando cada vez más hasta dejar paso a un silencio absoluto. «Parece que se hayan quedado petrificados», pensó la señorita Entwhistle al mirar a los demás invitados, inmóviles en sus sillas. Y cuando se fueron, más temprano de lo habitual y todos a la vez, Wemyss aún seguía de pie sobre la alfombra explicando los puntos de vista del hombre de negocios corriente y sensato.

—No es que yo pretenda ser un gran pensador —les dijo apuntándolos con su pipa—. No soy más que un simple hombre de negocios y, como tal, sé que hay solo una manera de hacer las cosas: la correcta. Solo hay que descubrir cuál es y ponerse a ello. Se pierde demasiado tiempo discutiendo y preguntando a los demás su opinión. No queremos cháchara, queremos hechos. Yo estoy de acuerdo con lo que dijo Napoleón sobre la Revolución francesa: «*Il aurait fallu mitrailler cette canaille*».

Eso fue lo último que escucharon los otros mientras bajaban en pelotón por las escaleras, sin decir nada. Ya en el exterior, se quedaron un rato hablando en la acera en corrillos dispersos que fueron desintegrándose a medida que la gente volvía a sus casas, donde la mayoría dedicó lo que quedaba de noche a escribirle a la señorita Entwhistle.

El siguiente jueves por la noche, como las respuestas de la señorita Entwhistle habían sido ambiguas e insatisfactorias, volvieron de visita, esperando cada uno de ellos, poder tener un momento a solas con la tía de Lucy para preguntarle, como los amigos más íntimos de Jim, quién y qué era Wemyss exactamente y, más en concreto, por qué. Lo que hiciera y quién fuera carecía de importancia mientras lo hiciera y lo fuera lejos de allí, pero estaban decididos a obtener una respuesta a la tercera pregunta: ¿por qué Wemyss? Pero, cuando llegaron, ahí estaba de nuevo, esta vez antes que ellos, de pie sobre la alfombra de la chimenea como si no se hubiera movido ni hubiera dejado de hablar desde la semana anterior.

Ahí acabaron las veladas de los jueves. Nadie acudió a la siguiente, a excepción de Wemyss. La señorita Entwhistle había tenido que admitir que estaban prometidos, cosa que hizo que su

vida se convirtiera en un infierno y un completo desatino hasta el día mismo de la boda. Como en su testamento Jim no había nombrado a nadie para que se hiciera cargo de Lucy, todos y cada uno de sus amigos creyeron que ese papel les correspondía a ellos. Les indignó descubrir que alguien se estuviera llevando a Lucy en volandas sin darles tiempo ni siquiera a situarse. Y les horrorizó descubrir quién era ese Wemyss. La mayoría aún tenía fresco el asunto de la señora Wemyss acaecido hacía unas semanas; y los que no, acudieron al Museo Británico, tal y como la señorita Entwhistle lo había hecho en su momento, para leer la noticia. Además, aunque ellos eran gente bastante cándida que perdía más dinero del que ganaba, pusieron en marcha las investigaciones privadas más minuciosas sobre los negocios de Wemyss, ya que esperaban descubrir que era tan canalla o que estaba tan arruinado —preferiblemente, ambas cosas— que sería imposible que ninguna mujer quisiera tener nada que ver con él. Sin embargo, lo único que descubrieron fue que Wemyss tenía un expediente bastante respetable. Según les comentó el abogado, todo estaba en orden y parecía impecable. No se le podía considerar una persona acomodada para los estándares de Londres, pero para los de Ealing, por decir algo, sí lo era. Tenía unos ingresos estables y era perfectamente capaz de mantener a una esposa y a una familia. Podría haberse hecho bastante más rico si no hubiera adoptado la costumbre, que mantenía desde hacía años, de terminar su trabajo temprano e irse de la oficina antes que la mayoría de la gente. Los amigos tuvieron que reconocer que eso, al menos, les parecía razonable. Por otro lado, sí que era verdad que había ocurrido algo muy triste en su vida privada recientemente…

—Oh, gracias —interrumpieron los amigos—, de eso ya nos hemos enterado.

Aun así, por muy impoluto que estuviera el expediente de Wemyss, se siguieron oponiendo rotundamente a que la hija de Jim se casara con él. No solo tenía que ver con las cosas que decía, sino también con el asunto de su esposa. Sabían que no estaban siendo objetivos, pero todos recordaban a Jim y le tenían demasiado aprecio como para ser imparciales con un hombre que estaban tan seguros de que no habría sido de su agrado. Juntos y por separado acudían a Eaton Terrace a horas seguras, como después de

desayunar. En esos momentos, trataban de razonar con Lucy, olvidando que resulta imposible hacer entrar en razón a una persona enamorada. Con menos vista que la señorita Entwhistle, intentaron disuadirla de casarse con ese hombre. Y cuanto más lo intentaban, más unida se sentía Lucy a él. Con su actitud solo consiguieron que, además de un amor apasionado, sintiera un fuerte instinto de protección y el deseo de interponerse físicamente entre ellos y su amado. Y durante todo este espectáculo, en lo más profundo de su ser, a pesar de lo asombrada e indignada que estaba con ellos, no podía evitar sonreír, pues le parecían realmente graciosos los juicios superficiales de esa gente tan inteligente al compararlos con lo que solo ella conocía: el cariño y la honesta bondad del corazón de Wemyss.

Lucy se reía para sus adentros, acunada en su feliz certeza. Como si de un milagro se tratara, había encontrado en él no solo un amante al que podía adorar, un guía al que podía seguir, un maestro al que podía admirar y una víctima que sin ella no habría podido sanar, sino también una madre, un protector y un compañero de juegos. Si bien era mucho mayor que ella e increíblemente sabio, parecía tener su misma edad y, a veces, parecía incluso más joven, cuando hablaba y bromeaba como un muchachito. Lucy nunca había tenido a nadie con quien jugar. Se había pasado la vida, por así decirlo, en una constante tensión física y mental, comportándose como es debido, y no había conocido las delicias de relajarse hasta que Wemyss había entrado en escena. A su padre le habían divertido los disparates, sin duda, pero solo algunos, y nunca los que pudieran calificarse de completos disparates. Con Wemyss podía decir todos los que se le vinieran a la cabeza, completos o no. Se reía como un loco cuando los soltaba. A Lucy le encantaba hacerlo reír. Se desternillaban de la risa juntos. La entendía. Era su compañero de juegos. Y esa otra gente, pequeños y mayores, que no habían jugado en su vida y que querían alejarla de él, podían hacer cuantos esfuerzos quisieran por tirar abajo la puerta tras la que él y ella se divertían.

—Todos intentan separarnos —le dijo Lucy un día, resguardada entre sus brazos como de costumbre y con la cabeza apoyada en su pecho.

—La unidad no se puede separar —comentó Wemyss

tranquilamente.

Lucy quiso plantarles esa respuesta en la cara a todos los demás, usarla como arma la próxima vez que fueran a visitarla después del desayuno, así los convencería de la inutilidad de sus esfuerzos. Sin embargo, ya había descubierto que, de algún modo, siempre sabían cuándo estaba usando las palabras de Everard y no las suyas propias; entonces, por supuesto, los prejuicios que tenían contra él les impedían seguir escuchándola.

—Vamos, Lucy, eso es de Wemyss —le decían—. Por el amor de Dios, di algo que se te haya ocurrido a ti sola.

En Navidad, Wemyss tuvo un enfrentamiento con la señorita Entwhistle, que se había vuelto tan tranquila e inofensiva desde la noticia del compromiso que incluso le había empezado a caer bien. Parecía haberse dado cuenta de que tenía un papel secundario y lo había aceptado sin objeciones. Ya no le hacía preguntas ni le ponía problemas. Lo dejaba a solas con Lucy en Eaton Terrace. Por otro lado, aunque debía acompañarlos en sus salidas, su presencia quedaba tan en un segundo plano que Wemyss llegaba a olvidarse de ella. Sin embargo, a mediados de diciembre, cuando mencionó que él siempre pasaba las Navidades en The Willows y le preguntó qué día llegarían ella y Lucy, si en Nochebuena o el día anterior, para su asombro, ella pareció asombrada. Después de unos instantes de silencio, le respondió que era muy amable de su parte, pero que ellas se quedarían donde estaban a pasar la Navidad.

—Esperaba que tú también pudieras unirte —le dijo—. ¿De verdad debes irte?

—Pero… —balbució Wemyss, que no podía creerse lo que estaba escuchando.

Sin embargo, la decisión de la señorita Entwhistle de no ir a The Willows era firme. Además, si ella no iba, Lucy tampoco podría ir, claro. Nada de lo que le dijera iba a hacer que cambiara de opinión. Era lo mismo que había sucedido en Cornualles, cuando se había empeñado en marcharse de esa linda casita donde todos habían estado tan a gusto y se había llevado a Lucy a Londres, si bien ahora era mucho peor. ¡Arruinarle a él las Navidades! Llevaba tantas semanas con una actitud tan permisiva que se le había olvidado que esa mujer era una testaruda. Y no se podía creer que dicha testarudez —la más testaruda testarudez con la que se había

topado nunca— fuera a desbaratar sus planes. Era inaudito. No podía concebir que no fuera a salirse con la suya solo porque una solterona le hubiera dicho que no. ¿Era posible que, contra todo pronóstico, se invirtieran los roles en la historia de Balaam y fuera la burra quien detuviera al ángel? No, no podía ser.

Wemyss, que primero hacía planes y después los anunciaba, no había comentado nada sobre las Navidades ni siquiera a Lucy. Tenía por costumbre decidir lo que quería hacer, ultimar los detalles y, finalmente, cuando ya estaba todo listo, informar a los asistentes. No se le había pasado por la cabeza que el asunto de las Navidades pudiera complicársele. Había dado por sentado que celebraría la Navidad con su pequeña. Y, como él siempre lo hacía en The Willows, le pareció lógico pensar que Lucy lo acompañaría. Ya lo tenía todo organizado e incluso había dado órdenes a sus sirvientes, que parecieron sorprenderse, de disponer las habitaciones de invitados para dos señoritas. En cuanto empezó diciembre, el espíritu navideño le había poseído y había decidido encargar dos pavos en vez de uno, ya que esas iban a ser sus primeras Navidades de verdad en The Willows —Vera nunca había sido muy de celebraciones— y no quería privarse de ningún lujo. Si el año anterior hubo un pavo, este año habría dos, si hubo dos bizcochos de ciruela, este año habría cuatro. Encargó el doble de todo. Consideraba que era lo correcto. Incluso servía como una expresión simbólica de sus sentimientos, pues ellos también iban a ser dos después de haber sido uno. ¡Qué dulce sonaba ese futuro!

Y, de repente, cuando ya había terminado con los preparativos y se disponía a formular la pregunta sobre el día de llegada, ahora que ya se acercaba la fecha, se topaba con aquella inesperada oposición. La señorita Entwhistle no iba a presentarse en The Willows —increíble, imposible, insufrible—, pero es que no era solo eso, es que Lucy, en vez de protestar y unirse a él para formar una mayoría más contundente, estaba ahí sentada, silenciosa como un ratoncillo.

—Pero Lucy… —Wemyss, incrédulo después de la negativa de su tía, se había dirigido a ella—. Lucy, está claro que debemos pasar juntos las Navidades.

—Oh, sí —dijo Lucy inclinándose hacia delante sin levantarse de la silla—, está claro…

—¡Y está claro que debes venir conmigo! Cualquier otra opción es inconcebible. Mi casa está en plena naturaleza, es el lugar perfecto para celebrar la Navidad. Además, es la casa de tu Everard y aún no has tenido ocasión de visitarla. Te habría llevado a verla mucho antes, pero estaba reservándolo para este momento.

—Esperábamos que te unieras a nosotras aquí —dijo la señorita Entwhistle.

—¡Aquí! Pero si aquí no cabe ni un pavo. He encargado dos y ambos son demasiado grandes para pasar por la puerta.

—Oh, Everard, ¿de verdad has encargado dos pavos? —preguntó Lucy.

Quería reírse, pero también quería llorar. Su sencillez era conmovedora. A ojos de Lucy, eso lo protegía de las críticas y lo hacía sagrado, como la aureola de un santo.

Se había estado ocupando en secreto de hacer preparativos, de comprar pavos, de planear una sorpresa, ¡y ella pensándose todo ese tiempo que la razón por la que nunca mencionaba The Willows era porque rehuía, tanto por sí mismo como por ella, la casa de su tragedia! Nunca le había hablado de enseñársela, al contrario que la casa de Lancaster Gate, y Lucy había deducido que Everard no volvería a pisar The Willows nunca más y que lo más probable era que se estuviera deshaciendo de esa casa sin armar mucho escándalo. Sería de esperar que quisiera deshacerse de ella y del cruel recuerdo que allí habitaba. Sí había insistido en llevarlas a la otra, a la de Lancaster Gate, a tomar el té. A pesar de que por la cara que puso su tía estaba clarísimo que no le apetecía nada ir y que la misma Lucy también compartía aquel deseo, les había acabado pareciendo algo natural y más o menos inevitable, por lo que habían ido. Por lo menos, en ese lugar, la pobre Vera solo había vivido, y no fallecido. Era una casa sombría y Lucy le había pedido que la vendiera y empezara una nueva vida con ella en algún lugar que careciera de asociaciones, pero Wemyss se había quedado tan estupefacto ante esa idea («¿Por qué? —gritó—, era la casa de mi padre, y ¡yo nací en ella!») que Lucy no había podido evitar reírse ante su consternación y se había avergonzado por pretender alejarlo de su hogar. Por otro lado, hasta ese momento desconocía que hubiera nacido en esa casa.

The Willows, sin embargo, era otro tema. De ese lugar nunca

hablaba, y Lucy había creído adivinar los trágicos y delicados motivos que se lo impedían. Sin embargo, en ese momento vio que en realidad se lo había estado reservando para una sorpresa navideña.

—¡Oh, Everard! —le dijo boquiabierta.

No había ni considerado The Willows. La escandalizó descubrir que aún era parte de la vida de Everard. Y lo era activamente. No es que estuviera cogiendo polvo mientras la agencia se encargaba de deshacerse de ella, Everard seguía recibiendo visitas en aquel lugar y era evidente que aún lo valoraba mucho.

—Estoy convencida de que podemos conseguir unas pequeñas, pero felices Navidades para ti aquí —dijo su tía con la sonrisa que le salía cuando le costaba sonreír—. Es evidente que Lucy y tú vais a querer estar juntos. Debería haberte comentado que contábamos contigo, pero a una la Navidad siempre se le echa encima sin darse cuenta.

—Me gustaría saber la razón por la que no quieres venir a The Willows —dijo Wemyss intentando controlarse, tal y como había tenido que hacerlo tantas veces en Cornualles por su culpa—. Supongo que te das cuenta de que vas a estropearnos las Navidades a mí y a Lucy si sigues insistiendo.

—Oh, no te lo tomes así —dijo la señorita Entwhistle, amable pero resuelta—. Te prometo que Lucy y tú seréis muy felices aquí.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Wemyss llenando su pipa con una lentitud deliberada.

—Ni creo que vaya a hacerlo —estalló la señorita Entwhistle. No había contestado así desde que tenía diez años, y al momento se avergonzó de su comportamiento, pero es que el señor Wemyss tenía algo que… Se levantó y habló muy suavemente—: Supongo que ahora querréis pasar un rato a solas. —Cruzó la habitación y llegó hasta la puerta. Una vez ahí, dudó, y, después de darse la vuelta, dijo aún más suavemente, casi con arrepentimiento—: Si Lucy desea ir a The Willows…, aceptaré tu amable invitación y la llevaré. Que lo decida ella.

Y se fue.

—Todo bien, entonces —dijo Wemyss, que suspiró aliviado y le dedicó a Lucy una sonrisa de oreja a oreja—. Ven aquí, mi amorcito; ven con tu Everard. Todo se va a arreglar. Cielo santo,

¡qué mujer más aguafiestas!

Wemyss la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí.

CAPÍTULO 12

Al final, acabaron celebrando la Navidad en Eaton Terrace y vivieron de los pavos y el bizcocho de ciruela de Wemyss prácticamente dos semanas.

No fueron unas Navidades muy festivas, porque Wemyss estaba profundamente decepcionado, la señorita Entwhistle tenía esa aura de penitencia de la gente que intenta hacerse perdonar por haberse salido con la suya, y Lucy, que había rechazado la idea de ir a The Willows aún más terminantemente que su tía, acabó deseando varias veces haber aceptado ir allí después de todo. A la larga, habría sido mucho más sencillo y mucho menos doloroso que tener que ver a Everard tan desencantado; sin embargo, en el momento la había cogido desprevenida y se había visto incapaz de soportar cualquier celebración en esa casa y menos aún ver a Everard pasando las Navidades en ella sin ningún problema.

—Qué macabro —dijo Wemyss cuando Lucy, respondiendo a su pregunta, finalmente había admitido que la razón por la que sentía que no podía ir a esa casa era por la horrible muerte de Vera.

Él, mientras la abrazaba, le explicó que era ridículo tener pensamientos tan macabros y que esa niñita, que se iba a casar con un hombre sano y sensato que Dios sabía que había tenido que hacer grandes esfuerzos para mantenerse así —ahí Lucy lo abrazó más fuerte— y que, sin embargo, lo había conseguido, también debía cultivar una mente sana y sensata. En caso contrario, si ella no podía hacer esto o lo otro porque le recordaba a algo triste, ni podía ir aquí o allá por la muerte de alguien, Wemyss temía que les iba a hacer muy infelices a ambos.

—Oh, Everard —exclamó Lucy, y lo abrazó con todas sus fuerzas. Solo con pensar en hacer infeliz a su enamorado, a ese hombre que ya había tenido que pasar por tanta infelicidad, sintió que un puñal le atravesaba el pecho.

—Mi pequeña debe saber —continuó Everard con la voz grave que le salía cuando estaba hablando de algo serio, la voz no de su compañero de juegos, sino del hombre al que adoraba, del hombre al que amaba y en cuyas manos podía depositar con seguridad el peso de todas sus preocupaciones mundanas— que en todas partes ha muerto alguien. No hay ningún rincón de ninguna casa, a excepción de las más nuevas…

—Oh, lo sé, pero… —Intentó interrumpir Lucy.

Y The Willows era su hogar, el hogar que siempre había deseado y por el que había trabajado tanto. Y por fin había conseguido alquilar la casa bajo un contrato de larga duración, tan larga que prácticamente se podía decir que era suya. Se había pasado los últimos diez años perfeccionándola, no había en ella un solo ladrillo ni un solo árbol que no mereciera su interés —un interés casi personal, ciertamente—. Durante los últimos meses solo había pensado en el día en el que finalmente se la podría mostrar a ella, a su querida futura esposa.

—Oh, Everard, claro que podrás…, y lo deseo… —balbució Lucy apoyando su mejilla en la de él—. Pero ahora mismo, no, durante las Navidades, no, por favor… Dejaré de ser tan macabra, pero…, por favor…

Y justo cuando empezaba a flaquear, en el preciso momento en el que iba a sucumbir —no por las explicaciones de Wemyss, pues los instintos de Lucy pesaban más que estas, sino porque no podía soportar decepcionarlo—, la señorita Entwhistle, que llegados a este punto ya no albergaba ninguna duda de que la idea de pasar la Navidad en The Willows tenía a Lucy aterrorizada, volvió a ponerse firme y proclamó que se quedarían en Eaton Terrace.

Así pues, a Wemyss no le quedó otra que rendirse. Era una sensación tan nueva para él que no supo cómo encajarla. Una vez que tuvo claro que sus Navidades se habían ido al garete, como repitió más de una vez, dejó de hablar del tema y pasó al extremo opuesto: se quedó callado. Le entristecía ver a su cariñito bajo la clara influencia de su tía, le dijo a Lucy. Ella intentó quitarle hierro al asunto diciéndole que esa actitud demostraba lo sumisa que era hacia la gente con la que compartía casa.

—Y toda esa sumisión pronto pasará a concentrarse solo en ti —le dijo alegremente.

Sin embargo, él no estaba alegre. Negó con la cabeza en silencio y llenó su pipa. Estaba tan profundamente decepcionado que no podía animarse. Y la expresión «compartir casa» le chirriaba un poco. Denotaba cierta falta de apego. Uno no «compartía casa» con su marido, pero eso era lo que habían parecido implicar sus palabras.

Cada abril, Wemyss celebraba su cumpleaños. Contrariamente a la mayoría de la gente de su edad, él disfrutaba celebrándolo. La Navidad y su cumpleaños eran para él las dos grandes fiestas del año, y siempre las pasaba en The Willows. Consideraba que el 4 de abril, el día de su cumpleaños, daba comienzo a la primavera. No importaba qué dijera el calendario. Además, estaba acostumbrado a encontrar ciertas flores amarillas en la orilla del río ese mismo día que reforzaran tal convicción. Si esas flores se abrían antes de su cumpleaños, no les prestaba atención y actuaba como si no existieran, del mismo modo que tampoco parecía verlas pasada esa fecha, pues no solía fijarse mucho en las flores. Fuera como fuera, su jardinero tenía órdenes estrictas de procurar que hubiera un ramillete de dichas flores sobre la mesa esa única mañana del año para que, cuando Wemyss bajara a tomarse su desayuno de cumpleaños, pudiera ver sus caritas relucientes y vibrantes. Al entrar y verlas, solía decir: «Mi cumpleaños y el de la primavera». Luego su mujer —que hasta entonces había sido Vera, pero que ahora iba a ser Lucy—, le daba un beso y le deseaba que cumpliera muchos más. Ese era el ritual. Hubo un año especialmente frío en el que las flores amarillas no lo estaban esperando sobre la mesa a la hora de desayunar porque el jardinero, frenético a más no poder, no había sido capaz de encontrarlas ni en la orilla del río ni en la ciénaga más resguardada, y eso había arruinado completamente el día. No había podido hacer su entrada triunfal y decir: «Mi cumpleaños y el de la primavera» al verlas, pues allí no había flor alguna. Y su mujer —Vera, por aquel entonces— no había podido darle un beso ni desearle que cumpliera muchos años más, ya que no se le había dado pie para ello. Estaba tan acostumbrada a la frase de Wemyss que, como no la oyó, fue incapaz de decir la suya, cosa que, a la vez, hizo que se olvidara completamente del cumpleaños. En resumen, había acabado siendo un día espiritualmente gélido y mugriento, en consonancia con el mal

tiempo que hacía fuera. Wemyss se había sentido profundamente herido. Esperó no tener que volver a pasar por un cumpleaños como ese nunca más. Y no lo hizo, pues Vera no volvió a olvidarlo.

Como era alguien que le daba tanta importancia a los cumpleaños, después de que la señorita Entwhistle le arruinara las Navidades, pensó que, lógicamente, también le arruinaría el cumpleaños si le daba ocasión. Pues bien, no se la iba a dar. No iba a dejarse acorralar dos veces, no volvería a dejar que ella abusara de su buena fe. Y había una manera muy fácil de conseguirlo: se casaría con Lucy antes del día de su cumpleaños. ¿Por qué retrasarlo? ¿Por ceñirse a esa absurda convención del año de luto? A un hombre sensato no debería importarle la opinión de la gente. Además, ¿quién era la gente? Ciertamente, le daba absolutamente igual lo que pensara ese grupo de piltrafas andrajosas con el que había coincidido aquellos dos jueves por la noche en casa de la tía de Lucy. Lo poco que habían dicho había sido tan absolutamente demencial, ininteligible y, aun así, peligroso que, si todos y cada uno de ellos emigraran al día siguiente, Inglaterra sería un lugar mejor. Después de conocerlos, le había dicho a Lucy —que había recibido con asombro esa nueva luz que Wemyss arrojaba sobre los amigos de su padre—, que eran precisamente el tipo de gente con el que se podría llevar a cabo una segregación de éxito. En una isla para ellos solos, le dijo, tendrían todo el tiempo del mundo para debilitarse entre sí, sin que los cimientos de Inglaterra, formados por patriotas puros y duros, se vieran afectados. Estaba claro, pues, que esos no importaban. En cuanto a sus amigos, que le trataron tan mal cuando Vera murió, no solo le importaban un rábano sus críticas, sino que estaba deseando que llegara el momento de dejarlos por los suelos al presentarles a su niña, la más dulce de todas, tan joven y entregada, Lucy, su mujer.

Así pues, se apresuró a llevar a cabo los preparativos necesarios para que pudieran celebrar su boda en marzo, ir de viaje a París y estar de vuelta en The Willows el día mismo de su cumpleaños para pasar allí lo que les quedara de luna de miel. ¡Menuda celebración los esperaba! Mientras pensaba en ello, cerró los ojos para saborear la idea sin distracciones innecesarias. Iba a ser un cumpleaños sin igual. Podría incluso decirse que sería el primero, ya que su vida estaría empezando de nuevo y estaban por venir unos años que sin

duda se caracterizarían por su ternura.

Estaba tan acostumbrado a hacer planes en privado y no sacarlos a la luz hasta tenerlos ultimados que no le resultó sencillo contárselos a Lucy, a pesar del importante papel que desempeñaría en ellos. Sin embargo, después de todo, reconoció Wemyss, sí habría ciertos asuntos que iban a requerir preparación previa, incluso para la boda secreta por la que había optado en la oficina del registro civil. Lucy tendría que hacer maletas y dejar sus pertenencias en orden. Además, quizás no fuera tan fácil convencerla. Conocía a su niñita lo suficiente para saber que no se opondría a renunciar a la iglesia y a un vestido blanco si él se lo pedía, pero probablemente quisiera hablarle a su tía sobre la inminente boda; entonces, sin duda, la tía les pondría impedimentos e intentaría convencer a Lucy para que esperara hasta el año siguiente o, si Lucy se negaba, le llenaría la cabeza de dudas sobre si había hecho bien en cumplir los deseos de su amado. ¡Hacer dudar a una pobre chica por cumplir los deseos de su amado! «Qué mujer», pensó Wemyss mientras llenaba su pipa. A sus ojos, la señorita Entwhistle había ido inflándose desde su comportamiento en Navidad hasta alcanzar proporciones monstruosas.

Una vez que estuvieron todos los preparativos finalizados y se hubo establecido que la boda iba a celebrarse el primer sábado de marzo, Wemyss consideró que iba siendo hora de hacer partícipe a Lucy, y así lo hizo, no sin cierto temor a que le pusiera las cosas difíciles.

—Mi cariñito no va a hacer nada que estropee los planes de su Everard después de todas las molestias que se ha tomado, ¿verdad? —le dijo al ver que lo miraba boquiabierta y con una evidente estupefacción, sin decir nada.

Wemyss cerró a besos esos ojos que lo miraban y esos labios entreabiertos por la sorpresa, pues había descubierto que los besos suaves y prolongados hacían callar a Lucy cuando sentía la necesidad de decir «pero», y eran el método más rápido para devolverla a ese estado de aquiescencia tierna y aletargada que él tanto amaba. En esos momentos, cuando la tenía entre sus brazos, era como su bebé, objeto de un apasionado instinto de protección que sabía suyo por naturaleza, pero que hasta entonces las circunstancias le habían impedido usar. Vera no se había dejado

proteger apasionadamente. Siempre estaba en otra habitación.

Sin embargo, Lucy sí dijo «pero» cuando se recuperó de la sorpresa inicial, e inmediatamente, es decir, justo cuando Wemyss paró de besarla y finalmente pudo hablar, empezó a ponerle las cosas difíciles. Que si su tía, que si el secretismo, que por qué el secretismo, que por qué no esperar, que era tan necesario esperar en tales circunstancias…

Entonces, Wemyss le contó lo de su cumpleaños.

Al oírlo, Lucy lo contempló con una mirada de asombro en sus ojos. Al cabo de un momento, se echó a reír. Abrazada a él, se rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Oh, Everard —le dijo frotando su mejilla contra la de él—, ¿no seremos demasiado jóvenes para casarnos?

Pero, esta vez, Everard se salió con la suya. A Lucy le partía el corazón la idea de arruinar sus planes una segunda vez, aún tenía demasiado fresco el episodio de decepción silenciosa del día de Navidad. Tampoco iba a contárselo a su tía. No tenía el coraje para enfrentarse a sus reproches ni a su consternada rendición final. A Lucy le parecía que su tía, tan enorme a ojos de Wemyss, se había reducido a la mitad de lo que solía ser. Era como si se hubiera empequeñecido por la posición en la que se encontraba, en medio de indignaciones antagónicas, como un hueso entre dos perros hambrientos. ¿Qué efecto tendría en ella esta estocada final? Aquel pensamiento perseguía a Lucy y le impidió disfrutar de los últimos días previos al enlace, unos días de los que habría gozado plenamente de no ser por eso, ya que enseguida la invadieron el deleite y el entusiasmo infantiles alrededor de su secreto, ese que hacía que Wemyss fuera incapaz de estarse quieto ni un segundo. Iba constantemente de aquí para allá. Uno de esos días, comenzó a dar unos pasos lentos por la habitación a los que dio una aparente solemnidad porque no estaba acostumbrado a ellos y, seguidamente, la informó de que se trataba de un baile. Antes de saber eso, Lucy lo había estado mirando demasiado estupefacta como para decir nada. Así mismo bailaban los pingüinos en las películas. No podía entender qué le pasaba. Una vez que Wemyss hubo terminado y le dijo entre resuellos que se trataba de un baile que simbolizaba la felicidad del matrimonio, Lucy se rio hasta quedarse a gusto y se lanzó a sus brazos.

—Mi niño, ¡oh, mi niño! —le decía mientras refregaba su mejilla contra el pecho de Wemyss.

—¿Y quién es una niñita también? —le preguntó, sin aliento, pero radiante.

Tal era su conversación.

Pero la pobre tía Dot…

Lucy no podía ni pensar en su pobre tía Dot, toda ella amabilidad. Se había portado tan bien, había tenido tanta paciencia… Una boda furtiva la iba a dejar de piedra. Nunca lo entendería. No comprendía a Everard en lo más mínimo, ni siquiera podía empezar a hacerlo. Que su cumpleaños supusiera una razón para dejar de cumplir con lo que ella consideraría un nivel básico de respeto le parecería, sin duda, algo demasiado infantil para admitir discusión alguna. Lucy temía dar más disgustos a su tía, la pobre y encantadora tía Dot. A pesar de su mala conciencia, ahora que la fecha secreta ya estaba fijada, no había mucho que Lucy pudiera hacer por ella. Cuando estaban a solas, permanecía atenta a cualquier cosa que pudiera necesitar, volaba a buscar cosas para ella, salía disparada a recoger pañuelos que se hubieran caído, le daba besos no solo al levantarse y al irse a la cama, sino también por cualquier excusa y con toda su ternura, y cada beso y cada mirada parecían pedirle perdón.

«¿Es que van a fugarse?», acabó por preguntarse la señorita Entwhistle.

Lucy se habría quedado desconcertada, quizás incluso herida —hasta ese punto llega la perversidad de la gente—, de haber presenciado el rayo de esperanza que iluminó la mente exhausta de la tía Dot ante tal posibilidad. Y es que su vida, que hasta que Wemyss pisó Eaton Terrace por primera vez había sido más que organizada y de una tranquilidad realmente excepcional, se había visto invadida de un constante griterío sin ton ni son desde entonces. Todo el mundo estaba descontento con ella por razones diametralmente opuestas. Al llegar febrero, la mala racha que estaba atravesando había durado tanto que se sentía agotada. Era evidente que Wemyss la despreciaba. Su querido Jim había muerto. Lucy, su única pariente con vida, su adorada sobrina, iba desapareciendo día tras día ante sus ojos bajo el influjo de la personalidad de Wemyss, al que la señorita Entwhistle a veces se

refería en privado, traicionada por el cansancio y la impaciencia, como las fauces de Wemyss. Y su casita, que siempre había sido un remanso de paz, se había convertido, muy a su pesar, en un gallinero. Se arrastraba de vuelta a ella con pasos que se alargaban más y más a medida que se acercaba a su puerta después de haberse forzado a pasar fuera tantas horas como le era humanamente posible —la casa era simplemente demasiado pequeña para ella y Wemyss, así que procuraba reducir al mínimo el tiempo de convivencia con él—, mientras se preguntaba ansiosa cuántas cartas encontraría ese día con regañinas de los amigos de Jim, o qué nuevos planes en forma de agotadoras excursiones en coche o invitaciones a tomar el té en esa casa aterradora de Lancaster Gate le explotarían en las narices. «¿Todos los compromisos son así de caóticos?», se preguntaba a sí misma, pues había dejado de acudir a su oráculo de Chesham Street a causa de sus respuestas desconcertantes. Qué alivio no haber estado nunca comprometida, ¡qué alivio haber rechazado las ofertas que le hicieron cuando era joven! Hacía relativamente poco, se había topado con uno de esos potenciales maridos de su pasado en un ómnibus y, al verlo, se había alegrado de haberle dicho que no en su momento. «Qué mal envejece la gente», reflexionó la señorita Entwhistle. Si ahora Lucy rechazara a Wemyss, se alegraría de haberlo hecho cuando se encontrara con él en un ómnibus diez años más tarde.

Sin embargo, por supuesto, no eran más que cavilaciones de una solterona exhausta, lo sabía, y aún tenía el humor suficiente como para reírse de ellas para sí. Al fin y al cabo, daba igual lo que pudiera pensar de Wemyss; Lucy lo adoraba y, cuando una persona adora así a otra, pensaba la señorita Entwhistle, lo único que se puede hacer es casarse y ponerle punto final al asunto. No, eso había sonado cínico. Quería decir casarse y no ponerle punto final al asunto. Ay, ojalá la niña se hubiera prometido con ese joven apuesto, Teddy Trevor, que era de su edad y tan entregado y con alféizares de una altura correcta en las ventanas de su casa…

La señorita Entwhistle estaba pasando por una época muy infeliz y los pies le dolían constantemente. Si bien no veía con buenos ojos esa boda, no podía evitar pensar en el gozo de poder sentarse tranquilamente una vez más. Poder sentarse en silencio en su saloncito y no tener que pasarse más horas deambulando por

Londres sería fantástico. E igual de fantástico sería dejar de intentar convencerse a sí misma de que disfrutaba en el parque de Battersea, o de que le gustaba el Embankment y de que le interesaba terriblemente la abadía de Westminster. Lo único que de verdad ansiaba, hasta el punto de convertirse en desesperación a medida que el invierno se iba prolongando, era su silla al lado del fuego, así como las visitas ocasionales de alguna vieja amiga. Se encontraba en ese momento de la vida en el que a una le apetecía estar sentada. También le apetecía la compañía de amigas de su generación, de gente que había llevado el mismo tipo de ropa que ella durante su infancia, que había vivido la época de las mangas obispo y con quien podía reírse de los polisones. Cuánto deseaba la compañía de esa gente.

Y entonces, cuando Lucy empezó a comportarse de forma tan exageradamente atenta y cariñosa, cuando la señorita Entwhistle la sorprendía mirándola con una especie de nostalgia y su sobrina se sonrojaba al ser descubierta, cuando le daba numerosos besos de buenos días y buenas noches en vez de uno solo, cuando no dejaba de dar brincos de aquí para allá y traerle cucharillas que su tía no le había pedido y azúcar que no le hacía falta, la señorita Entwhistle empezó a revivir.

«¿Es posible que vayan a fugarse?», se preguntaba. Y estaba ya tan agotada que casi deseaba que así fuera.

CAPÍTULO 13

Lucy pretendía seguir las indicaciones de Wemyss al pie de la letra y mantener su boda en secreto, salir a hurtadillas de la casa de su tía, viajar con él al extranjero después de formalizar su enlace en el registro y telegrafiar o escribir a su tía desde algún lugar seguro y lejano que estuviera de camino, como Boulogne, por ejemplo; sin embargo, al darle las buenas noches el día antes del enlace, para gran consternación de Lucy, su tía, a quien estaba dando un beso, de repente la apartó un poco con suavidad, la miró unos instantes y, sujetándola por los brazos, proclamó con convicción:

—Es mañana.

Lucy se quedó perpleja. Se la quedó mirando como una boba, con la boca abierta y la cara encendida. Se sentía estúpida y asustada. Lo de la tía Dot era inconcebible. Si los había descubierto, ¿cómo los había descubierto? ¿Y qué pretendía hacer? Pero ¿los había descubierto de verdad o simplemente se refería a algo que acababa de venirle a la cabeza, algún compromiso que a Lucy naturalmente se le había olvidado o a alguien que vendría a tomar el té? Se aferró a tal posibilidad.

—¿Qué es mañana? —Titubeó con la cara roja por el miedo y la culpa.

—Tu boda —respondió su tía, clara como el agua.

Y Lucy se echó a llorar abrazada a ella y se lo contó todo, y su maravillosa, inesperada, inconcebible y queridísima tía, en vez de disgustarse y hacer que se sintiera la persona más malvada y desagradecida de este mundo, hizo gala de una gran empatía y comprensión. Una en brazos de la otra, lloraron juntas en el sofá. No obstante, era un llanto dulce, pues en ese momento ambas notaron lo mucho que se querían. La señorita Entwhistle deseó no haber dedicado nunca, en su impaciencia, ni un pensamiento crítico al hombre del que esa encantadora chiquilla estaba tan enamorada.

Por su parte, Lucy deseó no haber tenido nunca ningún secreto para su adorada tía a la que Everard, con tan poca vista, no sabía querer. Su encantadora tía Dot, la más encantadora de todas. A Lucy no le cabía el corazón en el pecho por toda la gratitud, el cariño y la pena que sentía —pena porque ella estaba locamente feliz y rodeada de amor, mientras que la vida de la tía Dot, en comparación con la suya, le parecía vacía y solitaria—. A la señorita Entwhistle, por otro lado, no le cabía el corazón en el pecho de añoranza por ese corderito de Jim, que se estaba echando a los brazos de un marido desconocido sin miedo alguno, guiada por la luz de su radiante amor. Claro que pronto dejaría de ser un marido desconocido para ser uno conocido, pero ¿lo haría eso mejor? Lloraron juntas y se dieron besos, luego volvieron a llorar, pero ninguna de las dos reveló a la otra todo lo que pensaba.

Así fue como la señorita Entwhistle acompañó a Lucy a la oficina del registro civil a la mañana siguiente y fue una de las testigos del enlace.

Wemyss se llevó un gran sobresalto cuando la vio entrar. El corazón le latió más fuerte que nunca, pues creía que se iba a tener que enfrentar con un nuevo obstáculo de última hora y que, de alguna manera, iba a quedarse sin su Lucy. Pero entonces miró a Lucy y se tranquilizó. Su cara era como el cielo despejado de una mañana perfecta, sus ojos de ajenuz querían llorar de pura ternura al verlo, y las comisuras de su boca, curvadas hacia arriba de felicidad, formaban la sonrisa torcida más graciosa y adorable del mundo. Wemyss, henchido de orgullo, pensó que era una lástima que Lucy no se quitara el sombrero para que el registrador pudiera ver lo joven que parecía con su peinado corto. De hecho, quizás incluso se pensaría que era demasiado joven para casarse y empezaría a interrogarlos. ¡Qué divertido sería!

Mientras los casaban, la señorita Entwhistle pensaba que, al lado de Lucy, Wemyss parecía un niño gigante que acabara de ganar un trofeo para su equipo después de muchos esfuerzos. Tenía exactamente esa expresión resplandeciente de triunfo y orgullo reprimidos; la satisfacción de su hazaña le había teñido el rostro de rojo.

—Póngale el anillo en el dedo a su esposa —ordenó el registrador una vez terminada la primera parte de la ceremonia,

pues Wemyss, embobado, admirando la radiante alegría de Lucy, había olvidado que tuviera que hacer nada más.

Lucy levantó la mano con los dedos separados y rígidos hacia él, no pudo esconder la felicidad en su rostro cuando oyó aquellas palabras: «su esposa».

«Nada por lo que llorar, pues», pensó la señorita Entwhistle observándolos, felices y absortos, mientras intentaban hacer pasar el anillo por el nudillo correcto. «Es realmente un…, un encanto. Sí, por supuesto. Pero qué rara es la vida. Me pregunto qué estarían haciendo su pobre esposa y él este mismo día hace un año».

Al acabar, cuando estaban fuera en la entrada y el taxi en el que Wemyss había llegado los esperaba para llevarlos a la estación, la señorita Entwhistle supo que era el momento y el lugar de decir adiós. No solo ya no podía acompañar más a Lucy, sino que desde entonces ya no podía hacer nada por ella. Aparte de quererla. Aparte de escucharla. Siempre iba a estar ahí para quererla y escucharla, pero lo mejor para la chiquilla sería que nunca la necesitara para nada de eso.

En el último momento, movida por un impulso, colocó la mano sobre el pecho de Wemyss y miró fijamente su cara roja y triunfante.

—Sé bueno con ella —le dijo.

—Oh, ¡tía Dot! —Lucy se rio, y la abrazó una vez más.

—Oh, ¡tía Dot! —Wemyss se rio vigorosamente, y le dio la mano.

Bajaron las escaleras de la entrada mientras la señorita Entwhistle se quedaba sola en el escalón más alto y los veía partir en el taxi, sus cabezas moviéndose animadas tras los cristales y sus cuatro manos diciendo adiós. Era imposible retratar más triunfo y esplendor en la ventanilla de ese taxi. «Vaya, vaya», pensó la tía Dot cuando fue su turno de bajar las escaleras, una vez que hubo perdido al taxi de vista y emprendió el lento camino hacia su casa. Reflexionó unos instantes. «Pues sí que es un…, un encanto», pensó para sí.

CAPÍTULO 14

Lucy descubrió que el matrimonio era distinto de lo que había imaginado. Everard era distinto. En primer lugar, siempre estaba adormilada. En segundo lugar, nunca estaba sola. No se le había ocurrido pensar que jamás lo estaría o que, si resultaba que lo estaba, nunca sabría por cuánto tiempo. En su vida, siempre había dispuesto de intervalos en los que se recuperaba de cualquier fatiga o tensión en soledad, pero ahora no tenía ninguno. Siempre había tenido sitios tranquilos donde descansar, a salvo de cualquier interrupción, ahora no. La mera imagen de la habitación de los hoteles en los que se quedaban, con las maletas y la ropa de Wemyss amontonada sobre las sillas y la mesa cubierta de sus cepillos y utensilios de afeitado —pues Wemyss no quería emplear ningún vestidor, ya que mantenía que ningún hombre sano y natural querría estar separado de su propia mujer en ningún aspecto —, la agotaba. Después de un día de iglesias, fotos y restaurantes —era un turista verdaderamente concienzudo y mostraba un sanísimo interés en sus comidas—, volver a esa habitación solo implicaba más cansancio. Wemyss, que nunca se sentía cansado, pues dormía de maravilla, —era precisamente su sueño profundo lo que le impedía dormir a Lucy por la falta de costumbre de escuchar a alguien durmiendo plácidamente tan cerca de ella—, solía acomodarse en el único sillón de la habitación, sentarla en su regazo y, después de besarla largo y tendido, le pasaba la mano por el pelo hasta dejarlo completamente despeinado, como el de un niño que sale de la bañera. Luego la contemplaba con el orgullo de quien contempla un trofeo.

—¡Menuda esposa para un hombre de negocios respetable como yo! Señora Wemyss, ¿no le da vergüenza? —le decía.

Y luego, más besos, besos joviales y ávidos que dejaban la piel de Lucy áspera y cortada.

—Mi niño —se esforzaba en decir ella débilmente y con una sonrisa cansada.

Sí, era exactamente como un niño pequeño, uno muy enérgico, pero un niño, al fin y al cabo, ahora que lo veía tan de cerca, un niño que requería atención constante. No podía meterlo en la cuna, darle un biberón, decirle «ea, ea» y sentarse en paz a hacer ganchillo; no tenía libres los domingos; cada día, cada instante estaba dedicado a él. Lucy había perdido la cuenta del número de veces al día que tenía que responder a la pregunta: «¿Quién es mi mujercita adorada?». Al principio, la respuesta había ido acompañada de risas extasiadas de felicidad y había corrido a lanzarse a sus brazos abiertos, pero pronto esa somnolencia fatal se apoderó de ella y no la soltó en toda la luna de miel, por lo que a veces se sentía demasiado exhausta para reflejar en su voz el éxtasis que rápidamente aprendió que Wemyss esperaba de ella. Lo amaba, era sin duda su mujercita adorada, pero responder constantemente a esa pregunta y a otras parecidas de forma satisfactoria le suponía mucho esfuerzo. Sin embargo, si se permitía dudar un instante antes de responder, si su respuesta se retrasaba un segundo de más por haber estado distraída en ese momento, Wemyss se disgustaba y Lucy tenía que pasar un rato considerable apaciguándolo a base de susurros cariñosos y suaves caricias. Había descubierto que no podía distraerse, sus pensamientos debían pertenecerle a Wemyss, al igual que el resto de su ser. La asombraba y enorgullecía que alguien pudiera amarla tanto, pero, por otro lado, estaba siempre terriblemente adormilada.

Tenía que limitarse a pensar por la noche, durante el insomnio causado por el énfasis inmenso con el que Wemyss dormía, y no había pasado ni una semana desde su boda cuando empezó a reflexionar sobre lo inconveniente que era que aquel éxtasis pareciera tan efímero. Además, consideró que estaba mal pensado lo de empezar en el punto álgido y, en consecuencia, poder avanzar solo hacia abajo; consideraba que, si uno pudiera empezar su matrimonio con un nivel de éxtasis moderado e ir subiendo a paso firme, sin prisa, sabiendo que iba a haber cada vez más y más, sería tanto mejor. Lo que sí estaba claro era que le duraría más si durmiera mejor y por consiguiente, no tuviera dolor de cabeza. El éxtasis de Everard no tenía fin. Quizás a lo que se refería realmente

no era al éxtasis, sino al entusiasmo, y Everard no cabía en sí de entusiasmo.

Wemyss era la viva imagen del típico esposo de los salmos que sale de su alcoba con regocijo. A Lucy también le habría gustado poder salir con regocijo. Estaba enojada consigo misma por estar tan ridículamente soñolienta, por no ser capaz de acostumbrarse al ruido que la acompañaba por la noche y dormirse tan fácilmente como solía hacerlo en Eaton Terrace, a pesar de las bocinas de los taxis. Le parecía injusto que, al levantarse por la mañana, Everard no tuviera a su lado a una esposa tan animada como él. Sin embargo, tal vez aquello fuera habitual en las lunas de miel; puede que el matrimonio, una vez terminada la luna de miel, pasara a convertirse en algo más tranquilo. Las cosas se calmarían al volver a Inglaterra y darían paso a una vida diferente, más separada, en la que habría tiempo para el descanso, para la reflexión, tiempo para recordar lo profundo que era el amor que sentía por Everard, mientras él estuviera en la oficina. Por supuesto, también aprendería a dormir y una vez conseguido esto, sería capaz de responder con mucho más ímpetu a las preguntas amorosas que Everard le formulaba a lo largo del día.

Pero allí, en Inglaterra, esperándola, inevitable, imposible de evitar o ignorar durante más tiempo, estaba… The Willows. Cada vez que esa casa aparecía en sus pensamientos, estos daban un respingo e intentaban escapar de sí misma. La avergonzaba pensar así, era absurdo. Everard tenía una actitud mucho más sensata. Y si su marido podía adoptarla, sin duda ella, que no había vivido esa horrible tarde de julio del año anterior, también podía hacerlo. Sin embargo, aunque la teoría fuera esa, Lucy era incapaz de verse en The Willows o imaginarse viviendo allí. Por ejemplo, ¿cómo iba a sentarse en esa terraza? «Siempre salimos a la terraza a tomar el té cuando hace buen tiempo», había mencionado Wemyss, que no parecía estar muy afectado por el recuerdo. ¿Cómo iba a tomar el té sobre las que posiblemente fueran las mismas losas donde…? Sus pensamientos se escaparon a otra parte, pero no sin antes dedicarle a Lucy un último susurro que la dejó helada: «El té va a saber a sangre».

Todo eso era culpa de aquel insomnio. Era la primera vez en su vida que tenía esa clase de pensamientos ridículos. La explicación

resultaba de lo más simple: al no poder dormir, su cerebro se relajaba y daba rienda suelta a su imaginación. Ciertamente, el día de la muerte de su padre, cuando empezó a caer la tarde y ella estaba aterrada por tener que pasar la noche sola con él y su misteriosa indiferencia, también había empezado a tener pensamientos absurdos. Pero entonces Everard había llegado y la había salvado. Podría salvarla de nuevo si se lo contara, pero eso era imposible. ¿Cómo podría estropearle la felicidad que aquella casa le daba? Era lo que más amaba, aparte de ella.

A medida que la luna de miel avanzaba y el éxtasis de Wemyss se calmaba, pues empezaba a sentir cierto cansancio por los trayectos en tren —después de París, hicieron la ruta de los castillos — y los hoteles y los camareros y los taxis y los restaurantes, y esa cocina de la que tanto había disfrutado al principio, ahora solo incrementaba en cada comida, su deseo de comerse un buen filete con patatas. The Willows surgía cada vez más frecuentemente en sus conversaciones. Con casi el mismo entusiasmo que había rezumado al hablar del día de su boda y que tanto había emocionado y cautivado a Lucy antes de estar casados, ahora Wemyss hablaba de The Willows y del día en el que finalmente se lo mostraría. Estaba impaciente. Sería el 4 de abril, el día de su cumpleaños; en ese día feliz, llevaría a su mujercita a la casa que tanto amaba. Cuando Wemyss hablaba de ese modo, ¿qué podía hacer ella, más que fingir entusiasmo y ganas? Wemyss parecía haber olvidado completamente lo que Lucy le había dicho en Navidad sobre sus reticencias en relación con The Willows. La asombraba que, una vez que se hubo empezado a rebajar la alegría inicial de estar casado con ella y cuando pudo pensar en su otro amor, la casa, Everard no hubiera abordado el tema con el tacto que debería haber sabido que ella necesitaba. Lo más sorprendente es que parecía haber olvidado completamente lo que Lucy pensaba de ese lugar. No le parecía posible coartar su felicidad recordándole sus reticencias en relación con la casa y, además, no le quedaba otra que vivir en The Willows. Así pues, ¿qué sentido tenía hablar de ello?

—Imagino —le dijo algo indecisa cierto día, mientras Everard le describía la casa por enésima vez, pues tenía la costumbre de repetirse— que habrás cambiado de habitación, ¿verdad…?

Estaban sentados, descansando después de la subida hasta una de las terrazas del castillo de Amboise, que tenía unas vistas imponentes del horizonte más allá del Loira; Wemyss, después de recuperar el aliento, había estado comparándolas negativamente, con las vistas que había desde la ventana de su dormitorio en The Willows. No hacía muy buen tiempo, ambos estaban helados y agotados, y eran solo las once de la mañana.

—¿Que si he cambiado de habitación? ¿Qué habitación? —preguntó él.

—Tu…, la habitación donde tú y…, la habitación donde dormíais.

—¿Mi dormitorio? Por supuesto que no. Es la mejor habitación de la casa. ¿Por qué debería usar otra? —dijo con expresión sorprendida.

—Oh, no sé —respondió Lucy mientras le acariciaba la mano buscando refugio—. Pensé que…

A Wemyss le pareció vislumbrar un indicio de lo que le estaba pasando a Lucy por la cabeza.

—No debes pensar así —le dijo—, no has de tener pensamientos macabros. Lucy, esto no puede ser. Si piensas así, vas a arruinarlo todo. Además, antes de casarnos, me prometiste que no lo harías. ¿Acaso lo has olvidado?

Se volvió hacia ella, le sostuvo la cara entre las manos y buscó los ojos de Lucy con los suyos, solemnes. Mientras, la mujer que los estaba guiando por el castillo fue hacia el parapeto y se puso a contemplar la vista de espaldas a ellos, bostezando.

—Oh, Everard, claro que no lo he olvidado. No he olvidado nada de lo que te prometí. Nunca lo olvidaré. Pero… ¿yo también tengo que dormir en esa habitación?

—¿Que si también tienes que dormir en esa habitación? —repitió, perplejo. Observó el rostro de Lucy, rodeado por sus dos manazas. Era extraordinariamente hermosa, como una florecilla de palidez delicada, al lado de sus manos descoloridas de persona de mediana edad; sus labios parecían haberse vuelto de un rojo más intenso, si cabe, desde el día de su boda; sus ojos eran lo suficientemente jóvenes para que la languidez causada por la falta de sueño les sumara belleza, en vez de restársela—. Bueno, yo diría que sí. Eres mi mujer, ¿no?

—Sí —dijo Lucy—, pero…

—Ya basta, Lucy. No quiero peros —replicó con seriedad, y le dio un beso en la mejilla. Lucy ya había descubierto que esa clase de beso era a modo de reprimenda—. Me desespero con tus peros… —Se detuvo, sorprendido por lo que acababa de decir—. Eso ha sonado bastante divertido, ¿no crees? —Añadió, sonriendo repentinamente de oreja a oreja.

—Oh, sí, mucho —convino Lucy con ganas, y sonrió también, encantada de que dejara su faceta seria a un lado.

Le dio otro beso, esta vez uno de verdad, sobre sus adorables y graciosos labios.

—Al menos, supongo que reconocerás —le dijo riéndose, mientras le estrujaba las mejillas hasta arrugarle la cara— que, o bien eres mi esposa, o bien no lo eres, y que si lo eres…

—Oh, me parece a mí que sí lo soy —bromeó Lucy.

—Entonces, dormirás en la misma habitación que yo. No me vengas con extraños conceptos modernos, jovenzuela.

—Oh, pero si yo no me refería a…

—¿Cómo? ¿Otro pero? —exclamó y, acto seguido, se abalanzó sobre ella y detuvo sus palabras plantándole un enorme beso en los labios.

—*Monsieur et madame se refroidiront* —apuntó entonces la mujer, que se dio la vuelta y se recolocó el chal sobre el pecho al sentir la ráfaga de viento helado que recorrió la terraza de un extremo al otro.

Estaban de luna de miel, las pobres criaturillas, por lo que estaba siendo paciente, sin embargo, ni siquiera de luna de miel deberían desear abrazarse en medio de un viento frío en la terraza desprotegida de un castillo por el que los estaba guiando una mujer que tenía prisa por estar de vuelta y ponerse a preparar la cena del domingo. Para eso había hoteles y el cobijo de una habitación cálida y acogedora. Se había imaginado que eran *père et fille* al empezar la visita, pero no había tardado en darse cuenta de su error. «*Il doit être bien riche*», había concluido.

—¡Vamos, vamos! —Wemyss se levantó rápidamente, pues él también había notado el aire frío—. Acabemos con el castillo o se nos hará tarde para el almuerzo. Ojalá no hubieran decidido preservar tantos sitios de estos, con uno habría bastado para

hacernos una idea de cómo son.

—Tampoco hace falta que vayamos a verlos todos —comentó Lucy.

—Oh, claro que sí. Ya lo tenemos organizado.

—Pero Everard… —comenzó Lucy, que se esforzaba por seguirlo, mientras él, a su vez, seguía a la guía, a la que perdía de vista en cada esquina.

—Qué escurridiza es esta mujer —jadeó Wemyss al girar en otra esquina y verla desaparecer a través de un arco—. ¡Qué felices seremos cuando llegue el momento de volver a Inglaterra y se acabe todo este turismo!

—Pero ¿por qué no volvemos ahora, si es lo que te apetece? —preguntó Lucy trotando detrás de él mientras Wemyss, con sus largas zancadas, perseguía a la guía esquiva. Manifestando su afán por volver a The Willows incluso antes de lo previsto, quería demostrarle que era tan natural y despreocupada como él.

—Ya sabes que no podemos irnos antes del 3 de abril —le dijo Wemyss por encima del hombro—. Está todo organizado.

—¿Y no se puede desorganizar?

—¿Y desbaratar todos los planes y llegar a casa antes de mi cumpleaños? —Se detuvo y se dio la vuelta para mirarla fijamente —. De verdad, querida…

Lucy había descubierto que a menudo usaba «querida» a modo de reprimenda.

—Oh, claro. Por supuesto —se apresuró en decir—. Me había olvidado de tu cumpleaños.

Ante eso, Wemyss la miró aún más fijamente, si cabe. ¿Se había olvidado de su cumpleaños? ¿Lucy se había olvidado? Si hubiera sido Vera, mira…, pero ¿Lucy? Se sentía herido en lo más hondo. Tanto que se quedó ahí plantado; la guía, al descubrir que nadie la seguía, se vio obligada a esperar otra vez a los tortolitos, cosa que hizo tiritando bajo el chal con el que cubría su exuberante pecho francés.

Lucy se preguntó atropelladamente qué era lo que había dicho y repasó sus últimas palabras, pues para entonces ya sabía identificar cuándo él se sentía herido. Ah, claro: su cumpleaños. Qué estúpida había sido. Pero era simplemente porque, en su familia, se les daba tan poca importancia a los cumpleaños que a nadie le importaba

demasiado si se recordaban o si no.

—No me refería a eso —le dijo Lucy con franqueza poniéndole la mano sobre el pecho—. Claro que no me he olvidado de algo tan vital. Es solo que…, en fin, ya sabes que, a veces, incluso las cosas más maravillosas…, vaya, que solo se me había ido de la cabeza.

—¡Lucy! ¿Que se te había ido de la cabeza? ¿El día al que debes tu marido?

Wemyss pronunció esas palabras con una solemnidad tan exagerada, con una pomposidad tal que Lucy creyó que estaba de broma y que, en realidad, no se había ofendido en absoluto por lo de su cumpleaños; y, feliz de disfrutar ella también de ese cambio de humor, se rio. Y tan aliviada estaba que cometió el gran error de no esconder su alegría.

Cuál fue su consternación cuando, después de mirarla un rato más, Wemyss le dio la espalda y siguió caminando.

Lucy se dio cuenta de lo que había hecho, se había reído —¡qué horror!— en el momento equivocado. Corrió hacia él, lo agarró del brazo e intentó apoyar la mejilla en su manga, lo que le resultaba bastante complicado por la diferencia entre la cadencia de los pasos de ambos y porque él la estaba ignorando completamente.

—Mi niño…, oh, mi niño, herido en el alma… —le dijo persuasiva.

Pero Wemyss no se dejaba persuadir. Lo había herido demasiado profundamente, se había reído de lo que para él era lo más sagrado en la vida: el hecho de que él era su marido, y ella, su mujer.

—Oh, Everard —murmuró al final apartando el brazo, rendida —, no estropees el día.

¿Estropear el día? ¿Él? Eso ya era el colmo.

No volvió a dirigirle la palabra a Lucy hasta entrada la noche. Más tarde, ya en la cama, después de que ella se hubiera pasado un largo rato llorando amargamente porque era incapaz de comprender lo que había ocurrido y porque lo quería tantísimo que nunca le haría ningún daño, pero, aun así, se lo había hecho y estaba desconsolada, además de agotada, Wemyss finalmente se volvió hacia ella, la tomó entre sus brazos y la perdonó.

—No puedo vivir —sollozaba Lucy—, no puedo vivir si…, si no sigues amándome…, si no nos entendemos…

—Mi amorcito —dijo Wemyss, derretido por la manera que tenía

de temblar el cuerpecito de Lucy entre sus brazos, y también algo asustado ante la desmesura de su congoja—. Mi amorcito, no. Basta. Tu Everard te ama, no debes desplomarte así. Vas a enfermar. Piensa en lo triste que lo pondrías si eso ocurriera.

Besó sus lágrimas en la oscuridad hasta secarlas todas y la estuvo abrazando hasta que sus sollozos se fueron apagando. Fue entonces, abrazados de tal modo, con los besos de Wemyss cerrándole los fatigados ojos —Lucy como un bebé que hubiera encontrado consuelo y seguridad, y Wemyss como el cuidador que lo apaciguara—, cuando se durmió y, por primera vez desde que se había casado, gozó de un sueño profundo.

CAPÍTULO 15

Poco después de prometerse, Wemyss le había hablado a Lucy acerca de su teoría de que los enamorados deberían ser totalmente honestos entre ellos; en el caso de un marido y su mujer, ninguno debería ocultar al otro ni un solo rincón de su mente, su alma o su cuerpo.

—Puedes hablar de todo lo que quieras con tu Everard —le había asegurado—. Cuéntale tus pensamientos más íntimos, sean los que sean. Si no te da vergüenza tenerlos, no debería darte vergüenza contárselos. Él es tú. Ahora, tú y él sois una sola mente y una sola alma; cuando es tu marido, ambos alcanzaréis la perfección y estaréis completos porque también en cuerpo seréis uno solo. Everard, Lucy. Lucy, Everard. Será imposible saber dónde acaba uno y empieza el otro. En eso, amorcito, consiste un matrimonio de verdad. ¿Qué te parece?

A Lucy le había parecido algo tan sumamente increíble que no tenía palabras para describir su admiración y en su lugar lo besó. Qué felicidad tan grande librarse para siempre del miedo a la soledad simplemente pasando de ser una a ser dos; no había nadie más feliz que ella por haber encontrado a la persona más adecuada para tal multiplicación, alguien con quien podía estar completamente de acuerdo y a quien podía entender perfectamente. En ese momento, lamentó que no acudiera a su mente ningún pensamiento que la avergonzara contarle, pero tampoco había duda, no había ni una migaja de nada remotamente malo, ni siquiera una despreciable sospecha. Su mente era un cáliz cuyo contenido era únicamente amor, un amor tan puro y resplandeciente que, cuando lo removió un poco para examinarlo, no encontró en él ni rastro de sedimentos.

Sin embargo, el matrimonio —¿o era la falta de sueño?— la había cambiado totalmente en ese aspecto; ahora su mente era una

aglomeración de pensamientos que la avergonzaban profundamente. Al acordarse de sus palabras, con una absoluta convicción de que un matrimonio de verdad consistía en ser capaz de contárselo todo al otro y no esconderle nada, el día posterior a su boda le recordó esa idea y después se tiró de cabeza a la piscina confesándole que había pensado algo de lo que se sentía avergonzada.

Wemyss se mantuvo atento, pensando que se trataba de algo relacionado con el sexo y aguardó con una sonrisilla divertida e inquisitiva. Sin embargo, en ese sentido, Lucy se daba por satisfecha con seguirle a él, ya que era consciente de su propia falta de experiencia y de lo abundante que era la de Wemyss en ese campo. Resultó, pues, que el pensamiento que la tenía preocupada estaba relacionado con un camarero. Un simple camarero.

La sonrisa de Wemyss se esfumó. Le había echado la bronca a ese camarero durante el almuerzo por haber cometido una negligencia grave, y ahí estaba Lucy argumentando que lo había hecho sin razón aparente y que había sido demasiado severo. ¿Le importaría aliviar el malestar que a Lucy le había causado pensar, a la fuerza, que el corazón de su amado, el más bueno y amable de todos los hombres, no había sido bueno y amable, sino injusto, por medio de una breve explicación?

En fin, eso había sido muy al principio. No había tardado en aprender que, si albergaba alguna duda en su mente, era mejor dejarla ahí. Si decidía airearla y despejarla hablándole a Everard sobre ella, lo único que ocurría era que se sentía herido. Y cuando se sentía herido, se ponía inconsolable. Así pues, como aquello sucedía por cosas pequeñas, era imposible hablar con él de las mayores y, en especial, de sus enormes reticencias en relación con The Willows. Durante mucho tiempo, creyó que Wemyss las tendría en cuenta —era de esperar que Lucy no hubiera cambiado mucho de opinión desde las Navidades— y que, cuando finalmente llegara a la casa, descubriría que él se había preocupado de cambiarlo todo y de eliminar cualquier rastro del paso de Vera por ella. Más adelante, cuando Wemyss empezó a hablar de The Willows, Lucy vio que la idea de hacer cambios no se le había ni pasado por la cabeza. Se suponía que debía dormir en la misma habitación que habían compartido él y Vera, en la misma cama. Y estaba tan

increíblemente lejos de ser verdad aquello de poder contarle todo lo que pensaba y hablar con él de cualquier cosa que, cuando lo descubrió, solo fue capaz de preguntarle con cierta reserva si pretendía cambiar de dormitorio, cuando estaban en la terraza del castillo de Amboise.

En cualquier caso, no podía quitarse The Willows de la cabeza y la habría aliviado poder contarle a Wemyss cómo se sentía para librarse de esa creciente obsesión y reírse de ella juntos. Cuánto la habría consolado que, incluso si a él le parecía que estaba siendo demasiado infantil y macabra para reírse con ella, hubiera aceptado cambios en esas habitaciones, para consentirle ese capricho. Pero una aprende mucho en la luna de miel, pensó Lucy, y una de las cosas que ella había aprendido era que Wemyss siempre lo tenía todo decidido. No parecía que hubiera ningún periodo de toma de decisión en el que Lucy pudiera dejar caer alguna sugerencia o formular algún deseo; sus planes siempre estaban cerrados y sin posibilidad de alteración alguna cuando los presentaba ante ella. A veces le preguntaba a Lucy: «¿Te gustaría…?». Pero si a ella no le gustaba y respondía sinceramente, como solía hacer antes de aprender a no hacerlo, llegaban los problemas. Problemas mudos. Wemyss se sumía en un aislamiento herido, pues su pregunta había sido puro ornamento y su amorcito debería, según él, querer lo mismo que él quisiera de forma instintiva. Y Lucy, en el exterior de ese aislamiento, después de esforzarse por llegar a él mediante preguntas afectuosas e inquietas, esperaba angustiada a que emergiera de aquel estado de mutismo y volviera a ser bueno con ella.

Por otra parte, respecto a los deseos de menor importancia y a las preferencias del día a día, Lucy ya lo tenía todo bastante controlado. Ante la pregunta «¿Te gustaría…?», ella le daba al instante la respuesta correcta: «Oh, sí. ¡Me encantaría!». Entonces el rostro de Wemyss seguía feliz y satisfecho, en vez de ensombrecerse por la ofensa percibida. Sin embargo, con las cosas de más importancia no era tan sencillo, ya que era complicado modular su voz para que reflejara el grado correcto de entusiasmo; si no lo conseguía, Wemyss ponía el dedo bajo la barbilla de Lucy, le levantaba la cara hacia él y le repetía la pregunta con voz solemne, cosa que ella había descubierto que solía preceder al ya conocido

ensombrecimiento de su rostro.

Qué difícil era a veces. Cuando él le dijo que le iban a gustar las vistas desde su gabinete en The Willows, Lucy, naturalmente, quería gritarle que no y preguntarle cómo se le podía pasar por la cabeza que fueran a gustarle unas vistas que siempre iba a relacionar con la muerte. ¿Por qué no podía gritar cuando le apeteciera, hablarle con franqueza y contar con su ayuda para curarse de las cosas absurdas riéndose de ellas los dos juntos? No podía hacerlo sola, aunque siempre lo intentaba; con él, en cambio, podría haberlo conseguido y haberse vuelto más sensata. La grandeza de Wemyss era muy superior a la suya y la manera en la que había desechado completamente cualquier pensamiento malsano era maravillosa; su naturalidad la inundaría también a ella y la purificaría con su poder purgativo si le permitía hablar con él, si la ayudaba a reírse. Pero, en lugar de eso, solía acabar diciendo rápidamente con una vocecilla nerviosa: «Oh, sí. ¡Me encantaría!».

«¿Será que soy una persona miserable?», pensó Lucy.

Sí, era tremendamente miserable, reflexionó tumbada en la cama por la noche, sin poder dormir, mientras le daba vueltas a cómo se había comportado durante el día. El amor la había hecho miserable, pues en el amor se escondía el miedo a herir al amado. Que las Escrituras afirmaran que el amor perfecto expulsa cualquier temor le hacía pensar que, en realidad, no tenían ni idea de lo que hablaban, pues en su amor, sin duda perfecto, sí había temor.

Y si no podía contarle cómo se sentía, ¿por qué no podía simplemente deshacerse de esos pensamientos y ser tan natural como él? ¿Por qué no podía tener al menos la misma actitud natural que Everard en lo que respectaba a ir a esa casa? Si había alguien que pudiera justificar rehuir The Willows, ese era Everard, no ella. A veces, Lucy estaba segura de que, en lo más hondo de su ser, Wemyss tenía una prodigiosa reserva de valentía. Nunca hablaba de la muerte de Vera, naturalmente no deseaba mencionar esa horrible tarde, pero debía de pensar en ello a menudo y esconder sus pensamientos incluso a ella para cargar con ese peso él solo. A veces estaba segura de eso, otras veces de lo opuesto. Por su aspecto y su manera de hablar, por esos pequeños indicios que uno ve sin saber que ha visto y que son tanto más reveladores y concluyentes que cualquier palabra, en ocasiones Lucy estaba realmente

convencida de que lo había olvidado. Pero eso era simplemente imposible. No podía creérselo. Lo que podía haber pasado, pensó Lucy, era que en defensa propia y para poder vivir en paz, Everard hubiera decidido no pensar nunca más en Vera. Solo estaría a salvo si la hacía desaparecer de su mente por completo. Pero eso tampoco podía ser cierto, ya que, durante la luna de miel, se había puesto a hablar de ella en varias ocasiones, de las cosas que solía decir, de lo que le solía gustar. De hecho, había sido Lucy quien había tenido que detenerlo. Quería evitar cualquier conversación sobre Vera y, especialmente, cualquier comentario esporádico con respecto a ella. Podía mentalizarse para hablar sobre ella si se trataba de algo serio, pues quería ayudar a Everard y consolarlo cuando el recuerdo de esa muerte apareciera para atormentarlo, pero no podía sufrir que la mencionara como si nada. En cierto modo, admiraba que él sí pudiera, pues eso era una prueba de lo natural que había llegado ser a base de pura determinación. No obstante, incluso así, Lucy no podía dejar de pensar que preferiría que su amado rebajara un poco esa naturalidad. Quizás ella era demasiado macabra, pero ¿era posible ser demasiado natural? En cualquier caso, quería evitar a toda costa que Vera se inmiscuyera en su luna de miel. Ahí, al menos, tenía que poder estar lejos de ella. Ya más tarde, en The Willows…

Lucy luchaba y luchaba contra ello. Sin embargo, oculta en su mente, ignorada, rehuida pero inamovible sin remedio, estaba siempre la sensación de que ahí, en The Willows, esperándola, estaría Vera.

CAPÍTULO 16

Si uno va a Strorley y cruza al otro lado del río por el puente, solo tiene que seguir un ratito el camino de sirga para llegar a The Willows. También se puede llegar por carretera atravesando una verja blanca por un camino que se va estrechando más y más a medida que se aproxima al río y a la casa, pero es practicable para los carros e incluso para los coches, excepto cuando hay riadas. Cuando eso ocurre, el camino desaparece. Entonces, al bajar de nuevo el nivel del agua, se queda negro y lodoso durante un buen tiempo, con nubes de moscas minúsculas revoloteando si hace calor. A los que pasan por allí a pie se les quedan los zapatos pegados y los pierden, mientras que los que conducen, especialmente si van en coche, tienen problemas para avanzar. Pero todo mejora una vez que se alcanza la segunda verja blanca, más allá de la cual hay una extensión de gravilla, distintas clases de arbustos, un césped muy bien cuidado y The Willows. No hay grandes árboles en el jardín de The Willows, ya que fue construida sobre unos prados donde no había ninguno, pero a lo largo de la valla de hierro que delimita el jardín cuadrado en cuyo centro se sitúa la casa, ocultando la malla metálica que evita que las vacas de los pastos metan la cabeza y se coman los arbustos, hay una hilera de sauces. De ahí su nombre en inglés.

—Una casa —dijo Wemyss explicando a Lucy el nombre de la casa a la mañana de su llegada— siempre debería llevar el nombre de lo que más llame la atención en ella.

—Entonces, ¿no debería llamarse The Cows, por las vacas? —preguntó Lucy, pues los campos de los alrededores estaban moteados de vacas recostadas hasta donde alcanzaba la vista que llamaban mucho más la atención que las intrincadas ramas desnudas de los sauces.

—No —respondió Wemyss con tono molesto—. No debería

llamarse The Cows.

—No, por supuesto, no quería decir eso —se apresuró en decir.

Lucy estaba nerviosa y había dicho lo primero que se le había venido a la cabeza, cosa que llevaba haciendo durante todo el trayecto. No quería hacerlo y sabía que a él no le gustaba, pero no podía parar.

Acababan de llegar y estaban esperando en las escaleras de la entrada mientras el servicio descargaba el equipaje del taxi que los había traído desde la estación. Wemyss señalaba aquí y allá lo que quería que Lucy admirara desde ese lugar elevado antes de llevarla dentro. Ella apreciaba cualquier excusa que retrasara el momento de entrar y la mantuviera en el ala oeste de la casa, lo más lejos posible de la terraza y la ventana de la biblioteca. Dentro estarían las habitaciones sin cambio alguno, la biblioteca a través de cuya ventana…, el gabinete de la planta superior por cuya ventana…, el dormitorio en cuya misma cama… Era una actitud absurda, completamente absurda y despreciable por su parte, tan desequilibrada que debería darle vergüenza y repulsa, pero no podía quitarse de la cabeza la sensación de que, dentro de la casa, Vera la estaba esperando.

Era una mañana gris y ventosa, las nubes bajas recorrían los campos. La casa se encontraba considerablemente por encima del nivel de inundación, y, desde el escalón más alto, Lucy podía divisar hasta dónde se extendían las praderas más allá de la hilera de sauces mecidos por el viento. Un cielo gris, un agua gris, unos campos verdes… Todo era gris y verde a excepción de la casa, que era de ladrillo rojo con hermosos revestimientos de piedra y constituía, en su situación desprotegida sin árbol alguno que la ocultara, una gran mancha de rojo vivo en medio del paisaje.

«Como la sangre», pensó Lucy, e inmediatamente se sintió avergonzada por el pensamiento.

—Oh, ¡qué refrescante! —gritó Lucy extendiendo los brazos y dejando que el viento hiciera ondear su chal de sarga tras de ella como una bandera. La falda se le pegaba al cuerpo y dibujaba su bonita y esbelta silueta mientras la criada, entrando y saliendo con el equipaje, observaba con curiosidad a esa nueva señora tan joven y menuda—. Oh, me encanta este viento. Quiero estar aquí fuera un rato más…

A Wemyss le complacía que le gustara el viento, pues ¿no era también de su propiedad desde el momento en el que soplaba en su terreno? Su rostro, que se había ensombrecido un poco por el comentario sobre el nombre de la casa, volvió a despejarse.

Sin embargo, Lucy no estaba disfrutando del viento en absoluto, nunca le habían gustado esas ráfagas tan frías. De hecho, si no hubiera estado nerviosa, no se habría quedado ahí de pie, dejando que el viento le helara los huesos, por nada del mundo.

—¡Y cuántos laureles! —exclamó mientras se sujetaba el sombrero con una mano y señalaba con la otra hacia un rincón lleno de esos arbustos.

—Sí, te enseñaré el jardín después del almuerzo —le dijo Wemyss—. Ahora, pasemos adentro.

—Y…, ¡y durillo! Me encanta el durillo…

—Sí. Lo plantó Vera. Ha crecido muy bien. Venga, ahora entra…

—Y… ¡allí! ¿Qué son esas cosas peladas sin hojas?

—Te lo enseñaré todo después del almuerzo, Lucy. Pasa…

Le puso el brazo sobre los hombros y la guio a través de la puerta que la criada mantenía abierta con dificultad a causa del viento.

Lucy apenas podía creérselo, finalmente había entrado en The Willows. La puerta se cerró detrás de ella. Miró a su alrededor, encogida. Estaban en un espacio amplio donde había unas escaleras.

—El vestíbulo —anunció Wemyss, aún con el brazo sobre los hombros de Lucy.

—Sí —convino ella.

—Madera de roble —dijo Wemyss.

—Sí —repitió Lucy.

Wemyss miró a su alrededor y soltó un suspiro de satisfacción por estar de vuelta.

—Todo es roble —añadió—. No encontrarás nada de mala calidad en mi casa, amorcito. ¿Dónde están las flores? —Gruñó volviéndose bruscamente hacia la criada—. No veo mis flores amarillas.

—Están en el comedor, señor —respondió la criada.

—¿Por qué no están donde pueda verlas nada más entrar?

—Entendí que las órdenes eran que siempre debían estar sobre la mesa del desayuno, señor.

—¡La mesa del desayuno! ¿Incluso si no es hora de desayunar?

—Entendí…

—No me importa lo que entendieras.

En ese momento, Lucy los interrumpió, nerviosa, pues Everard parecía muy enfadado de repente.

—¡Cornamentas! —exclamó mientras señalaba hacia las paredes con el brazo que tenía libre.

—Sí —dijo Wemyss, que dejó de centrarse en la criada para contemplar sus paredes con orgullo.

—¡Cuántas hay! —comentó Lucy.

—Sí, ¿verdad? Siempre quise tener un vestíbulo con cornamentas colgadas en las paredes…, y ya lo tengo. —La atrajo hacia él y la abrazó—. Y también te tengo a ti. Siempre consigo lo que me propongo.

—¿Las cazaste tú todas? —preguntó Lucy pensando que la criada aprovecharía la ocasión para esfumarse, le sorprendió que se quedara ahí plantada.

—¿Cómo? ¿Las bestias a las que pertenecieron? No, yo no. Si quieres unos cuernos, lo más fácil es ir a comprarlos. Así puedes conseguirlos todos de golpe, no gradualmente. El vestíbulo estuvo listo para colgarlos de golpe, no gradualmente. Los compré en Whiteley's.

Bésame.

Ese final abrupto cogió a Lucy desprevenida.

—¿Que te bese? —preguntó sorprendida, pues la criada aún no se había movido.

—Aún no me has dado mi beso de cumpleaños.

—¿Cómo? Pero si lo primero que he hecho al despertarnos…

—No, me refiero a mi beso de cumpleaños de verdad, en mi propia casa.

Lucy miró a la criada, que también la estaba mirando a ella sin mucho disimulo. En fin, si a la criada no le importaba y a Everard tampoco, ¿por qué debería importarle a ella?

Levantó un poco la cara y lo besó, aunque no le gustaba besarlo, ni que la besaran a ella, en público. ¿Qué sentido tenía? Disfrutaba besando a Everard. Era una mezcla de todo tipo de sensaciones fantásticas y le encantaba hacerlo de distintas formas: con ternura, con pasión, con calma, con ensueño, con gracia o con solemnidad,

cada una de ellas por separado o combinándolas. Sin embargo, entre sus múltiples combinaciones no había ninguna que incluyera a una criada y en consecuencia, su beso fue breve y formal como era de esperar, a lo que Wemyss dijo «Lucy…» con su tono herido.

Lucy se sobresaltó.

—Oh, Everard, ¿qué ocurre? —le preguntó nerviosa.

Ese tono suyo en concreto siempre la sobresaltaba, pues nunca se lo esperaba. Ya podía abrirse camino con todo el cuidado del mundo entre los sentimientos de Everard, que siempre encontraba alguno con el que, al parecer, no había contado y con el que, por consiguiente, se daba de bruces. ¡Qué horror, si lo primero que hacía al entrar en The Willows era herirlo! Y, además, el día de su cumpleaños. Desde el momento en el que se habían despertado esa mañana y durante el viaje en tren y el trayecto en taxi desde la estación, Lucy se había estado dedicando activamente y sin pausa a no herir los sentimientos de Wemyss, una tarea que contaba con la dificultad añadida de su nerviosismo en relación con aquella casa y que la había empujado a decir cosas fuera de lugar. Cosas irreverentes, como el desafortunado comentario sobre el nombre de la casa. Lo había llevado mucho mejor la noche anterior en la casa de Lancaster Gate, porque, si bien era sombría, no era The Willows. Además, en esa casa no había señal alguna de que una mujer hubiera pasado por ella. Era la casa de un hombre, un hombre que no tiene tiempo para cuadros, libros interesantes o decoración. Era como una mezcla de un club y una oficina, con anchas butacas de piel, mesas robustas, alfombras turcas y obras de referencia. Le resultaba francamente difícil imaginarse a Vera o a cualquier otra mujer en esa casa. O bien Vera había vivido en The Willows la mayor parte del tiempo, o bien se había eliminado a conciencia cualquier rastro de su paso por aquel lugar. Por eso y porque estaba exhausta por lo mucho que se había mareado durante la ruta de Dieppe a Newhaven, que Wemyss había decidido tomar porque le gustaba el mar, Lucy había sido totalmente incapaz de pensar en Vera en ese sitio, se había sumido en un sueño profundo nada más llegar y había dormido toda la noche. Por supuesto, al estar dormida, no había tenido ocasión de decir nada fuera de lugar, así que su primera aparición en Lancaster Gate había sido todo un éxito. Además, cuando se despertó a la mañana siguiente y vio el

rostro de Wemyss, que aún no había abierto los ojos, tranquilo y sereno al lado del suyo, se quedó tumbada contemplándolo con el corazón rebosante de puro amor y decidió que su cumpleaños debía ser, de principio a fin, tan sereno como su precioso rostro en ese momento. Lo adoraba. Era su vida. Lo único que deseaba en el mundo era hacerlo feliz. Mediría todas y cada una de sus palabras. Ese día en particular, debería procurar que no se le escapara ni una sola palabra sin antes haberle dado como mínimo tres vueltas y haberla examinado con sumo cuidado. A eso se había comprometido esa mañana y, sin embargo, no solo estaba diciendo las cosas equivocadas, sino que también las estaba haciendo. No había previsto que le pediría que lo besara delante de una criada. Siempre se estaba tropezando con lo inesperado, a esas alturas, ya debería estar acostumbrada. Qué mala pata.

«Oh, Everard, ¿qué ocurre?», le había preguntado, nerviosa, pero supo la respuesta antes de que Wemyss abriera la boca y, dejando a un lado sus objeciones a las muestras públicas de amor, ya que cualquier cosa iba a ser mejor que herirlo en ese instante, levantó el brazo que tenía libre, le pasó la mano por la nuca y lo atrajo hacia ella para darle otro beso, uno más largo esta vez, uno tierno y apasionado. Mientras lo hacía y crecía en su corazón el anhelo que sentía por él, Lucy reflexionó sobre las implicaciones de ser tan extremadamente sensible. A ella le ponía las cosas difíciles, pero cuánto más difícil tenía que ser todo para él. Le fascinaba que Wemyss hubiera ido desarrollando tal sensibilidad desde el día de su boda. Antes no había dado muestras de ella.

Con aquel beso, Lucy le estaba pidiendo a Wemyss que no dejara que nada de lo que ella pudiera decir o hacer estropeara su cumpleaños, que la perdonara, que la comprendiera. Y, en un rincón de su mente, bajo la capa superior que formaban sus otros pensamientos, este corría suelto sin control ni permiso: «Sin duda, soy una miserable».

En esa ocasión, fue fácil aplacar a Wemyss gracias a su entusiasmo por estar de vuelta en casa.

—Nadie puede herirme como tú —se limitó a decir.

—Oh, pero esa nunca… nunca es mi intención —suspiró ella con un brazo alrededor de su cuello.

Mientras tanto, la criada seguía mirando.

—¿Por qué no se va? —le susurró Lucy aprovechando que tenía su oreja cerca.

—Más le vale quedarse —respondió Wemyss en voz alta levantando la cabeza—. Quizás la necesite. ¿Te gusta el vestíbulo, mi amorcito?

—Me encanta —dijo mientras lo soltaba.

—¿No te parecen majestuosas estas escaleras?

—Muy majestuosas.

Wemyss miró a su alrededor con orgullo, plantado sobre la alfombra turca mientras mantenía a Lucy bien cerca de él.

—Ahora, mira la ventana —le dijo, e hizo que se diera la vuelta después de darle el tiempo suficiente para admirar las escaleras—. Mira, ¿a que es una buena ventana? Una ventana sin tonterías. Se ve a través claramente, y deja entrar muchísima luz. Vera —Lucy se estremeció— intentó estropearlo todo poniendo cortinas. Dijo que quería más color…, o algo así. Con lo preciosas que son las vistas al jardín, y ella quería taparlas con unas cortinas.

Estaba claro que no lo había conseguido, pues la ventana, que era más o menos del mismo tamaño que las de la sala de espera de las terminales de Londres, no estaba cubierta por nada, a excepción de la cuerda colgante de una persiana enrollable que estaba subida hasta arriba. A través del cristal, Lucy veía la mitad del jardín que quedaba a la derecha de la puerta principal, con su intrincada hilera de sauces, los prados y las vacas. Las ramas peladas de alguna enredadera daban golpes contra la ventana y provocaban un sonido fuerte e irregular durante las pausas en las observaciones de Wemyss.

—Placas de vidrio.

—Sí —dijo Lucy, y algo en la voz de Wemyss hizo que añadiera en tono de admiración—: Muy sofisticado.

Mientras miraban por la ventana, estaban de espalda a las escaleras. De repente, se oyeron pasos que bajaban desde el piso superior.

—¿Quién va? —dijo ella rápidamente y sin aliento antes de poder pensar, antes de poder parar. No había osado darse la vuelta y sus ojos seguían clavados en la ventana.

—¿Quién va dónde? —preguntó Wemyss—. Es una ventana realmente excelente, ¿no crees, mi amorcito?

Los pasos se detuvieron y sonó un gong que había visto antes entre los dos tramos de escaleras. Su cuerpo, que se había tensado, volvió a relajarse. Qué tonta era.

—El almuerzo —dijo Wemyss—. Ven. Pero ¿no es una ventana alegre, amorcito?

—Es muy alegre.

Dieron la vuelta y Wemyss la condujo al comedor, mientras la criada, que había bajado del rellano, seguía haciendo sonar el gong, a pesar de que ya lo habían oído y estuvieran delante de sus narices.

—¿No te parece un sitio genial para un gong? —preguntó alzando la voz, pues el sonido del gong, que al principio había sido muy suave, iba ganando cada vez más intensidad—. Así, cuando estés arriba, en tu gabinete, vas a oírlo con tanta claridad como si estuvieras abajo. Vera…

Sin embargo, en esa ocasión, lo que iba a decir sobre Vera quedó ahogado por la furia creciente del gong.

—¿Por qué no lo deja ya? —Intentó gritarle Lucy, esforzándose por elevar su voz al máximo, pues a la criada se le daba muy bien el gong y en ese momento estaba extrayendo de él el estruendo más espantoso.

—¿Qué? —gritó Wemyss.

Ya en el comedor, adonde los guio la criada del vestíbulo, que por fin se había liberado de su parálisis y les había abierto la puerta, Lucy preguntó de nuevo sin dejar de oír el gong, un sonido ahora apagado por las puertas y la distancia:

—¿Por qué no lo deja ya?

Wemyss sacó su reloj.

—Aún seguirá cincuenta segundos más —le dijo. Eso plantó la semilla de la curiosidad en el rostro de Lucy, por lo que Wemyss le ofreció una explicación—: Lo hace sonar exactamente dos minutos y medio antes de cada comida.

—Oh. ¿Incluso aunque sea evidente que ya lo hemos oído? —preguntó Lucy.

—Eso ella no lo sabe.

—Pero si nos ha visto.

—Pero no lo sabe oficialmente.

—Oh.

—Tuve que establecer esa norma —explicó Wemyss mientras recolocaba con cuidado sus cuchillos y tenedores a ambos lados de su plato— porque dejaban de golpearlo segundos después de empezar y, entonces, Vera llegaba tarde, y su excusa era que no lo había oído. Después de eso, hice que durante un tiempo se hiciera sonar el gong por toda la escalera hasta llegar a la puerta de su gabinete. Es un buen gong, ¿verdad? Escucha… —Levantó la mano.

—Muy bueno —dijo Lucy, que estaba convencida de que no había en el mundo un gong tan bueno y robusto como ese.

—Ya está. Se acabó el tiempo —anunció Wemyss cuando se hizo el esperado silencio después de los tres monstruosos golpes finales. Volvió a sacar su reloj—. Veamos…, sí, al segundo. Ni te imaginas lo que me costó conseguir que fueran puntuales.

—Es maravilloso —comentó Lucy.

El comedor era una estancia estrecha ocupada en su mayor parte por una mesa. Tenía una ventana orientada hacia el oeste y otra hacia el norte. A pesar de las ininterrumpidas extensiones de placas de vidrio, era una habitación lóbrega y oscura. Pero había que decir que fuera también hacía un tiempo lóbrego y oscuro que las dos enormes ventanas retrataban sin obstáculo; unas nubes se aproximaban a paso ligero desde el noroeste, tal como uno podía ver sentado en aquella larguísima mesa. El sitio de Lucy estaba de cara a la ventana norte, a la izquierda de Wemyss, mientras que él se sentaba al final de la mesa, de cara a la ventana oeste. Era tan larga la mesa que de haberse sentado Lucy en la silla que normalmente queda reservada para las esposas, en el lado opuesto a su marido, le habría sido difícil comunicarse con él; de hecho, como comentó ella misma, poco le habría faltado para desaparecer bajo la línea del horizonte.

—Me gustan las mesas largas —respondió Wemyss—. Son muy acogedoras.

—Sí —convino Lucy, algo dubitativa, pero reconociendo que su longitud sí denotaba cierta disposición a la hospitalidad—. Supongo que sí. Al menos, cuando están rodeadas de gente.

—¿Gente? ¿Me estás diciendo que ya quieres gente?

—Cielo santo, no —se apresuró en decir Lucy—. Por supuesto que no. Everard, claro que no quería decir eso —añadió, y puso la mano sobre la de él con una sonrisa para intentar disipar las nubes

que se estaban formando en su rostro. Una vez más, dejó a un lado todas sus reservas en relación con la criada y le dijo—: Ya sabes que solo te quiero a ti.

—Eso me gusta más —dijo Wemyss, apaciguado—. Yo sé que solo te quiero a ti.

«¿Estaría aquí esta misma criada en tiempos de Vera?», se preguntó Lucy en la intimidad de sus pensamientos, de forma inconsciente bajo la capa de atento interés centrado en Wemyss.

—¡Qué caltas más hermosas! —dijo en voz alta.

—Ah, sí, aquí están, no las había visto. Sí que lo son. Son mis flores de cumpleaños. —Acto seguido, repitió su fórmula—: Es mi cumpleaños y el de la primavera.

Pero, lógicamente, como aquella era la primera toma de contacto de Lucy con uno de los cumpleaños de Wemyss, desconocía su particular ritual, más allá de haberle deseado que cumpliera muchos más unas horas antes, cuando él había abierto los ojos y se había encontrado con los de Lucy mirándolo con amor. Por ese motivo, a ella solo se le ocurrió hacer la observación natural, pero desafortunada, de que la primavera, en realidad, empezaba el 21 de marzo…, ¿o era el 25? No, eso era el día de Navidad…, no, no quería decir eso…

—Siempre dices cosas que luego aseguras que no querías decir —la interrumpió Wemyss, irritado porque había imaginado que Lucy, su Lucy, sería capaz de reconocer la naturaleza alegórica de la fórmula. Si hubiera sido Vera, mira…, pero incluso Vera había podido entenderlo—. Me gustaría que empezaras con lo que sí quieres decir. Eso haría las cosas mucho más fáciles. A ver, ¿qué es lo que quieres decir ahora?

—No puedo pensar —respondió Lucy tímidamente, pues había vuelto a ofenderlo, y esta vez no tenía ni la más remota idea del motivo.

CAPÍTULO 17

Sin embargo, Wemyss pudo superarlo. Tomaron un *soufflé* especialmente bien preparado, cosa que ayudó bastante. Además, Lucy no dejaba de mirarlo con ternura, y era la primera vez que se sentaba en esa mesa de su preciado hogar, lo que le hizo pensar en los meses y meses que llevaba soñando en tener a su amorcito con su pelo corto ahí sentado a su lado. Poco a poco fue recuperando el humor y la sonrisa.

Pero qué poder tenía para herirlo, pensó Wemyss, ese poder provenía del amor que él le profesaba. Lucy debía usarlo con cautela. El amor que su Everard sentía por ella lo había vuelto muy sensible.

La miraba solemnemente mientras pensaba eso y el servicio les cambiaba los platos.

—¿Qué ocurre, Everard? —preguntó Lucy, nerviosa.

—Solo estoy pensando que te amo —le dijo, y cubrió la mano de Lucy con la suya propia.

Se sonrojó complacida y se puso contenta al instante.

—Mi Everard —ronroneó Lucy, olvidándose por completo de la presencia de la criada. Qué encantador era. Y qué tonto también por angustiarse tanto cuando se ofendía. En el fondo, era sensato y sencillo. En el fondo, era, indudablemente, su amado. El resto era puramente incidental, detalles que carecían de importancia.

—Tomaremos el café en la biblioteca —le dijo a la criada de camino a la puerta, una vez que hubo terminado de comer—. Ven, mi amorcito —le dijo por encima del hombro.

La biblioteca…

—No podríamos…, eh…, ¿tomar el café en el vestíbulo? —preguntó Lucy mientras se levantaba lentamente de la mesa.

—No —respondió Wemyss, que se había detenido ante una fotografía ampliada a tamaño real que colgaba en la pared, entre las

dos ventanas.

La examinó un momento y, acto seguido, pasó el dedo por el cristal trazando una línea de arriba abajo: hacía tiempo que no se le quitaba el polvo.

—Mira —le dijo a la criada mientras señalaba la fotografía.

La criada miró.

—Veo que no dices nada —le soltó, después de un silencio en el que la mujer no apartó la vista y en el que Lucy, nuevamente sorprendida, se mantuvo de pie, insegura, cerca de la silla de la que se había levantado—. No me extraña. Nada de lo que pudieras decir justificaría esta dejadez.

—Lizzie… —empezó la criada.

—No metas a Lizzie en esto.

La criada dejo de meter a Lizzie en eso y enmudeció.

—Ven, amorcito —dijo Wemyss volviéndose hacia Lucy y ofreciéndole la mano—. Me revuelve el estómago ver que ni siquiera tienen la decencia de quitarle el polvo a mi padre.

—¿Ese es tu padre? —preguntó Lucy, que corrió hacia su lado sin manifestar opinión alguna sobre el tema del polvo.

No cabía duda de que era su padre. Era una versión enorme de Wemyss, una versión muy vieja de Wemyss, una versión descontenta de Wemyss. La fotografía estaba dispuesta de tal manera que, independientemente de dónde te situaras en esa habitación, el padre de Wemyss te seguía con la mirada. Había estado observando a Lucy desde entre esas dos ventanas durante su primer almuerzo en esa casa. «También debió de observar a Vera durante el último», pensó Lucy fugazmente.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí? —preguntó, mirando a los ojos descontentos del padre de Wemyss, que también la miraban.

—¿Cuánto tiempo? —repitió Wemyss, y tiró un poco de Lucy porque quería tomarse su café—. Ni lo recuerdo. Todo el tiempo que yo he vivido aquí, supongo. Murió hace cinco años. Ya era mayor, casi noventa años. Un hombre maravilloso. Solía pasar mucho tiempo aquí.

En el lado opuesto de aquel cuadro, al lado de la puerta que daba al vestíbulo, había otro colgado, otra fotografía ampliada a tamaño real. Lucy no las había visto al entrar, pues la luz de las ventanas la había cegado. Ahora, al darse la vuelta para salir por la

puerta detrás de Wemyss, se la encontró de cara.

Era Vera. Lo supo al instante, aunque, de no haberlo sabido, lo habría descubierto segundos más tarde, pues Wemyss se lo contó.

—Vera —dijo en un tono neutro, como si se la estuviera presentando.

—Vera —repitió Lucy sin aliento.

Ella y Vera, cuya imagen también le seguía a uno con la mirada, se miraron a los ojos.

A juzgar por su ropa, la fotografía debía de tener unos doce años. Estaba de pie y llevaba un vestido de paseo con una cola que se arrastraba por la alfombra, unas mangas anchas y vaporosas, y un cuello de cisne. Parecía muy alta y tenía unos dedos largos y delgados. Llevaba un recogido que dejaba sus orejas al descubierto y amontonaba su pelo oscuro sobre su cabeza. Su rostro delgado era todo ojos, unos ojos grandes y negros que parecían traspasar ese absurdo cuadro con una especie de asombro, y su boca hacía un pequeño gesto como si estuviera intentando contener la risa.

Lucy la observó, inmóvil. Así que esa era Vera. Claro. Aunque nunca se había formado una imagen de ella en su mente —había evitado hacerlo—, había supuesto que sería así. Eso sí, se la había imaginado mayor, a sus cuarenta, cuando murió, y no tan atractiva como en esa fotografía, no como una mujer joven. A Lucy, que tenía veintidós años, alguien de cuarenta le parecía muy mayor, al menos, en el caso de las mujeres. En cuanto a los hombres, como se había enamorado de uno de cuarenta y cinco que, sin duda, era de los más jóvenes con los que había tratado, había actualizado el concepto que tenía sobre la edad, pero, en el caso de las mujeres, le seguía pareciendo que cuarenta eran muchos años. En la imagen que se había formado de ella, Vera había sido delgada, alta y morena, tal y como esa Vera que tenía delante, pero su delgadez había sido más bien huesuda; su altura, encorvada; y su pelo oscuro, canoso. También se la había imaginado despistada y no demasiado inteligente, con cierta tendencia a hacer cosas obstinadas e ingenuas, y, al final de todo, haciendo esa obstinada e ingenua cosa fatal que le había dado a su vida un final tan horrible. La Vera que tenía delante, sin embargo, era inteligente. Esos ojos no eran los de una persona ingenua. Y la expresión de su boca…, ¿de qué habría estado intentando no reírse ese día? ¿Era consciente de

que iban a ampliarla y a tenerla colgada durante años en ese comedor lóbrego, de cara a su suegro, ambos mirándose el uno al otro desde sendas paredes, mientras los originales se sentaban a comer tres veces al día en la mesa larga bajo sus propias copias? Lucy pensó que quizás se reía por no llorar, aunque eso hubiese sido una estupidez, y ella no podía haber sido estúpida, no con esos ojos, no con esas cejas rectas y finas. Y a ella, ¿también la fotografiarían, la ampliarían y la colgarían ahí? Había sitio al lado de Vera, el espacio justo para una imagen más antes de llegar al aparador. Qué raro sería si la colgaran al lado de Vera y si tres veces al día, todos los días, se encontrara con las mujeres de Everard al salir por la puerta. Y qué curioso sería ver cómo su ropa, con el paso de los años, dejaba de ser bonita y se iba volviendo absurda. Para ese tipo de cosas, más valdría que a una la cubrieran con una mortaja. Los sudarios no pasaban de moda, siempre eran iguales. Además, qué apropiado sería, pensó Lucy mirando a su difunta predecesora a los ojos, una estaría simplemente aprovechando la ocasión…

—Ven —dijo Wemyss alejando a Lucy del cuadro—, quiero tomarme el café. Es una gran idea —siguió mientras la guiaba a través del vestíbulo y hacia la puerta de la biblioteca— tener fotografías a tamaño real, en vez de esos retratos estúpidos que no se parecen en nada a la persona retratada, ¿no crees?

—Oh, es una grandísima idea —respondió Lucy mecánicamente mientras reunía el valor para entrar en la biblioteca.

Había solo una habitación en toda la casa que le diera más miedo que la biblioteca: el gabinete de la planta superior. Su gabinete y también el de Vera.

—La semana que viene visitaremos a un fotógrafo en Londres para que retrate a mi niñita —dijo Wemyss abriendo la puerta de la biblioteca—. Entonces la tendré tal y como Dios la hizo, sin que venga ningún artista idiota a imponer su idea de ella. A mí me vale con la idea de ella que tuvo Dios. En tu caso, no tendrán que ampliarla demasiado para que sea a tamaño real, enanita —bromeó Wemyss—. Vera medía casi un metro ochenta. Es preciosa esta habitación, ¿eh? Mira, ahí está el río. ¿No es fantástico tenerlo tan cerca? Ven por aquí…, no te tropieces con mi escritorio. Mira, lo único que separa el río del jardín es el camino de sirga. Señor, qué mal tiempo hace. Ya podría habernos hecho un hermoso día de

primavera y nos habríamos tomado el café en la terraza. Estas son unas vistas realmente inglesas, ¿verdad? Este jardín tan verde, la hierba frondosa que crece a lo largo del camino de sirga y el río. No hay en el mundo un río como este, ¿verdad, amorcito? Dime que te parece el río más bonito del mundo, dime que te parece cien veces mejor que ese de Francia tan horrendo del que acabamos hartos, con todos esos castillos —le dijo, y le dio un fuerte abrazo.

—Oh, es cien veces mejor —contestó Lucy.

Estaban delante de la ventana, Wemyss con el brazo sobre los hombros de Lucy. Había el espacio justo para ellos dos entre la ventana y el escritorio. Fuera estaba la terraza enlosada, más allá, un césped verdísimo lleno de gusanos y mirlos, y un caminito también enlosado que llevaba a una pequeña verja de hierro. Para no tapar las vistas, no había sauces en la parte del jardín cuadrado que daba al río, solo la valla de hierro y la malla metálica. A ambos lados del caminito, a intervalos, había tiestos de terracota que, según explicó Wemyss, estarían rebosantes de vistosos geranios más adelante. Aquel día, el río, crecido y turbio, se deslizaba con furia a causa de las lluvias. Las nubes desfilaban por el cielo a lomos del viento sin mucha prisa, aunque, de vez en cuando, soltaban un chaparrón intenso que volvía a empapar las losas de la terraza justo cuando el viento había empezado a secarlas. ¿Cómo podía ser que Wemyss estuviera ahí plantado sujetándola bien para que no pudiera escapar y obligándola a mirar hacia el lugar exacto de la terraza enlosada, a menos de dos metros de distancia, donde…?

Solo tardó unos instantes en concluir que Wemyss tenía toda la razón y que esa era, sin duda, la única manera posible de gestionar el asunto. Era indiscutible que la situación debía tratarse con la más absoluta naturalidad; sin embargo, eso aún le quedaba muy lejos a Lucy, que no podía hacer otra cosa que encogerse de hombros, incapaz siquiera de mirar y deseando únicamente taparse los ojos. Oh, Wemyss era realmente maravilloso y ella la más ridícula de las tontas.

Se acercó aún más a él y alzó el rostro con los ojos cerrados para no ver el inhóspito jardín ni esas losas asesinas en primer plano.

—¿Qué ocurre, mi amorcito? —preguntó Wemyss.

—Bésame —respondió Lucy, y Wemyss se rio y la besó, pero fue un beso rápido, pues quería que Lucy siguiera admirando las vistas.

Sin embargo, ella no apartó la cara—. Bésame los ojos. Los tengo cansados… —le susurró entonces, sin abrirlos.

Wemyss se rio de nuevo, aunque algo impaciente, y le besó los párpados. Luego, al ver de repente su carita ciega tan cerca de la suya, con esa intensa luz que se filtraba por la gran ventana resaltando todas sus delicadas curvas y su irresistible suavidad, la cara de su Lucy, de su mujercita, suya y de nadie más, la besó de verdad, como a ella le encantaba que la besara, y Lucy se dejó envolver por su amor.

—Oh, te quiero, te quiero… —murmuró aferrándose a él, haciéndole promesas mudas de sensatez, de naturalidad, de una sencillez futura, constante y decidida.

—Mira que somos felices —dijo, e hizo una pausa en mitad de sus besos para contemplar la que ahora era su cara, pues ¿no era mucho más suya que de Lucy? Claro que era suya. Ella nunca se la veía, a menos que fuera a mirarse directamente, pero él la veía constantemente; a ella solo le proporcionaba obligaciones, mientras que a él solo le daba alegrías. Ella se la lavaba, pero él podía besarla. Y la besaba siempre que le apetecía y tanto como le apetecía—. ¿A que es espléndido el matrimonio? —le preguntó mientras admiraba esa cosita celestial que ya era suya para siempre.

—Oh, ¡espléndido! —murmuró Lucy, que abrió los ojos y los fijó en los de él. A su cara afloró una sonrisa radiante—. Tienes unos ojos encantadores —le dijo, y empezó a pasarle el dedo por encima de las cejas con suavidad.

Los ojos de Wemyss, que en ese momento estaban llenos de amor y orgullo, eran ciertamente encantadores. Sin embargo, cuando algo al otro lado de la habitación le dio un susto tan grande a Lucy que hizo que pegara un salto en sus brazos y Wemyss se giró para ver quién se atrevía a interrumpirlos, quién se atrevía a alarmar de esa manera a su niñita, y se encontró con la criada, sus ojos perdieron todo el encanto y la furia se apoderó de ellos.

La criada había entrado con el café. Al ver a las dos figuras entrelazadas recortándose contra la luz de la gran ventana y sin saber cómo proceder, se había detenido tan súbitamente que se le había resbalado una cuchara. Como no había alfombra y el suelo era de roble pulido, había provocado un sonoro repiqueteo al caerse, lo que había asustado tremendamente a Lucy y esta, a su

vez, a Wemyss.

Según la fraseología poco pulida de la criada, se habían dado «un buen puñado de besos y arrumacos» durante el almuerzo, e incluso había visto ejemplos de ello en el vestíbulo, antes de comer, pero lo que presenció en la biblioteca habría hecho parar a cualquiera de golpe y tirarlo todo al suelo. Como dijo más tarde en la cocina, de no haber sabido del cierto que estaban casados, no se lo habría creído. Según su experiencia, la gente casada no se comportaba de ese modo. El afecto, de haberlo, debía manifestarse antes del matrimonio, no después. Entonces se puso a describir cómo Wemyss —tal era la brevedad e irreverencia con la que hablaban de su señor en la cocina— se había abalanzado sobre ella por haber entrado en la biblioteca.

—Y eso que me lo pidió —dijo—. Me dijo que le llevara el café a la biblioteca.

Y coincidieron, como habían hecho tantas veces antes, en que no aguantarían en ese lugar ni cinco minutos si no fuera porque Wemyss se pasaba la mitad del tiempo en Londres.

Mientras tanto, Wemyss y Lucy, sentados uno al lado del otro en dos enormes sillones frente a la chimenea sin encender, tomaban el café. Pasado el 1 de abril, le explicó Wemyss, la chimenea solo se encendía por las noches; para esa fecha, tenía que hacer suficiente buen tiempo como para poder pasar sin fuego durante el día, si no era así, no era problema suyo.

—¿Por qué te has asustado tanto? —le preguntó—. Me has sobresaltado. No podía entender lo que sucedía.

—No lo sé —dijo Lucy sonrojándose ligeramente—. Quizás… —le sonrió por encima del reposabrazos del imponente sillón tras el que casi desaparecía por completo— porque la criada nos ha sorprendido.

—¿Sorprendido?

—Cuando nos estábamos dando carantoñas.

—A mí eso no me importa —replicó Wemyss—. ¡Solo faltaría que tuvieras que sentirte culpable por darle carantoñas a tu propio marido!

—Oh, bueno. —Lucy se rio—. No olvides que hace muy poco que lo tengo.

—Mira que eres una cosita complicada. Tendré que llevarte de la

mano y enseñarte a ser más natural. No puede ser que me seas tan tiquismiquis todo el rato con no hacer esto o lo otro delante del servicio. El servicio no importa. Me da absolutamente igual.

—Ojalá no te hubiera dado igual la pobre criada —comentó Lucy al ver que Wemyss estaba de buen humor—. ¿Por qué le soltaste una reprimenda tan espantosa?

—¿Cómo que por qué? Porque te hizo dar ese respingo. Ni un fantasma te hubiera asustado tanto. Me niego a permitir que te ponga los pelos de punta de esta manera.

—Pero me los pusieron mucho más de punta las cosas que le dijiste.

—Tonterías. A esta gente hay que mantenerla a raya. ¿Qué pretendía esa mujer entrando como entró?

—Bueno, le pediste que nos trajera el café.

—Pero no le pedí que hiciera un ruido infernal tirando cucharas.

—Eso solo fue porque se llevó un susto tan grande al vernos como el que me llevé yo al oírla.

—Me da igual. Su trabajo es no tirar cosas. Para eso le pago. Pero, escucha, déjate de complicaciones y discusiones. Intenta ser más simple, por Dios bendito.

—Me siento muy simple —dijo Lucy con una sonrisa, y alargó su mano hacia él, pues vio que su rostro empezaba a ensombrecerse—. ¿Sabes, Everard?, creo que, de hecho, mi problema es que soy demasiado simple.

Wemyss estalló de risa y se le olvidó lo cerca que estaba de sentirse herido.

—¡¿Tú, simple?! Eres la cosa más complicada…

—No, no lo soy. Tengo una mente tan poco artificiosa y unas emociones tan descontroladas como una salvaje. Por eso di ese salto.

—Señor —Wemyss se rio—, mira cómo habla. Alguien podría incluso pensar que es inteligente, con esas palabras tan largas, si no supiera que es solo la mujercita de Everard. Ven, mi pequeña salvaje. Siéntate en el regazo de tu maridito y cuéntaselo todo. —Entonces extendió sus brazos abiertos, Lucy fue hacia ellos y él la acunó mientras le decía—: Ea, ea…, así que eres una salvaje ignorante…

Pero Lucy no le habló más sobre el tema porque, en primer

lugar, ya había aprendido que contarle cualquier cosa era buscarse problemas, y en segundo, porque él, en realidad, no quería saberlo. Estaba empezando a darse cuenta, para su sorpresa, de que Everard prefería no saber. No era solo que no sintiera curiosidad por las ideas y las opiniones ajenas, sino que definitivamente prefería no conocerlas.

Eso tenía a Lucy descolocada, pues contrastaba mucho con la curiosidad y el interés inquietos de su padre y de sus amigos, con esa hambre insaciable de debatir y discutir. Para esa gente, aquello era la sal de la vida, una exploración incansable de sus ideas, el choque de una contra la otra y la creación de otras nuevas como resultado de ese choque. En cambio, Lucy empezaba a percibir que, para Everard, la discusión solo significaba contradicción, y a él no le gustaba la contradicción, ni siquiera le gustaba la diferencia de opinión. «Solo hay una manera de ver las cosas, y esa es la manera correcta. Así pues, ¿qué sentido tiene tanta palabrería?», solía decir.

La manera correcta era la suya, y aunque él parecía vivir en una gran calma gracias a sus métodos directos e incontestables, y aunque, después de los dolores de cabeza que le habían dado su padre y sus amigos, esto era para ella inmensamente descansado, ¿era realmente algo bueno? ¿No le impedía a uno crecer? ¿No era una manera de aislarse? ¿No era, francamente, como estar muerto? Además, albergaba ciertas dudas sobre que solo hubiera una manera de ver las cosas y le resultaba difícil creer que esa manera fuera, invariablemente, la de Wemyss. Pero, al fin y al cabo, pensó Lucy, acurrucada sobre su regazo con un brazo alrededor de su cuello, ¿qué importancia tenía eso en comparación con lo glorioso y extraordinario de su amor? Eso, al menos, sí era indiscutible y espléndido. En cuanto al resto de las cosas, la verdad seguiría siendo verdad independientemente de lo que Everard dijera, y si no iba a poder hablar de nada con él, al menos podría besarlo, y eso, pensó Lucy, era exquisito. Se entendían perfectamente al besarse. De hecho, ¿qué sentido tenía tanta palabrería cuando existía esa otra forma de comunicación?

—Me parece que alguien se ha dormido —dijo Wemyss mirando al rostro que descansaba en su pecho.

—Profundamente —respondió Lucy con una sonrisa y sin abrir los ojos.

—Mi niñita.
—Mi Everard.

CAPÍTULO 18

Pero eso solo duró lo que duró su pipa. Cuando acabó de fumar, bajó a Lucy de su regazo y le dijo que estaba listo para satisfacer su impaciencia y mostrárselo todo: primero le enseñaría la casa, después el jardín y los anexos.

Lucy era la mujer menos impaciente del mundo. Sin embargo, se puso bien el sombrero y procuró proyectar un aire de presteza y expectación. Confiaba en que el viento no soplara demasiado fuerte. La biblioteca era un lugar increíblemente deprimente. Bueno, cualquier sitio sería deprimente a las dos y media de una tarde como esa, sin un fuego encendido, con la lluvia golpeando la ventana y con esa terraza espantosa justo ahí fuera.

Wemyss se inclinó para vaciar las cenizas de su pipa en las rejillas sin leña de la chimenea mientras Lucy evitaba mirar hacia la ventana y la terraza, y se mantenía de cara al lado opuesto de la sala. Estaba forrado de estanterías llenas de libros que llegaban hasta el techo. Los libros, distribuidos en hileras pulcras y ediciones uniformes, estaban tan comprimidos los unos contra los otros que solo un lector particularmente ávido habría tenido energía suficiente para arrancar uno de allí. Era evidente que no se fomentaba la lectura, pues no solo estaban esos libros guardados tras puertas de cristal, sino que dichas puertas estaban cerradas bajo llave, y la llave colgaba de la cadena del reloj de Wemyss. Lucy lo descubrió cuando Wemyss se metió la pipa en el bolsillo, la cogió del brazo y la llevó hasta la zona de las estanterías para que las admirara. Uno de los volúmenes le llamó la atención e intentó abrir la puerta de cristal para alcanzarlo y poder verlo más de cerca.

—Vaya —dijo sorprendida—, está cerrada.

—Pues claro —dijo Wemyss.

—Pero, entonces, nadie puede sacar ninguno.

—Exactamente.

—Pero…

—No se puede confiar en la gente cuando se trata de libros. Me costó horrores organizar los míos; además, tienen encuadernaciones de primera categoría y no quiero que el primero que pase los saque y los deje tirados por cualquier lado. Si a alguien le apetece leer, puede venir a pedírmelo. Así sabré exactamente qué libro se ha sacado y podré asegurarme de que se devuelva a su sitio.

Le mostró a Lucy la llave que colgaba de la cadena.

—Pero ¿eso no disuade a la gente? —preguntó Lucy, que estaba acostumbrada a tratar los libros con una familiaridad despreocupada, a verlos desordenados por todos lados: libros que se desparramaban de las estanterías, libros en cada habitación, libros de fácil acceso, libros simpáticos, libros que se solían leer en voz alta, con páginas acogedoras que se abrían al tacto.

—Mejor aún —dijo Wemyss—. Yo no quiero que nadie lea mis libros.

Lucy se rio, aunque por dentro estaba consternada.

—Oh, Everard —exclamó—, ¿ni siquiera yo?

—¿Tú? Tú eres diferente. Tú eres mi niñita. Siempre que te apetezca, solo tienes que venir y decirme: «Everard, tu Lucy quiere leer», y yo te abriré la librería.

—Pero… me va a dar miedo molestarte.

—Los que se aman nunca son una molestia el uno para el otro.

—Cierto —dijo Lucy.

—Y eso nunca les debería dar miedo.

—Supongo que no —dijo Lucy.

—Así que no te compliques y dímelo cuando quieras algo.

Lucy dijo que lo haría y le prometió con muchos besos que no se complicaría, pero no podía evitar pensar que era una manera algo difícil de hacerse con un libro.

—Macaulay, Dickens, Scott, Thackeray, poesía británica, la colección English Men of Letters, la Enciclopedia Británica…, diría que hay de todo. —Wemyss estaba repasando satisfecho los nombres dorados de los lomos de los volúmenes mientras mantenía a Lucy de pie delante de las estanterías—. Los encargué en Whiteley's.

Les dije que tenía sitio para tantos libros de tales tamaños de los mejores escritores modernos con buenas encuadernaciones. A mí me

parece que hicieron muy buen trabajo, ¿no crees, mi amorcito?

—Muy buen trabajo —repitió Lucy, sin mucha convicción, mirando las estanterías.

Era de esas personas que no se sienten cómodas con un libro de coleccionista entre las manos, y todos los libros de Wemyss parecían de los que se le regalan como premio a los niños que se han portado bien. Eran hermosos. Aunque no alcanzaba a verlos, estaba segura de que tenían los bordes de las páginas marmolados. No se abrirían con facilidad y uno tendría que emplear a fondo sus pulgares para evitar que se cerraran mientras sus ojos se ocupaban de perseguir las palabras ocultas en el pliegue central. Uno no podía tomarse libertades con esos libros. Lucy no podía imaginarse ir pasando esas páginas perezosamente tumbada en el césped. De hecho, esas páginas no se dejarían pasar perezosamente, tendrían la testarudez de los productos caros y la rigidez del cuero y el oro de sus portadas.

Lucy los miraba y pensaba en todo eso para evitar pensar en otras cosas, como el viento ululando ahí fuera en la terraza, los violentos aguaceros intermitentes que castigaban las losas y la certeza de que en la planta superior… ¿Es que Everard no tenía ningún tipo de perspicacia? De repente, un estallido de rebeldía se apoderó de Lucy. Que Everard esperara que ella usara y disfrutara usando el mismo gabinete desde donde Vera…

Un escalofrío la recorrió momentáneamente y pudo atrapar sus pensamientos y detenerlos justo a tiempo.

—¿Te gusta Macaulay? —preguntó Lucy mientras intentaba permanecer delante de la librería, pues Wemyss estaba empezando a llevarla hacia la puerta.

—No lo he leído —respondió Wemyss, que seguía intentando tirar de ella.

—¿Cuál de todos estos es tu favorito? —preguntó ella sin apartarse.

—Oh, no lo sé —dijo Wemyss, que se detuvo un momento, complacido por el interés evidente que Lucy mostraba hacia sus libros—. Recuerda que no tengo demasiado tiempo para leer. Soy un hombre ocupado. Al salir del trabajo, lo único que me suele apetecer es leer las noticias de la tarde y echar una partida de *bridge*.

—¿Y qué harás conmigo, que no juego al *bridge*?

—Cielos, pero ¿tú crees que a mí me apetecerá jugar al *bridge* ahora que te tengo a ti? —dijo Wemyss—. Lo único que me va a apetecer es sentarme a contemplarte.

El placer se tradujo en rubor en el rostro de Lucy, y se rio y estrechó el brazo de Wemyss, que la guiaba hacia la puerta. Cuánto lo adoraba; cuando decía cosas encantadoras, absurdas y sencillas como esa, ¡cuánto lo adoraba!

—Sube al piso de arriba y quítate el sombrero —le dijo Wemyss —. Quiero ver cómo queda mi pelo corto favorito en mi hogar. Además, ¿no te mueres por ver nuestro dormitorio?

—Me muero, me muero —respondió Lucy mientras subía por las escaleras de roble con el corazón valiente y resuelto.

El dormitorio estaba encima de la biblioteca, era del mismo tamaño y tenía el mismo tipo de ventana. El lugar que las estanterías ocupaban en el piso de abajo, en el de arriba lo ocupaba la cama, doble y tan enorme que parecía incluso triple, encarada hacia la ventana por la que Vera —era inútil, no podía librarse de Vera—, después de pasar ahí el número establecido de noches, cayó y perdió la vida. Pero Vera no se había terminado del todo. «Si al menos se hubiera esfumado del recuerdo, de la mente…», pensaba Lucy. Pero no era así. No era así, y esa era su habitación, y esa cosa delgada de ojos vivos había dormido ahí años y años, y durante años y años el espejo había reflejado su imagen cuando se vestía y se desvestía, se vestía y se desvestía, regularmente, día tras día y año tras año —oh, ¡qué horror!—, y cuando se recogía el pelo con sus manos largas y finas —Lucy se la imaginaba sentada en el tocador, recogiéndolo sobre su cabecita— cerca de la ventana a través de la cual iba a acabar precipitándose como una piedra —terrorífico, ignominioso—, y todo lo que había en la habitación había sido de ella, todas y cada una de las cosas habían sido de Vera, incluyendo a Ev…

Lucy dio una zancada impetuosa después de tener tales pensamientos y los estranguló al momento.

Entre tanto, Wemyss había cerrado la puerta y estaba de pie, mirándola inmóvil.

—¿Y bien? —preguntó. Lucy se volvió hacia él nerviosa, con los ojos aún muy abiertos por las cosas ridículas a las que les había

estado dando vueltas—. ¿Y bien? —repitió Wemyss.

Lucy dedujo que quería que alabara la habitación, así que se puso a ello enseguida y le dijo que debía de haber unas vistas fantásticas cuando hiciera bueno, que le parecía comodísimo un espejo tan grande —le encantaban los espejos grandes—, que el sofá era muy bonito —le encantaban los sofás bonitos—, que la cama era gigantesca, que la alfombra era impresionante…

—¿Y bien? —se limitó a decir Wemyss cuando el torrente de palabras de Lucy llegó a su fin.

—¿Qué ocurre, Everard?

—Estoy esperando —le dijo.

—¿Esperando?

—A que me des un beso.

Lucy corrió hacia él y lo besó.

Después, Wemyss la miró solemnemente y le dijo:

—A mí no se me olvidan estas cosas. A mí no se me olvida que esta es la primera vez que mi mujercita y yo estamos juntos en nuestro dormitorio.

—Pero, Everard, no se me había olvidado…, es solo que…

Aún con los brazos alrededor del cuello de Everard, trató de encontrar alguna justificación, pues lo último que podía decirle era lo que realmente había estado pensando —¡cuánto la habría reñido por ser macabra y cuánta razón habría tenido!—, así que terminó por decirle, con tanta debilidad y poco acierto como se lo había dicho en el castillo de Amboise, que se le había ido de la cabeza.

Afortunadamente, en esa ocasión, la atención de Wemyss ya se había alejado de ella.

—Es una habitación encantadora, ¿no? —le preguntó—. ¿Quién tiene el mejor dormitorio de Strorley con diferencia? ¿Y quién tiene un gabinete igual de encantador solo para ella? ¿Y quién malcría a su mujercita? —Antes de que Lucy pudiera responder, Wemyss se liberó de su abrazo y le dijo—: Ven y mírate en el espejo. ¡Verás lo pequeña que eres en comparación con las demás cosas de la habitación! —Y la guio hacia el tocador agarrándola por los hombros.

—¿Las demás cosas?

Lucy se rio, pero un pensamiento cobró vida en su mente como una llama: «¿Y qué hago si, al mirarme, no me veo a mí misma, sino

a Vera? El espejo está acostumbrado a Vera…».

—Mírala, si tiene los ojos cerrados. Ábrelos, amorcito —le dijo Wemyss, de pie a su lado ante el espejo, al comprobar que, aunque la había llevado hasta ahí, Lucy no estaba mirando la imagen del amor conyugal que formaban, sino que había cerrado los ojos. Con la mano que tenía libre, le quitó el sombrero y lo lanzó al sofá, después apoyó su cabeza en la de ella y le dijo—: Mira ahora.

Lucy obedeció y, al ver la dulce imagen que le devolvía el espejo, al rostro de esa chica que la miraba asomó su sonrisa pilla y encantadora, pues en ese momento Everard estaba arrebatador, cariñoso como un niño, con su cara perfecta, sin arrugas, tan cerca de la suya y sus ojos orgullosos contemplándola. Así juntos, parecía que el uno hacía brillar al otro, se favorecían.

Lucy le sonrió en el espejo con una sonrisa trémula de ternura, alzó la mano y le acarició la mejilla.

—¿Ya sabes con quién te has casado? —le preguntó al hombre del espejo.

—Sí —le respondió él a la mujer del espejo.

—No, no lo sabes —le dijo—, pero yo te lo diré. Te has casado con la tonta más tonta de todas.

—A ver, ¿qué se le ha metido ahora en la cabeza a esta cosita? —le preguntó besándole el pelo y mirándose mientras lo hacía.

—Everard, tienes que ayudarme —murmuró acercando el rostro de Wemyss hacia el suyo con cariño—. Por favor, mi amor, ayúdame, enséñame…

—Esa, señora Wemyss, es una actitud muy correcta para una esposa —le dijo.

Y las cuatro personas se rieron juntas —las dos Lucys, algo temblorosas—.

—Ahora ven y te enseñaré tu gabinete —le dijo alejándose de ella—. Nos tomaremos el té allí. Hay unas vistas magníficas.

CAPÍTULO 19

El viento soplaba más ruidoso que nunca en la parte superior de la casa y cuando Wemyss intentó abrir la puerta del gabinete de Vera, esta se le cerró de golpe en las narices.

—Maldita sea —dijo empujándola con fuerza.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucy nerviosa.

—Pasa, pasa —le dijo con impaciencia mientras mantenía la puerta abierta y tiraba de Lucy hacia dentro.

Hubo un sonoro batir de persianas y un repiqueteo de sus cuerdas, un remolino de hojas de papel y un alarido tremendo del viento de tormenta y entonces Wemyss, agarrado a la puerta, consiguió cerrarla y la habitación se sumió en el silencio.

—¡Esa pazpuerca de Lizzie! —exclamó, y se plantó delante de la chimenea en un par de zancadas, arremetió con el dedo contra el timbre y no lo retiró.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Lucy desde donde Wemyss la había dejado, delante de la puerta.

—¿Que qué ha hecho? ¿Es que no lo ves?

—¿Te refieres…? —Se le hacía difícil la mera mención del elemento fatídico— ¿Te refieres a… la ventana?

—¡Con el mal tiempo que hace!

Siguió pulsando el timbre. Era extremadamente ruidoso, pues sonaba en el piso de arriba y en los de abajo para garantizar que Lizzie lo oyera desde cualquier parte de la casa en la que estuviera intentando eludirlo, y Lucy, mientras escuchaba ese llamamiento estridente y persistente de una Lizzie que no aparecía, se iba poniendo más y más tensa hasta el punto de parecerle insoportable seguir a la escucha y a la espera ni un segundo más.

—¿No se va a gastar? —preguntó después de unos instantes en los que nada sucedió y Wemyss seguía pulsando el botón.

No respondió. No la miró. Su dedo se mantuvo firme sobre el

botón. Su cara tenía un parecido indiscutible con la del hombre mayor de la fotografía ampliada del piso de abajo. Lucy solo deseaba dos cosas en ese momento: la primera, que Lizzie no viniera, y la segunda, que, si acababa viniendo, ella pudiera salir de la habitación e irse a otro sitio.

—Eh…, ¿no sería mejor cerrar la ventana? —sugirió entonces con timidez, mientras Wemyss seguía pulsando el botón sin mediar palabra—. De lo contrario, cuando Lizzie llegue y abra la puerta, todo saldrá volando otra vez…

Wemyss no respondió ni apartó el dedo del botón.

De todos los objetos del mundo en los que Lucy podía pensar, el que más miedo le daba y al que menos quería acercarse era, sin duda, esa ventana. Sin embargo, viendo que Everard estaba ocupado con el timbre y que no tenía pinta de dejarlo, le pareció que era un buen momento para poner en práctica su resolución de no ser una tonta, sino una persona directa y natural, por lo que se dispuso a cerrarla ella misma. Ahí estaba: la ventana fatídica, tan enorme como la del dormitorio que quedaba justo debajo y la de la biblioteca de debajo de este, con sus fauces abiertas sobre el alféizar asesino, con la lluvia que entraba con cada nueva ráfaga de viento y mojaba el suelo, los cojines del sofá e incluso esas hojas de papel del escritorio que habían volado en su cara al entrar y que ahora estaban desperdigadas a sus pies. Estaba claro que lo correcto era cerrar la ventana antes de que Lizzie abriera la puerta y provocara así una segunda conmoción, ¿no? Everard no podía hacerlo porque estaba pulsando el timbre. Ella podía y lo haría, sí, haría lo correcto y a la vez, demostraría una actitud sencilla y valiente.

—Voy a cerrarla —dijo, y dio un paso adelante.

La voz de Wemyss la detuvo.

—¡Maldita sea! —gritó Wemyss—. ¿Puedes dejarlo estar?

Se detuvo en seco. Wemyss nunca le había hablado así. No conocía esa voz. Parecía que le hubiera disparado directamente al corazón.

—¡No te metas! —le ordenó Wemyss a gritos. Lucy estaba paralizada—. Qué pesadilla de mujer.

Ella lo miró. Él la estaba mirando.

—¿Quién? —preguntó Lucy con un hilo de voz.

—Tú.

Se le hizo añicos el corazón. Con la respiración entrecortada, miró a derecha e izquierda como el animal acorralado que busca una vía de escape. Everard…, ¿dónde estaba su Everard? ¿Por qué no venía y cuidaba de ella? Y se la llevaba de esa habitación…, de esa habitación…

Se oyeron pasos acelerados aproximándose y, luego, un alarido del viento, un remolino de hojas de papel y una ráfaga que le despeinó el flequillo. Lizzie apareció jadeando en la puerta.

—Disculpe, señor —jadeó con la mano en el pecho—. Me estaba cambiando de ropa…

—¡Haz el favor de cerrar la puerta! —gritó Wemyss mientras las hojas de papel revoloteaban a su alrededor—. ¡Agárrala fuerte, no la dejes ir! ¡Condenada mujer!

—Oh…, oh… —exclamó Lucy estirando los brazos como si quisiera alejar algo—. Creo…,

c-creo

que me iré abajo…

Y, antes de que Wemyss se diera cuenta de lo que estaba haciendo, Lucy ya se había dado la vuelta, se había escurrido por la puerta con la que Lizzie estaba batallando y se había esfumado.

—¡Lucy! —gritó Wemyss—. ¡Lucy! ¡Vuelve inmediatamente!

Pero el viento pudo con Lizzie y la puerta se le escapó de las manos y se cerró con un gran estruendo.

Lucy salió corriendo por el pasillo como alma que lleva el diablo. Bajó las escaleras casi sin tocarlas, dejó atrás el rellano del dormitorio y el del gong, siguió bajando hasta el vestíbulo y lo cruzó para llegar a la puerta principal. Al intentar abrirla, vio que estaba atrancada y, frenética, tiró y tiró hasta desbloquearla y salió disparada hacia las escaleras de la entrada.

Allí, una tromba de agua la alcanzó directamente en la cara. Una salpicadura —bum— y ya volvía a estar serena. Llovía a cántaros sobre Lucy, y la puerta se había cerrado de golpe detrás de ella, así que estaba atrapada fuera. Se dio la vuelta de golpe, horrorizada por lo que acababa de hacer, tan frenética por entrar de nuevo como lo había estado por salir hacía un momento. ¿Qué estaba haciendo? ¿Adónde pretendía ir? Tenía que entrar, tenía que entrar… antes de que Everard fuera a buscarla, antes de que pudiera encontrarla ahí, como un perro mojado delante de su

puerta. Su pelo empapado le azotaba los ojos a merced del viento. ¿Dónde estaba el pomo? No podía encontrarlo. El pelo se le metía en los ojos, su falda fina de sarga se inflaba como un globo y la estorbaba en sus intentos de encontrar el pomo palpando la puerta con sus dedos temblorosos. Tenía que entrar… antes de que llegara… ¿Qué la había poseído? Everard…, no lo había dicho en serio…, no había querido decir…, qué iba a pensar…, qué iba a pensar…, oh, ¿dónde estaba ese pomo?

Oyó fuertes pisadas al otro lado de la puerta y la voz de Wemyss, todavía muy fuerte, que le decía a alguien que estaba con él: «¿No he dado yo órdenes estrictas de que esta puerta se mantenga atrancada?». Después llegó el sonido de una tranca colocándose en su sitio.

—¡Everard! ¡Everard! —chilló Lucy golpeando la puerta con ambos puños—. Estoy aquí…, aquí fuera… ¡Déjame entrar, Everard! ¡Everard!

Pero, evidentemente, no la oyó, pues sus pasos se alejaron de nuevo.

Se apartó el pelo de los ojos, buscó el timbre, alzó el brazo y tiró de él con violencia. Lo que había hecho era terrible. Debía entrar enseguida, afrontar la perplejidad de la criada, correr hasta Everard. No podía ni imaginar lo que debía de estar pensando. ¿Dónde creería que estaba? Debía de estar buscándola por toda la casa. Tendría un disgusto tremendo. ¿Por qué no venía la criada? ¿Se estaba cambiando de ropa esta también? No, cuando había servido el almuerzo, ya llevaba su ropa oscura de por la tarde. Entonces, ¿por qué no venía?

Lucy tiró del timbre una y otra vez hasta que terminó por mantenerlo bajado, despilfarrando la electricidad tan despreocupadamente como lo había hecho Wemyss en la planta de arriba. Para entonces, estaba calada hasta los huesos, y su bonito pelo, ahora oscuro y dividido en mechones lacios, estaba irreconocible.

Everard…, sin duda, Everard le había hablado de esa manera por miedo, miedo y amor. La ventana…, claro, debía de estar atemorizado por si ella, intentando cerrar esa ventana fatídica, esa enorme y pesada ventana fatídica, también resbalaba y…, oh, claro, claro… ¿Cómo podía haberlo malinterpretado? En momentos de

peligro, de preocupación aterradora por la persona amada, uno hablaba con aspereza y espetaba órdenes. Era precisamente porque la amaba tantísimo… Oh, ¿cómo había podido ser tan lunática y malinterpretarlo?

Al fin, oyó que alguien se acercaba. Soltó el timbre y se preparó para recibir la mirada perpleja de la criada con toda la dignidad que podía reunir alguien que era perfectamente consciente de su aspecto de gato ahogado, pero los pasos se fueron haciendo más fuertes cuanto más se acercaban y fue Wemyss quien, una vez desatrancada la puerta, la abrió.

—¡Oh, Everard! —exclamó Lucy, que entró corriendo impulsada por la lluvia torrencial—. Qué alegría que seas tú. Oh, lo siento tanto…

Su voz se fue apagando, le había visto la cara.

Wemyss se inclinó para pasar la tranca inferior.

—No te enfades, Everard, mi amor —susurró Lucy poniéndole el brazo sobre los hombros inclinados.

Una vez atrancada la puerta nuevamente, Wemyss se incorporó y se llevó la mano a los hombros para quitarse de encima el brazo de Lucy.

—Me vas a mojar la ropa —le dijo; acto seguido, caminó hasta la puerta de la biblioteca, entró y la cerró tras de sí.

Durante unos instantes, Lucy se quedó donde Wemyss la había dejado, recomponiéndose, luego fue a buscarlo. Mojada o no, empapada y goteando como estaba, un espantajo ridículo con esa ropa que se le pegaba y ese pelo lacio, debía ir a buscarlo y aclarar ese horrible malentendido, explicarle que solo había pretendido ayudar con la ventana; decirle que había creído que le estaba diciendo cosas espantosas cuando, en realidad, él solo se estaba preocupando por su seguridad; decirle lo tonta que había sido, tonta, tontísima, por no haber entendido al momento en qué pensaba; pedirle que la perdonara, que fuera paciente con ella y que la ayudara porque lo amaba muchísimo y sabía —oh, claro que lo sabía— lo mucho que él la amaba a ella…

Lucy corrió por el pasillo, hecha un revoltijo nervioso de penitencia, anhelo y amor. Al llegar a la puerta y girar el pomo, resultó que estaba cerrada con llave.

La había dejado encerrada fuera.

CAPÍTULO 20

Su mano se resbaló del pomo lentamente. Se quedó inmóvil. ¿Cómo había podido…? Fue entonces cuando Lucy supo que Everard había atrancado la puerta principal, perfectamente consciente de que ella estaba fuera, bajo la lluvia. ¿Cómo había podido? Estaba de pie mirando fijamente la puerta cerrada sin mover ni un músculo, pero su mente era un barullo confuso de incógnitas. ¿Por qué? ¿Por qué? Ese no podía ser Everard. ¿Quién era ese hombre despiadado y cruel? No era Everard. No era su amado. ¿Dónde estaba él, su amante y marido? ¿Por qué no venía y cuidaba de ella y la protegía de ese desconocido…?

Escuchó cómo se arrastraba una silla dentro de la habitación, luego, el crujir del cuero al sentarse Wemyss en ella y, finalmente, el susurro de un periódico abriéndose. Se estaba acomodando para leer el periódico mientras a ella, a su mujer, a su amor —¿no le estaba diciendo constantemente que era su amorcito?— se le partía el corazón al otro lado de la puerta cerrada. Pero si Everard…, ella y Everard se entendían el uno al otro, habían reído, habían jugado juntos, habían hablado de tonterías, habían sido confidentes…

En ese instante, sintió el impulso de ponerse a gritar y a golpear la puerta sin importarle quién la oyera, sin importarle que toda la casa viniera y se reuniera para contemplar su tristeza al desnudo; sin embargo, una lucidez repentina la detuvo. La sintió temblar en su corazón, una lucidez que nunca había conocido o necesitado antes y que la mantuvo inmóvil: había que evitar a toda costa que los dos tuvieran ese comportamiento, que esa situación se multiplicara por dos, que tuviera ecos. Si Everard estaba así, debía estarlo él solo. Ella tenía que esperar. Debía sentarse en silencio hasta que hubiera acabado. Si no…, pero, oh, no podía ser verdad, no podía ser que no la amara. Pero, si de verdad la amaba, ¿cómo había podido…? ¿Cómo había podido…?

Apoyó la frente en la puerta y se puso a llorar en silencio. Entonces, como temía que ese llanto acabara evolucionando en un sollozo escandaloso e indecoroso, se dio la vuelta y subió las escaleras.

Pero ¿adónde iría? ¿Qué lugar de esa casa le ofrecería refugio y consuelo? La única persona que le podría haber contado algo, que se lo habría podido explicar, que sabía…, era Vera. Sí, ella lo habría entendido. Sí, sí, Vera. Iría a la habitación de Vera y se acercaría a su mente todo lo que pudiera, buscaría, encontraría algo, alguna pista…

Mientras subía corriendo las escaleras, se le ocurrió que la habitación que más había querido evitar en toda la casa era el único sitio donde podría encontrar consuelo. Oh, ya no tenía miedo. Todo intentaba asustarla, pero ella no se dejaría asustar más. Por una razón u otra, todas las cosas estaban uniendo fuerzas hoy para ver si podían aplastarla, arrollar su entereza. Pero no iban a conseguirlo.

Se apartó bruscamente el pelo mojado de la cara mientras subía peldaños. No paraba de metérsele en los ojos y la hacía tropezarse. Vera la ayudaría. Vera nunca había sido vencida. Vera no había sido vencida durante quince años hasta que…, hasta que tuvo ese accidente. Y seguro que hubo montones de días como ese, con el viento ululando y Vera en su habitación y Everard abajo, en la biblioteca —encerrado con llave, quizás—, y sin embargo, Vera había aguantado, no se había dejado arrollar. Durante años y años, jadeó Lucy —incluso sus pensamientos le llegaban sin aliento—, Vera había vivido allí arriba invierno tras invierno, años y años y años, y estaría allí en este momento si no hubiera… ¡Oh, ojalá que Vera no hubiera muerto! ¡Ojalá, ojalá que Vera no hubiera muerto! Pero su mente pervivía, su mente aún estaba en esa habitación, en cada pequeño detalle…

Lucy, ya sin aliento, subió a trompicones los últimos peldaños, abrió la puerta del gabinete y se quedó de pie en el umbral, jadeando, tal y como Lizzie había hecho antes, con la mano en el pecho.

Esta vez, todo estaba en orden. La ventana estaba cerrada, las hojas desperdigadas ya habían sido recogidas y estaban pulcramente ordenadas sobre el escritorio, no quedaba ni rastro de agua de lluvia en el suelo y los cojines mojados se estaban secando

delante de la chimenea encendida. Lizzie también estaba ahí, ocupada con quehaceres para aliviar su culpa, y Lucy, al entrar, se la encontró de rodillas atizando el fuego. Tanto empeño estaba poniendo en su labor que no oyó abrirse la puerta, principalmente a causa del tamborileo y del golpeteo constantes de la lluvia contra la ventana. Cuando Lizzie se levantó y vio a esa figura de pie y jadeando, con mechones de pelo lacio cubriéndole los ojos y con un aire general de dejadez y desgaste, no pudo evitar una sonora exclamación.

—¡Jesús! —exclamó Lizzie con un fuerte acento que delataba sus orígenes.

Los había ayudado con las maletas esa misma mañana, por lo que ya había visto a su señora antes y sabía qué aspecto tenía cuando estaba seca. Nunca habría creído, tras haberla visto tan arregladita con sus exuberantes ropas, que fuera tan poca cosa. Lizzie sabía qué aspecto tenían los perros de pelo largo cuando se los bañaba y había encontrado también muchos gatos ahogados en su vida; sin embargo, a pesar de esa familiaridad, cada vez que los veía en esas circunstancias se quedaba sorprendida por su falta de sustancia, de relleno. Su señora tenía ese mismo aspecto: le faltaba relleno, por lo que Lizzie, con el atizador suspendido en el aire, había exclamado Jesús.

Al darse cuenta de que esa figura maltrecha debía de estar muerta de frío, soltó el atizador, cruzó la habitación a toda velocidad, tocó la manga de Lucy y, hablándole como una chica a otra en el estrés del momento, le dijo:

—¡Ay Jesús!, calada hasta los huesos. Vente al fuego y quítate esa ropa mojada ahora mismo o tendrás que acostarte…

Dicho eso, la acercó al fuego. Sin que Lucy mediara palabra ni se resistiera, Lizzie le quitó la ropa, los zapatos y las medias mientras repetía «ay Jesús, ay Jesús» a intervalos regulares y reprimía el fuerte deseo de darle ánimos, no fuera que más tarde, quizás, a su señora no le gustara que se hubiera dado cuenta de que estaba llorando. Entonces, agarró una colcha de lana que estaba doblada sobre un extremo del sofá, enrolló a Lucy en ella, la sentó en una silla justo enfrente de la chimenea y, hablándole todavía como una chica a otra, le dijo:

—Estate aquí sentada y no te muevas, que voy a buscar ropa

seca. No tardo ni dos minutos, me lo prometes, ¿eh? Bien…

Y se fue volando hacia la puerta descuidando completamente sus modales hasta que la hubo atravesado, solo entonces volvió a meter la cabeza y añadió apresuradamente: «Señora». Luego se esfumó.

Sin embargo, tardó más de dos minutos. Pasaron cinco, diez minutos, y Lizzie, que estaba desempaquetando frenéticamente las maletas de Lucy en el dormitorio de abajo intentando encontrar un conjunto completo sin saber qué iba con qué, no volvía.

Lucy estaba sentada muy quieta, envuelta en la colcha de Vera. Obediente, no se movió, sino que se quedó mirando el fuego fijamente, tan cerca lo tenía que dejó de percibir el resto de la habitación. No veía la ventana ni la lluvia deprimente que la azotaba. Lo único que veía era el fuego resplandeciendo alegremente. Qué amable era Lizzie. Qué reconfortante era la amabilidad. Era algo que ella entendía, una cosa normal y natural que también la hacía sentir a ella normal y natural solo con tenerla cerca. Lizzie la había secado tan enérgicamente que sentía un hormigueo por toda la piel. Estaba completamente despeinada, pues su pelo también había pasado por el enérgico secado de Lizzie, que había usado su delantal para ello después de concluir que se trataba de una de esas ocasiones en las que uno abandona los convencionalismos y se vale de los recursos que tiene. Así, mientras Lucy estaba ahí sentada e iba entrando más y más en calor, mientras se iba sumergiendo más y más en la sensación de bienestar y alivio que incluso los más desalmados sienten al quitarse toda la ropa, su mente se fue calmando paulatinamente y dejó de atormentarla con preguntas, y fue su corazón el que cogió las riendas.

Lucy estaba tan acostumbrada a encontrar la vida amable que le bastaba con un momento de tranquilidad como ese, con alguien bondadoso, para regresar a su estado habitual de afecto y seguridad. No tardó ni cinco minutos desde que Lizzie se había ido en pasar de la tristeza y la perplejidad más absolutas a inventar justificaciones para Everard; a los diez minutos, ya le encontraba la lógica a su comportamiento; a los quince, ya se estaba culpando a ella misma por lo que había ocurrido. Había sido una estupidez salir corriendo de la habitación, y una locura, sin duda, salir corriendo de la casa. Evidentemente, no estaba bien que él la hubiera

encerrado fuera, pero estaba enfadado, y la gente, cuando está enfadada, hace cosas que luego les parecen espantosas. Así, quienes se enfadaban con facilidad necesitaban todo el apoyo y la comprensión que uno pudiera darles, no la desesperación ni la falta de confianza de la persona a la que habían herido. Eso solo convertía los malos momentos breves y pasajeros en una infelicidad sin fin. Lucy acababa de saber que Wemyss tenía mal genio. Hasta ese momento, lo único que había descubierto era su extraordinaria capacidad de ofenderse. Bueno, si tenía mal genio, ¿qué podía hacer él? Había nacido así, igual que si hubiera nacido cojo. ¿Acaso lo habría amado menos a causa de su cojera? ¿Se le habría ocurrido sentirse molesta por ella, tomársela como un agravio?

Cuanto más entraba Lucy en calor, más aumentaban sus ganas de justificar a Wemyss. Sin embargo, en mitad de las razones que estaba ideando al respecto, de repente vio que pecaban de petulantes. Todo eso de la gente con mal genio que necesitaba apoyo… ¿Quién era ella, con sus impulsos e impaciencias, cuya capacidad devastadora acababa de comprobar, para adoptar una postura que rayaba la lástima? ¡Lástima! Qué palabra más odiosa, más petulante; qué concepto más odioso, más petulante. ¿No odiaría ella que Wemyss sintiera lástima por sus errores? Que se enfadara por ellos tanto como quisiera, pero que no sintiera lástima por ella. Lucy y su marido no necesitaban sentir lástima el uno por el otro. Ellos se amaban. Era imposible que nada de lo que cualquiera de los dos fuera o hiciera pudiera quebrantar su amor.

Completamente sumergida en el calor de la colcha de Vera, reflejado en sus mejillas el rojo de las llamas, se preguntó cómo podría apagar el incendio desatado de Wemyss. Solo necesitaba paciencia. En cuanto él… Se detuvo ahí. Ya lo estaba haciendo otra vez, estaba siendo petulante. No iba a pensar en nada. Iba a preocuparse solamente por el presente y se dedicaría a amar, solo a amar.

La imagen de Everard solitario, sentado con su periódico, pensando, para entonces, probablemente en el amor igual que ella y, en cualquier caso, apenado, provocó que se adueñara de ella uno de esos impulsos ante los que hacía unos instantes se había jurado que no volvería a ceder. Era consciente de que tenía ese impulso dentro, pero ese era bueno, no uno de los malos, como salir

corriendo bajo la lluvia, iba a bajar e intentar abrir esa puerta de nuevo. Ya había entrado completamente en calor y se sentía del todo racional. No podía soportar ese enfado con Everard ni un minuto más. Qué tontos eran. Era ridículo. Eran como dos niños peleándose. Lizzie estaba tardando demasiado en traerle la ropa, no podía esperar más, tenía que volver a sentarse en el regazo de Everard, sentir el calor de su abrazo, ver la mirada amable en sus ojos. Bajaría envuelta en la manta. La cubría de la cabeza a los pies. Iba a ir descalza, pero los pies se le habían calentado ya lo suficiente y, en todo caso, le daba igual.

Lucy bajó las escaleras a pasos aterciopelados, suficientemente sigilosos para que quedaran ahogados bajo el ulular del viento y para que Lizzie no la oyera desde el dormitorio, donde seguía rebuscando en las maletas frenéticamente.

Llamó a la puerta de la biblioteca.

—Adelante —dijo la voz de Wemyss.

Así que la había abierto. Así que había estado esperando a que llegara.

Sin embargo, no se dio la vuelta. Estaba sentado en la mesa de la ventana, de espaldas a la puerta, escribiendo.

—Quiero mis flores aquí —dijo sin mirar.

Así que había llamado al timbre. Así que creía que era la criada. Así que no había abierto la puerta porque hubiera estado esperando a que ella llegara.

Pero sus flores…, quería que le llevaran sus flores ahí porque eran lo único que le quedaba de su cumpleaños arruinado.

Al escuchar esa orden, Lucy salió corriendo hacia él. Cerró la puerta con suavidad y se le acercó por la espalda sin hacer ruido alguno con sus pies descalzos.

Wemyss pensó que la criada había cerrado la puerta y se había ido a cumplir con sus órdenes. Cuando sintió que le pasaban un brazo por los hombros, pensó que la criada había enloquecido.

—¡Dios santo! —exclamó saltando de la silla.

Al ver a Lucy bajo la manta, despeinada y con los pies descalzos, le cambió la cara. Se la quedó mirando sin decir nada.

—He venido a decirte…, he venido a decirte… —empezó Lucy. Entonces titubeó, pues los labios de Everard no eran más que una línea recta—. Everard, mi amor, hagamos las paces. Lo siento

mucho…, mucho… —le dijo con expresión suplicante, alzando su cara hacia la de él.

Los ojos de Everard la recorrieron. Era evidente que no llevaba puesto más que esa manta. Una furia extraña se adueñó de él; le dio la espalda y marchó a paso firme hasta la puerta. A Lucy, esa imagen, por alguna razón que al principio se le escapaba, le hizo pensar en Edward Elgar. «¿Por qué Elgar?», se preguntaba una parte de ella, intrigada, mientras la otra observaba a Wemyss perpleja. Claro, la marcha Pompa y circunstancia.

Ya en la puerta, se dio la vuelta y le dijo:

—Como te has metido en mi biblioteca aunque te haya dejado claro que no deseo tu compañía, me obligas a mí a abandonarla. —Después añadió con una voz inusual y apretando los dientes—: Mejor ve a vestirte. Tus maniobras de seducción no van a funcionar conmigo.

Y se fue.

Lucy se quedó de pie mirando a la puerta. ¿Maniobras de seducción? ¿Qué habría querido decir? Acaso habría creído…, habría querido decir…

Se ruborizó y, sujetándose bien la manta, también ella marchó hacia la puerta con los ojos brillantes y decididos.

Subió las escaleras con bastante dignidad, teniendo en cuenta su atavío, y pasó por delante de la puerta del dormitorio justo cuando Lizzie salía de él con un conjunto completo sobre los brazos.

—¡Jesús! —volvió a exclamar la criada, que ese día parecía ser el blanco de todos los sustos, y dejó caer un cepillo y un zapato.

Lucy la ignoró y subió el siguiente tramo de escaleras con el mismo aire digno. Después de llegar a la habitación de Vera, la cruzó en dirección al fuego y se quedó ahí plantada en silencio, mientras Lizzie, que había corrido tras ella y le estaba reprochando que hubiera bajado con esas pintas, la vestía y le cepillaba el pelo.

Lucy no decía nada. No se movía. Se encontraba muy lejos de Lizzie, absorta en pensamientos desconcertados y dolorosos. Al final, sin embargo, cuando Lizzie le preguntó si podía hacer algo más por ella, Lucy la miró durante un minuto; entonces, percatándose por fin de su presencia, alargó la mano y se la puso sobre el brazo.

—Muchísimas gracias por todo —le dijo con franqueza.

—Siento mucho lo de la ventana, señora —replicó Lizzie, que estaba convencida de que ella había sido el origen del problema—. No sé cómo se me pudo olvidar.

—Da igual —le dijo Lucy con una débil sonrisa, y pensó que, de no haber sido por esa ventana, ella y Everard…, en fin, no llevaba a nada pensar en eso, quizás habría ocurrido alguna otra cosa.

Lizzie se fue. La habían contratado recientemente y era la única de todo el servicio que no había conocido a la difunta señora Wemyss, pero se dijo que, en todo caso, prefería a la nueva. Así pues, se fue y Lucy se quedó de pie donde la había dejado, cabizbaja, retirándose hacia esos nuevos pensamientos desconcertados y dolorosos.

Everard… Era ultrajante lo de las maniobras de seducción, sencillamente ultrajante. Le ardieron las mejillas al recordarlo. Sintió que se le ruborizaba el cuerpo entero. Tuvo la sensación de que nunca más podría soportar hacer el amor con él. Everard lo había arruinado. Pero esa manera de pensar era horrorosa, dañaba el corazón mismo del matrimonio. No, no debía permitirse…, tenía que extirpar esa sensación, debía olvidar las palabras de Wemyss. Seguro que no había querido decir eso. Aún estaba de mal humor. No debería haber bajado a verle. Pero ¿cómo se lo habría podido imaginar? Todo eso era nuevo para ella, una faceta desconocida de Everard. El titileo de las llamas se reflejaba en el suelo de roble brillante y resbaladizo. Lucy pensó que quizás la gente con mal genio solo debería casarse con otra gente con mal genio. Así se entenderían entre sí, dirían las mismas cosas, se las lanzarían el uno al otro como un balón incandescente y siseante, sabrían el tiempo exacto que durarían y la intensidad de sus emociones los salvaría del dolor letal, de la soledad letal de quienes no sabían enfadarse.

Soledad.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor.

No, no estaba sola. Aún tenía…

De repente, caminó hacia las estanterías y empezó a sacar un libro tras otro, hambrienta, leyendo sus títulos, pasando sus páginas en una especie de fervor anémico por llegar a conocer y a entender a Vera…

CAPÍTULO 21

Mientras tanto, Wemyss había decidido irse al salón hasta que a su mujer le viniera en gana permitirle disfrutar nuevamente de su biblioteca.

Se pasó un buen rato dando vueltas por la estancia, abrumado por el resentimiento. Estaba muy enfadado. El salón era una habitación grande y sombría que apenas se había usado en los últimos años. Al principio, cuando la familia Wemyss acababa de llegar y la gente venía a visitarla, se habían reunido ahí a menudo: habían celebrado fiestas en honor al pastor, al médico o al propietario, a las que habían acudido también un par de contactos de negocios de Wemyss, esposas incluidas, a los que había invitado para hacer bulto. Estas fiestas, sin embargo, acabaron muriendo de inanición. Había algo que les faltaba, algo necesario para sustentar la vida en ellas. Mientras se paseaba arriba y abajo creando ecos en la habitación que había visto su último invitado años atrás, pensó en aquellas fiestas. Vera, por supuesto. Había sido culpa suya que las fiestas llegaran a su fin. Su comportamiento había sido perezoso, indiferente. Uno no podía esperar que la gente fuera a su casa si no movía ni un dedo para atraerlos. Con lo perfecta que era esa sala para celebraciones. Y el piano, lo mismo, sin estrenar. Y Vera poniéndose siempre tan pesada con el tema de la música y dándoselas de experta.

El piano estaba completamente tapado con una pesada funda de paño rojo. Incluso sus patas estaban abotonadas de tal manera que parecía que llevaran polainas para la nieve, y la cubierta de paño que protegía las teclas tenía una hilera de botones que iban de un extremo al otro. Para tocarlo, primero había que desabrochar esos botones, era un piano muy caro, y Wemyss no iba a permitir que se descuidara. Había sido su regalo de boda para Vera —¡cuánto había llegado a amar a esa mujer!— y había encargado hacer las fundas

de paño especialmente. Una vez hechas, le había indicado a Vera que, cuando no estuviera tocando el piano, tenía que ponérselas y abrocharlas debidamente.

Cuántos problemas le había dado al principio con ese tema. Siempre se le olvidaba volver a abrochar las fundas. Se ponía a tocarlo, se levantaba para ir a comer, o a tomar el té, o al jardín y lo dejaba descubierto, a la merced de la humedad y el polvo. Y no era solo que lo dejara descubierto, sino que ni siquiera bajaba la tapa. Luego, cuando descubrió que Wemyss entraba para comprobar si se había acordado, durante cierto tiempo sí lo cubrió cuando dejaba de tocar, pero nunca abrochaba todos los botones. Invariablemente, Wemyss se encontraba con que algunos habían quedado desabrochados. Había costado ciento cincuenta libras. Las mujeres no tenían ningún sentido de la propiedad. No se las podía dejar a cargo de objetos de valor. Además, se acababan cansando de ellos. De hecho, Vera no había tardado mucho en cansarse del piano. De su regalo. No había sido un gesto muy cariñoso por parte de ella, desde luego. Además, cada vez que Wemyss sacaba el tema, ella se negaba a hablar. Se enfurruñaba. Wemyss odiaba profundamente que se enfurruñara. Y ella, que tan pesada se había puesto con la música cuando se conocieron, dejó de tocar. Nadie se había ni acercado al piano durante años. En fin, al menos estaba bien cuidado.

La fuerza de la costumbre hizo que se inclinara y repasara las polainas con la mirada.

Perfectamente abotonadas.

Espera, no, había un ojal sin botón.

Se inclinó aún más y alargó la mano para abrocharlo, pero descubrió que el botón no estaba. No había botón. Solo el cabo de un hilo. ¿Cómo era eso posible?

Se enderezó, se acercó a la chimenea, pulsó el timbre y esperó mientras miraba su reloj. Tiempo atrás había cronometrado las distancias entre las distintas habitaciones y los aposentos del servicio con un minuto de margen para ponerse en marcha al principio, así que sabía exactamente cuándo debería aparecer la criada.

Llegó justo al agotarse el tiempo, segundos antes de que el dedo de Wemyss alcanzara el timbre por segunda vez.

—Mira la pata del piano —le dijo Wemyss.

La criada, sin saber a qué pata se refería, miró las tres por si acaso.

—¿Qué ves? —le preguntó.

La criada no osaba responder. Lo que veía eran patas de piano, pero no le parecía que esa fuera la respuesta correcta.

—¿Qué no ves? —le preguntó Wemyss, esta vez más fuerte.

Esa pregunta era mucho más complicada porque, bueno, había muchas cosas que no veía. A sus padres, por ejemplo.

—¿Estás sorda o qué? —Añadió.

A eso sí sabía responder, así que lo hizo al instante.

—No, señor.

—Te digo que mires esa pata del piano —le repitió Wemyss señalándola con su pipa.

La que señalaba era, por decirlo de algún modo, la pata delantera más alejada. La criada, aliviada por tener una pista al fin, la observó con atención.

—¿Qué ves? —le preguntó Wemyss—. O, más bien, ¿qué no ves?

La mujer se concentró en lo que veía y dejó a un lado lo que no veía. No le parecía del todo razonable que se le pidiera que mirara algo que no podía ver. Sin embargo, por mucho que miró, no vio nada que pudiera justificar dar una respuesta y, por lo tanto, no habló.

—¿No ves que falta un botón?

Al examinarlo más detenidamente, la criada lo vio y así se lo hizo saber.

—¿No es tu trabajo cuidar de este salón?

Admitió que lo era.

—Los botones no se caen solos —la informó Wemyss.

Como eso no era una pregunta, la criada no dijo nada.

—¿Verdad que no? —Rugió Wemyss.

—No, señor —respondió la criada, aunque le podría haber contado muchas historias sobre cosas que los botones sí hacían, como desprenderse en las manos de una sin haberlos ni tocado. Las tazas, igual. Se hacían añicos con solo mirarlas…

Pero se limitó a decir «No, señor».

—Solo el desgaste por uso hace que se caigan —dijo Wemyss. Entonces, con aire judicial y enfatizando sus palabras con un dedo

levantado, añadió—: Bien, ahora presta atención. Este piano lleva años sin usarse, ¿me escuchas? Años. Lo sé con certeza. Así pues, no es posible que la funda se haya desabrochado de forma lícita, no la ha desabrochado nadie que tuviera autorización para hacerlo. Por tanto… —Señaló a la criada con el dedo e hizo una pausa—. ¿Me sigues? —le preguntó con seriedad.

La criada intentó ordenar apresuradamente sus pensamientos dispersos.

—Sí, señor —respondió.

—Por tanto, alguien no autorizado ha desabrochado la funda, y ese mismo alguien no autorizado también ha tocado el piano. ¿Comprendes?

—Sí, señor —respondió la criada.

—Resulta difícil creerlo —prosiguió Wemyss—, pero solo hay una conclusión posible: alguien ha aprovechado mi ausencia para tocar este piano. Alguien en esta casa se ha atrevido…

—¿Quizás el afinador? —dijo la criada a modo de tentativa, sin saber si eso podría explicarlo, pues el discurso lúcido de Wemyss, de una lucidez casi legal, siempre la acababa confundiendo, pero hizo esa sugerencia por si acaso—. Según tengo entendido, debemos llamar al afinador una vez por trimestre, señor. Ayer vino. Se pasó una hora tocando. Sacó el tapete y todo, y dejó la tapa apoyada contra la pared.

Cierto. Cierto. El afinador. Wemyss se había olvidado del afinador. El afinador tenía instrucciones de venir a afinar el piano. Bueno, ¿y por qué no se lo había recordado antes esa estúpida mujer? Pero, en todo caso, el afinado del afinador no era excusa para que la criada no hubiera cosido de nuevo el botón que se había desprendido.

Se lo hizo saber.

—Sí, señor.

—Quiero ese botón cosido dentro de cinco minutos —le dijo mientras sacaba su reloj—. Cinco minutos exactos desde este momento, ese botón volverá a estar en su sitio. Voy a quedarme aquí para asegurarme de que acatas mis órdenes.

—Sí, señor —dijo la criada.

Wemyss se acercó a la ventana y contempló el cielo tormentoso de esa tarde. La criada se quedó donde estaba.

Menudo cumpleaños estaba teniendo. Y pensar que llevaba tanto tiempo esperándolo. Le recordaba mucho a los cumpleaños de antes, con Vera, pero este le dolía mucho más porque había tenido grandes expectativas. Con Vera se había acostumbrado a no esperar nada, pero ahora era Lucy, su adorada Lucy, quien le estaba infligiendo esa cruel desilusión. ¡Lucy! Increíble. Y eso de bajar enrollada en esa manta para tentarlo y ganárselo de nuevo —cosa que casi había conseguido— de esa manera, en vez de hacerlo de la única forma correcta y decente: el arrepentimiento sincero y manifiesto… Ni siquiera Vera había osado a hacer algo así, ni una sola vez en todos esos años.

«Hagamos las paces», le había dicho Lucy. ¡Las paces! Cierto, había pronunciado algo parecido a una disculpa, pero ¿y esa manta? Sin ropa, el sentimiento de compunción no podía ser genuino. No encajaba con ese tipo de reclamo. No era el tipo de combinación que se esperaba de una esposa. ¿Por qué no podía bajar y pedirle perdón vestida como Dios mandaba? Cielo santo, ese pequeño hombro asomando por encima de la manta…, ¡cuánto había deseado agarrarlo y cubrirlo de besos! Pero eso habría sido rendirse, eso le habría concedido a ella la victoria. Sí, ella habría vencido, cuando era ella y solo ella quien lo había empezado todo al irse corriendo de la habitación, ignorando sus órdenes cuando la había llamado y humillándolo delante de la maldita Lizzie…

Se metió las manos en los bolsillos y se apartó de la ventana súbitamente. Al darse la vuelta se encontró con la criada, de pie y sin mover un músculo.

—¿Qué? ¿Aún estás aquí? —exclamó Wemyss—. ¿Por qué demonios no te has ido a buscar ese botón?

—Pensaba que sus órdenes eran que no debíamos salir de ninguna habitación sin su permiso, señor.

—Pues mejor que te des prisa —le dijo mirando su reloj—. Te he dado cinco minutos y ya han pasado tres.

Se esfumó. En la habitación del servicio, mientras buscaba frenéticamente su dedal y un botón que le pudiera valer, les dijo a los otros algo que ya sabían, pero que les satisfacía repetir a menudo: si no fuera porque Wemyss se pasaba la mayor parte de la semana en Londres, no aguantaría en ese lugar ni medio minuto.

—Al menos, nos pagan bien —le recordó la cocinera.

Sí, eso era cierto, no sabía de ningún otro lugar donde se pagase un sueldo tan alto. El verdadero atractivo de ese sitio residía en la absoluta libertad de la que gozaban desde el lunes por la mañana al viernes por la tarde, cada semana. Casi todo se hacía soportable desde el viernes por la tarde al lunes por la mañana, teniendo en cuenta que el resto de la semana podían hacer exactamente lo que les viniera en gana, ya que eran prácticamente amos y señores de la casa durante ese periodo y se fue corriendo y estuvo de vuelta en el salón con treinta segundos de retraso.

Wemyss, sin embargo, ya no estaba ahí con su reloj. Estaba de camino a la planta superior, diciéndose mientras subía que, si Lucy había decidido apoderarse de su biblioteca, él se iba a apoderar de su gabinete. Era lo justo. Pero sabía que en ese momento ya no estaba en la biblioteca. Lucy no habría pasado tanto rato ahí. Simplemente quería una excusa para ir a buscarla. Ella tenía que pedirle perdón como era debido. Podía esperar mucho más, oh, podía esperar tanto como hiciera falta, y ella no tardaría en descubrirlo si jugaba a enfurruñarse con él. Sin embargo, aquel era el primer día que pasaban en su casa, era su cumpleaños y, si bien no había nada más monstruoso que la manera en la que Lucy lo había estropeado todo, Wemyss la perdonaría si le pedía disculpas correctamente. Eso era. Estaba dispuesto a aceptarla de nuevo en cuanto se mostrara realmente arrepentida. Nadie había amado tanto a ninguna mujer como él amaba a Lucy. Solo tenía que mostrarse arrepentida. Solo tenía que pedir disculpas como era debido y con sinceridad. Luego podría volver a besarla. Le besaría ese hombro suyo tan pequeñito, haría que se bajara un poco la blusa para poder verlo como lo había visto antes en la biblioteca, asomándose por encima de esa maldita manta… Cielo santo, cuánto la amaba.

CAPÍTULO 22

Lo primero que vio al abrir la puerta del gabinete fue el fuego.

Un fuego. No había mandado encender ningún fuego. Tendría que investigar eso. Esa pazpuerca entrometida de Lizzie…

Antes de que pudiera recuperarse de la sorpresa, sufrió otra conmoción. Lucy estaba sentada en la alfombrilla con la cabeza apoyada en el sofá. Dormía.

Así que eso es lo que había estado haciendo. Se había puesto a dormir cómodamente mientras él…

Cerró la puerta, se acercó a la chimenea y se puso de espaldas al fuego mirando a Lucy. Ni siquiera sus fuertes pisadas la habían despertado. Había cerrado la puerta sin miramientos y había caminado hasta ella también sin miramientos, pues no sentía la necesidad de guardar silencio solo porque ella estuviera durmiendo. Además, ¿por qué se ponía a dormir en pleno día? Wemyss opinaba que eso debía hacerse por la noche. No era de extrañar que tuviera problemas para dormir si lo hacía durante el día. Ahí estaba, sumida en un sueño profundo, totalmente indiferente a lo que pudiera pasarle a Wemyss. ¿Haría eso una mujer realmente enamorada? ¿Una esposa realmente entregada?

Se fijó en su cara. El lado que le quedaba a la vista estaba hinchado y tenía la nariz roja. Al menos, pensó, había sentido algo de remordimiento por sus actos antes de quedarse dormida. Lo más probable era que se despertara en un estado de ánimo adecuado. De ser así, incluso se podría llegar a salvar parte del cumpleaños.

Sacó su pipa y se puso a llenarla sin prisa. Su mirada distraída acababa posándose irremediablemente sobre la figura sentada en el suelo. Y pensar que esa cosita tenía el poder de darle la felicidad o quitársela. Si podría levantarla con una sola mano. Parecía que tuviera doce años, con sus piernas relajadas cubiertas por unas medias, su cabeza redonda de pelo corto y su cara hinchada de niña

en apuros. Dársela o quitársela. Encendió la pipa mientras se repetía esa frase, asombrado por la manera en la que ilustraba su propia posición de servidumbre ante el amor.

Durante toda su vida, reflexionaba Wemyss, lo único que había deseado era que se le permitiera amar dadivosamente, hacer feliz a una esposa. Así había amado a Vera, con la devoción más absoluta…, hasta que ella hizo lo que hizo y Wemyss solo recibió problemas a cambio. Y así amaba también a esa cosita tumbada en el suelo, apasionadamente. Sin embargo, ella, a cambio, lo primero que había hecho al poner los pies en su casa en calidad de su esposa había sido pelear y estropear su cumpleaños. Lucy era consciente de lo mucho que aquella fecha significaba para él. Era consciente de que la luna de miel entera y la misma fecha de la boda se habían planeado en función de ese único día. Aun así, lo había estropeado deliberadamente. Luego, una vez que lo había arruinado todo, ni siquiera le había dado importancia. La señorita había subido hasta ahí, había cogido un libro y se había quedado dormida cómodamente delante del fuego.

La expresión de Wemyss se endureció aún más. Acercó el sillón y se sentó ruidosamente, su mirada helada por el resentimiento.

El libro que Lucy había estado leyendo se le había resbalado de las manos al dormirse y estaba abierto en el suelo, a sus pies. Si Lucy trataba los libros así, se lo pensaría mucho antes de dejarle la llave de su librería. Ese era uno de los de Vera. Su antigua esposa tampoco había tratado sus libros con el cuidado apropiado, siempre estaba leyéndolos. Inclinó la cabeza a un lado para ver qué era lo que Lucy había considerado más digno de su atención que la conducta que había tenido ese día hacia su marido. Cumbres Borrascosas. Wemyss no se lo había leído, pero había oído decir que era una historia macabra. Realmente, podría haber hecho algo mejor en su primer día en casa que encerrarse lejos de él para leer una historia macabra.

Mientras la miraba con esos pensamientos reflejados en sus ojos severos, Lucy, a quien había despertado el olor de la pipa, abrió los suyos. Vio a Everard sentado a su lado y experimentó uno de esos momentos de felicidad instintiva, de restablecimiento total de una alegría radiante. Esos momentos que suelen tener lugar justo al despertar, antes de que uno tenga tiempo de recordar. Durante un

maravilloso instante, todo parece estar bien en el mundo. Cualquier duda se ha desvanecido. El dolor ha desaparecido. A veces, ese momento se alarga incluso hasta después de que llegue el recuerdo.

Y eso fue lo que le sucedió a Lucy en ese momento. Cuando abrió los ojos y vio a Everard, le obsequió con una sonrisa plenamente confiada, sin asomo de duda. Lo había olvidado todo. Acababa de despertarse de un sueño profundo y su amor estaba ahí, sentado a su lado. Era natural sentirse feliz. Luego, cuando la expresión de Wemyss trajo el recuerdo, en ese primer instante de lucidez calma, en ese momento de mirada clara y alma libre del peso del cuerpo, le pareció que habían protagonizado una situación increíblemente absurda, al tomarse tan trágicamente lo que el otro decía y hacía.

Después de ese sueño profundo y reparador, Lucy solo sentía amor.

—Mi amor —murmuró soñolienta, sonriéndole y sin cambiar de postura.

Él no respondió. Ella, ya más espabilada, se puso de rodillas para acercársele y se acurrucó a sus pies con la cabeza apoyada en su regazo.

Wemyss seguía sin decir nada. Estaba esperando. Le daría su tiempo. Las palabras de Lucy habían sonado confiadas, no arrepentidas. No se podía decir que hubieran sido el inicio más adecuado para una expresión de contrición, pero esperaría a ver qué era lo siguiente que decía.

Lo siguiente que dijo fue: «Mira que hemos sido tontos». Y, siguiendo con las confianzas, puso un brazo encima de las rodillas de Wemyss y apoyó la cabeza en él.

—¿«Hemos»? —intervino Wemyss—. ¿Has dicho «hemos»?

—Sí —respondió Lucy con la cabeza acomodada sobre sus rodillas—. Hemos estado perdiendo el tiempo.

Wemyss guardó silencio durante unos instantes antes de decir:

—Al incluirme demuestras una percepción muy equivocada de tu conducta.

—Bueno, pues entonces yo he sido tonta —dijo ella levantando la cabeza y sonriéndole.

Lucy simplemente se veía incapaz de seguir mostrándose indignada. Quizás tuviera motivos para ello, pero ¿qué más daba?

¿Quién querría llevar la razón en una discusión con su amado? Cualquiera, sí, cualquiera que amara de verdad querría con todo su corazón estar siempre equivocado y nunca llevar la razón. Que la persona amada hubiera sido cruel…, ¿quién querría que eso fuera verdad? ¿Quién no daría lo que fuera para haber estado equivocado? Le vino a la mente el vivo recuerdo de Everard tal y como era antes de su matrimonio: tan encantador, tan juguetón, tan divertido, su compañero de juegos. Le había podido decir cualquier cosa. No había tenido miedo. También recordaba claramente el momento en que se conocieron, ambos destrozados por la muerte. Cuánto la había reconfortado, cuán maravilloso y tierno había sido con ella cuando lo había necesitado. Todo lo que había ocurrido desde entonces, todo lo que había sucedido en ese día tan terriblemente desafortunado se debía a un exceso de infantilismo, un infantilismo desatado, una oleada de mal genio, una grandísima pataleta que ella misma había provocado por no haber sabido controlar sus impulsos. Eso de dejarla encerrada fuera, bajo la lluvia, era algo que un chiquillo le podría haber hecho a otro. No significaba nada aparte de que estaba enfadado. Lo de las maniobras de seducción…, oh, en fin.

—Me he portado como una tonta —dijo Lucy con sinceridad.

Wemyss la miró en silencio. Quería más que eso. Aquello no era suficiente, ni de lejos. Quería ver en ella mucha más humildad antes de ceder, perdonarla y sentarla en su regazo. Y eso que se moría de ganas de tenerla en su regazo.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —le preguntó.

—Sí —respondió Lucy—. Y lo siento muchísimo. ¿No podemos besarnos y hacer las paces?

—Aún no, muchas gracias. Antes debo asegurarme de que entiendes lo muy deliberadamente retorcida que has sido conmigo.

—Oh, ¡pero si yo no he sido deliberadamente retorcida! —exclamó Lucy, atónita, con los ojos como platos—. Everard, ¿cómo puedes decir eso?

—Ah, entiendo. Sigues sin arrepentirte…, y yo siento haber subido. —Apartó el brazo de Lucy de encima de sus rodillas, la puso a ella a un lado y se levantó del sillón. La rabia volvió a apoderarse de él—. He estado aquí sentado mirándote, como un perro —le dijo, gigante ante ella—, como un perro fiel mientras tú dormías,

esperando pacientemente a que despertaras con el único deseo de perdonarte, y tú no solo te duermes insensiblemente después de haberte comportado de forma inaceptable y de haber hecho gala de tu mal genio delante de toda la casa el primer día que pasamos los dos juntos en mi hogar, especialmente sabiendo qué día es hoy, sino que, además, cuando te pido alguna señal, alguna palabra, algo que me confirme que estás avergonzada y que esta conducta no se va a repetir, tú te dedicas a negar que hayas hecho nada que requiera disculpas.

Vació las cenizas de su pipa de un golpe, su cara crispada por el enfado, y deseó con todas sus fuerzas poder vaciar también la oposición de Lucy con la misma facilidad.

Ella, sentada en el suelo, lo miraba con la cabeza inclinada hacia arriba y la boca abierta. ¿Qué podía hacer con Everard? No lo sabía. El amor no surtía efecto, pedirle perdón, tampoco.

Nerviosa, se pasó el pelo por detrás de las orejas con ambas manos.

—Estoy harta de peleas —dijo.

—Yo también —respondió Wemyss mientras se dirigía a la puerta y se metía la pipa en el bolsillo—. Y es todo culpa tuya.

Lucy no protestó. Le parecía inútil.

—Perdóname, Everard —se limitó a decir.

—Solo si pides disculpas.

—Sí.

—¿Sí qué? —Hizo una pausa para esperar su respuesta.

—Sí, pido disculpas.

—¿Reconoces haber sido deliberadamente retorcida?

—Oh, sí.

Wemyss siguió avanzando hacia la puerta. Lucy se puso de pie con dificultad y corrió tras él.

—Por favor, no te vayas —le suplicó agarrándolo del brazo—. Sabes que no puedo soportarlo, sabes que no puedo soportar que nos peleemos…

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes diciendo «oh, sí» con tanta insolencia?

—¿Ha sonado insolente? No quería… Oh, estoy tan cansada de todo esto…

—A mí me lo vas a contar. Y más cansada vas a estar antes de

que se acabe. Yo no me canso, eso te lo puedo asegurar. Puedes seguir todo el tiempo que quieras, a mí no me afecta.

—Oh, por favor, por favor, hagamos las paces. No quiero seguir. Lo único que quiero es que hagamos las paces. Por favor, Everard, bésame y dime que me perdonas…

Wemyss se detuvo y la miró.

—Créeme, lo siento tantísimo… —Siguió Lucy.

Se ablandó. Tenía unas ganas increíbles de besarla.

—Aceptaré tus disculpas si me aseguras que lo sientes de verdad —le dijo Wemyss.

—Sí, sí; anda, estemos de buen humor. Es tu cumpleaños…

—Como si eso se me fuera a olvidar. —Miró la cara de Lucy, levantada hacia él. Le había pasado el brazo por detrás del cuello—. Lucy, creo que no entiendes el amor que siento por ti —le dijo solemne.

—No —respondió Lucy con franqueza—, creo que no.

—Tendrás que aprender.

—Sí —convino ella, que soltó un débil suspiro.

—No debes herir este amor.

—No —dijo Lucy—. No nos hiramos el uno al otro nunca más, Everard, mi amor.

—No estoy hablando de algo recíproco. En este momento, estoy hablando de mí mismo en relación contigo. Vayamos por partes, por favor.

—Sí —dijo Lucy—. Bésame, anda, Everard. Si no, no sabré si hemos hecho las paces.

Tomó su cabeza entre las manos y la bendijo con un solemne beso de absolución en la frente.

Lucy intentó volver a sacar a la luz el buen humor de Wemyss.

—Bésame los párpados también —le pidió con una sonrisa—, o se sentirán abandonados.

Le besó los párpados.

—Y ahora, los labios. Por favor, Everard.

Wemyss le dio un beso en los labios y, al fin, sonrió.

—Y ahora, ¿qué te parece si nos sentamos cerca del fuego y nos ponemos cómodos? —preguntó Lucy, colgada de su brazo.

—Por cierto, ¿quién mandó encender el fuego? —preguntó él en su tono de siempre.

—No lo sé. Ya estaba encendido cuando subí. ¿No debería estarlo?

—No sin previa orden. Seguro que ha sido esa Lizzie. Voy a llamarla para descubrir…

—Oh, ¡no llames! —exclamó Lucy agarrándole la mano. Estaba harta de tanto timbre—. Si lo haces, vendrá, y yo quiero que estemos los dos solos.

—Bueno, ¿y quién tiene la culpa de que no hayamos estado los dos solos todo este rato? —preguntó.

—Ah, pero ahora ya hemos hecho las paces, no pienses más en eso —le dijo Lucy con una sonrisa nerviosa mientras tiraba del brazo de Wemyss.

Él dejó que lo guiara hasta el sillón, después de sentarse, consideró que finalmente estaba justificado subírsela al regazo.

—Cómo le gusta a mi amor estropear las cosas —dijo mientras negaba con la cabeza con una solemnidad afectuosa, ya acomodados en el sillón.

Y Lucy, esta vez con suma cautela, dijo con suavidad:

—Pero esa nunca es mi intención.

CAPÍTULO 23

Después de eso, se quedó sentada sobre el regazo de Wemyss sin decir nada, con la cabeza apoyada en su pecho y los brazos de él rodeándola.

Estaba pensando.

Por mucho que intentara vaciarse de todo lo que no fuera aceptación y amor, resultaba que solo era capaz de controlar su cuerpo, que reposaba con pasividad entre los brazos de Wemyss. Pero su mente se negaba a hacerlo, se empeñaba en pensar. Era extraño que, aun abrazando el cuerpo de alguien, aun estando tan cerca los corazones de ambos, una persona pudiera estar tan lejos de quien la abrazaba. Era así como funcionaban las prisiones: retenían tu cuerpo creyendo tenerte controlado, pero mientras, tu mente, tú… eras libre como un pájaro en el cielo. No había nada que hacer, estaba esforzándose tanto como podía por sentirse como se había sentido al despertarse y verlo sentado a su lado, pero la manera en la que Wemyss se había negado a hacer las paces y su completa falta de disposición para llegar a un acuerdo —ya no uno que favoreciera a ambas partes, sino uno que le favoreciera sobre todo a él— había hecho que, por primera vez, Lucy le tuviera miedo de forma consciente.

Le tenía miedo. No parecía encajar en ninguna categoría que Lucy conociera. No parecía ser generoso, —definitivamente, no lo había sido ese día—. No parecía haber manera alguna, en momento alguno, de llegar hasta él. ¿Cómo era él realmente? ¿Cuánto iba a tardar Lucy en conocerlo de verdad? ¿Años? En cuanto a ella, ahora que ya contaba con más experiencia, había descubierto que no podía soportar que Wemyss montara una escena. Nunca. Ya fuera dirigida a ella misma o a otra gente en su presencia. No podía soportarlo mientras sucedía ni podía soportar el agotamiento de la reconciliación final, prolongada hasta la saciedad. Y no solo no

sabía cómo evitarlo —pues nunca podría tener el cuidado y la precaución suficientes con lo que decía, con lo que hacía o con las caras que ponía, e igualmente importante, con lo que no decía, con lo que no hacía o con las caras que no ponía—, sino que estaba asustada, asustada porque presagiaba con una claridad funesta que un día, después de una de esas escenas o durante ellas, iba a llegar a su límite y se derrumbaría. Se derrumbaría de una forma vergonzosa, gimoteando y pegando alaridos.

Pero eso era terrible. No debía pensar esas cosas. Con una sonrisa amarga, pensó que más valía centrarse en los gimoteos de hoy que en los que estaban por venir. Además, ni gimotearía ni se derrumbaría, descubriría cómo apañárselas. Cuando había tanto amor, tenía que haber algún modo de apañárselas.

Wemyss le había bajado la blusa y le estaba besando el hombro mientras no paraba de preguntarle quién era su mujercita. Pero ¿qué atractivo tenían las carantoñas si iban a pelearse justo antes, durante o después? Wemyss le daba miedo. No estaba en absoluto concentrada en sus besos. Quizás ya hacía mucho tiempo que le daba miedo de forma inconsciente. ¿Qué era esa humillación que había sentido durante la luna de miel, ese ansioso deseo de complacer, de evitar cualquier ofensa, sino temor? Era un amor con miedo, miedo a ser herida, a no llegar a ser capaz de creer incondicionalmente, a no llegar a ser capaz —esa era la peor parte — de enorgullecerse de su amado. Pero ahora, después de lo que había vivido hoy, el miedo que sentía era algo más aislado, más definido, algo independiente del amor. Era extraño tenerle miedo y amarlo a la vez. Quizás no le tendría miedo si no lo amara. Sí, era lo más probable, porque, en ese caso, nada de lo que Wemyss dijera le llegaría al corazón. Pero se le hacía imposible imaginar eso. Él era su corazón.

—¿En qué piensas? —le preguntó Wemyss al acabar con su hombro y ver lo silenciosa que estaba.

Podía responderle con sinceridad, si se lo hubiera preguntado unos momentos antes, no habría podido.

—Estaba pensando —le respondió— que tú eres mi corazón.

—En ese caso, trátalo con cuidado, ¿eh? —dijo Wemyss.

—Ambos lo haremos.

—Evidentemente. Eso por supuesto. ¿Por qué lo dices?

Lucy guardó silencio durante unos instantes.

—¿No es la hora del té? —preguntó.

—Válgame Dios, ¡tienes toda la razón! —exclamó él sacando su reloj—. De hecho, ya ha pasado. En qué estará pensando esa infeliz… Levántate, amorcito. —La hizo bajar de su regazo—. Voy a llamar al timbre para descubrir qué problema hay.

Lucy se estaba arrepintiendo de haber mencionado el té. Por suerte, esta vez Wemyss no dejó el dedo plantado en el timbre. Lo pulsó un momento y luego se quedó plantado mirando fijamente su reloj.

Agarró a Wemyss por el brazo. Tenía muchas ganas de pedirle que no regañara a Lizzie.

—Ten cuidado —dijo Wemyss sin apartar los ojos de su reloj—. No me muevas…

Lucy le preguntó qué estaba haciendo.

—La estoy cronometrando —respondió él—. ¡Chitón! No hagas ruido. Perderé la cuenta si no callas.

Lucy, conteniendo la respiración, se convirtió en el silencio y la expectación personificados. Aguzó el oído esperando escuchar pasos. Esperaba que Lizzie pudiera llegar a tiempo. Lizzie era tan amable… Sería espantoso que se llevara una reprimenda. ¿Por qué no llegaba? ¡Ah! ¿Qué había sido ese sonido? Una puerta abriéndose en algún lado. ¿Llegaría a tiempo? ¿Lo conseguiría?

Fuera, en el pasillo, se escucharon unos pasos apresurados. Wemyss se guardó el reloj.

—Le han sobrado cinco segundos —anunció—. Así es como se les enseña a responder al timbre —añadió con satisfacción.

—¿Ha llamado, señor? —preguntó Lizzie después de abrir la puerta.

—¿Por qué va tarde nuestro té?

—Está en la biblioteca, señor.

—Escucha bien mi pregunta. Te he preguntado por qué va tarde nuestro té.

—Es que no iba tarde en un principio, señor —respondió Lizzie.

—Ten la bondad de explicarte mejor.

Llegados a ese punto, la criada, que consideraba que se había explicado perfectamente, se obnubiló. Aun así, hizo un último esfuerzo.

—Se ha hecho tarde mientras el té esperaba en la biblioteca, señor.

—Me temo que no te sigo. ¿Tú la sigues? —le preguntó Wemyss a Lucy.

Lucy se sobresaltó.

—Sí —respondió.

—¿De veras? Entonces, supongo que eres más lista que yo —dijo Wemyss.

En ese momento, Lizzie, que no quería buscarle más problemas a la joven señora, hizo un nuevo intento de explicarse mejor.

—El té se sirvió puntualmente en la biblioteca a las cuatro y media, señor, y se lo habrían podido tomar de haber estado ahí. El té fue puntual, señor, pero no había nadie para tomárselo.

—¿Y me podrías decir quién mandó servirlo en la biblioteca?

—No estoy segura, señor. Chesterton…

—No le eches la culpa a Chesterton.

—Estaba pensando —dijo Lizzie, que era más brava que Chesterton y no solía hacerse pasar por tonta tan a menudo— que quizás Chesterton lo sabría. Yo no soy quien se encarga del té, señor.

—Haz venir a Chesterton —dijo Wemyss.

Lizzie desapareció con la rapidez del alivio. Lucy, con un rápido movimiento nervioso, se inclinó y recogió Cumbres Borrascosas, que seguía abierto boca abajo en el suelo.

—Sí —dijo Wemyss—, me encanta cómo tratas los libros.

Lucy lo devolvió a la estantería.

—Me quedé dormida y se me resbaló —dijo—. Everard —añadió rápidamente—, necesito ir a buscar un pañuelo. Te espero en la biblioteca.

—No iré a la biblioteca. Me tomaré el té aquí. ¿Qué te hace pensar que me lo tomaré en la biblioteca?

—Pensaba que, como está ahí…

—Digo yo que podré tomarme el té donde me plazca, ya que estoy en mi propia casa, ¿no?

—Por supuesto que sí. Bueno, entonces iré a por un pañuelo y volveré aquí.

—Eso puedes hacerlo en cualquier otro momento. Tranquilízate un poco.

—Pero… es que quiero un pañuelo. Ahora mismo —dijo Lucy.

—Tonterías. Ten, coge el mío —replicó Wemyss.

En cualquier caso, era demasiado tarde para escapar, Chesterton ya estaba en la puerta.

Era la otra criada. Hasta ahora no se había mencionado su nombre. Se llamaba Chesterton.

—¿Por qué está el té en la biblioteca? —preguntó Wemyss.

—Tenía entendido, señor, que el té siempre debía servirse en la biblioteca —respondió Chesterton.

—Eso era cuando estaba solo. Supongo que no se te ha ocurrido preguntarme si aún deseaba que se siguiera sirviendo allí ahora que no estoy solo.

Chesterton se quedó helada. Desconocía por completo la manera correcta de responder a eso. Así pues, se quedó ahí plantada sin mediar palabra. Pero Wemyss no cedió.

—¿Se te ha ocurrido? —preguntó.

—No, señor —respondió Chesterton, pues tenía la ligera sensación de que «sí, señor» la habría metido en un lío.

—No. Claro que no. No se te ha ocurrido. Bien, pues ahora irás a buscar ese té y nos lo subirás hasta aquí. Espera, espera un momento, no tan rápido, por favor. ¿Cuánto hace que está hecho?

—Desde las cuatro y media, señor.

—En ese caso, vas a preparar más té y tostadas, y traerás unas rodajas de pan fresco y mantequilla.

—Sí, señor.

—Y, para otra ocasión, haz el favor de cerciorarte de mis deseos en vez de poner el té en la habitación que a ti más te plazca.

—Sí, señor.

Chesterton esperó.

Wemyss le hizo un gesto con la mano.

Chesterton se retiró.

—Así aprenderá —dijo Wemyss, que parecía renovado después de esa reprimenda—. Si cree que se va a librar de subir el té aquí sirviéndolo en otra habitación, lo lleva claro. Menudo par. Menudo par de dos, ¿verdad, amorcito?

—S-supongo…, no lo sé…

—¡No lo sabes!

—Es que aún no las conozco. ¿Cómo voy a conocerlas si acabo

de llegar?

—Oh, pronto las conocerás. Ese par de perezosas, descuidadas y mentirosas…

—¿Qué es ese cuadro, Everard? Dímelo, ¿quieres? —interrumpió Lucy, que cruzó la habitación en un abrir y cerrar de ojos, y se plantó justo delante del cuadro en cuestión—. Llevo un buen rato preguntándomelo.

—Ya sabes qué es. Es un cuadro.

—Sí, pero ¿dónde es ese sitio?

—No tengo ni idea. Es uno de los cuadros de Vera. Nunca se dignó a contármelo.

—¿Quieres decir que lo pintó ella?

—Es lo más probable. Se pasaba el día pintando.

Wemyss, que había estado llenando su pipa, la encendió y se puso a fumar delante de la chimenea encendida, echando un vistazo a su reloj a intervalos regulares, mientras Lucy contemplaba el cuadro. Sería fantástico, verdaderamente fantástico, salir corriendo por esa puerta hacia el exterior, hacia el calor y la luz del sol, y alejarse más y más…

En la habitación, no había más cuadros que ese. De hecho, estaba bastante vacía: era un cuarto estrecho sin alfombra alguna que cubriera el resbaladizo suelo, solo algún tapete suelto aquí y allá, y sin cortinas. No obstante, tuvo que haber cortinas en el pasado, pues había barras con anillas para ello. Alguien debía de haberse llevado las cortinas de Vera. Al darse cuenta, Lucy se sintió extrañamente perturbada. Era la habitación de Vera. Nadie debería haber tocado sus cortinas.

No había nada colgado en la pared beis del lado opuesto de la chimenea que se extendía desde la puerta hasta la ventana, a excepción de un espejo alto y estrecho rodeado por un marco negro con grabados raros y el cuadro. Oh, pero cómo resplandecía ese cuadro. ¡Qué día más espléndido hacía ahí dentro! No era en Inglaterra, de eso estaba segura. Era un lugar radiante y luminoso con montones de almendros en flor —una plantación, según parecía — que se erguían sobre un césped lleno de florecillas, hermosas florecillas silvestres que Lucy no conocía. A través de esa puerta abierta en la pared, se veía una increíble extensión de campos calurosos y vívidos. Era una extensión sin fin que acababa

perdiéndose en un precioso azul distante. Daba un efecto de inmensa amplitud, de libertad plena. Era fácil imaginarse a uno mismo corriendo hacia esos campos con la cara al sol y los brazos abiertos en un éxtasis liberador, redentor…

—Es en el extranjero —dijo Lucy rompiendo el silencio.

—Es posible —comentó Wemyss.

—¿Viajabais mucho? —preguntó sin apartar los ojos del cuadro, fascinada.

—Vera se negaba.

—¿Se negaba? —repitió Lucy volviendo la cabeza.

Miró a Wemyss perpleja. Eso le parecía no solo poco amable por parte de Vera, sino increíblemente… enérgico. La fuerza necesaria para negarle a Everard algo que él quisiera tenía que ser, sin duda, desmesurada, tan grande que solo una esposa con un espíritu extremadamente tenaz podría estar a la altura de tal empresa. Wemyss le había dado a Lucy una pequeña muestra de qué significaba decepcionarlo con el asunto de las Navidades, y para ese entonces aún no vivía con él y había dispuesto de todas las noches para recuperarse; aun con eso, esa sola muestra había bastado para que Lucy cediera inmediatamente en la siguiente ocasión en la que Wemyss había querido algo. De hecho, era por lo sucedido en Navidad por lo que ahora estaba allí, casada con él, en vez de quedarle todavía seis meses hasta la boda, tal como ella y su tía Dot hubieran querido.

—¿Por qué se negaba? —preguntó Lucy, aún sorprendida.

Wemyss tardó un poco en responder.

—Iba a decirte que se lo preguntaras tú misma, pero creo que eso te resultaría francamente difícil —contestó al fin.

Lucy se lo quedó mirando.

—Sí —dijo después—, parece como si estuviera aquí con nosotros, ¿verdad? Está habitación está llena de…

—Ya vale, Lucy. Deja el tema. Ven.

Le tendió la mano. Ella se acercó obedientemente y se la tomó.

Wemyss la acercó a él y le pasó la mano por el pelo para despeinarla. Volvía a estar animado, echar la bronca a las criadas lo había puesto de buen humor.

—¿Quién es mi niñita tontorrona? —le preguntó—. Dime, ¿quién es mi niñita tontorrona? Vamos, dime… —Y la agarró por la

cintura y la hizo saltar arriba y abajo.

Chesterton llegó con el té justo en mitad de uno de esos saltitos.

CAPÍTULO 24

No había ninguna mesita para el té. Chesterton, aguantando la pesada bandeja con los brazos tensionados, miraba a un lado y a otro. Era obvio que ahí no se solía servir el té.

—Ponla bajo la ventana —le ordenó Wemyss, y señaló el escritorio de la ventana haciendo un gesto con la cabeza.

—Oh… —empezó a decir Lucy sin pensar, luego se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—¿No habrá… mucha corriente?

—Tonterías. Qué ideas tienes. ¿Tú crees que yo permitiría que las ventanas de mi casa dejaran entrar corrientes de aire?

Chesterton apoyó una esquina de la bandeja sobre el escritorio e hizo espacio apartando cosas con la otra mano. No es que hubiera que apartar mucho, pues era un escritorio grande y lo único que había encima eran las hojas de papel que esa tarde se habían desperdigado por el suelo, uno o dos bolígrafos oxidados, algunos lápices con los extremos mordisqueados como los hubiera dejado un niño durante las clases, un tintero que parecía bastante olvidado y un libro gris con las palabras «Contabilidad doméstica» escritas en su lomo con letra oscura.

Wemyss la observaba mientras lo colocaba todo.

—Con cuidado…, con cuidado —le dijo cuando una taza repiqueteó sobre su platillo.

Chesterton, que ya estaba teniendo cuidado, tuvo aún más. Y, siendo *le trop du bien l'ennemi*, tuvo tan mala suerte que se le enganchó el puño de la blusa con el plato del pan con mantequilla. El plato se inclinó y el pan con mantequilla se resbaló, pero Chesterton fue capaz de evitar que el plato siguiera la misma trayectoria y se estampara contra el suelo

gracias a un movimiento rápido y entrenado.

—Vaya —dijo Wemyss—, mira lo que has conseguido. ¿No te he dicho que tuvieras cuidado? —Entonces, se dirigió a Lucy—. ¿Se lo he dicho o no se lo he dicho?

Chesterton, de rodillas, estaba recogiendo el pan con mantequilla, que se había caído con el lado de la mantequilla hacia abajo, como no podía ser de otra manera.

—Irás a buscar un trapo —le dijo Wemyss.

—Sí, señor.

—Y prepararás más pan con mantequilla.

—Sí, señor.

—Con ese ya suman dos platos de pan con mantequilla desperdiciados en el día de hoy gracias a tu incompetencia. Se te deducirán… Lucy, ¿adónde vas?

—A buscar un pañuelo. Quiero un pañuelo, Everard. No puedo seguir usando el tuyo para siempre.

—No harás tal cosa. Lizzie te traerá uno. Vuelve enseguida. No te tendré entrando y saliendo de la habitación todo el rato. No he visto a nadie tan inquieto en mi vida. Llama al timbre y pídele a Lizzie que te traiga uno. Para eso está, digo yo.

Entonces prosiguió y concluyó sus observaciones para Chesterton.

—Se te deducirán del sueldo —le dijo—. Así aprenderás.

Y Chesterton, que ya estaba acostumbrada a eso y había acordado tiempo atrás con la cocinera que añadirían tales deducciones a las cuentas de la carnicería, simplemente dijo:

—Sí, señor.

Cuando se hubo ido —o, más bien, cuando se hubo retirado, pues una palabra tan nimia como «ido» no le hacía justicia al decoro sigiloso con el que Chesterton abría y cerraba la puerta en sus entradas y salidas— y habiéndose ido Lizzie también después de traerle un pañuelo, Lucy supuso que se tomarían el té. Al fin había llegado la hora de sentarse bajo esa ventana.

El escritorio estaba situado en perpendicular a dicha ventana, de tal manera que, al sentarse, no había nada entre la silla y la gran placa de vidrio que prácticamente llegaba al suelo. Uno podía mirar recto hacia abajo y ver las losas de la terraza. Le parecía horrible, espantoso, tomar el té ahí, especialmente el primer día, sin haber

tenido tiempo de acostumbrarse a nada todavía. Esa desafección por parte de Everard era, o bien sencillamente prodigiosa —Lucy ya le había buscado explicaciones respetables—, o bien tan desalmada que era incapaz de encontrarle una explicación, al menos una que se atreviera a considerar. Una vez más, decidió que Everard estaba gestionando la situación de la manera más simple y adecuada. Estaba cogiendo el toro por los cuernos. Estaba arrancando el problema de raíz. Estaba renovando el aire. Sus metáforas quizás chirriaban un poco, pero es que ese día entero parecía chirriar también. Todo reflejaba la confusión producida por la lucidez excesiva del discurso de Wemyss.

—¿Sirvo el té? —preguntó Lucy, lista para coger ella también el toro por los cuernos, pues Wemyss seguía de pie enfrente del fuego fumando en silencio. Esforzándose por sonar alegre, añadió—: Mira, esta será la primera vez que sirva el té en mi…

Iba a decir «en mi propia casa», pero las palabras se le trabaron en la lengua. Durante el día, Wemyss había hablado en repetidas ocasiones de su casa, pero en ningún momento había dicho «nuestra casa» o «tu casa». Y, en realidad, no había casa en el mundo que Lucy sintiera menos suya que esa.

—Todavía no —dijo Wemyss de forma escueta.

Lucy no entendía.

—¿Todavía no? —repitió.

—Estoy esperando el pan con mantequilla.

—Pero ¿no se nos va a enfriar el té?

—Sin duda. Y será todo por culpa de esa inútil.

—Pero… —empezó a decir Lucy después de un breve silencio.

—¿Otra vez con los peros?

—Solo estaba pensando que, si nos lo tomásemos ahora, no se nos enfriaría.

—Tiene que escarmentar.

Lucy seguía sin entenderlo.

—¿No escarmentaremos nosotros, más bien?

—Cielo santo, Lucy, deja de replicar. En mi casa, las cosas se hacen como es debido. Tú no sabes cómo se lleva una casa en condiciones. Esa tropa con la que creciste… En fin, basta con mirarlos para imaginar el caos de vida que llevan. Esa incompetente tiene la culpa de que el té se nos enfríe. Ella y solo ella. Yo no le

pedí que tirara el pan con mantequilla al suelo, ¿verdad? —Y, como Lucy no respondía, Wemyss insistió—: ¿Verdad?

—No —respondió Lucy al fin.

—Pues eso —añadió Wemyss.

Esperaron en silencio.

Chesterton llegó. Colocó el pan con mantequilla recién hecho sobre el escritorio y limpió el suelo con un trapo que había traído consigo.

Wemyss la observó fijamente. Una vez que hubo terminado —tan excelente era Chesterton en el desempeño de su trabajo que Wemyss no pudo encontrar ni rastro de mantequilla en el suelo por mucho que escudriñó—, le dijo:

—Ahora vas a llevarte la tetera abajo y nos traerás té caliente.

—Sí, señor —dijo Chesterton, y retiró la tetera.

Al ver alejarse la tetera, a Lucy le vino a la cabeza un verso de un himno que su aya solía cantarle. Decía así: «Habrá trabas en el camino…». Y pensó que el verso siguiente, que ya no recordaba, debía haber dicho: «si tomar el té es tu destino».

Sin embargo, aunque una parte de su mente se estaba dedicando a repetir esos versos con una trivialidad nerviosa, la otra estaba seriamente preocupada por la cantidad de viajes que la criada estaba teniendo que hacer arriba y abajo de esas escaleras. Era…, en fin, desconsiderado por parte de Everard obligarla a subir y bajar tantas veces. Lo más probable era que no se diera cuenta, —claro que no— de cuantísimas escaleras había. ¿Cuándo y cómo podía abordar este tema y otros similares con él? ¿Cuándo estaría de un humor que le permitiera a Lucy hablar de ello sin empeorar la situación? ¿Y cómo, con qué tacto y con qué palabras suficientemente amables podría evitar ofenderlo? Tenía que haber alguna manera. Pero el tacto, la cautela y la prudencia eran cosas que no había necesitado nunca hasta entonces. ¿Se le darían bien en lo más mínimo? Además, todas ellas le parecían un insulto aplicadas al amor. Lucy siempre había creído que al amor, al amor verdadero, no le hacía falta ninguna de esas protecciones. Había creído que el amor era un crecer juntos sencillo y robusto capaz de soportar cualquier cosa… Oh, ahí estaba la criada de nuevo con la tetera. ¡Qué rápido había ido!

La rapidez no era, sin embargo, lo que había estado practicando

Chesterton durante los últimos minutos, sino más bien el tacto, la cautela y la prudencia. Se había llevado la tetera y había estado esperando en silencio detrás de la puerta cerrada un tiempo prudencial, tras el cual había vuelto a entrar en la habitación con la misma tetera en la mano. La colocó sobre la mesa con una compostura admirable y preguntó educadamente a Wemyss si lo podía ayudar con alguna cosa más.

—Sí —respondió él—. Ahora te vas a llevar esas tostadas y traerás otras acabadas de hacer.

Chesterton se llevó las tostadas y, de nuevo, esperó unos instantes tras la puerta.

Lucy esperaba que hubiera llegado el momento de tomar el té.

—¿Lo sirvo? —preguntó algo nerviosa al cabo de un momento, pues Wemyss seguía sin moverse y temía que las tostadas fueran a convertirse en una nueva traba, en cuyo caso iban a estar dando vueltas y más vueltas toda la tarde sin llegar nunca a alcanzar el té.

Pero esta vez Wemyss sí se acercó hasta el escritorio y se sentó. Lucy lo siguió, tan absorta en los métodos de administración del hogar de su marido que esta vez ni siquiera reparó en la posición de la mesa.

—Es aberrante —dijo Wemyss mientras se dejaba caer en la silla con todo su peso— que nos hagan esperar así por un simple té. Te lo digo, son lo más negligente…

Y ahí estaba Chesterton de nuevo con el plato de las tostadas en perfecto equilibrio sobre las puntas de unos dedos respetuosos.

Esta vez, incluso Lucy se dio cuenta de que debían de ser las mismas tostadas y le tembló la mano en el acto de servir el té, pues estaba temiendo la explosión que sin duda alguna se iba a suceder.

Pero ¡oh, milagro!, no hubo explosión. Por increíble que pareciera, Everard no se había dado cuenta. Estaba tan centrado en lo que Chesterton estaba haciendo con su taza, no fuera que la llenara un pelín más de lo que él deseaba, que lo único que le dijo a la criada cuando colocó las tostadas sobre la mesa fue: «Espero que no se vuelva a repetir». Lo dijo sin entusiasmo, de forma bastante mecánica.

—Sí, señor.

Chesterton esperó.

Wemyss le hizo un gesto con la mano.

Chesterton se fue.

No había pasado ni un instante desde que la puerta se había cerrado cuando Wemyss exclamó:

—No me digas que esa holgazana descarada se ha olvidado… —Wemyss, demasiado enfurecido para acabar la frase, se quedó con la mirada fija en la bandeja de servir el té.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntó Lucy, sobresaltada, mirando la bandeja a su vez.

—¿Qué va a ser? El azúcar.

—Oh, voy a llamarla, justo acaba de irse…

—Siéntate, Lucy.

—Pero si aún estará aquí fuera…

—Que te sientes, te he dicho.

Lucy se sentó.

Entonces recordó que tanto ella como Everard siempre se tomaban el té sin azúcar, así que, naturalmente, no tenía sentido volver a llamar a Chesterton.

—Oh, por supuesto —dijo Lucy con una sonrisa nerviosa. Entre una cosa y otra, había acabado exhausta—, qué tonta soy. No queremos azúcar.

Wemyss no dijo nada. Estaba estudiando su reloj, cronometrando a Chesterton. Luego, una vez pasados los segundos necesarios para que llegara a la cocina, se levantó y llamó al timbre.

Lizzie apareció a su debido tiempo. Parecía que, por norma, Lizzie era quien debía acudir a la llamada de ese timbre en concreto.

—Chesterton —le espetó Wemyss.

Chesterton apareció a su debido tiempo. Estaba menos compuesta que cuando había vuelto con la tetera y con las tostadas. Intentó ocultarlo, pero estaba sin aliento.

—¿Señor? —dijo.

Wemyss la ignoró por completo y siguió sorbiendo su té.

Chesterton esperó.

Después de unos momentos de silencio, Lucy pensó que quizás, como señora de la casa, se esperaba de ella que le pidiera el azúcar a Chesterton; sin embargo, como ninguno de los dos lo necesitaba…

Pasados unos momentos más de silencio durante los que Lucy se estuvo preguntando a qué estaban esperando todos exactamente,

dedujo que Everard no debía de haber escuchado entrar a la criada. Así pues, le dijo:

—Chesterton ya está aquí, Everard. —Se avergonzó de lo cohibido que había sonado ese hilillo de voz.

Wemyss la ignoró por completo y siguió comiendo pan con mantequilla.

Pasados unos momentos más de debate interno por parte de Lucy, concluyó que, después de todo, debía esperarse de ella que, como señora de la casa, mencionase lo del azúcar. Y había que mencionar lo del azúcar no porque lo necesitaran, sino por un tema de principios. Pero cuántos rodeos para eso, qué forma más agotadora y difícil de hacerlo. ¿Por qué no le decía Everard lo que quería, en vez de obligarla a adivinarlo?

—Creo… —empezó Lucy, sonrojada, pues ahora sí se sentía muy cohibida—, creo que se te ha olvidado el azúcar, Chesterton.

—¡Haz el favor de no interferir! —exclamó Wemyss, que dio un sonoro golpe sobre la mesa con su taza.

El rubor abandonó al instante las mejillas de Lucy, como si alguien las hubiera apagado. Se quedó paralizada en su silla. Sabía que, si se movía o apartaba la mirada de su plato, se echaría a llorar. Ni en sus peores perspectivas había imaginado que ella estaría en presencia de las criadas durante una de las escenas de Wemyss. Era inconcebible. Debía contenerse, no se movería ni miraría. Se quedó sentada, absorta en ese único deber, intensamente concentrada. Chesterton debía de haberse ido y vuelto otra vez, pues le pareció que en ese momento estaba depositando el azucarero sobre la bandeja. Wemyss levantó su taza.

—Ponme un poco más de té, ¿quieres? —le dijo a Lucy—. Y, por el amor de Dios, no te enfurruñes. Si el servicio descuida sus tareas, no es ni tu trabajo ni el mío decirles lo que se han olvidado. Tienen que verlo ellos mismos. Si no lo ven, tienen que quedarse ahí mirando hasta que lo vean. Es la única manera de que aprendan. Pero que tú, encima, te enfurruñes…

Levantó la tetera con ambas manos, pues con una sola sus temblores habrían sido demasiado evidentes. Consiguió servir el té sin derramarlo, se detuvo casi en el momento exacto en el que Wemyss le dijo: «Con cuidado, con cuidado…, la estás llenando demasiado». Pasados un par de minutos y procurando controlar su

voz para mantenerla firme, incluso consiguió decirle:

—No estoy enfurruñada. Me…, me duele la cabeza.

Y, desesperada, pensó que lo único que se podía hacer en el matrimonio era dejarse llevar.

CAPÍTULO 25

Durante lo que quedaba del día, se dejó llevar sin ofrecer resistencia. No podía pensar más. No podía sentir más; ese día no. Le dolía la cabeza de verdad. Cuando cayó la noche y Wemyss encendió las luces, incluso él lo notó, ya que Lucy estaba blanca como el papel y tenía los ojos hinchados y de aspecto cansado.

Wemyss tuvo uno de sus repentinos cambios de humor.

—Ven aquí —le dijo alargándole la mano y poniéndose a Lucy en el regazo. La sentó con la cara apoyada sobre su pecho y lo invadió un fuerte instinto maternal—. ¿Qué le pasa a esta criaturita? —canturreó Wemyss—. ¿Le duele la cabecita…?

Le puso a Lucy la manaza fría sobre la frente caliente y ahí la mantuvo.

Lucy dejó de intentar entender nada. Le resultaba imposible seguirle el ritmo con esos cambios tan abruptos; estaba cansada, muy cansada…

Se quedaron sentados delante del fuego, Wemyss con la mano en la frente de Lucy, lleno de instinto maternal, y Lucy convertida en un vacío dócil. Y así permanecieron hasta que Wemyss recordó que aún no le había enseñado el salón. La tarde no había ido según lo previsto, pero aún les daría tiempo a ver el salón antes de cenar si se daban prisa.

En consecuencia, levantó a Lucy de su regazo de golpe.

—Vamos, amorcito —dijo súbitamente—. Vamos, arriba. Hay algo que quiero enseñarte.

Cuando Lucy se quiso dar cuenta, estaba bajando las escaleras y entrando en una habitación amplia y fría. Sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la brillante luz que Wemyss acababa de encender.

—Esto es el salón —le dijo mientras la agarraba del brazo—. Es hermoso, ¿verdad?

Después, se puso a hablarle sobre el piano y le contó que había encontrado un botón suelto, señaló unas alfombras enrolladas en una esquina, que, desenrolladas, servían para decorar el suelo de parqué y le mostró las cortinas; no tenía nada en contra de las cortinas en el salón, le dijo, porque un salón era, al fin y al cabo, una habitación donde se hacían concesiones. Al terminar, le preguntó una vez más si le parecía hermoso.

Lucy dijo que era una habitación muy hermosa.

—No te olvidarás de volver a tapar el piano como es debido cuando hayas acabado de tocarlo, ¿no?

—No —respondió Lucy—. Pero es que yo no toco —añadió al recordarlo.

—Entonces, ningún problema —dijo Wemyss con alivio.

Aún estaban admirando las proporciones de la habitación, su chimenea de mármol y el brillo de sus luces, «Se sabe que la iluminación es buena —le decía Wemyss— si un hombre de ochenta años puede leer el periódico en cualquier rincón de la estancia», cuando el gong empezó a sonar.

—Cielo santo —exclamó Wemyss mirando el reloj—, dentro de diez minutos ya será hora de cenar. Vaya, hemos perdido toda la tarde. ¡Y yo que quería enseñarte tantas cosas! Ay —dijo entonces, negando con la cabeza con reprobación y adoptando un tono triste —, ¿y quién ha tenido la culpa de eso?

—Yo —respondió Lucy.

Wemyss le puso la mano bajo la barbilla y la levantó un poco mientras contemplaba su rostro y seguía negando con la cabeza lentamente. La intensidad de la luz fue demasiado para los ojos hinchados de Lucy y la hizo pestañear.

—Ah, mi Lucy —le dijo con cariño—, mi despilfarradora de felicidad favorita. ¿No es mejor, simplemente, amar a tu Everard que hacerlo infeliz?

—Mucho mejor —dijo Lucy parpadeando.

En The Willows no había que arreglarse para la cena, pues eso, según le explicó Wemyss, era lo maravilloso de estar en casa, uno nunca tenía que hacer nada que no le apeteciera, por lo que consideraba que un aviso con diez minutos de antelación era más que suficiente para lavarse las manos antes de comer. Se las lavaron juntos en el dormitorio principal, ya que Wemyss se oponía a los

vestidores en casa aún más vehementemente que en hoteles durante la luna de miel.

—Nadie me va a separar de mi propia esposa —le dijo secándose las manos y observándola con una posesividad teñida de orgullo mientras ella se secaba las suyas. Sus lavabos estaban uno al lado del otro, sobre la encimera de mármol marrón moteado del mismo lavamanos—. ¿A que no?

—No —respondió Lucy.

—¿Qué tal la cabeza? —le preguntó.

—Mejor —respondió ella.

—¿Quién tiene el marido más indulgente? —le preguntó.

—Yo —respondió Lucy.

—Anda, sonríe un poco —le dijo él.

Lucy sonrió un poco.

A la hora de cenar, era Vera quien sonreía, su estática sonrisilla ahogada, con los ojos clavados en Lucy. Su silla quedaba de espaldas a Vera, pero sabía que solo tenía que darse la vuelta para encontrarse con su mirada sonriente. Nadie más sonreía, solo Vera.

Lucy inclinó la cabeza sobre su plato en un intento de rehuir la luz directa que caía a plomo sobre sus ojos, doloridos de tanto llorar. Tenía delante de ella el jarrón de caltas, las flores de cumpleaños. Chesterton, con un aire de atención forzada, estaba de pie detrás de Wemyss. Algunos pensamientos flotaban a media luz en la mente de Lucy, sabiendo que Everard pasaba su cumpleaños en The Willows año tras año, ese mismo día del año anterior, a esa misma hora, Vera había estado ocupando la silla que Lucy ocupaba ahora, con las caltas brillando delante de ella, mientras Everard se metía un extremo de la servilleta por el cuello de la camisa y Chesterton esperaba a que estuviera listo para destapar la sopa. Del mismo modo que Lucy estaba viendo esas cosas este año, Vera las había visto el año anterior. A Vera aún le habían quedado tres meses de vida por delante, tres meses más de cenas, de Chesterton, de Everard colocándose la servilleta. Qué raro. Era como un sueño. En ese cumpleaños anterior, el último que Vera presenciaría nunca, ¿se le habría pasado por la cabeza el cumpleaños del año siguiente? Qué sorpresa se habría llevado si hubiese podido ver el futuro y se la hubiera encontrado a ella, a Lucy, sentada en su silla. La misma silla, todo igual…, a excepción de la esposa. «*Souvent femme*

varie». Ese pensamiento flotó sin rumbo en su agotado cerebro. Se tomó la sopa, encorvada en su silla por el cansancio. La vida era exactamente igual que un sueño…

Wemyss, concentrado en el escrutinio de su comida y del comportamiento de Chesterton, no tenía tiempo para dedicar a lo que fuera que Lucy estuviera haciendo. La norma era que, durante las comidas, Chesterton no debía abandonar la sala en ningún momento. Lo más lejos que se le permitía ir era hasta una puerta que había en el rincón sombrío del lado opuesto de la puerta que daba al vestíbulo y a través de la cual el brazo de Lizzie iba introduciendo platos. También estaba establecido que Lizzie no debía entrar en la sala; estática al otro lado de esa puerta, su función era introducir platos a través de ella. La cadena se completaba con la asistenta, que le llevaba los platos desde la cocina correteando sin parar. Todo esto lo había elaborado y planificado Wemyss con mucho cuidado años atrás, por lo que, en general, funcionaba como una seda; aun así, a veces había complicaciones y el brazo de Lizzie se retrasaba un minuto en la entrega de un plato. Cuando eso ocurría, Chesterton, que había tenido que estar esperando y era consciente de la impaciencia casi corpórea de Wemyss al final de la mesa, sacaba la cabeza por la puerta y le gruñía a Lizzie, que luego se iba corriendo a la cocina y le gruñía a la asistenta, que, por su parte, no se atrevía a gruñirle a la cocinera.

Esa noche, sin embargo, todo se desarrolló a la perfección. Por el comportamiento que Chesterton había mostrado a la hora del té y el de Lizzie con el asunto de la ventana, Wemyss se dio cuenta de que, durante sus cuatro semanas de ausencia, la casa se había empezado a descontrolar, motivo por el cual ese día estaba más atento que nunca, decidido a no pasar nada por alto. En esa ocasión, su atención fue en vano, todo progresó sin imprevistos de principio a fin. La asistenta correteó, Lizzie entregó y Chesterton sirvió con la puntualidad de un reloj suizo. Cada plato llegó caliente y puntual, o frío y puntual, según lo que de él se esperara. Al terminar, cuando Wemyss salió del comedor con Lucy del brazo, no pudo evitar pensar que había cenado muy bien. Aun así, quizás se les había olvidado desempolvar el retrato de su padre; sería típico de ellas no haber acatado sus órdenes. Así pues, volvió a entrar para

comprobarlo y, como la llevaba del brazo, Lucy entró con él. No, también se habían encargado de eso, no quedaba nada por decir…, a excepción de lo siguiente:

—Café. Ya. —Le dijo Wemyss a Chesterton con gran aspereza mientras le dedicaba una mirada amenazadora.

Acabaron el día en la biblioteca leyendo los informes escolares de Wemyss y mirando fotos suyas de varias épocas: desnudo y risueño, con rizos y vestido, con bombachos, sujetando un aro, un niño corpulento, un joven alto y esbelto, un joven menos esbelto, menos esbelto aún, grueso. A las diez en punto, se fueron a la cama.

Alrededor de medianoche, Lucy descubrió que las distancias de la cama triple amortiguaban el sonido; eso, o estaba demasiado cansada para escuchar nada, pues cayó inconsciente con una rapidez pasmosa.

El tiempo mejoró al día siguiente. El sol brillaba y, si bien seguía soplando el viento, la lluvia solo los molestó con algún chaparrón suelto. Se levantaron muy tarde —en The Willows, los domingos, el desayuno se servía a las once— y fueron a echar un vistazo a las gallinas. Después pasearon por el jardín, fueron hasta la orilla del río a tirar unos palos, contemplaron la rapidez con la que se arremolinaban en su superficie fangosa y turbulenta, y llegó la hora del almuerzo. Ya almorzados, pasearon por el camino de sirga, uno detrás del otro, pues era estrecho y las hierbas que crecían a ambos lados estaban mojadas. Wemyss caminaba despacio y soplaba un viento frío. Lucy lo seguía de cerca y buscaba cobijo bajo su sotavento, por así decirlo. La senda estrecha y el viento despiadado no les permitían hablar, pero de vez en cuando Wemyss se volvía a mirarla por encima del hombro.

—¿Sigues ahí? —le preguntaba, a lo que Lucy le respondía que sí.

Tomaron el té puntualmente a las cuatro y media en el gabinete de Vera, esta vez sin encender ningún fuego: Wemyss había corregido la tendencia que tenía Lizzie a mostrar iniciativa. Al terminar, volvieron a salir para que Wemyss pudiera enseñarle a Lucy cómo se producía su electricidad en compañía del jardinero que se encargaba de la maquinaria y el muchacho que se encargaba del jardinero.

Hubo una puesta de sol fría, una fina franja dorada bajo las

nubes espesas, como un ojo lúgubre medio abierto. Las vacas, ponderadas, decoraban los prados tumbadas sobre la hierba seca como un cuadro inmóvil. El viento proveniente de la puesta de sol se filtraba a través del abrigo de Lucy, por mucho empeño que ella pusiera en envolverse bien mientras ambos vagaban sin rumbo por los anexos del jardín y examinaban la durabilidad de la valla. Lucy seguía con dolor de cabeza, a pesar de haber descansado bien, la garganta también empezó a dolerle hacia la hora de cenar. No se lo comentó a Wemyss porque estaba segura de que se encontraría mejor por la mañana. Sus resfriados nunca duraban demasiado. Además, Wemyss le había dicho muchas veces que los enfermos lo aburrían soberanamente.

A la hora de cenar, tenía las mejillas muy rojas y los ojos muy brillantes.

—¿Quién es mi niña bonita? —le dijo Wemyss, asombrado ante su belleza.

Sí, estaba encantado con ella. Había sido su Lucy todo el día, tan dulce y agradable, y no había dicho ni un «pero» ni había intentado salir corriendo de ninguna habitación. Había sido del todo complaciente y ahora estaba simplemente hermosa, con la luz dándole de lleno y resaltando sus preciosos colores.

—¿Quién es mi niña bonita? —le preguntó de nuevo tomándola de la mano mientras Chesterton los miraba de soslayo. Entonces Wemyss reparó en la bufanda de punto que cubría los hombros de Lucy y le dijo—: ¿Qué haces con esa cosa puesta aquí dentro?

—Tengo frío —respondió Lucy.

—¿Frío? ¡Qué tonterías! Si estás caliente como un pan recién hecho. Mira qué fría está mi mano en comparación con la tuya.

Finalmente, Lucy le confesó que creía que se había resfriado. A Wemyss le cambió la expresión y retiró su mano.

—Bueno, si piensas en el comportamiento que tuviste ayer, creo que este resfriado te lo has buscado tú solita.

—Supongo que tienes razón —convino Lucy, y le aseguró que sus resfriados nunca duraban más de veinticuatro horas.

Luego, cuando se quedaron a solas en la biblioteca, Lucy le preguntó si no sería mejor que durmieran separados para que no se contagiara, pero Wemyss no quiso ni oír hablar del tema. Le dijo que él no se resfriaba nunca, de hecho, consideraba que las

personas con dos dedos de frente nunca cogían resfriados. Además, no permitiría que algo tan nimio lo separara de su esposa. Añadió también que, si bien se había ganado a pulso un resfriado después de lo del día anterior —«menuda diablilla sinvergüenza, presentándose en la biblioteca con solo una manta y nada debajo», le dijo pellizcándole la oreja— por algún motivo, aunque se había enfurecido en su momento, ahora le complacía recordarlo—, a él no le parecía que mostrara síntomas de haberse constipado. No estornudaba, no se sonaba la nariz…

Lucy estuvo de acuerdo y le dijo que seguro que no era nada y que lo más probable era que se encontrara perfectamente a la mañana siguiente.

—Sí, y ya sabes que vamos a coger el tren de la mañana hacia Londres —le recordó Wemyss—. Tenemos que salir de aquí a las nueve en punto, no te olvides.

—Sí —dijo Lucy.

Como estaba bastante incómoda, tenía frío y calor a la vez y sentía la necesidad de escabullirse y estar sola un rato, le dijo a Wemyss que, aunque sabía que era muy temprano, quizás debería ir a meterse en la cama.

—Muy bien —dijo Wemyss levantándose de golpe—. Iré contigo.

CAPÍTULO 26

Sin embargo, Lucy se lo puso muy difícil a Wemyss esa noche. No dejaba de dar vueltas en la cama, por lo que se le hizo tan incómodo dormir con ella —o, más bien, intentarlo, pues cuanto más avanzaba la noche, menos caso le hacía Lucy cuando le pedía que dejara de moverse— que a las dos de la madrugada Wemyss se levantó, medio dormido y tambaleándose, y se fue a la habitación de invitados arrastrando con él la colcha y sus cojines, y allí terminó la noche en paz.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, tardó un rato en situarse y en entender por qué, al extender el brazo, no encontraba esposa alguna con la que acurrucarse. Entonces se acordó y se sintió terriblemente herido por haberse visto expulsado de su propia cama. Si Lucy creía que por la noche iba a poder exhibir la misma agitación que la caracterizaba durante el día, estaba muy equivocada. Wemyss se levantó para decírselo.

Se la encontró durmiendo en una postura muy descuidada, hecha un ovillo envuelta con las sábanas, que habían quedado recogidas hacia su lado de la cama. Wemyss las colocó bien, ella se despertó y él se metió en la cama, extendió el brazo y le dijo: «Ven aquí». Pero ella no vino.

Entonces la miró más de cerca, y ella, mirándolo a su vez con ojos pesados, soltó unas palabras roncas. Estaba claro que había cogido un odioso resfriado.

—¡Así que era falso lo de que ya no estarías resfriada por la mañana! —exclamó.

De nuevo, Lucy soltó unas palabras roncas. Estaba claro que tenía un fastidioso dolor de garganta.

—Son casi las siete y media —dijo Wemyss—. Recuerda que debemos salir de casa a las nueve en punto.

¿Era posible que Lucy no fuera a salir de casa a las nueve en

punto? La mera idea lo irritaba. ¿Ir solo a Londres, él? ¿En la primera ocasión que tenía de hacerlo después de su boda? ¿Ir a Lancaster Gate solo, como si no tuviera esposa? ¿De qué le servía tener una mujer si no iba a acompañarlo hasta Londres? Y todo por culpa del comportamiento que Lucy había tenido el día de su cumpleaños.

—En fin —dijo Wemyss, incorporándose en la cama y bajando la vista hacia ella—, espero que estés contenta con el resultado de tus actos.

Pero no servía de mucho decirle cosas a alguien que solo emitía sonidos roncos.

Se levantó de la cama y subió las persianas de golpe.

—Y encima hace un día precioso —añadió con indignación.

A las nueve menos cuarto, cuando llegó el taxi de la estación, Wemyss subió al dormitorio esperando encontrársela vestida, sensata y lista para irse, pero ahí seguía, igual que como la había dejado cuando había bajado a tomarse el desayuno: inerte y dormitando en la cama deshecha.

—Más te vale seguirme en el tren de esta tarde —le dijo después de mirarla un rato en silencio—. Se lo diré al taxista. Como última opción —añadió al ver que no respondía—, como última opción, Lucy, te espero mañana.

Ella abrió los ojos y lo miró lánguidamente.

—¿Me has escuchado? —preguntó Wemyss.

Lucy soltó un sonido ronco.

—Adiós —le espetó Wemyss, y se inclinó para darle un beso breve y asqueado en la coronilla.

Era increíble que siempre le tocara a él pagar el pato por la insensatez de los demás… Wemyss apenas pudo prestarle atención al periódico en el tren por estar dándole vueltas a eso.

Ese mismo día, la señorita Entwhistle, que sabía que habían regresado de la luna de miel el viernes anterior, que habían pasado el fin de semana en The Willows y que iban a volver a Lancaster Gate el lunes por la mañana temprano para pasar ahí unos pocos días, se esperó hasta las doce en punto para darle a Wemyss margen suficiente para haber salido ya de casa. Entonces, llamó. Lucy y ella iban a almorzar juntas. Lucy le había escrito para decírselo y la señorita Entwhistle quería preguntarle si llegaría pronto. No veía el

momento de volver a tener entre sus brazos a su chiquilla adorada. Parecía que había pasado una eternidad desde que la vio desaparecer en ese taxi con una sonrisa radiante, y las cartas que había esperado recibir durante la luna de miel no habían sido cartas, sino simples postales.

Le respondió una voz masculina, pero no era Wemyss. La señorita Entwhistle identificó la voz del sirviente pálido que se ocupaba de Lancaster Gate junto con su mujer. Vivían en el sótano y solo salían a la luz si no les quedaba otro remedio. El timbre los obligaba a emerger, al igual que los baños de Wemyss, sus desayunos y su cama por hacer, una vez que se había ido a la oficina. Sin embargo, después, las sombras los engullían nuevamente hasta la mañana siguiente, pues hacía mucho tiempo que Wemyss volvía a casa cuando ellos ya estaban en la cama. Su nueva boda iba a causarles molestias, de eso estaban seguros, y la pálida sirvienta tenía el presentimiento de que le iba a tocar cocinar; en todo caso, solo deberían sufrir esas molestias durante una pequeña parte de la semana, y cualquier cosa se hacía soportable cuando uno estaba libre de viernes a lunes. Así, al ver que la mañana iba avanzando y no llegaba nadie de Strorley, se empezaron a despejar sus temores, y se habían despejado casi por completo cuando sonó el teléfono.

Eso no ocurría a menudo, ya que Wemyss tenía otros teléfonos —el de la oficina, el del club—, de manera que a Twite, falto de práctica, no se le daba muy bien gestionar tal situación. Además, ese sonido tan estridente que hacía vibrar la casa vacía, con insistencia y energía, siempre conseguía alterarlos a ambos. Les parecía algo insólito. La señora Twite, al ver cómo ese sonido arrancaba a su marido de entre las sombras como un pececillo tranquilo al que sacan del agua y se queda boqueando en la superficie, siempre daba las gracias a Dios por no haber nacido hombre.

Indefectiblemente, se quedaba escuchando al pie de las escaleras de la cocina, preocupada por lo que pudiera pasarle a Twite ahí arriba, solo ante esa voz. En esa ocasión, escuchó lo siguiente:

—No, señora, todavía no, señora… No sabría decirle, señora… No, no hay noticias, señora… Sí, señora, el viernes por la noche… Sí, señora, el sábado temprano… Sí, señora, sí lo es, muy extraño,

señora…

Luego se hizo el silencio. La señora Twite sabía que su marido debía de estar escribiendo en el bloc de notas que Wemyss les había proporcionado para ese fin.

Esa era la más compleja de las tareas de Twite. Tenía que escribir cualquier mensaje que llegara, incluyendo la hora, y dejarlo en la mesa del vestíbulo para que Wemyss lo viera al volver a casa por la noche. Twite no era muy versado en el arte de escribir. Las palabras lo confundían. Nunca sabía muy bien cómo se deletreaban. Además, le resultaba muy difícil acordarse de lo que se le había dicho, pues la voz del teléfono siempre iba acompañada de una prisa y una urgencia que lo aceleraban y le impedían prestar toda su atención al mensaje. Además, ¿cuándo no era un mensaje, un mensaje? Lo que les había ordenado Wemyss era apuntar los mensajes. Si no eran mensajes, ¿tenía que apuntarlos de todos modos? ¿Era esto, por ejemplo, un mensaje?

Pensó que era mejor ir sobre seguro y lo anotó laboriosamente:

> La señorita Henwissel llamo señor para saber si avian llegado y si es que si que cuando ivan a volver y que ordenes teniamos y que era muy estraño 12.15.

Acababa de dejar el papel sobre la mesa y se disponía a descender de nuevo hacia la tranquilidad de sus sombras cuando esa cosa empezó a sonar otra vez.

Esta vez, era Wemyss.

—Vuelvo esta noche, tarde, como siempre —dijo.

—Sí, señor —dijo Twite—. Acaba de llegar…

Pero ya no había nadie al otro lado de la línea.

Mientras, la señorita Entwhistle, después de un periodo de reflexión, decidió llamar al número diecinueve de Strorley. Le respondió la voz de Chesterton, serena y eficiente, y las respuestas que le dio a la señorita Entwhistle hicieron que desconvocara el almuerzo, que preparara una bolsa con sus cosas y que se pusiera rumbo a la estación de Paddington.

Los trenes hacia Strorley eran pocos y lentos a esa hora, y no fue hasta las cinco cuando recorrió la senda fangosa en el taxi de la estación, dejó atrás la verja blanca y llegó por fin a The Willows. Que tarde o temprano habría tenido que pisar The Willows ahora

que un matrimonio la unía a esa casa estaba claro; durante las cuatro semanas de paz que había tenido desde el día de la boda, había decidido que iba a desprenderse de todos sus ridículos prejuicios en relación con ese sitio y acudiría, cuando le tocara acudir, con el corazón resuelto y el semblante sereno. Al fin y al cabo, su nuevo sobrino llevaba razón cuando decía que «en todas partes ha muerto alguien». Sin embargo, a medida que el taxi la iba acercando por ese camino lleno de barro, no pudo evitar pensar que ya era mala suerte que Lucy estuviera en cama precisamente en esa casa. También estaba recelosa por haber ido hasta allí sin que la hubieran invitado. Si se tratara de una enfermedad grave, naturalmente, esos recelos no tendrían cabida, pero lo único que la voz de la criada le había dicho por teléfono era que la señora Wemyss tenía un resfriado y que se había quedado en cama, mientras que Wemyss había subido a Londres en el tren de la mañana, como era habitual. No podía estar muy enferma si Wemyss no se había quedado. «¿Habré sido demasiado impulsiva?», pensó intranquila una vez que hubo atravesado la verja de Wemyss sin invitación alguna. Aun así, solo con pensar en la niña sola en esa casa siniestra…

Miró por la ventana del taxi. No era siniestra en absoluto, pensó, corrigiéndose duramente, todo se veía pulcro, perfectamente en orden. Los arbustos estaban bien cuidados. La valla parecía resistente. Las vacas quedaban muy bien.

El taxi se detuvo. Chesterton bajó las escaleras y le abrió la puerta. Una criada muy decente. Completamente normal.

—¿Qué tal está la señora Wemyss? —preguntó la señorita Entwhistle.

—Más o menos igual que antes, señora —le respondió Chesterton, y preguntó si había que pagar al conductor.

La señorita Entwhistle pagó al conductor y subió los escalones con Chesterton pisándole los talones y cargada con su bolsa. Unos escalones excelentes. Una casa hermosa.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Creo que una de las criadas se lo mencionó, señora —respondió Chesterton.

Un vestíbulo bonito y amplio. Tenía pinta de ser cálido cuando se encendía un fuego. Unas buenas ventanas. Unas escaleras

imponentes.

—¿Quiere un té, señora?

—No, gracias. Me gustaría subir directamente, si es posible.

—Como usted desee, señora.

En el rellano donde se encontraba el gong, la señorita Entwhistle se apartó a un lado y dejó que Chesterton le pasara delante.

—Quizás sería mejor que pasara usted primero para informar a la señora Wemyss de mi llegada —dijo la señorita Entwhistle.

—Como usted desee, señora.

La señorita Entwhistle esperó mientras observaba el gong con la misma benevolencia que se había propuesto aplicar a todo lo demás. Un gong fantástico. También se fijó en las cornamentas que colgaban de la pared, pues la cubrían de arriba abajo. Una colección magnífica.

—Cuando quiera, señora —dijo Chesterton, que apareció de nuevo y avanzando, prudente y sigilosa, hasta la parte superior de las escaleras.

La señorita Entwhistle subió. Chesterton la escoltó hasta el interior del dormitorio y cerró la puerta suavemente tras de sí.

La señorita Entwhistle sabía que Lucy era menuda, pero no supo cuánto hasta que la vio en la cama triple. Realmente parecía que de ella solo quedara su cabecita redonda.

—Pero, bueno, ¡has encogido! —Fue lo primero que exclamó.

Lucy, a quien Lizzie había procurado tapar hasta la barbilla y ponerle unos paños húmedos revestidos de franela alrededor del cuello, solo fue capaz de mover los ojos y sonreír. Estaba en el lado de la cama que quedaba más lejos de la puerta, así que la señorita Entwhistle tuvo que dar toda la vuelta para llegar hasta ella. Aún estaba algo ronca, pero no tanto como cuando Wemyss se había ido esa mañana, pues Lizzie la había estado atiborrando sin descanso de cosas como agua caliente con miel, y su cara estaba rebosante de felicidad mientras veía acercarse a la señorita Entwhistle. Estar de nuevo con su tía Dot parecía demasiado bueno para ser cierto; además, estar enferma le aportaba tanta paz, la liberaba tanto de cualquier esfuerzo, que para ella ese día de tranquilidad, sola en cama, había sido la felicidad más pura. Era tan obvio que no podía moverse ni hacer nada ni levantarse a coger ningún tren, que tenía la conciencia tranquila en lo que a Everard se refería. Así pues,

cuando él se hubo ido, Lucy se había quedado tumbada disfrutando del bendito silencio con la mente sumida en una tranquilidad tan deliciosa que ni siquiera le importaba lo mucho que le dolían los brazos y las piernas. La ventana estaba abierta y en el jardín se escuchaba el ajetreado piar de los pájaros. El viento ya no soplaba. El único sonido era el de esos pájaros. Tranquilidad divina. Paz divina. Después de ese fin de semana, del cumpleaños y de la luna de miel, era un lujo extraordinario. El mero hecho de estar sola en la cama la hacía sentir increíblemente afortunada.

—Qué maravilla que hayas venido —le dijo a su tía con voz ronca y una sonrisa de oreja a oreja. Parecía tan innegablemente dichosa que la señorita Entwhistle, al inclinarse sobre ella para besar su frente caliente, pensó: «Todo ha salido bien, la está haciendo feliz».

—Mi niña querida —le dijo pasándole la mano por el pelo—. ¡Mira que verte así después de tanto tiempo!

—Sí —coincidió Lucy, con los párpados pesados y sin dejar de sonreír—. Qué maravilla volver a verte, tía Dot —susurró—. ¿Quieres té?

Se veía claramente que le costaba hablar y tenía la frente hirviendo.

—No, no quiero té.

—¿Te quedarás?

—Sí —respondió la señorita Entwhistle mientras se sentaba al lado del cojín y seguía pasándole la mano por el pelo—. Claro que me quedaré. ¿Se puede saber cómo has cogido tal resfriado?

Pero no se pudo saber, pues Lucy no dio ninguna explicación al respecto; apenas era capaz de formular las palabras más básicas. Complacida, siguió en la cama con los ojos cerrados, hablando tan poco como le era posible mientras su tía le acariciaba el pelo.

—Everard… —dijo la señorita Entwhistle sin dejar de acariciarla — ¿va a volver esta noche?

—No —susurró Lucy, complacida.

La tía Dot le pasaba la mano por el pelo en silencio.

—¿Te han tomado la temperatura? —preguntó.

—No —susurró Lucy, complacida.

Hubo otra pausa.

—¿No debería verte un médico? —dijo después.

—No —susurró Lucy, complacida. Era delicioso, sencillamente delicioso, estar ahí tumbada mientras la tía Dot le acariciaba el pelo, tan encantadora, amable y comprensible como siempre—. Qué maravilla que hayas venido —le repitió entre susurros.

Sentada al lado de Lucy sin dejar de pasarle la mano por el pelo y contemplando la expresión absolutamente complacida de su sobrina, que estaba quedándose dormida otra vez y que ni siquiera entonces dejó de sonreír, la señorita Entwhistle pensó: «En fin, es evidente que Everard hace feliz a la niña». En ese caso, debía de ser todo lo que Lucy le había asegurado que era, y ella, la señorita Entwhistle, no tardaría en apreciarlo sin reservas. Sin duda. Estaba claro como el agua. Y qué alegría ver que la chiquilla estaba feliz. Qué alivio. Las circunstancias no importaban si había felicidad. ¿Qué más daba que una casa no encajara exactamente con las expectativas si estaba repleta de felicidad? ¿Qué importaba su pasado si la alegría iluminaba su presente? Y, en cuanto a los muebles, carecían de interés e importancia, a menos que uno no tuviera nada más en la vida. La desesperación de las vidas sin amor, de las vidas vacías, las impulsaba a llenarse de muebles bonitos. Si uno era feliz de verdad, llenaba su casa de cornamentas.

Con ese espíritu, mientras acariciaba a Lucy y ella dormía, la señorita Entwhistle, con los ojos rebosantes de benevolencia, miró a su alrededor. Todo lo que había en esa estancia, comparado con su pequeño dormitorio de Eaton Terrace y sus muebles necesariamente pequeños, se le antojaba gigantesco. Especialmente, la cama. Nunca había visto una cama como esa, pero sí había oído hablar de alguna en la historia. ¿No había tenido una así Og, el rey de Basán? Fuera como fuera, le parecía una gran idea, pues le permitía a uno separarse del otro. Muy sensato. Muy sano. Y, sin duda, la habitación adquiriría un matiz mucho menos lóbrego cuando las pertenencias de Lucy —sus libros, sus fotos y sus artículos de tocador— cobraran más protagonismo en ella.

La mirada de la señorita Entwhistle se posó, precisamente, en el tocador. Sobre él descansaban dos cepillos de madera ovalados sin mango. Cepillos para el pelo. De hombre. También había utensilios de afeitar y tres corbatas colgadas a un lado del espejo.

Se recuperó enseguida. Un comportamiento de lo más abierto. De lo más sociable. Sin embargo, tuvo la sensación de que esa

habitación no le pertenecía a Lucy en absoluto. Aquello la inquietó un poco. Se había metido en la habitación de un extraño sin motivos de peso para ello. Apartó la vista de los artículos de baño de Wemyss —no era algo que le apeteciera ver— y, al hacerlo, acabó mirando el lavamanos con sus dos lavabos y una enorme esponja granate de caucho natural. Lucy nunca había tenido una esponja como esa, por lo que llegó a la conclusión forzada de que Lucy y Everard se aseaban uno al lado del otro.

De esto también consiguió recuperarse. Al fin y al cabo, el matrimonio era lo que era; al estar casada, una hacía cosas que ni siquiera podría imaginar de soltera. Apartó la vista del lavamanos. No le apetecía familiarizarse con la esponja de Wemyss.

Sus ojos, con una benevolencia cada vez más concienzuda, miraron por la ventana. ¡Cómo empezaban a alargarse los días! Y había unas vistas preciosas: la luz dorada de la tarde iluminaba las colinas al otro lado del río y aún se escuchaba el piar de los pájaros en el jardín, todo era agradable y no faltaba de nada. Y qué ventana tan enorme y bonita para que pasaran la luz y el aire. Llegaba casi hasta el suelo. Harían falta al menos dos criadas bien fuertes para cerrarla o abrirla… Ah, no: había cuerdas. Un pensamiento la asaltó: esta habitación no podía ser…, y esa ventana…

Apartó la vista de la ventana y la fijó en el único sitio que parecía darle un respiro: la carita feliz que dormía sobre la almohada. Su querida carita adorada. Y ese pelo bonito y encantador, qué bonito era el pelo joven, tan suave y espeso. No, por supuesto que no era esa la ventana, probablemente, esa funesta habitación había quedado en desuso. ¿Qué habría hecho la niña para coger ese resfriado? Por su respiración, era fácil saber que tenía el pecho cargado, pero no parecía que le molestara demasiado, a juzgar por la placidez con la que dormía. Sí, seguro que habían cerrado esa habitación o no le daban ningún uso, o quizás —un nuevo pensamiento la asaltó— la habían convertido en una habitación de invitados. En tal caso, se dijo la señorita Entwhistle, sin duda alguna tendría que dormir en ella. «Ay Dios», pensó, abatida.

Sin embargo, una vez más, consiguió recuperarse. Obligándose a recordar su decisión de deshacerse de cualquier prejuicio, solo comentó para sus adentros: «Bueno, bueno». Después de una pausa,

consiguió añadir con toda la benevolencia de la que era capaz: «Una casa singular».

CAPÍTULO 27

Más tarde, en el comedor, cuando se estaba comiendo a regañadientes lo que le habían preparado —si Lucy no siguiera durmiendo, habría preferido tomarse solamente algún tentempié en la cama con ella—, la señorita Entwhistle le pidió a Chesterton, que era quien la estaba sirviendo, que la avisara cuando el señor Wemyss llamara por teléfono, pues deseaba hablar con él.

Cuanto más tiempo pasaba, más le preocupaba lo que Everard pudiera pensar de que estuviera allí sin invitación. Era algo natural, pero ¿lo consideraría él natural? Lo que no era natural en absoluto era la preocupación que ella sentía, pues esa casa también era de Lucy y la niña le había dado la bienvenida con una sonrisa tal que casi no le cabía en el rostro. Aun así, no podía evitarlo, la señorita Entwhistle se sentía como una intrusa. Y era mejor afrontarlo, no solo se sentía como una intrusa, sino que, a ojos de Everard, era una intrusa. La situación era la siguiente: la esposa de Everard estaba resfriada —un resfriado importante, pero nada grave—, nadie había ido a buscar a la tía de su esposa, nadie le había pedido que viniera y, sin embargo, ahí estaba. Si Everard no la consideraba una intrusa en tales circunstancias, lo más probable era que desconociera el significado de esa palabra.

Había leído muchos libros a lo largo de su vida, por lo que sabía de esos familiares de edad avanzada que a menudo aparecían en ellos. Normalmente, eran mujeres que se entrometían en el hogar de una pareja recién casada y se tornaban insoportables para uno de ellos, mientras simpatizaban con el otro. Ella no tenía motivos para simpatizar con nadie; no obstante, de haberlos, la señorita Entwhistle procuraría hacerlo desde un lugar neutral. No se le ocurriría acudir a la casa de un hombre y ponerse a simpatizar con su esposa mientras se alimentaba de su comida, en todo caso, simpatizaría desde Londres. Ella sabía que sus intenciones eran

sinceras y que sus acciones obedecían a un solo motivo. Consideraba —sabía— que no se parecía en nada a esas mujeres de los libros. Pero, a pesar de eso, estando sentada en la silla tapizada de Everard —no había duda de que era suya: tenía la misma forma que él, pero invertida—, temía y, de hecho, sabía que Everard creería que era una de esas mujeres.

Ahí estaba, pensó la señorita Entwhistle, sin que nadie se lo hubiera pedido, sentada en el sitio de Everard y comiéndose su comida. Nunca había tenido mucha simpatía por ella, ¿le caería mejor después de esto? Se había abstenido de tomar el té precisamente porque no quería comer de su despensa, pero no había podido negarse a cenar, y con cada plato que le servían —unos platos que, según pudo observar con fascinación, aparecían al final de un brazo que asomaba puntualmente por una puerta—, se afianzaba más la sensación de que, si Everard la viera, la consideraría una intrusa. Sin duda, esa casa también era de Lucy, pero no lo parecía, y hubiera dado cualquier cosa por poder escapar de nuevo a Londres esa misma noche.

No obstante, independientemente de lo que Everard pensara de su intrusión, no iba a dejar a Lucy. No la podía dejar sola en esa casa, no podía levantarse al día siguiente y ver que estaba sola. Además, aún no se sabía cómo iba a progresar su resfriado. Tendría que haberla visitado un médico, eso estaba claro. Cuando Everard llamara, pues sin duda querría saber cómo se encontraba su esposa, la señorita Entwhistle cogería el teléfono, lo informaría de que estaba allí y le comentaría que no estaría de más que un doctor pasara a ver a Lucy a la mañana siguiente.

Así pues, le pidió a Chesterton que la avisara en cuanto el señor Wemyss llamara. Chesterton, sorprendida, pues Wemyss no tenía por costumbre llamar —todas sus comunicaciones con The Willows llegaban por escrito—, hizo una pequeña pausa antes de responder.

—Como guste, señora —dijo al fin.

Chesterton se preguntó por qué razón la señorita Entwhistle esperaba que Wemyss llamara. No se le habría ocurrido que pudiera guardar relación con la salud de la actual señora Wemyss, pues Chesterton no recordaba ninguna ocasión en la que hubiera llamado para preguntar sobre la salud de su anterior esposa. Alguna vez, esta se había visto obligada a guardar cama, pero ninguna de esas

veces habían recibido llamada alguna desde Londres al respecto. Por eso se preguntó qué mensaje cabría esperar.

—¿Sobre qué hora es más probable que llame el señor Wemyss? —preguntó entonces la señorita Entwhistle, más por decir algo que por querer saberlo.

Estaba decidida a coger ese teléfono, pero no le hacía especial ilusión, no tenía prisa. Lo que la estaba haciendo hablar con Chesterton no era la impaciencia por oír la voz de Wemyss, sino ese comedor.

Y es que no solo la afligían la desnudez de la estancia, su luz cegadora, su larga mesa vacía y el eco que hacían los pasos de Chesterton de un lado para otro sobre el suelo descubierto; además, estaba esa pobre criatura ahí en la pared, mirándola. Supo instintivamente quién era la chica esbelta del vestido largo que la estaba mirando y no pudo evitar sobresaltarse. A pesar de sus esfuerzos por apreciar cada detalle de la casa, le parecía insensible tenerla ahí, sobre todo porque parecía que te siguiera con la mirada constantemente. Cuando apartó los ojos de esa misteriosa sonrisa contenida, lo que vio en la otra pared tampoco fue de su agrado: ese abuelo ampliado, ese progenitor tan obvio.

Una vez vistas ambas fotografías, que por la noche llamaban mucho más la atención que durante el día debido a esa iluminación potente y directa, la señorita Entwhistle no quiso verlas más, así que se esmeró en mirar únicamente su plato o la espalda de Chesterton cuando cruzaba el comedor a toda prisa en dirección al plato que la esperaba al final de ese brazo singular. Como, a pesar de eso, la presencia de esas figuras seguía perturbándola y sabía que seguían observándola, por mucho que ella evitara mirarlas, preguntó a Chesterton sobre qué hora era más probable que Wemyss llamara; lo hizo solo para oír el sonido de una voz humana.

Chesterton la informó de que el señor nunca llamaba a The Willows por teléfono, así que le resultaba imposible hacer ese cálculo.

—Pero —empezó a decir la señorita Entwhistle, desconcertada— hay teléfono, ¿no?

—A su disposición, señora —dijo Chesterton.

La señorita Entwhistle decidió no preguntar para qué tenían el teléfono entonces, pues no quería embarcarse en nada remotamente

parecido a una discusión sobre los hábitos de Everard. Así pues, se limitó a preguntárselo en silencio.

Chesterton, sin embargo, se lo dilucidó. Primero se aclaró la garganta, consciente de que ofrecer una aclaración por propia voluntad no casaba del todo con su idea de la criada perfecta, pero luego habló.

—Es por un tema de conveniencia, señora. Resulta indispensable por la localización aislada de la casa. Hacemos los pedidos en las tiendas por teléfono. El señor Wemyss lo instaló para ese fin, dice, y no es partidario de las llamadas de larga distancia por su precio y porque malgastan el tiempo del señor Wemyss al otro lado de la línea, señora.

—Oh.

—A su disposición, señora.

La señorita Entwhistle no dijo nada más. Con la mirada clavada en su plato para no fijarla en los cuadros, se preguntó qué debía hacer. Eran las ocho y media, y Everard no había llamado. Si estuviera tan preocupado como para ignorar el precio de la llamada de larga distancia, ya habría llamado para entonces. Que no lo hubiera hecho implicaba que no consideraba que la indisposición de Lucy fuera grave. ¿Qué opinión le merecería, entonces, que se hubiera presentado ahí sin que la invitara? «Ninguna que se pueda calificar de hospitalaria», pensó la señorita Entwhistle. Y acababa de tomarse el postre. Un postre de Everard. Se le revolvió el estómago.

—No, no querré café, gracias —respondió apresuradamente cuando Chesterton le preguntó si quería que se lo sirvieran en la biblioteca.

Había cenado porque las criadas habían insistido y no había podido negarse, pero no era necesario añadir ningún extra. Y la biblioteca… ¿no había sido ese el lugar donde Everard se encontraba el día en el que esa pobre criatura sonriente…? Sí, recordaba que Lucy se lo había dicho. No, definitivamente no tomaría café en la biblioteca.

En cuanto al teléfono, la única opción que tenía realmente, lo único que podía hacer para preservar su dignidad, era llamar a Wemyss. No tenía sentido seguir esperando a que él diera el paso, era evidente que no lo daría. Así pues, lo llamaría, le diría que

estaba en The Willows y le preguntaría —se aferraba particularmente a la idea del médico porque su presencia justificaría la de ella— si no sería buena idea que el médico visitara a Lucy por la mañana.

De ahí que, alrededor de las nueve, el estruendo del teléfono arrancara a los Twite de la tranquilidad de su sótano con un sobresalto. En el piso de arriba, el teléfono sonaba más insólito que nunca, haciendo todo ese ruido entre las tinieblas. Y cuando Twite, después de acudir a toda prisa a su llamada, se acercó el auricular al oído, lo único que ocurrió fue que una voz extremadamente irritable le pidió que esperara.

Twite esperó escuchando con ahínco y sin oír nada.

—Di algo, Twite —le aconsejó entonces la señora Twite, al pie de las escaleras de la cocina, rompiendo así ese silencio incómodo.

—¿Diga? —dijo Twite sin mucho entusiasmo.

—Se habrán equivocado de número —concluyó la señora Twite después de otra pausa silenciosa—. Cuelga ya y ven a terminarte la cena.

Una vocecilla muy débil dijo algo a lo lejos. Twite aguzó el oído tanto como pudo. Era la primera vez que recibía una llamada de larga distancia y le parecía que el teléfono estuviera desfalleciendo.

—¿¿Diga?? —dijo, angustiado, pero intentando no sonar demasiado impetuoso.

—Se han equivocado —apuntó la señora Twite después de esperar un rato más—. Cuelga ya.

La vocecilla, increíblemente débil, se puso a hablar de nuevo. Twite, incapaz de discernir ni una palabra, siguió repitiendo: «¿Diga? ¿Diga?», con toda la educación de la que era capaz.

—Cuelga —insistió la señora Twite, siempre valiente desde su posición retirada al pie de las escaleras.

—Tienes razón —dijo Twite al fin, exhausto—, se han equivocado de número.

Se acercó al bloc y escribió:

> Llego una llamada de un numero equibocado señor parecia una mujer 9.10.

Así, en el otro lado de la línea, la señorita Entwhistle fue derrotada. Como lo había hecho lo mejor que había podido y no lo había

conseguido, decidió tranquilizarse, al menos hasta la mañana siguiente. Tranquilidad y tolerancia. No se preocuparía, no juzgaría, simplemente pensaría en Everard en esos términos de amabilidad tan naturales en ella.

Sí que había habido un momento, mientras esperaba la llamada en el frío vestíbulo, en el que su benevolencia inamovible casi la había abandonado. Chesterton, al verla tiritar, le había sugerido que esperara en la biblioteca, donde había un fuego encendido, pero la señorita Entwhistle prefirió pasar frío en el vestíbulo que calor en la biblioteca. Fue desde ese sitio lóbrego desde donde vio una franja de luz titilante bajo la puerta que, con toda seguridad, tenía que dar a la biblioteca. Así pues, el dormitorio de Lucy quedaba exactamente sobre dicha estancia, ya que al mirar hacia arriba desde donde se encontraba podía ver su puerta. Eso significaba que había sido desde la ventana de Lucy… Su benevolencia le falló por unos instantes. Everard dejaba que la niña durmiera ahí, la hacía dormir ahí…

Sin embargo, no tardó en recobrarse. Si a Lucy no le importaba, ¿por qué debería importarle a ella? En aquel mismo momento, Lucy estaba durmiendo en esa habitación con una expresión de completa satisfacción en el rostro. Lo único que la señorita Entwhistle decidió hacer al respecto fue pasar la noche con ella; con ventana o sin ella, no dejaría por nada del mundo que su sobrina se despertara durante la noche y se encontrara sola en esa habitación.

Era una decisión realmente heroica que solo su amor por Lucy había hecho posible. No solo por esa ventana y por lo que creía que había ocurrido en ella, ni por la manera en la que el rostro de esa pobre criatura de la fotografía la perseguía, sino porque tenía la sensación de que ese dormitorio no era de Lucy en absoluto, sino únicamente de Everard. A la señorita Entwhistle le resultaba inexplicablemente desagradable, por ejemplo, pasar la noche cerca de la esponja de Wemyss. Mientras se preparaba para ir a dormir en la habitación de invitados —una habitación modesta al otro lado de la casa con un alféizar maravillosamente alto—, consideró dejarse la ropa puesta. Al menos así se sentiría más fuera de lugar, menos como en casa. Pero qué agotador. A su edad, si se pasaba toda la noche sentada —pues tumbarse con la ropa puesta no era una opción—, a la mañana siguiente estaría destrozada, sin fuerzas para

enfrentarse a la llamada con Everard. Eso sí, tenía que quitarse las horquillas, no podría pegar ojo si iba notando pinchazos en la cabeza. Pero tomarse la confianza de estar en ese dormitorio entre corbatas sin sus horquillas… La señorita Entwhistle dudaba, sopesaba y, mientras tanto, se iba quitando las horquillas y la ropa.

En el último momento, cuando ya tenía puesto el camisón, se había trenzado el pelo cuidadosamente y era toda ella la personificación de la bondad y la pulcritud, le fallaron las fuerzas. No, no podía ir. Se quedaría donde estaba, llamaría a esa criada tan amable y le pediría que pasara la noche con la señora Wemyss, por si necesitaba alguna cosa a horas intempestivas.

Pulsó el timbre. Sin embargo, cuando Lizzie llegó, la señorita Entwhistle, que dudaba de la veracidad de sus motivos, ya había tenido tiempo de examinarlos a fondo. ¿Realmente era por las corbatas? ¿Por la esponja? ¿No era, en el fondo, por la ventana?

Estaba avergonzada. Si Lucy podía dormir ahí, ella también.

—He llamado para preguntarle si sería tan amable de ayudarme a llevar mi cojín y mis mantas a la habitación de la señora Wemyss —le dijo—. Pasaré la noche en el sofá que hay ahí.

—Sí, señora —respondió Lizzie, que lo cogió todo—. El sofá es muy corto y duro, señora. ¿No dormiría mejor en la cama?

—No —respondió la señorita Entwhistle.

—Hay muchísimo espacio, señora. La señora Wemyss ni se daría cuenta, con esa cama tan grande.

—Dormiré en el sofá —declaró la señorita Entwhistle.

CAPÍTULO 28

En Londres, Wemyss habría tenido un día normal si no fuera porque se había quedado en la oficina hasta más tarde de lo que le habría gustado por todo el trabajo acumulado y por una diferencia de opinión bastante prolongada, que había acabado en despido, con un mecanógrafo que, durante su ausencia, se le había descontrolado hasta el punto de replicarle. Acabó yéndose a las cinco, y ni siquiera para entonces había terminado, pero se negaba a sacrificar ni un minuto más de su tiempo y, como de costumbre, se dirigió a su club a jugar al *bridge*. Se moría de ganas de echar unas partidas después de tanto tiempo sin jugar. De hecho, como estaba haciendo exactamente lo mismo de siempre, le costaba recordar que ahora estaba casado, y no lo habría recordado de no ser por lo indignado que se sentía, detrás de todo lo que hizo ese día y de todo lo que dijo y pensó acechaba la indignación que le recordaba que, efectivamente, estaba casado.

Como Wemyss era un hombre extremadamente metódico, tenía su vida dividida por dentro y por fuera en compartimentos estrictamente separados, cada uno de ellos encerrado bajo llave esperando a que llegara el momento adecuado para abrirlo y hacer uso de sus contenidos: trabajo, *bridge*, cena, esposa, dormir, Paddington, The Willows o lo que fuera. Una vez que había acabado, cerraba el compartimento y lo borraba de su mente hasta nueva orden. La luna de miel le había trastocado un poco el sistema; eso sí, llegado el momento, Wemyss la había organizado al detalle desde el primer día hasta el último. A la hora concreta del día concreto que debía finalizar, los compartimentos se reabrirían una vez más y todo volvería a la normalidad. El *bridge* era la única actividad que, aun saliendo de su compartimento a la hora correcta, no volvía a entrar en él a una hora predefinida. Todo lo demás,

incluida su esposa, lo encerraba bajo llave con la puntualidad de un reloj suizo, pero el *bridge* estaba fuera de cualquier horario. De lunes a viernes, cuando estaba en Londres, cada día iba puntualmente a su oficina, y de ahí, también puntualmente, a su club a jugar al *bridge*. Siempre almorzaba y cenaba en el club. Era consciente de que otros hombres cenaban en casa con frecuencia, pero la explicación era que ellos no estaban casados con Vera.

Así pues, al encontrarse Wemyss haciendo lo mismo de siempre en los mismos sitios de siempre, se sintió tan exactamente igual que antes que se habría olvidado de Lucy por completo si no fuera por esa subcapa de indignación que descansaba en el fondo de sus pensamientos. Mientras subía las escaleras del club, le sobrevino una sensación de resquemor; cuando se preguntó a qué se debía, se acordó de Lucy. Ya no estaba casado con Vera y, sin embargo, se disponía a cenar en el club exactamente como si lo estuviera. Estaba casado con Lucy, pero ella, en vez de estar esperándolo con impaciencia en Lancaster Gate, como debería ser —esa siempre fue una de sus quejas más lícitas contra Vera: nunca lo esperaba con impaciencia—, estaba en Strorley con un catarro. ¿Y por qué estaba en Strorley con un catarro? ¿Y por qué tenía que verse él, un hombre recién casado, privado de la compañía de su esposa? ¿Por qué tenía que pasar la tarde exactamente igual que las había pasado todas durante los últimos meses?

Wemyss estaba indignado de verdad, pero también ansiaba jugar al *bridge*. Si Lucy lo hubiera estado esperando, tendría que haber dejado de jugar antes de saciar completamente ese deseo —¡cuánto se parecía el matrimonio a una cárcel a veces!—. Así pues, como no lo estaba esperando nadie, pudo jugar tanto como quiso y, a la vez, seguir indignado con toda la razón del mundo. Fue por eso por lo que no estuvo tan triste como había anticipado, al menos, hasta que llegó la hora de irse, solitario, a la cama. Detestaba dormir solo. Ni siquiera Vera lo había hecho dormir solo nunca.

En general, Wemyss consideraba que había tenido un mal día, empezando por la primera decepción de la jornada y siguiendo por las horas extra en la oficina, el no haber podido almorzar decentemente, «No te engaño, apenas me ha dado tiempo a engullir un triste bollo y un vaso de leche —le había anunciado, estupefacto, al primer conocido con quien se había topado en el club—.

Increíble, ¿no? Apenas…», pero el conocido se había esfumado, y el haber perdido bastante estrepitosamente al *bridge* y el llegar al fin a Lancaster Gate para descubrir a través de un mensaje de Twite que la pesada de la tía de Lucy ya había metido sus narices donde no debía.

Los mensajes de Twite solían parecerle graciosos, pero a este no le encontró la gracia por ningún lado. Impaciente, tiró a la papelera el del número equivocado —Twite era realmente un idiota sin remedio, tendría que despedirlo—, pero releyó el otro. «Quería saberlo todo sobre nosotros, ¿eh? Dijo que era muy extraño, ya veo. Como su impertinencia —pensó—. Qué poco ha tardado en meterse en mis asuntos». Lo que Wemyss no podía imaginar ni de lejos era hasta qué punto se había metido la señorita Entwhistle en sus asuntos.

Sí, había tenido un mal día e iba a dormir solo. Herido en lo más hondo, subió las escaleras mientras le daba cuerda a su reloj.

Sin embargo, pasó tan buena noche que su humor mejoró considerablemente a la mañana siguiente. Durante el desayuno, le anunció a Twite, que siempre se sobresaltaba cuando lo llamaba:

—La señora Wemyss llegará hoy.

Al pasarse la mayor parte del tiempo dormitando en un sótano, Twite no tenía un cerebro especialmente rápido y por un momento creyó, asustado, que el señor había olvidado que la señora había muerto. ¿Debía recordárselo? Qué dilema más penoso… Pero consiguió acordarse de la nueva señora Wemyss justo a tiempo para no recordárselo y decir «Sí, señor» sin pausa perceptible. Su mente carecía de espacio para almacenar mucho, y lo que contenía lo asimilaba poco a poco. Solo llevaba tres meses trabajando para Wemyss cuando la anterior señora Wemyss murió. No había acabado de asimilarla cuando dejó de ser asimilable, y tanto a él como a su esposa, en su tranquila existencia subterránea, les parecía que no había pasado ni una semana cuando apareció otra señora Wemyss. Twite no era nadie para opinar sobre los efímeros matrimonios de los caballeros, pero todas esas señoras Wemyss lo estaban confundiendo. La más reciente aún no se había asentado en su mente. Sabía que tenía que estar en algún lado, pues la había visto brevemente el sábado por la mañana. También sabía que pronto empezaría a molestarlo con las comidas, pero se había

olvidado de ella sin mucha dificultad. No la había recordado hasta ese momento, razón por la cual le había venido a la cabeza ese pensamiento tan espantoso.

—Cenaré en casa —añadió Wemyss.

—Sí, señor —dijo Twite.

¿Cenar en casa? Eso no era nada normal. El señor no había cenado en casa ni una vez desde que Twite lo conocía. Una bandeja para la señora, mientras la hubo, y nada más. Y puesto que la señora había dejado de venir a Londres debido a su accidente, no había habido ni cenas ni bandejas desde entonces. Solo silencio.

Como aún no le habían dado permiso para salir de la habitación, Twite, que era puro nervio, permaneció a la espera mirando a Wemyss, inquieto.

Sonó el teléfono.

Wemyss, sin levantar los ojos del plato, le hizo a Twite un gesto con la mano para que fuera a cogerlo y siguió desayunando. Al cabo de un minuto, al ver que ni volvía ni se le oía decir nada más que un débil «¿Diga?» cargado de buenas intenciones, Wemyss le preguntó qué pasaba.

—No se oye nada, señor —respondió la voz angustiada de Twite desde el vestíbulo.

—Inútil —dijo Wemyss yendo hasta él servilleta en mano.

—Sí, señor —dijo Twite.

Le arrancó el auricular de la mano, tras lo cual los Twite —la señora al pie de las escaleras de la cocina y su marido todavía esperando, pues seguía sin haber recibido permiso para retirarse— escucharon lo siguiente:

—Sí, sí. Sí, yo mismo. Al habla. ¿Quién es…? ¿Qué? No oigo nada. ¿Qué…? ¿La señorita qué? Ent… Oh, buenos días. Qué lejos suena tu voz. ¿Qué? ¿Dónde? ¿Dónde? Oh, no me digas.

Entonces la persona al otro lado de la línea habló un buen rato.

—Sí. Lo sé. Pero, como habrás podido ver, no es para tanto.

Otra pausa.

—¿Cómo? ¿Cómo que no va a venir? Pues claro que va a venir. Está decidido. He mandado… ¿Qué? No oigo bien. ¿El médico? ¿Vas a llamar a un médico…? Claro. Pero resulta que yo no lo veo tan grave. Claro, claro. No, por supuesto que no puedo, ¿cómo voy a dejar el trabajo…? Oh, muy bien, muy bien. Seguro. Sin duda.

Tiene que venir mañana porque así es como está planeado, díselo. Y, de todos modos, si realmente tiene que verla un médico, aquí hay muchos más que en… ¿Qué? ¿Imposible…? Supongo que eres consciente de que nadie te ha pedido que asumas tal responsabilidad… ¿Qué? ¿Qué?

De repente, una voz clara los interrumpió.

—¿Desea otros tres minutos? —preguntó la voz.

Colgó el teléfono con violencia.

—Oh, maldita mujer, ¡maldita mujer! —dijo Wemyss.

Pegó tales voces que ambos Twite temblaron como juncos al escucharlo.

Al otro lado de la línea, la señorita Entwhistle se alejó del teléfono lentamente, perdida en sus pensamientos. Estaba en una posición terriblemente desagradable. Le fastidiaba muchísimo contener, en ese preciso instante, un huevo y algo de café que antes habían sido de Wemyss. Habría desayunado solamente una taza de café si no fuera porque Lucy iba a necesitar que la cuidaran ese día, y su cuidadora tenía que estar bien alimentada. Mientras subía las escaleras de nuevo, con las mejillas ligeramente coloradas, supo que, desgraciadamente, Everard y ella deberían ejercitar su paciencia si querían llegar a caerse bien algún día. Apenas se había hecho justicia a sí mismo por teléfono, pensó la señorita Entwhistle.

Lucy había pasado mala noche, su sueño había sido irregular, y su fiebre, persistente. Se había despertado de golpe por culpa de lo que parecía ser una pesadilla poco después de que la señorita Entwhistle se hubiera acomodado en el sofá. Parecía que había muchas cosas en ese dormitorio que a Lucy no le gustaban. Una de ellas era la cama. Probablemente, la pobre criaturita estaba desorientada por la pesadilla y la fiebre, pero había musitado varias cosas sobre la cama que demostraban que estaba pensando en ella. La señorita Entwhistle había calentado un poco de leche sobre una lámpara de alcohol que Lizzie le había dejado, se la había dado de beber a Lucy y la había calmado y mimado. No había mencionado la ventana en ningún momento, cosa que supuso un alivio para la señorita Entwhistle. Sin embargo, la primera vez que se había despertado de su pesadilla febril, cuando su tía se le había acercado corriendo, Lucy la había mirado fijamente y la había llamado «Everard». A ella, con sus trenzas recatadas. Fue entonces cuando la

señorita Entwhistle decidió que el médico tendría que pasar a ver a Lucy por la mañana temprano. A eso de las seis, Lucy volvió a caer en un sueño agitado y la señorita Entwhistle salió a hurtadillas de la habitación y se vistió. Ciertamente haría venir a un médico y escucharía su opinión profesional. También cumpliría con su deber y llamaría a Everard una vez que hubiera cogido fuerzas con el desayuno.

Así lo hizo. A resultas de ello, había vuelto a la habitación de Lucy con las mejillas ligeramente coloradas. Al contemplar a Lucy, que aún dormía intranquila y que respiraba como si le doliera todo el pecho, la perspectiva de que la niña tuviera que levantarse y montarse en un tren en dirección a Londres avivó el rojo de sus mejillas. Sin embargo, se tranquilizó al recordar que Everard no podía ver el desastroso estado en el que Lucy se encontraba y se dijo que, si pudiera verla, se mostraría muchísimo más tierno con ella. Eso es lo que se dijo, pero no logró creérselo, cosa que la irritó. Lucy lo amaba. El día anterior le había parecido completamente satisfecha y feliz, antes de empeorar tanto. No había que juzgar a un hombre por cómo se desenvolvía por teléfono.

El médico llegó a las diez en punto. Llevaba años en Strorley y era el único médico del lugar. Había acudido a varias de las cenas que los Wemyss habían organizado en The Willows poco después de comprarla. Había visitado a la difunta señora Wemyss en varias ocasiones; la última vez que había estado en esa casa, había sido cuando lo llamaron precipitadamente el día de su muerte. Como el resto de la población de Strorley, el médico había oído hablar del segundo matrimonio de Wemyss y compartía la conmoción y la sorpresa generalizadas. Strorley, que parecía un sitio bastante inconsciente, un sitio aletargado e inconsciente al pie del río, era en realidad tremendamente sensible a las conmociones, y aún no se había recuperado del todo de la que causaron la muerte de la pobre señora Wemyss y la horrible investigación consiguiente, cuando una nueva conmoción, la llegada de otra señora Wemyss, puso el pueblo patas arriba una vez más. ¿Casarse tan pronto después de una muerte tan espantosa? Los Wemyss eran gente que solo pasaba en Strorley los fines de semana y las vacaciones de verano, así que el asunto era menos escandaloso que si se hubiera tratado de residentes permanentes, pero seguía siendo grave. Esa investigación

había salido en todos los periódicos. Una casa que producía veredictos forenses dudosos daría mala imagen a cualquier pueblo, y la nueva señora Wemyss no podía ser sino una indeseable. Evidentemente, nadie iría a darle la bienvenida. Era impensable. Del mismo modo, cuando el doctor recibió la llamada de la señorita Entwhistle, no le dijo a su mujer adónde iba, para evitarse problemas.

Chesterton —se acordaba perfectamente de Chesterton, pero es que, pensándolo bien, había pasado tan poco tiempo desde su última visita…— lo guio hasta la biblioteca. El médico esperó ahí, delante de la chimenea vacía, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, pues los recuerdos relacionados con las losas que quedaban al otro lado de la ventana le provocaban escalofríos. Deseó más que nunca tener un ayudante, ya que así lo podría haber mandado a él en su lugar. Entonces una mujercilla sobria, tierna y agradable, entró y le comunicó que era la tía de la paciente. Una mujercilla educada que distaba mucho del tipo de pariente que había imaginado que tendría la nueva señora Wemyss.

La creencia generalizada en Strorley era que la nueva señora Wemyss tenía que ser camarera, mecanógrafa o institutriz, es decir, muy atrevida, muy pobre o muy sumisa. Si no, ¿por qué se habría casado con Wemyss? Tal creencia había infectado incluso al médico, que era un hombre ocupado que no solía interesarse por los chismorreos del pueblo. Sin embargo, al ver a la señorita Entwhistle, enseguida se dio cuenta de que los rumores carecían de fundamento. Le tendió la mano, encantado de verla. A todo el mundo siempre le encantaba ver a la señorita Entwhistle, a todos menos a Wemyss.

—Nada grave, espero —dijo el médico.

La señorita Entwhistle dijo que no lo creía, pero que su sobrino…

—¿Se refiere al señor Wemyss? —preguntó el médico.

Ella asintió. Sí, se refería al señor Wemyss. Su sobrino. Es decir, su sobrino político.

—Entiendo —dijo el médico.

Su sobrino, naturalmente, deseaba que su esposa fuera a reunirse con él en Londres.

—Naturalmente —convino el médico.

Y la señorita Entwhistle quería saber si podía viajar en su estado actual.

—En ese caso, vayamos arriba y se lo diré —dijo el médico.

Mientras subía esas escaleras que ya conocía, guiado por la señorita Entwhistle, el médico pensó que era una pequeña dama muy agradable como para haberse visto envuelta con Wemyss justo después de todo ese jaleo. Él habría imaginado que, después de un asunto tan feo, la mayoría de las mujeres…

No pudo terminar aquel pensamiento, pues acababan de llegar al dormitorio. Al ver la cabecita de Lucy sobre la almohada en esa cama triple, pensó: «¡Pero si se ha casado con una niña! Qué cosa tan extraordinaria».

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó a la señorita Entwhistle, pues la chiquilla seguía sumida en un sueño inquieto.

Cuando se lo dijo, el médico se quedó estupefacto.

—Es que se la ve desproporcionadamente pequeña en esa cama —explicó la señorita Entwhistle entre susurros—. Normalmente, tiene más presencia.

Los susurros y sentirse observada acabaron por despertar a Lucy, así que el médico se sentó a su lado y se puso a trabajar. El resultado fue lo que la señorita Entwhistle había imaginado, tenía un resfriado bastante violento con una fiebre que podía empeorar mucho más si no guardaba reposo. Si lo hacía y recibía los cuidados adecuados, se pondría bien al cabo de unos días. Se rio ante la idea de ir hasta Londres.

—¿Qué hizo para resfriarse de esta manera? —le preguntó a Lucy.

—N-no lo sé… —respondió ella.

—Bueno, no hable más —le dijo. Entonces, soltó la mano de Lucy, que había estado sosteniendo mientras sus precisos ojos la examinaban, y le dio unos golpecitos a modo de despedida—. Solo procure descansar y recuperarse. Le mandaré algo para la garganta y pasaré a verla mañana.

La señorita Entwhistle lo acompañó hasta la puerta. Armada con el diagnóstico del médico a modo de escudo, estaba lista para enfrentarse a cualquier cosa que Everard pudiera decirle.

—¿Le gusta esa habitación a la señora Wemyss? —preguntó el doctor repentinamente, deteniéndose un momento en el vestíbulo.

—No sabría decirle —le respondió la señorita Entwhistle—. Aún no he podido hablar con ella. Fue desde esa ventana, ¿verdad? Fue desde esa ventana desde la que…

—No. Fue desde la que queda encima.

—Oh, ¿la que queda encima? Oh, no me diga.

—Sí. Hay un gabinete. Pero estaba pensando si estar en la misma cama… En fin, me voy. Anímela. Lo va a necesitar cuando se recupere un poco. Estará débil. Volveré mañana.

El médico se puso los guantes mientras la señorita Entwhistle lo escoltaba hasta los escalones. Ahí se detuvo de nuevo.

—¿Le gusta estar aquí? —preguntó.

—No lo sé. De verdad que aún no hemos podido hablar —respondió la señorita Entwhistle. Lo miró unos instantes y añadió—: Está muy enamorada, ¿sabe?

—¿Ah, sí? No me diga. Comprendo. Pues hasta mañana. —Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo una vez más—. Es increíble, realmente increíble.

—¿Qué es increíble?

—Las cosas que se hacen por amor.

—Tiene usted toda la razón —convino la señorita Entwhistle recordando todo lo que Lucy había hecho.

Pareció que fuera a decir algo más, pero cambió de opinión, se montó en su carruaje y se perdió en la distancia.

CAPÍTULO 29

Pasaron dos días tranquilos sin que Wemyss diera señales de vida. La señorita Entwhistle le escribió ambas tardes para contarle cómo progresaba Lucy y qué decía el médico sobre ella, y ambas noches se acostó en el sofá terriblemente insegura, pues existía la posibilidad de que Wemyss se montara en algún tren nocturno y se presentara sin previo aviso. Aun así, la señorita Entwhistle se alegraría si llegaba, le parecería más natural y no podía evitar pensar que a la criaturita que dormía en la cama también se lo parecería. Pero no pasó nada. Wemyss no vino ni escribió ni se comunicó con ellas por ningún otro medio. «Curioso», pensó la señorita Entwhistle, y se abstuvo de opinar nada más al respecto.

Fueron unos días plácidos. Lucy mejoraba cada día más, aunque el médico aún la hacía guardar reposo, y la señorita Entwhistle consideraba que su presencia en esa casa estaba tan justificada como la de Chesterton o Lizzie, pues sus funciones ahí estaban dictadas por un médico. Además, hacía un tiempo tranquilo y brillaba el sol. Se respiraba paz.

El jueves, el médico le dijo a Lucy que podía levantarse de la cama unas horas y sentarse en el sofá, y ahí, rodeada de cojines que suavizaran cualquier aspereza, se sentó a tomar el té. Por la ventana entraban los dulces olores del mes de abril. El jardinero estaba cortando el césped, y ese olor también flotaba en el aire. La señorita Entwhistle había salido a dar un paseo y había encontrado unas flores silvestres que había puesto en un cuenco junto con un poco de molsa de un hermoso verde brillante. El médico había traído un ramillete de violetas de su propio jardín. El sol de media tarde bañaba con su luz cálida las colinas al otro lado del río, que corría tranquilo al final del jardín. Mientras le servía el té a Lucy y le untaba mantequilla en las tostadas, la señorita Entwhistle pensó que, en ese preciso instante, a pesar de encontrarse en The Willows,

casi podría decirse que era feliz, de no ser por ese silencio de Everard, extraño y alarmante a partes iguales, que se cernía sobre ella día y noche.

Como si pudiera leerle el pensamiento, Lucy dijo:

—¿Sabes, tía Dot? Everard habrá estado ocupadísimo toda la semana, tras haber pasado tantos días fuera.

Era la primera vez que hablaba de él.

—Oh, seguro que sí —convino la señorita Entwhistle con vehemencia—. No habrá parado quieto, el pobre.

—No habrá…, o sea, no ha… —Lucy se ruborizó y se detuvo. Después de unos instantes, prosiguió—: Imagino que no ha habido noticias suyas, ¿no? Ningún mensaje, quiero decir. Por teléfono o lo que sea.

—No, no lo creo…, no desde que hablé con él el primer día —dijo la señorita Entwhistle.

—¿Cómo? ¿Llamó el primer día? —preguntó Lucy al momento —. No me lo habías dicho.

—Es que te pasaste casi todo el día durmiendo. Sí —dijo la señorita Entwhistle aclarándose la garganta—, tuvimos una… pequeña charla.

—¿Qué te dijo?

—Bueno, como es natural, quería que te encontraras lo suficientemente bien como para ir a Londres con él y, por supuesto, lo entristeció mucho que no pudieras.

A Lucy se le iluminó el rostro al oír eso.

—Sí —dijo la señorita Entwhistle como para responder a su cambio de expresión.

—No soporta escribir cartas, ¿sabes, tía Dot? —dijo Lucy.

—Les suele pasar a los hombres —respondió la señorita Entwhistle—. Es curioso, pero es así.

—Tampoco soporta llamar por teléfono. ¡Qué bien que llamara el otro día!

—Los hombres son bastante particulares con ciertas cosas —dijo la señorita Entwhistle.

—Hoy es jueves, ¿no? —dijo Lucy—. Debería llegar mañana sobre la una.

Eso sobresaltó a la señorita Entwhistle.

—¿Mañana? —repitió—. ¿De veras? ¿Tan pronto? Creía que

llegaría el sábado. Es lo que me viene a la cabeza al pensar en el fin de semana.

—No. Viene…, venimos los viernes —se corrigió Lucy—. Seguro que llegará a tiempo para el almuerzo.

—¿Ah, sí? —dijo la señorita Entwhistle mientras le pasaba por la cabeza una miríada de pensamientos a gran velocidad. Entonces, añadió—: En fin, si siempre lo hace así… ¿Recuerdas cuando poníamos nuestros relojes en hora en Eaton Terrace cuando nos visitaba?

Lucy sonrió. El recuerdo de esos días de amor, de lo encantador y divertido que era al principio, le inundó el corazón y borró de su mente, momentáneamente, la amargura de la luna de miel, del cumpleaños y de todo lo que había ocurrido desde entonces.

A la señorita Entwhistle no se le pasó por alto esa mirada inconfundible de joven enamorada.

—Oh, me alegra muchísimo saber que os queréis tanto —le dijo a Lucy de todo corazón—. ¿Sabes, Lucy?, temía que quizás esta casa…

Se detuvo a media frase, pues consideraba que, para poder hablar sobre The Willows a fondo, era necesario que las dos estuvieran bien de salud.

—Sí, no creo que una casa importe si la gente que habita en ella se quiere —dijo Lucy.

—Por supuesto que no. Por supuesto que no —convino la señorita Entwhistle. Ni siquiera tratándose de una casa en la que se había producido una muerte recientemente, pensó con severidad. El amor…, ella no lo había vivido, pero para eso estaba la imaginación, ¿no? El amor era una armadura tan resistente que nada podía atravesarla ni herir a quien la llevara puesta. Por eso eran tan egoístas los amantes, estaban juntos dentro de su armadura, totalmente a salvo, completamente intocables y francamente faltos de interés en lo que le ocurriera al resto del mundo—. Además, ya te ocuparás de hacer algunos cambios —añadió.

La sonrisa de Lucy se debilitó. El optimismo de la tía Dot le parecía extravagante. Le resultaba imposible imaginarse haciendo cualquier cambio en The Willows.

—Aún tienes todos los libros y muebles de tu padre por colocar

—siguió la tía Dot con optimismo—. Podrás hacer de la casa un lugar muy…, muy…

Iba a decir «habitable», pero, en vez de eso, decidió darle otro mordisco a su tostada.

—Sí, supongo que traeré mis libros —dijo Lucy—. En la planta superior hay un gabinete con mucho espacio.

—¿Ah, sí? —dijo la señorita Entwhistle, mucho más atenta de repente.

—Sí, muchísimo espacio. Se supone que va a ser mi propio gabinete, así que podría poner los libros ahí. Es solo que…, que…

—¿Que qué? —preguntó la señorita Entwhistle.

—No sé. Creo que no quiero hacer muchos cambios en esa habitación. Solía ser de Vera.

—Yo la dejaría irreconocible —replicó la señorita Entwhistle sin vacilar.

Lucy calló. Después de tres días con fiebre, se sentía demasiado débil para debatir con alguien más firme que ella.

—Y eso si de verdad quieres tener esa habitación —añadió la señorita Entwhistle—. Yo habría imaginado que…

—Oh, sí. Sí quiero tenerla —dijo Lucy ruborizándose.

Entonces fue la señorita Entwhistle quien calló, pues no se creía que Lucy de verdad quisiera tener la misma habitación desde donde esa pobre mujer se había precipitado hacia su muerte. No era natural. La niña no podía estar hablando en serio. Aún estaba sin fuerzas. Quizás fuera mejor no hablar de habitaciones, al menos hasta que Lucy estuviera más recuperada. De hecho, tal vez era mejor no hablar de nada, ya que lo más probable, dadas las circunstancias, era que cualquier tema acabara derivando en Everard o en Vera.

—¿Quieres que te lea alguna cosita antes de que vuelvas a meterte en la cama? —le preguntó cuando Lizzie acudió a recoger los platos del té.

A Lucy le pareció una gran idea.

—Oh, claro que sí, tía Dot —le respondió, pues ella también temía los derroteros que podría tomar la conversación.

A la tía Dot no se le escapaba nada. Lucy pensó que no podría soportar, simplemente no podría, que su tía Dot llegara a pensar que, quizás, Everard… Así que, sin perder ni un segundo, dijo «Oh,

claro que sí, tía Dot», y no fue hasta después de decirlo cuando recordó que todos los libros estaban encerrados bajo la llave que Everard llevaba colgada de la cadena de su reloj. Derrotada, miró a la tía Dot con una mezcla de sorpresa y remordimiento.

—¿Qué ocurre, Lucy? —le preguntó la señorita Entwhistle sin comprender por qué se había puesto roja.

Lucy recordó los libros de Vera justo a tiempo.

—¿Te importaría que fuéramos al gabinete de arriba? —preguntó—. Los libros de Vera…

A la señorita Entwhistle sí le importaba considerablemente que fueran allí arriba y no veía razón alguna para escoger los libros de Vera. ¿Por qué tenía que leer los libros de Vera? ¿Por qué quería Lucy esos en concreto? ¿Y por qué ponía esa cara tan rara de culpabilidad al hablar del tema? Sin duda, la niña aún estaba sin fuerzas. No le parecía normal que se sintiera atraída hacia Vera de esa manera.

No dijo nada de eso en voz alta, pero comentó que había una habitación en esa casa llamada biblioteca, lo que hacía pensar que quizás había libros en ella, así que ¿por qué no escogía algo de ahí? ¿Por qué no bajar, en vez de subir?

Lucy, completamente ruborizada, la miró. No le iba a contar lo de la llave por nada del mundo. A la tía Dot le parecería de lo más… ridículo.

—Ya,
p-pero
es que Everard… —balbuceó—. Son unos libros muy especiales…, no le gusta que salgan de la biblioteca…

—Oh. —La señorita Entwhistle se esforzó por no dar su opinión al respecto.

—Pero, tía Dot, querida, no tienes por qué subir todas esas escaleras —prosiguió Lucy—. Lizzie se encargará, ¿verdad, Lizzie? Tráenos unos cuantos libros, los que tú quieras.

Así pues, teniendo carta blanca, Lizzie bajó los primeros seis libros que vio en el estante superior y los dejó sobre la mesa que Lucy tenía al lado.

Reconoció al instante la cubierta de uno de ellos, era Cumbres Borrascosas. La señorita Entwhistle lo cogió, leyó el título en silencio y lo depositó de nuevo sobre la mesa.

El siguiente era una colección de poemas de Emily Brontë. La señorita Entwhistle lo cogió, leyó el título en silencio y lo depositó de nuevo sobre la mesa.

El tercero era otra colección de poemas, esta vez de Thomas Hardy. La señorita Entwhistle lo cogió, leyó el título en silencio y lo depositó de nuevo sobre la mesa.

Los otros tres eran guías turísticas.

—En fin, creo que aquí no hay nada que me apetezca leer —dijo.

Lizzie preguntó si, en ese caso, quería que se los llevaran todos y les trajera algunos más. Al cabo de un rato, volvió a aparecer con una nueva remesa.

Esta vez, todos eran guías turísticas.

—Curioso —dijo la señorita Entwhistle.

Lucy recordó que el sábado anterior, en plena desesperación, cuando había empezado a sacar los libros de Vera de las estanterías uno tras otro en su afán para entenderla, para encontrar consuelo, para buscar su ayuda, ella también se había sorprendido por la cantidad de guías turísticas. La mayor parte de los libros de las estanterías de Vera eran guías turísticas y horarios de tren. Pero había otros.

—¿Por qué no pruebas con otra sección de las estanterías…? —le sugirió a Lizzie.

La criada se llevó las guías y reapareció con más libros.

Esta vez eran más variados. La señorita Entwhistle los examinó con una especie de reticencia reverencial. Esa pobre criatura, un año antes, probablemente los estaba leyendo ella misma. Le parecía sacrílego que dos desconocidas… Era una bendición no poder ver el futuro. ¿Qué habría pensado la pobre muchacha si hubiera podido ver en ese momento a la figura del vestido azul sentada entre todo aquello que le había pertenecido hacía tan poco tiempo? Aunque, bien mirado, quizás se habría alegrado de que ya no le perteneciera, de haber acabado con ello. Aquellos libros sugerían un gran cansancio, un… anhelo de escapar… Había más de Hardy, esta vez todos los poemas recogidos en un solo volumen. También El niño en la casa y Emerald Uthwart, de Pater. La señorita Entwhistle, que los conocía, negó con la cabeza, había en ellos esa peculiar obsesión por la muerte, esa extraña atracción, esa incapacidad de alejarse de

ella, esa melancolía hermosa, pero también enfermiza… No, definitivamente no iba a leerle nada de eso. Había un libro llamado En los extraños mares del sur, otro sobre una isla del Pacífico, otro sobre la vida en el desierto y un par más al estilo de las vistosas guías turísticas de Vera que describían lugares remotos y luminosos…

De repente, la señorita Entwhistle se sintió incómoda. Dejó el libro que estaba sosteniendo, apoyó las manos sobre su regazo y miró por la ventana hacia las colinas más allá del río. Le parecía que estaba siendo una fisgona, una fisgona imperdonable. ¿Había algo más revelador que los libros que leía la gente? No, se negaba a seguir examinando los libros de Vera. Además, no solo quería poner fin a la horrible sensación de estar fisgoneando en los asuntos de alguien indefenso y digno de compasión, sino que tampoco quería que la idea que esos libros sugerían se hiciera un hueco en su mente. Era imprescindible, imprescindible que tal cosa no sucediera. Y si Lucy alguna vez…

Se levantó y se acercó a la ventana. Su sobrina, confusa, la siguió con la mirada. El jardinero seguía cortando el césped con gran esfuerzo, como si trabajara a contrarreloj. La señorita Entwhistle observó su espalda, encorvada por las prisas mientras él y el muchacho empujaban y tiraban de la máquina sin descanso de un lado a otro. Fue entonces cuando atisbó la terraza enlosada, justo ahí abajo.

Era una casa espantosa. Miraras adonde miraras, te veías enredado en un recordatorio constante. Enseguida se dio la vuelta, y ahí estaba su cosita adorada en su envoltorio azul, apoyada en los cojines de Vera, mirándola con preocupación y desconcierto. Nada iba a herir a esa chiquilla, estaba a salvo mientras amara y confiara en Everard. Pero ¿y si un día, gradualmente, llegaba a instalarse en su mente la duda de si, quizás, después de todo, la caída de Vera…? ¿Y si acababa por preguntarse si, quizás, después de todo, la muerte de Vera…?

La tía Dot se conocía tan al dedillo la cara de Lucy que se le antojaba absurdo examinarla ahora para buscar en sus rasgos y en su expresión alguna señal de suficiente carácter, de suficiente coraje, de suficiente —no necesitaba más que esto para salir adelante, si tenía suficiente— sentido del humor. La curvatura de su

frente era preciosa, toda esa parte de su cara era hermosa, tan tranquila y clara, con esos ojos dulces e inteligentes. Pero ¿eran lo bastante inteligentes esos ojos que tanto adoraba? ¿No delataban mucha más dulzura que inteligencia? Después de eso, la cara se le volvió pequeña, pequeña, y fue su boca amable y divertida, que parecía amplificarse en esa cara diminuta, la que cobró protagonismo. Generosa, rápida en perdonar, fácil de hacer feliz y fácil de desesperar… La tía Dot leía todo eso en los labios de Lucy mientras los observaba angustiada. Pero ¿tenía la niña la fuerza suficiente? La fuerza que le iba a hacer falta —suponiendo que algún día se le metiera en la cabeza esa duda, esa pregunta— tanto si se quedaba como si se iba, tanto si quedaba como si huía… Oh, pero tener que huir, huir sin mirar atrás…

La señorita Entwhistle sacudió la cabeza para expulsar esos pensamientos. ¿Cómo diantres se había desviado su mente hasta ahí? Era intolerable, todo lo que uno miraba o tocaba en esa casa te sugestionaba de un modo tiránico. Y Lucy, incapaz de descifrar lo que escondía la mirada concentrada de la tía Dot, que seguía fija en sus labios, le preguntó:

—¿Tengo algo en la cara?

La señorita Entwhistle sonrió, se acercó a Lucy de nuevo y se sentó a su lado en el sofá.

—No —le respondió tomándola de la mano—. Es solo que creo que no me apetece leer. Hablemos un rato.

Y sin soltarle la mano a Lucy, que al principio parecía algo asustada, pero que enseguida se tranquilizó al descubrir el tema de conversación, se puso a hablar sobre la cena y a ponderar si era más nutritivo un huevo pasado por agua o una taza de caldo.

CAPÍTULO 30

También le dijo —gestionándolo con delicadeza, pues sabía que a Lucy no le iba a gustar oírlo— que, puesto que Everard iba a llegar al día siguiente, le parecía que era mejor que ella volviera a Eaton Terrace por la mañana.

—Me temo que sería un estorbo para unos tortolitos como vosotros —le dijo risueña, sabiendo que Lucy iba a oponerse; pero la niña estaba mejorando a marchas forzadas, así que realmente no había motivos para apremiarla a ella y a Everard a empezar a cultivar el afecto mutuo aquí y ahora. Además, en la bolsa que se había traído solo había metido un camisón y sus cosas de baño, por lo que no podía pasar mucho más tiempo ahí.

Sin embargo, Lucy no solo estuvo de acuerdo, sino que pareció aliviada. La señorita Entwhistle se llevó una sorpresa tremenda y una gran alegría. «Lo adora, lo único que quiere es estar a solas con él —pensó—. Si Everard la hace tan feliz, ¿qué más da lo que yo o cualquier otra persona en el mundo opine de él?».

Y, así, todas las cosas horribles y absurdas a las que les había estado dando vueltas hacía media hora se desvanecieron como el humo de una vela.

Minutos antes de las siete y media, mientras la señorita Entwhistle estaba en su habitación al otro lado de la casa adecentándose antes de enfrentarse a Chesterton y a la cena —había conseguido reducirla al mero esqueleto de una comida, pero Chesterton seguía insistiendo en servirla con la ceremoniosidad habitual—, la sobresaltó el sonido de unas ruedas sobre la gravilla de debajo de su ventana. Solo podía ser Everard. Había venido.

—Ay, Dios mío —exclamó la señorita Entwhistle. ¡Y ella que había planeado irse tan diestramente antes de su llegada!

Sería inútil fingir que no estaba perturbada, lo estaba, el cepillo con el que peinaba su bonito pelo cano le temblaba en la mano.

Cenar a solas con Everard…, y gracias a Dios que no había llegado unos minutos más tarde para encontrarla sentada en su silla. ¿Qué habría ocurrido en esa situación? Le sobrevino una risa histérica. Sin embargo, consiguió reunir el valor necesario para el encuentro con su sobrino recordando las palabras del médico. Su autoridad la amparaba. Desde el martes, había pasado de ser una invitada sin invitación a una auxiliar indispensable. Una enfermera no, Lucy no había estado tan grave como para necesitar una enfermera, pero sí una auxiliar.

Aguzó el oído aún con el cepillo alzado. No había duda, era Everard, acababa de escuchar su voz. Después del intervalo necesario para que se apeara, las ruedas del vehículo dieron la vuelta en la entrada, esta vez crujiendo mucho menos, y se alejaron. Lo siguiente que escuchó fueron sus familiares pasos resueltos y retumbantes subiendo las escaleras desnudas. La señorita Entwhistle, peinándose con fervor, le dio las gracias al cielo por los dormitorios. ¿Qué sería del mundo sin dormitorios o sin baños, lugares donde poder encerrarse legítimamente, lugares que incluso el anfitrión más ofendido tendría que respetar?

Sin embargo, como ella misma se dio cuenta, esa no era la mejor predisposición para bajar a cenar con Everard, si su intención era que pronto pudieran llevarse bien. Además, lo más probable era que Lucy estuviera entre sus brazos en ese preciso instante, eufórica por la dulce sorpresa, y si era capaz de hacer tan feliz a Lucy, tenía que haber en él suficiente bondad para cumplir con los requisitos nada exigentes de la tía de Lucy. Bastaría con un mínimo de amabilidad y decencia. Se dijo con firmeza que sería perfectamente capaz de cogerle cariño si él se lo permitía. Es decir, el cariño suficiente, pues dudaba que cualquier afecto que llegara a sentir por él consiguiera anteponerse a su sentido común.

Con la llegada de Everard se desataron la vida y el bullicio en el silencio de la casa. Había portazos y correteos. Lizzie, que se acercó a toda prisa por el pasillo, llamó a la puerta; casi sin aliento, le dijo a la señorita Entwhistle que la cena se retrasaría un poco, media hora al menos, ya que el señor Wemyss se había presentado de improviso y la cocinera tenía que…

Y tanta prisa tenía por irse que ni siquiera terminó la frase.

Como ya había terminado con sus humildes preparativos, a la

señorita Entwhistle no le quedaba nada más por hacer, por lo que se sentó a esperar en una de esas sillas de rejilla con un tapizado fino y duro de cretona que se pueden encontrar a veces en habitaciones de invitados poco acogedoras.

Aquello la desmoralizó un poco. No había ni un libro en la habitación, de lo contrario, se habría distraído leyendo. No quería cenar. Hubiera preferido meterse en esa cama en la que aún no había dormido ni una noche y quedarse ahí hasta que llegara el momento de irse a casa, pero su amor propio se avergonzaba ante un deseo tan cobarde. Así pues, se acomodó en la silla y, puesto que no tenía nada que leer, intentó recordar algo que pudiera recitar por dentro, algún poema o unos versos sueltos que la ayudaran a centrarse en cualquier cosa que no fuera la cena que estaba por venir. Se quedó estupefacta al descubrir, ahí sentada con los ojos cerrados para que no la deslumbrara la luz que brillaba con furia sobre ella desde el centro del techo, que solo era capaz de recordar fragmentos, partes aisladas flotando sin rumbo por su mente, mástiles rotos que la señorita Entwhistle temía que no pertenecieran a ninguna embarcación gloriosa. Cómo la habría reñido su Jim, que nunca olvidaba nada que fuera bello.

> De talante frío y conducta piadosa,
> miraba al esposo cual virgen miedosa…

¿De dónde salía eso? ¿Y por qué le tenía que venir a la cabeza ahora?

> Tales eran su tono, sus modales,
> que ninguna mujer casada visitaba esos lares…

Y eso, ¿qué? No recordaba haber leído nunca ningún poema que contuviera esos versos, pero tenía que haberlo hecho; definitivamente, no se los había inventado.

Y esto, una tontería en alemán que Jim solía citar porque le hacía mucha gracia:

> *Der Sultan winkt, Zuleika schweigt,*
> *Und zeigt sich gänzlich abgeneight…*

¿Por qué tenía que emerger una cosa así en su mente justo entonces y quedarse ahí flotando mientras todos los versos nobles que había

leído y disfrutado y que le habrían sido de tanta ayuda en un momento crítico como ese habían desaparecido de su cerebro sin dejar rastro?

«Menudo cerebro», pensó la señorita Entwhistle, fastidiada, sentada con la espalda muy recta en la silla de rejilla, las manos descansando sobre su regazo y los ojos cerrados. Menudo cerebro despreciable y anémico, abandonándola de ese modo, decidiendo escoger, de entre todas las cosas espléndidas que había ido almacenando en él tan asiduamente durante años y años de su vida, unos tristes pareados.

Un sonido que nunca había escuchado empezó a reptar por la casa. Antes incluso de que lograra identificarlo, fue aumentando más y más hasta que a la señorita Entwhistle le pareció que acabaría por llenar el universo entero y llegar hasta Eaton Terrace.

Era el gong. Vivía. Y de qué manera, cielo santo. Lo escuchó maravillada. ¡No dejaba de sonar! Seguía y seguía, le retumbaba en los oídos como si fuera el fin del mundo.

Cuando se hizo el silencio tras los tres últimos golpes, se levantó de la silla. Había llegado la hora. Por su mente se paseó un último pareado al que su cerebro se agarró y no quiso soltar:

> Entre los estribos y el suelo,
> ella pidió piedad y se la dieron…

«¿Y este de dónde sale?», se preguntó distraída mientras se pasaba una mano nerviosa por el pelo, que ya estaba perfecto, y abría la puerta con la otra.

Ahí estaba Wemyss, abriendo la puerta de Lucy en el mismo instante.

—Oh, ¿qué tal todo, Everard? —preguntó la señorita Entwhistle haciendo gala de toda la cortesía precipitada y afectuosa de quien saluda no solo a su anfitrión, sino a su sobrino.

—Muy bien, gracias —fue la respuesta algo inesperada de Everard. Inesperada, pero lógica, perfectamente lógica.

Le tendió la mano a Everard y él le dio la suya, tras lo cual pasó por su lado en dirección a la puerta de la habitación de invitados, que la señorita Entwhistle se había dejado abierta, y apagó la luz, que se había dejado encendida.

—Oh, lo siento —dijo la señorita Entwhistle.

«Punto para Everard», pensó.

Esperó a que volviera y empezó a bajar las escaleras. Everard la seguía en silencio.

—¿Cómo has visto a Lucy? —le preguntó al llegar abajo.

No le gustaban los silencios de Everard. Recordaba algunos de los que se habían producido durante esa diferencia de opinión que habían tenido en el pasado sobre dónde pasar las Navidades. Esos silencios le pesaban, tenía la sensación de retorcerse bajo ellos como una lombriz bajo una roca, y retorcerse la humillaba.

—Perfectamente —respondió—, tal y como imaginaba.

—Oh, no; perfectamente, no —exclamó la señorita Entwhistle, que aún tenía fresca la imagen de la pequeña figura envuelta de azul apoyándose en los cojines del sofá esa misma tarde—. Hoy se encuentra mejor, pero no está perfectamente ni de lejos.

—Tú me has preguntado lo que pensaba y yo te lo he dicho —replicó Wemyss.

No, entre ella y Everard no nacería el cariño espontáneamente; solo llegaría como resultado de una preparación lenta y minuciosa, palabra sobre palabra, tira y afloja.

—¿Vas a pasar o no? —preguntó Everard, y la señorita Entwhistle se dio cuenta de que le estaba aguantando la puerta del comedor abierta mientras ella, pensando estas cosas, se entretenía.

«Otro punto para Everard», pensó la señorita Entwhistle. Era su segunda metedura de pata, primero se había dejado la luz de su habitación encendida y ahora lo hacía esperar.

Se dio prisa en cruzar la puerta; luego, enfadada con ella misma por haberse apresurado demasiado, caminó hasta la silla con una lentitud exagerada.

—El médico… —empezó la señorita Entwhistle cuando ya estaban sentados y Chesterton esperaba a su lado, lista para retirar la tapa de la sopa exactamente en el instante en el que Wemyss terminara de colocarse la servilleta.

—No quiero oír nada sobre el médico —la interrumpió Wemyss.

La señorita Entwhistle hizo grandes esfuerzos por mantenerse impávida y le dijo casi con excesiva naturalidad:

—Pero a mí me gustaría contártelo.

—No es problema mío —dijo él.

—Pero es que eres su marido, ¿sabes? —dijo la señorita

Entwhistle con toda la simpatía de la que fue capaz.

—Yo no pedí que viniera —dijo Wemyss.

—Pero había que llamarlo. La niña…

—Eso dices tú. Eso dijiste por teléfono. Y ya te dije en su momento que nadie te había pedido que asumieras tal responsabilidad.

La señorita Entwhistle no había escuchado a nadie hablar así delante del servicio en toda su vida.

—Es tu médico —añadió Wemyss.

—¿Mi médico?

—Lo considero exclusivamente tuyo.

—Everard —dijo la señorita Entwhistle educadamente después de una pausa—, me temo que no te sigo.

—Fuiste tú quien lo llamaste bajo tu propia responsabilidad sin que nadie te lo pidiera. Debes asumir las consecuencias.

—No sé a qué te refieres con las consecuencias —dijo la señorita Entwhistle, que cada vez estaba más y más lejos de ese principio de cariño que se había preparado para sentir por Everard.

—La factura —dijo Wemyss.

—Oh —soltó la señorita Entwhistle. Se había quedado tan sorprendida que no pudo articular más que eso. Luego recordó que estaba a punto de tomarse la sopa de Wemyss, y la idea le resultó tan desagradable que depositó la cuchara sobre la mesa—. Por supuesto, si así lo deseas.

—Sí, lo deseo —dijo Wemyss.

La conversación decayó.

La señorita Entwhistle, sentada con la espalda muy recta y obligándose a ignorar la miríada de pensamientos que corrían desbocados por su mente, a toda velocidad, decidida a comportarse como si no le preocupara nada, dijo con un hilo de voz que intentó que sonara agradable:

—¿Qué tal el trayecto desde Londres?

—Mal —respondió Wemyss mientras gesticulaba para que se llevaran la sopa.

Si bien había sido totalmente sincero, poco jugo podía sacarle la señorita Entwhistle a una respuesta tan escueta. Por eso, se limitó a repetir:

—¿Mal? —Ella misma se dio cuenta de que había sonado algo

estúpida.

Wemyss se reafirmó:

—Mal.

La conversación decayó.

—Imagino —dijo ella haciendo otro esfuerzo— que el tren iría muy lleno.

Como eso no era una pregunta, Wemyss no respondió y dejó que la señorita Entwhistle imaginara lo que quisiera.

La conversación decayó.

—¿Por qué no hay pescado? —le preguntó Wemyss a Chesterton, que le estaba ofreciendo chuletas.

—No nos ha dado tiempo a comprarlo, señor —respondió Chesterton.

«Ya se lo podría haber imaginado», pensó la señorita Entwhistle.

—Le dirás a la cocinera que una cena no es cena si no como pescado.

—Sí, señor.

«Ganso», pensó la señorita Entwhistle.

Era más fácil y mucho menos estresante verlo como a un ganso sin maldad que dejarse poner de los nervios. Era como un niño grande enojado, pensó la señorita Entwhistle, ahí sentado haciendo pucheros. Pero, por desgracia, era un niño con poder.

Wemyss se comió las chuletas en silencio. La señorita Entwhistle las rechazó. Pensó que había perdido su oportunidad cuando el taxi de la estación aún estaba bajo su ventana y solo habría tenido que asomarse y gritar: «¡Espere un segundo!». Pero entonces Lucy…, ah, sí, Lucy. En cuanto se ponía a pensar en su sobrina, sentía la imperiosa necesidad de llevarse bien con Everard. Por muy increíble que le pareciera —y se lo había parecido desde el principio— que Lucy pudiera amarlo, así era: lo amaba. Sería imposible amarlo sin un motivo de peso, ¿no? Claro. La niña sabía lo que se hacía. La niña era lista y tierna. Así pues, la señorita Entwhistle hizo una nueva tentativa de reanimar la conversación.

Decidió esperar a que la espalda de Chesterton se alejara hasta el otro lado de la sala en dirección al brazo extendido, pues le importaba menos lo que Wemyss pudiera decir si Chesterton no estaba presente, y habló con el tono más natural del que fue capaz.

—Me alegra un montón que hayas venido. Seguro que Lucy te

ha echado muchísimo de menos.

—Lucy no necesita que nadie hable por ella —dijo él.

La señorita Entwhistle acabó por concluir que mantener una conversación con Everard resultaba demasiado difícil. Que decayera. Independientemente de lo que aquel hombre se viera con derecho a hacer, ella no podía decir nada descortés en presencia de Chesterton. De hecho, no estaba segura de poder decirlo ni aunque Chesterton no estuviera ahí; sin embargo, a la luz de sus respuestas, no parecía posible mantener la cortesía. Lo mejor sería quedarse callada, aunque solo eso ya le parecía una humillante derrota.

De pequeña, la señorita Entwhistle solía ser maleducada. Entre los cinco y los diez años tenía por costumbre hacerle muecas a la gente. Pero solo fue hasta los diez años. Ahí se acabó todo. A esa edad, los buenos modales habían florecido en ella y la habían acompañado desde entonces. Tampoco es que más adelante se hubiera encontrado en ninguna situación en la que se hubiera visto tentada a abandonarlos: era una mujer afable que se rodeaba de afabilidad, una mujer bondadosa que encontraba bondad allá donde fuera. Pero ahora le parecía que, si fuera capaz de dejarse ir a ese nivel, le brindaría solaz poder llamarlo «Wemyss» a la cara.

Solo esa palabra. Nada más. Por algún motivo, se moría por llamarlo Wemyss a secas, sin el «señor» delante. Estaba convencida de que, si pudiera decirle esa única palabra a la cara sin titubear, se sentiría mucho más aliviada; tanto como cuando hacía muecas de pequeña.

Horrible, horrible. Bajó la mirada, abrumada por el cariz que habían tomado sus pensamientos y rechazó el postre educadamente.

«Está claro de dónde le viene a Lucy la mala costumbre de enfurruñarse», pensó Wemyss al observar el silencio de la señorita Entwhistle y su negativa a comer.

No se dijo nada más hasta que, después de la cena, Wemyss ordenó que se les sirviera el café en la biblioteca.

—Iré a darle las buenas noches a Lucy —dijo la señorita Entwhistle cuando se levantaron de la mesa.

—Ni se te ocurra hacer nada parecido —le advirtió Wemyss.

—¿Disculpa? —preguntó la señorita Entwhistle, convencida de que tenía que haber oído mal.

Camino de la puerta, se habían detenido justo delante del retrato

de Vera, que los miraba con indiferencia y les dedicaba esa sonrisilla ahogada.

—Quiero tener una charla contigo en la biblioteca —dijo Wemyss.

«¿Y qué pasa si a mí no me apetece tenerla?», estuvo a punto de espetarle la señorita Entwhistle.

Por suerte, la presencia de Chesterton la ayudó a recuperar el control y la calma. Así pues, en lugar de eso, se limitó a decir: «Muy bien».

CAPÍTULO 31

Aún no había estado en la biblioteca. Había visto el comedor, el vestíbulo, las escaleras, el dormitorio de Lucy, la habitación de invitados, las cornamentas y el gong, pero no la biblioteca. Había albergado la esperanza de irse de esa casa sin llegar a verla; sin embargo, no parecía que se lo fueran a permitir.

La leña recién encendida ardía alegremente en la chimenea cuando entraron, pero la luz eléctrica que Wemyss encendió en la puerta eclipsó inmediatamente su simpático centelleo. Incidía sobre ellos desde el centro del techo con tanta intensidad que la señorita Entwhistle echó en falta un parasol. Las persianas estaban bajadas y ahí, delante de la ventana, estaba la mesa donde Everard había estado escribiendo —recordaba cada detalle de la historia que le había contado Lucy— esa tarde de julio en la que Vera falleció. Ahora era abril, aún faltaban más de tres meses para el primer aniversario de aquel día fatídico y él ya volvía a estar casado, nada más y nada menos que con su Lucy. El mundo estaba lleno de chicas fuertes y tenaces, de viudas curtidas, de mujeres impasibles entradas en años en busca de un hogar acogedor a quienes no les importaría Everard porque no lo amarían y, por lo tanto, no sentirían nada. ¿Por qué había escogido el destino justamente a su Lucy? No, la señorita Entwhistle no iba a llevarse bien con Everard, no era capaz. Ya podía ser —y esperaba que lo fuera— todo lo maravilloso, íntegro, natural y demás que Lucy aseguraba que era, pero ella no lograba adivinarle esas cualidades.

El caso es que, para cuando entró en la biblioteca, la señorita Entwhistle estaba muy enfadada. Incluso el gusano más educado, pensó, incluso el gusano más conciliador y racional, perfectamente consciente de que la sabiduría apunta a la paciencia, se puede volver en contra del marido de su sobrina si este no deja de aplastarlo. La manera en la que Wemyss le había ordenado que no

subiera a ver a Lucy… Lo que más la enfurecía era saberse en la posición de debilidad de quien acude a una casa sin invitación.

Wemyss, de pie delante de la chimenea, estaba llenando su pipa. La señorita Entwhistle conocía perfectamente esa actitud y esa acción. ¿Cuántas veces las habría presenciado ambas en su salón en Eaton Terrace? ¿Y acaso no había sido amable con él en ese entonces? ¿Acaso no se había mostrado siempre hospitalaria y atenta cuando ella era la anfitriona y él, su invitado? No, no le caía bien.

La señorita Entwhistle tomó asiento en uno de los inmensos sillones y tuvo la desagradable sensación de estar hundiéndose en un hueco con la forma de Wemyss. El rubor brillaba con fuerza en sus mejillas; de hecho, no había dejado de hacerlo desde que habían empezado a cenar.

Wemyss llenó su pipa en silencio con la parsimonia habitual. «Seguro que lo está disfrutando —pensó la señorita Entwhistle—. Le encanta estar de mal humor y tenerme a mí aquí para desahogarse».

—¿Y bien? —preguntó, completamente irritada.

—Oh, no te va a servir de nada hablarme en ese tono —dijo él sin dejar de llenar su pipa minuciosamente.

—En serio, Everard… —replicó la señorita Entwhistle, avergonzada por la actitud de Wemyss, pero también por la suya propia. No tenía que haber perdido el control y haber preguntado «¿Y bien?» con una irritación tan obvia.

Llegó el café.

—No, gracias —dijo la señorita Entwhistle.

Everard se sirvió el suyo.

Se fue el café.

—¿Serías tan amable de decirme lo que sea que quieres decirme? —dijo la señorita Entwhistle en un tono muy educado una vez que Chesterton hubo cerrado la puerta.

—Por supuesto. Lo primero es que he pedido que te pasen a buscar mañana temprano para que puedas coger el primer tren de vuelta a Londres.

—Oh, muchas gracias, Everard. Es muy considerado por tu parte —dijo la señorita Entwhistle—. Cuando me dijo que llegarías mañana, ya le dije a Lucy que me iría a casa temprano.

—Eso es lo primero —siguió Wemyss ignorándola y sin dejar de

llenar su pipa minuciosamente—. Lo segundo es que no quiero que vuelvas a ver a Lucy ni esta noche ni antes de que te vayas.

La señorita Entwhistle lo miró atónita.

—Pero ¿por qué no? —le preguntó.

—No quiero que se altere.

—Pero, Everard, querido, ¿no ves que se va a alterar mucho más si no me despido de ella? No se va a alterar en absoluto si le digo adiós, pues ya sabe que me voy mañana. ¿Qué va a pensar si no le digo nada?

—Hazme el favor de dejarme tomar mis propias decisiones. Sé perfectamente qué es lo que más me conviene.

—Dudo mucho que lo sepas, Everard —respondió la señorita Entwhistle con el corazón en la mano, asombrada ante su incapacidad para anticipar las consecuencias de sus actos.

Aquí lo tenía todo, no necesitaba nada más para ser feliz el resto de su vida. La mujer a la que amaba lo adoraba, creía en él y había dejado a un lado cualquier duda relacionada con las circunstancias que rodearon la muerte de Vera al casarse con él. Lo único que él tenía que hacer, por su parte, era ser amable y medianamente educado. Y el pobre Everard —era absurdo que sintiera pena por él, pero no pudo evitarlo en ese momento, pues le parecía un ser humano patético, empeñado en arruinar su propia felicidad cegado por el orgullo— iba a estropearlo todo, lo acabaría haciendo añicos antes o después si era incapaz de ver, incapaz de comprender…

A Wemyss le pareció tan impertinente ese comentario que consideró que tendría todo el derecho a pedirle a la señorita Entwhistle que se fuera de su casa inmediatamente, ya fuera de día o de noche, hubiera o no hubiera tren. Y así lo hubiera hecho si no fuera porque, en esa ocasión, le apetecía más montar una escena larga que una corta.

—No te he invitado a mi biblioteca para que opines sobre mi persona —dijo mientras encendía su pipa.

—Bueno, entonces deja que te cuente un par de cosas sobre Lucy —dijo la señorita Entwhistle, consciente de que había demasiado en juego para dejarse acallar o para sucumbir a sus provocaciones.

—¿Sobre Lucy? —repitió Wemyss, incrédulo ante esa desfachatez—. ¿Sobre mi esposa?

—Sí —respondió la señorita Entwhistle—. Es el tipo de persona

que se toma las cosas a la tremenda y se quedará destrozada, Everard, destrozada y terriblemente preocupada si desaparezco sin decir nada, tal y como pretendes. Por supuesto que me iré y prometo que no volveré, a menos que me lo pidas. Pero no te empeñes en llevar a cabo algo que hará a Lucy profundamente infeliz solo porque estás enfadado. Deja que le dé las buenas noches hoy y los buenos días mañana. Te aseguro que se va a preocupar muchísimo si no lo hago. Creerá —añadió la señorita Entwhistle intentando sonreír— que me has echado. Y, verás, si ella cree eso, entonces no podrá… —La señorita Entwhistle vaciló—. En fin, no podrá estar orgullosa de ti. Y eso, mi querido Everard, es la herida más profunda que se le puede infligir al amor.

La señorita Entwhistle le había dicho esas palabras con una débil sonrisa de desaprobación y disculpa por estar hablando de eso siendo ella una solterona.

Wemyss la miraba con la boca abierta, demasiado atónito para decir nada. En su casa…, ¡en su propia casa!

—Siento si esto te molesta —prosiguió la señorita Entwhistle aún más francamente—, pero es que quiero…, es que de verdad creo que es muy importante.

Se hizo un silencio en el que se miraron fijamente entre sí; él, atónito, y ella, con la esperanza de que Wemyss se tomara bien lo que le había dicho. Era vital que lo comprendiera, que se hiciera una idea del efecto que tendría en Lucy un comportamiento tan desagradable, casi cruel. También su propia felicidad dependía de eso. Sería trágico para todos que Wemyss no quisiera abrir los ojos.

—¿Eres consciente de que estás en mi casa? —preguntó él.

—Oh, Everard… —respondió ella a eso con un gesto de desesperación.

—¿Eres consciente de que le estás hablando a un marido sobre su esposa? —prosiguió.

La señorita Entwhistle calló y se limitó a mirar hacia el fuego con la cabeza apoyada en la mano.

—¿Eres consciente de que te metiste en mi casa en cuanto me di la vuelta, sin que nadie te invitara, que has estado viviendo en ella y que habrías seguido viviendo en ella indefinidamente sin mi autorización si no hubiera venido yo mismo a poner fin a esta situación inaceptable?

—Efectivamente, es una forma de verlo.

—La de cualquier persona razonable y educada.

—Oh, no. Esa, justamente, no —dijo la señorita Entwhistle. Se levantó de la silla, le tendió la mano y añadió—: Pero es tu forma de verlo, y creo que ya va siendo hora de que te dé las buenas noches. También me despido, pues no creo que vaya a verte por la mañana.

—Con ese tono, cualquiera pensaría que esta es tu casa y que yo soy tu sirviente —dijo Wemyss ignorando por completo la mano tendida, ya que no había terminado ni de lejos.

—Te aseguro que esa idea nunca podría pasárseme por la cabeza.

—Cometiste un gran error cuando interferiste entre un marido y su esposa, espero que lo sepas. Tú serás la única responsable si no te permito seguir viendo a Lucy.

La señorita Entwhistle lo miró con los ojos como platos.

—¿Acaso quieres decir que no dejarás que la vea…, ni siquiera más adelante? ¿En Londres? —dijo después de un silencio.

—Es justo lo que pretendo, sí.

La señorita Entwhistle seguía mirándolo fijamente, perdida en sus pensamientos, pero Wemyss pudo ver que eso le había dolido, se había quedado lívida.

—En tal caso, Everard —dijo finalmente—, creo que es mi deber…

—No me hables de deberes. No tienes ningún deber conmigo o con mi hogar.

—Creo que es mi deber decirte que conozco a Lucy lo suficiente…

—¡Que la conoces lo suficiente! ¡No la conoces en absoluto, en comparación conmigo!

—Escúchame. Esto es importante. Conozco a Lucy lo suficiente como para saber que no tiene tanto aguante como Vera.

Ahora fue él quien la miró boquiabierto. La tenía de cara a él, muy pálida y con los ojos brillantes y atrevidos. Wemyss sabía que había dado en su punto débil —si no, no estaría tan blanca—, pero estaba dispuesta a hacer todo lo posible para importunarlo hasta el último momento.

—¿Tanto aguante como…? —repitió él.

—Estoy convencida. Y tú debes ser sensato, es imprescindible que tengas la sensatez de velar por tu propia felicidad…

—Oh, Dios santo, ¡no me des el sermón! —estalló Wemyss—. ¿Cómo osas hablarme de Vera aquí, en mi casa?

—Silencio —dijo la señorita Entwhistle con los ojos cada vez más brillantes en su tez pálida—. Escúchame. Es atroz que tenga que ser yo quien lo haga, pero no parece que nadie te haya enseñado absolutamente nada en toda tu vida. No parece que sepas nada sobre mujeres; de hecho, no parece que sepas nada sobre seres humanos. ¿Cómo pudiste traer a una chica como Lucy, una esposa tan joven, a esta casa? Y, sin embargo, aquí la tienes, y te quiere tanto que incluso puede que esto te salga bien si vas con cuidado, si eres tierno y bondadoso. Te aseguro que no me importa lo más mínimo que estés enfadado conmigo o que me alejes de Lucy para siempre, mientras seas bueno con ella. ¿No te das cuenta, Everard, de que puede que pronto se quede embarazada y que entonces…?

—¡Serás impertinente! Pedazo de impertinente, mujer indigna…

—Me da absolutamente igual lo que me digas, pero te lo advierto: a menos que vayas con cuidado y tengas un comportamiento mejor que el que estás teniendo ahora mismo, esta vez no van a ser quince años ni de lejos.

—¿Esta vez no van a ser quince años…? —repitió él sin dejar de mirarla.

—Exacto. Adiós.

Y se fue y cerró la puerta tras de sí antes de que Wemyss captara el monstruoso mensaje que había oculto tras sus palabras.

Cuando finalmente lo captó, salió de la habitación tras ella dando zancadas. La encontró subiendo las escaleras poco a poco.

—Ven aquí —le gruñó.

Ella siguió subiendo como si no lo hubiera oído.

—He dicho que vengas. Si no vienes inmediatamente, subiré yo mismo a buscarte.

A pesar de toda su miseria, a pesar de todo su horror, a pesar de las dos palabras que no dejaban de resonar en su mente —Lucy, Vera; Lucy, Vera—, se le antojó tan absurdo imaginarse a sí misma, más ágil que Wemyss por naturaleza, subiendo las escaleras sin esfuerzo fuera de su alcance y a él persiguiéndola entre resuellos hasta que, ya en el desván, finalmente consiguiera acorralarla, que

le resultó francamente difícil no estallar en la más histérica y ridícula de las carcajadas.

—Muy bien, pues —dijo. Se había detenido y hablaba en voz baja para no molestar a Lucy—. Ahora voy.

Y bajó las escaleras resplandeciente, temblorosa, indómita.

Llegó hasta donde se encontraba Everard, al pie de las escaleras, y se puso de cara a él. ¿Qué iba a hacer? ¿Cogerla por los hombros y echarla? No podía permitirse mostrar ninguna señal de angustia o temor. Ni la más mínima. Nunca se rebajaría a temer por su integridad ante él, pero sí temía por Lucy. Por Lucy no habría dudado en gritar, en suplicarle que la dejara ir a verla de vez en cuando, en humillarse, si no fuera perfectamente consciente del placer que le supondría a Everard que se derrumbara, haber conseguido derrumbarla y luego negarse a aceptar sus peticiones. Ese pensamiento la mantuvo serena.

—Vas a irte de mi casa ahora mismo —dijo Wemyss entre dientes.

—¿Sin mi sombrero, Everard? —preguntó ella afablemente.

No hubo respuesta. En ese instante, Wemyss la habría aniquilado con gusto, pues le parecía que se estaba riendo de él, aunque no fuera abiertamente: la señorita Entwhistle estaba seria y su tono de voz era educado. Aun así, le parecía que se estaba riendo de él, y no había cosa que odiara más en el mundo que sentir que lo desafiaban.

Avanzó hasta la puerta principal, alargó el brazo para desatrancar la parte superior, se encorvó para desatrancar la inferior, hizo girar la llave, quitó la cadena, abrió la puerta y le dijo:

—Pues ya está. Vete. Y que esto te sirva de escarmiento.

—Qué buena noche se ha quedado —dijo la señorita Entwhistle mientras salía hasta los escalones de la entrada con dignidad y contemplaba las estrellas sin mucho interés.

Wemyss dio un portazo tras de ella, atrancó la puerta, la cerró con llave y pasó la cadena. En cuanto hubo terminado, la señorita Entwhistle oyó que sus pasos se alejaban. Como sus ojos ya se habían acostumbrado un poco a la oscuridad, dio la vuelta a la casa y fue hasta la puerta trasera, llamó al timbre y le pidió a la sorprendida asistenta, que no había tardado en aparecer, que

mandara venir a Lizzie. Cuando esta llegó, no menos sorprendida, la señorita Entwhistle le preguntó si sería tan amable de ir a su habitación a recoger sus cosas, metérselas en la bolsa y traerle su sombrero, su capa y su bolso.

—Me esperaré aquí, en el jardín —le dijo—, y le agradecería mucho que se diese un poco de prisa, Lizzie.

Una vez que recuperó sus pertenencias, después de que Lizzie le pusiera la capa sobre los hombros e intentara expresarle su comprensión y su apoyo alisando la prenda y rozándola con las manos, pues era obvio tanto para Lizzie como para el resto del servicio que acababan de echarla de allí, la señorita Entwhistle se fue. Se alejó de esa casa silenciosa, atravesó la verja blanca, se abrió paso entre la oscuridad del camino embarrado, salió a la carretera iluminada por las estrellas, cruzó el puente en dirección al pueblo y siguió avanzando hacia la estación, donde esperaría cualquier tren que pudiera pasar.

Sus pasos eran cada vez más lentos.

Estaba terriblemente cansada.

CAPÍTULO 32

Wemyss volvió a la biblioteca, se bebió el café que seguía sobre la repisa de la chimenea y se sentó en la butaca que la señorita Entwhistle acababa de dejar. Luego se puso a fumar.

Aún no subiría a la habitación con Lucy, no hasta asegurarse de que esa mujer no iba a intentar ningún truco llamando a la puerta o al timbre. Tan equivocada era la percepción que tenía de la señorita Entwhistle que llegó a considerar la posibilidad de que se pusiera a tirar piedras contra las ventanas; así pues, decidió quedarse en la planta baja protegiendo su territorio hasta que tal posibilidad se fuera volviendo más remota con el paso de las horas.

Por otra parte, estaba tan satisfecho por haberla echado que la ira causada por su indignación ante las cosas que esa mujer le había dicho se fue aplacando. Así era como uno demostraba que era el amo y señor de su casa. Esa se había pensado que podía hacer lo que le viniera en gana con él, usar su casa, disfrutar del servicio de sus criadas, despilfarrar su electricidad, meterse entre él y su esposa, decir lo que quisiera, darle lecciones e insultarlo a la cara… Pero, de una forma simple y directa, él le había mostrado lo equivocada que estaba. En cuanto al monstruoso comentario final de la señorita Entwhistle, no era sino una prueba más de la precisión con la que Wemyss había dado en el blanco, de cuán acertado había sido su castigo para hacer que soltara tales barbaridades. Eran delirios causados por la impotencia, nada más ni nada menos. Suponía que, durante el resto de su vida, cada vez que la gente no consiguiera doblar su voluntad, cada vez que se quedaran perplejos ante su tenacidad, le echarían en cara esa vieja historia a modo de venganza. ¡Que lo hicieran! No estaba dispuesto a ceder ni un milímetro, a menos que fuera su propia decisión. Él era el amo y señor de su casa; él y nadie más.

Resultaba curioso que las mujeres siempre creyeran que podían

hacer con él lo que quisieran. Vera también lo había creído y se había comportado en consecuencia. Al final, se había llevado una buena sorpresa —incluso había resultado herida— al descubrir que no era así. Sin duda, aquella mujer también debía de estar considerablemente sorprendida ahora, seguro que ni se le había pasado por la cabeza que pudiera echarla. Las mujeres nunca lo creían capaz de hacer lo más obvio; incluso cuando las advertía, como recordaba haber hecho en varias ocasiones con Vera —de hecho, constaba en su diario—, seguían sin creérselo. Amedrentadas por las convencionalidades y el miedo al qué dirán, suponían que también él se amilanaría. Pero cuando eso no era así y acababa sucediendo lo que les había advertido, se llevaban una sorpresa y nunca parecían darse cuenta de que las únicas culpables eran ellas mismas.

Se quedó un buen rato sentado, fumando y pensando, con los oídos atentos a cualquier sonido que indicara la presencia hostil de la señorita Entwhistle en el exterior. Chesterton se lo encontró sentado de esa guisa cuando entró para retirar la taza de café. Una hora más tarde, cuando le trajo su *whisky*, seguía en la misma postura.

Eran casi las once cuando Wemyss decidió que lo más probable era que ya hubiera pasado el peligro de una ofensiva; de todos modos, antes de subir al dormitorio, le pareció prudente abrir la ventana y salir a la terraza por el alféizar, para echar un vistazo.

Había un silencio sepulcral. A lo lejos, se oía el murmullo del agua al sortear una rama muerta a su paso por el río manso. Se veían las estrellas, por lo que la oscuridad no era total, y, si bien el aire de abril era algo húmedo, el suelo estaba seco. Era una noche agradable para dar un paseo. Bueno, eso no iba a hacer que la envidiara.

Recorrió la terraza y siguió hasta la fachada principal de la casa después de rodear las matas de durillo que ocultaban la puerta del servicio.

Vacía. No había nadie esperando en la entrada.

Fue hasta la verja blanca, pues creía que la señorita Entwhistle sería capaz de habérsela dejado abierta a propósito, únicamente para sacarlo de quicio.

Estaba cerrada.

Se quedó unos instantes apoyado en ella, aguzando el oído por si aún estuviera rondando por ahí.

Silencio.

Convencido ya de que realmente se había esfumado, volvió a la terraza, entró de nuevo a la biblioteca, cerró la ventana con cuidado y bajó la persiana.

Qué alivio, qué alivio tan extraordinario haberse librado de ella. Y no solo puntualmente. No, se había librado de ella para siempre. Además, era la única familia de Lucy, por lo que ya no vendría nadie más a meter las narices en sus asuntos y en los de su esposa. Le encantaba que la señorita Entwhistle hubiera tenido un comportamiento tan vergonzoso al final, cuando le había dicho eso de Vera, pues aquello justificaba completamente las medidas que había tomado. Si no se hubiera pasado tanto de la raya, Wemyss habría tenido que dejar que se quedara a dormir; si se hubiera pasado aún menos, debería haber aguantado más visitas suyas en The Willows, además de tener carta blanca para influir a Lucy en Londres cuando él estuviera jugando al *bridge* en su club y no pudiera tenerle un ojo encima. Sí, se sentía muy satisfecho. Había merecido la pena bajar un día antes.

Le dio cuerda a su reloj ante los últimos centelleos del fuego; volvía a estar de buen humor. No, era más que eso, se sentía fresco y eufórico, como si acabase de darse una ducha de agua fría y estuviera libre de impurezas. Y ahora, a la cama con su amorcito. Qué poco necesitaba para ser feliz, lo único que quería era una vida tranquila al lado de su esposa.

Wemyss terminó de dar cuerda a su reloj, se estiró, bostezó y empezó a subir las escaleras sin prisa, apagando luces a medida que iba avanzando.

En el dormitorio había una lamparita encendida. Lucy se había quedado dormida esperando a que su tía Dot fuera a darle las buenas noches. Cuando Wemyss entró, se despertó.

—Tía Dot, ¿eres tú? —murmuró.

A pesar de que estaba medio dormida, estaba convencida de que tenía que ser ella, pues Everard habría encendido la luz. Pero Wemyss no quería que se despertara y empezara a hacerle preguntas, así que había entrado a oscuras.

—No, es tu Everard —respondió mientras se movía de puntillas

por la habitación—. Chis, venga. Sé una niña buena y duérmete otra vez.

No le hacía falta estar del todo despierta para adivinar que había buen humor tras su voz. Qué tierno que se estuviera preocupando tanto por no molestarla…, su querido Everard… Así pues, la tía Dot y él debían de haber hecho buenas migas… Qué alegría… Su maravillosa tía Dot… Antes de la cena, Everard estaba enfadado y le había dado miedo…, miedo… Qué alivio… Qué bien…

Lucy ya se había dormido de nuevo cuando, de repente, notó que Everard le pasaba el brazo por debajo de los hombros y la atraía hacia el otro lado de la cama para acurrucarla en su pecho.

—¿Quién es mi niñita, mía y solo mía? —le oyó decir Lucy, que se despertó de su sopor solo lo suficiente para corresponder a su beso.

FIN

NOTA DEL EDITOR

> «Afortunadamente solo se vive una vez la fiebre del amor. Pues es una fiebre, y una carga también, digan lo que digan los poetas».
>
> *Rebecca*, Daphne du Maurier

Muy poca gente conoce el verdadero final de la Bella Durmiente. Si paras a cualquier persona por la calle, tenga la edad que tenga, y le preguntas por la historia, seguro que sabe resumirte con mayor o menor gracia cómo la princesa, maldecida por un hada maligna, se pincha el dedo con el huso de una rueca y se queda dormida hasta que el apuesto y valiente Príncipe Azul, abriéndose paso entre los espinos y cautivado por la belleza de la durmiente, la besa, despertándola como por arte de magia. A partir de ese momento, los dos enamorados se casan, vuelve a salir el sol, a reinar la paz, los pájaros cantan, el príncipe se lleva a su hermosa princesa a un reino de ensueño, son felices y comen perdices. Pero, claro, esta es solo la mitad de la historia. De poco sirvió el intento de Ana María Matute de recuperar su segunda mitad, perdida desde que los hermanos Grimm la descartaron. La versión completa, que sí recogieron Giambattista Basile y Charles Perrault, sigue a los enamorados al reino del Príncipe Azul, donde la princesa descubre que su historia no va a ser un cuento de hadas (su papel no se va a limitar a ser bella, pincharse con el huso de una rueca, dormir, ser besada y casarse). Al llegar, ese príncipe, de cuyo camino incluso los espinos se apartaban, no consigue reunir el valor suficiente para decirle a su madre, mitad ogresa, que ha decidido casarse con la princesa. Tiene miedo. Y cuando el rey muere y él se ausenta, es la Bella Durmiente quien tiene que salvar a sus hijos y a sí misma de

las garras de la cruel reina madre. La cuestión de si el parecido entre las palabras «suegra» y «ogresa» proviene o no de este cuento se la dejo a los expertos en etimología. En todo caso, lo más interesante es observar cómo a lo largo del tiempo los cuentos populares han quedado desprovistos de sus ramas más incómodas.

Por esta razón siempre me han atraído las historias que empiezan con el esperanzado «y fueron felices y comieron perdices», porque lo cierto es que este desenlace tan trillado no es un desenlace, sino el principio de una historia que la mayoría de las mujeres desconocían. Si nos fijamos en las novelas de Jane Austen, comprobaremos que su interés narrativo se limitaba a ese periodo de vida de las mujeres que iba de la presentación en sociedad a la boda; solo a través de las intervenciones fugaces de personajes secundarios, se podía atisbar la vida matrimonial, aquella que aguardaba detrás del vestido blanco, las campanas de la iglesia, el baile e incluso la noche de bodas. Durante gran parte de la historia, las mujeres han llegado al matrimonio con la inocencia de una niña. Socialmente, la virginidad de conocimientos suponía un valor incluso mayor que el de la novia como persona. Muchas de ellas se lanzaban de cabeza a ese final feliz donde se comían perdices, ese final que los cuentos de hadas que habían escuchado y leído desde su más tierna infancia les habían prometido. Y así es Lucy al principio de esta historia.

Elizabeth von Arnim, viuda del barón Von Arnim, con la dolorosa ruptura con H. G. Wells aún reciente, llegó a Londres y se casó con John Francis Russell, hermano del filósofo Bertrand Russell. El matrimonio fue un absoluto desastre desde el principio. Aunque no se llegaron a divorciar, a los tres años se separaron. Von Arnim, que empezó a escribir para huir de su infeliz rutina junto al barón Von Arnim, esta vez lo hizo para superar su fatídico matrimonio con Russell. El resultado fue Vera, una obra maestra que publicó anónimamente en 1921. Fue todo un logro, porque una novela que tratara la toxicidad y el maltrato psicológico en el matrimonio resultaba inconcebible en la época. Así pues, socialmente, y como sucedió antes con *La inquilina de Wildfell Hall*, de Anne Brontë, Vera es valiente y visionaria porque muestra una realidad que solía esconderse tras la fachada de los elegantes matrimonios que vivían en majestuosas mansiones. Además, es

rompedora literariamente, pues desarrolla un complejo engranaje narrativo que hace que, con el suceder de las páginas, vaya aumentando una sensación asfixiante que abarca toda la trama. Casi veinte años más tarde, Daphne du Maurier adoptará esta técnica para su novela más celebrada: *Rebecca*.

Conocemos a la inocente Lucy cuando acaba de perder a su padre, por quien sentía devoción. En ese momento de máxima vulnerabilidad, aparece Wemyss, cuya seguridad y orden seducen a la insegura y tímida protagonista. Cuanto más avanza la historia, más atrapada estará Lucy en la telaraña que tejen a su alrededor, más nos acercamos al ceño fruncido de Wemyss, más crece y se perfila la sombra de Vera como una profecía del futuro de Lucy, un destino que irá más allá del final abierto que culmina con un beso escalofriante. El amor es algo maravilloso, pero también puede resultar terrorífico, pues «en el amor se escondía el miedo a herir al amado». Wemyss es un narcisista patológico que necesita ejercer un control absoluto sobre todo lo que considera suyo, ya sea The Willows —la presencia en la historia de un ejemplar de *Cumbres Borrascosas*, de Emily Brontë, no es casual—, ya sea la misma Lucy. La castiga y la aísla para anularla y someterla. Y esto no es todo, Elizabeth von Arnim se atreve a llevar su historia más allá, pues acerca al lector a la mente perturbada y maniaca de Wemyss. Se atreve a hacernos partícipes de su desmedida indignación incluso cuando es muda —con esos silencios afilados— y no se materializa en retorcidos reproches. Es una obra trepidante cuyo ritmo no decae en ningún momento. Es una novela extraordinaria en todos los sentidos.

Cuando decidí recuperar Vera, enseguida me vino a la cabeza el nombre de la traductora Clàudia Gispert. Nos presentó una amiga común en unas fiestas populares, en mi época de estudiante. Cuando Clàudia me dijo que era traductora, le comenté que mi sueño era crear mi propia editorial; rápidamente, acordamos que, en caso de que el sueño se hiciera realidad, contaría con ella. Su talento, junto al de los increíbles correctores Raúl Alemany, Oriol Gálvez y Marisa Muñoz, han hecho posible este libro, en el que se ha afinado cada palabra para que toque la melodía que corresponde a cada momento, adoptando cuando habla Wemyss su voz severa, fría y puntillosa y pasando a la indecisión y a la resignación cuando

es Lucy quien toma la palabra.

No es la primera vez que Vera se publica en castellano, pero es increíble que nunca haya conquistado el lugar que merece. Esta edición aspira a ser la recuperación definitiva de una obra capaz de guiar despiadadamente al lector al corazón de las tinieblas de un matrimonio. El desenlace no deja lugar a la esperanza: Lucy se ha quedado completamente sola, está en manos de Wemyss y se resignará a seguir las normas de su juego macabro hasta que la vida le pese tanto que elija el mismo final que su predecesora. Ese será el verdadero final de este cuento de hadas. Las perdices asadas se enfriarán en un plato servido en el lúgubre y desamparado comedor de The Willows.

Jan Arimany
Andorra, abril de 2021

Elizabeth von Arnim (de soltera Mary Annette Beauchamp) nació en 1866 en Sídney, Australia. Prima de la escritora Katherine Mansfield, al terminar sus estudios en Inglaterra, conoció a un viudo barón alemán, Henning August von Arnim-Schlagenthin, en un viaje a Italia que hizo junto con su padre. Dos años después, cuando tenía veinticuatro, se casó con el barón Von Arnim y se estableció en sus propiedades en Pomerania. Aunque el matrimonio nunca funcionó por culpa de las constantes infidelidades del barón, no se separaron y tuvieron cinco hijos. Elizabeth se refugió de la infelicidad de su matrimonio entregándose a la escritura. Su primera novela, *Elizabeth y su jardín alemán* (1898), fue un éxito inmediato. En 1910, el barón Von Arnim murió y Elizabeth se mudó con sus hijos a Suiza, donde empezó una relación amorosa con H. G. Wells. Sin embargo, al descubrir que este le era infiel con la escritora Rebecca West, Elizabeth volvió a Londres. Allí se casó con John Francis Russell, hermano del filósofo Bertrand Russell; no tardaron en separarse, aunque nunca se divorciaron. De este desastroso matrimonio, nació *Vera*, cuya salida a la luz (publicado anónimamente) suscitó mucha polémica. Era el año 1921. A partir de entonces, Elizabeth von Arnim pasó temporadas viviendo en Estados Unidos y Suiza, hasta que murió víctima de una gripe en

1941, en Carolina del Sur.

LA TRADUCTORA

Nacida en Lliçà de Vall (Barcelona) en 1993, Clàudia Gispert Codina ha sido amante de la lectura desde que era niña. Después de graduarse en Filología Clásica en la Universidad de Barcelona, se fue a Irlanda para estudiar un máster de Traducción Literaria en el Trinity College de Dublín, donde obtuvo el premio Christopher Donovan al mejor portafolio de traducción en 2017. En el ámbito literario, destaca su traducción al catalán del poema en irlandés antiguo *Pangur Bán* para la reunión del Grupo Coimbra en Dublín en 2018.